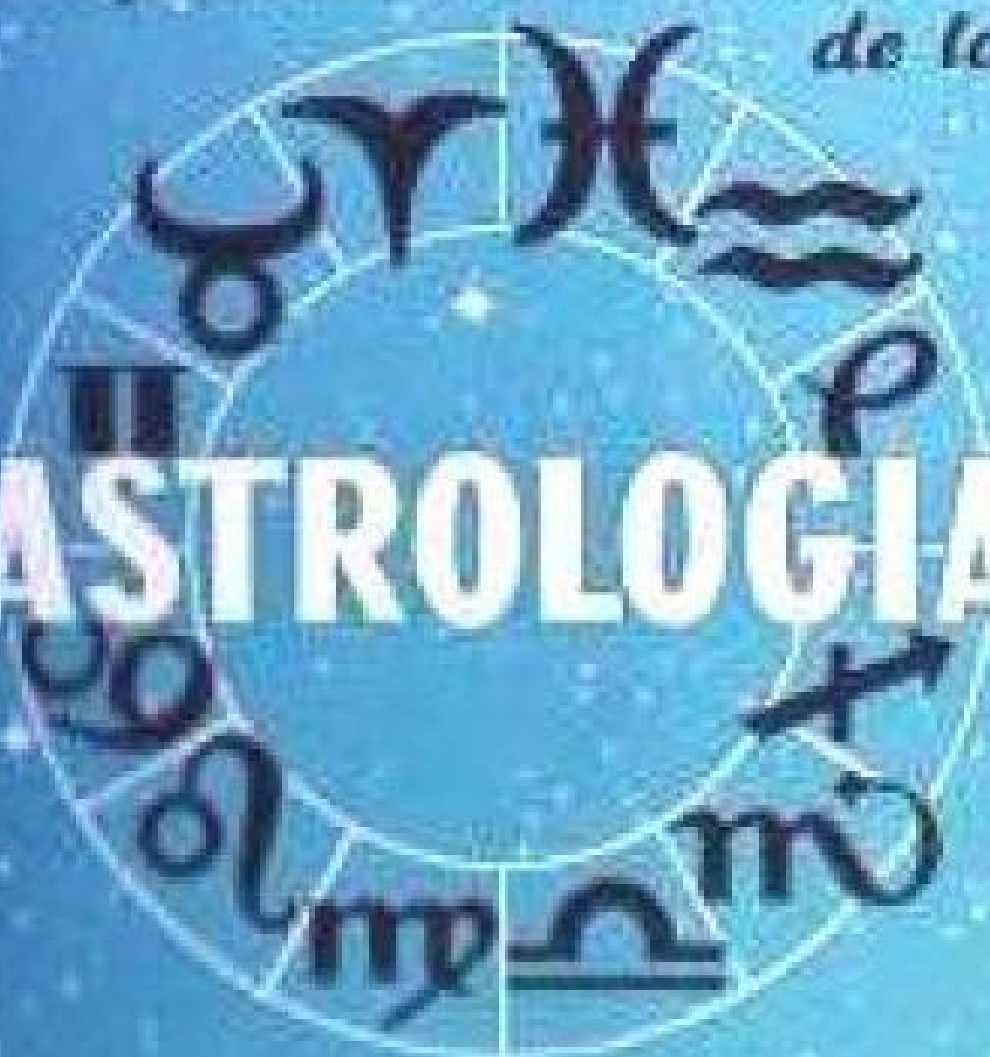


ANDRÉ BARBAULT

*Defensa e ilustración
de la*

ASTROLOGIA



BARBAULT ANDRÉ

cm

ANDRÉ BARBAULT

DEFENSA E ILUSTRACIÓN
DE LA

ASTROLOGÍA

Traducción del francés por

A. B. F.



Ediciones Obelisco
EDITORIAL IBERIA, S. A.
MUNTANER, 180 - BARCELONA

DEPÓSITO LEGAL B. 13025.— 1958

Derechos literarios y artísticos reservados para todos los países

Copyright bey Editorial Iberia, S.A. — Miniaren, 180 — Barcelona, 1958

Artes Gráficas R A F A E L S A L V Á - Casanova, 140 — BARCELONA

INTRODUCCION

Escribir en pleno siglo XX una DEFENSA E ILUSTRACION DE LA ASTROLOGIA puede parecer una empresa carente de sentido.

¿Para qué volver sobre una quimera abandonada por todos los sabios desde hace tres siglos?. En nuestros tiempos, el que osa hablar de astrología sólo se atrae una sonrisa divertida o un significativo movimiento de hombros.

Este asunto está ya zanjado. Por lo menos, así se cree.

Se olvida sin embargo, que la astrología es actualmente completamente desconocida de la inmensa mayoría de los científicos que la condenan (1). Se ignora que esta misma astrología nunca ha sido sometida a un verdadero control. Se olvida que los espíritus más eminentes de los siglos pasados se interesaron todos ellos en mayor o en menor grado por este conocimiento, que se consideró la más noble especulación intelectual.

Se objeta habitualmente que los progresos de la ciencia han probado que no se puede esperar nada de la astrología, que está irremediablemente condenada. Verdad del pasado; error del presente.

Todo esto es lo que se cree, pero aún falta demostrarlo. Y tanto es así que cada día son más numerosos los que se preguntan si el error de hoy no se convertirá en una verdad de mañana.

(1) Ante la imposibilidad de aprenderlo todo, es preciso remitirse a la opinión admitida.

ANDRÉ BARBAULT

Nosotros intentamos precisamente reanudar el juicio de la astrología. Esperamos, en efecto, poder demostrar que existe una credulidad negativa, un prejuicio desfavorable contra la astrología, que constituye quizás el prejuicio más importante del hombre moderno. Este rechazo está relacionado con el carácter paradójico de la idea astrológica, que la impide entrar en el marco de los conceptos físicos de la ciencia actual.

Este prejuicio, surgido del cartesianismo, fue tomando consistencia cuando mentes extrañas a las concepciones de esta disciplina, la juzgaron desde fuera, vaciándola de toda sustancia. Luego se ha mantenido por críticos apasionados o con prisa para concluir. Después de este rechazo, la astrología ya no presentó más que una caricatura grotesca, sin duda indefendible. Esta es la imagen ingenua que de ella, tiene el hombre de nuestros días.

Para decir la verdad acerca de la astrología, es preciso primeramente desembarazarla de sus dos imágenes de Espinal: la del racionalista que la considera como una manía incurable de vaticinar, y la del vulgo que ve en ella la adivinación suprema que para todo halla respuesta. A continuación hay que resistirla a su pureza, es decir, buscar comprenderla. Debemos hacer tal esfuerzo en memoria de los genios que la han honrado. Si fueron tantos quienes la aceptaron, es forzoso admitir que no presentaba entonces el aspecto ridículo con el que hoy se la viste. Hoy se prefiere considerarla una tonta puerilidad de la mente, a sombrándose de que haya gozado de tanto crédito por parte de los más grandes hombres. Una contradicción tan flagrante nos obliga a trazar de nuevo las grandes líneas de su historia desde sus lejanos orígenes hasta sus más recientes, manifestaciones.

El crítico de la astrología cree poder hacer rápidamente este recorrido y acabar con ella ¿Qué nuestros aparatos científicos no captan ninguna emisión de influencias procedente, de los astros? Entonces el astrónomo no teme hondamente reducirla a la nada, ¡Pero existen astrólogos que no creen en las «influencias astrales», y la astrología puede prescindir del concepto de influencia física de los astros! En espera, pues, de que su misterio se desvanezca, creemos oportuno conocer sus teorías e hipótesis e informarse de la doctrina filosófica sobre la que se basa, y también ver las relaciones o «correspondencias» existentes entre la experiencia astrológica y la experiencia poética. Condenar un conocimiento sólo porque escapa a nuestros criterios actuales no significa nada.

Así, de las ideas pasamos a los, hechos. ¿Qué es un mapa celeste? ¿Qué significan los signos del zodiaco, los planetas, las casas, los aspectos...? ¿Qué reglas presiden a la interpretación de un horóscopo...? Lo corriente de la práctica higroscópica es fácil de comprender. De ahí se pasa a las aplicaciones especializadas, a las diversas aportaciones astrológicas a los dominios de la psicología, de la orientación profesional, de la medicina, de la sociología, etc. De este modo el lector tendrá una idea precisa del uso que se hace del conocimiento astral.

Después de tratar de las ideas y de los hechos se impone el examen de las objeciones. En este terreno lo mejor que puede hacerse es ceder la palabra a los adversarios, que han tenido tiempo de reflexionar y de atacar. Se trata, pues, de pasar revista a todas las críticas formularlas y de encontrarles una respuesta satisfactoria. En suma, es preciso conocer las razones por la que se rechaza la astrología. Pero esto constituye también para nosotros ocasión para precisar diversos puntos de vista, sobre materias importantes.

El juicio sería incompleto si de las objeciones no pasáramos a las pruebas. Sólo recientemente la astrología ha sido objeto de una rigurosa comprobación mediante la ayuda de estadísticas y de su interpretación por el cálculo de probabilidades. Una verificación superficial, hecha por un adversario, dio a entender que no existía la menor relación entre el hombre y su cielo. Una verificación más a fondo, hecha por otro adversario; nos trae hoy una prueba indiscutible de tal relación. En virtud de esta última prueba la astrología se impone

como una realidad: realidad estadística; luego realidad científica aunque se nos escape su explicación: Nos hallamos en el retorno decisivo, en el que ya no es posible cerrar los ojos a la astrología, sino que debe aceptarse por lo menos su fundamento y comprobarla en gran escala. Tarde o temprano la verdad habrá de imponerse

Tras haber comprobado sus fundamentos, importa comprender la astrología y conocer las posibilidades y límites de la horóscopo. Situándola como una psicología universal; mostrando lo que es y lo que no es, lo que puede y lo que no puede hacer, estimamos haber dado de ella un cuadro, sin duda provisional, pero conforme a nuestra psicología.

Y por último, es interesante trabar conocimiento con los astrólogos, con su grupo social, con sus particularidades, así como con la fauna de los charlatanes de la buenaventura.

Creemos haber trazado nuestro programa honradamente, sin ocultar las debilidades, las lagunas y los problemas de un conocimiento que se busca por ser al mismo tiempo demasiado viejo y demasiado joven.

CAPITULO PRIMERO

LA HISTORIA

La Astrología domina la historia de las civilizaciones. Venerada en el transcurso de los siglos por los más grandes genios, filósofos, sabios, teólogos, renegada oficialmente desde hace tres siglos, nos sitúa ante un gran problema de la vida del espíritu: ¿Es una gran ilusión de la Humanidad o un progreso para la ciencia admitida?

Es costumbre ocultar nuestra ignorancia del lejano pasado de la astrología bajo el mismo clisé, impregnado del misterio de la creación: «Su origen se pierde en la noche de los tiempos.» Una vez más hemos de echar mano del consabido clisé, pero también podemos remontarnos a muy lejos en busca de...

LAS PRIMERAS HUELLAS

Es imposible en el estado actual de nuestros conocimientos determinar de modo preciso la época en que nació la astrología. Los primeros documentos importantes que poseemos nos enseñan que las observaciones de los astrólogos, caldeos, caldeo-asirios y babilonios se escalonan durante el primer milenio antes de nuestra Era y probablemente ya; con anterioridad.

Uno de estos textos fue hallado entre los millares de tablillas de ladrillo cocido, escritas en caracteres cuneiformes, procedentes de las minas de la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive. Estas tablillas, conservadas en el British Museo, forman una especie de enciclopedia que reproduce documentos mucho más antiguos, algunos de los cuales pertenecen a la primera mitad del tercer milenio a. de J. C. Otras tablillas, halladas en la biblioteca del templo de Neper, al sudeste de Babilonia, contienen igualmente documentos escalonados entre los años 3000 y 450 antes de nuestra Era. En cuanto a la primera obra de Astrología que conocemos, data de la época de Sargón de Agrade (alrededor de 2750 a. de J. C.) y contiene una compilación de acontecimientos señalados según los eclipses de sol.

LA ASTROLOGIA MITOLÓGICA Y RELIGIOSA.

En aquella época lejana, encontramos la astrología íntimamente ligada a la mitología y asociada a un culto astral. Y así seguirá hasta la civilización helénica

Se han dado las más diversas interpretaciones acerca de esta «conjunción» astrología-mitología. La mayor parte de los astrólogos sostienen que su ciencia es la primera en fecha, y que ha sido «plagiada» por la mitología para pasar al dominio público, de modo que, si el dios de la guerra ha sido bautizado Marte, es únicamente porque ya se había establecido una correspondencia entre el planeta y las tendencias guerreras.

Más consecuente es la interpretación que se basa en disciplinas tales como la antropología y el psicoanálisis. Según ella la mitología se considera como un sueño de la humanidad colectiva, un sueño en el que son proyectados los deseos, las aspiraciones de cada hombre. El sueño precede a la conciencia como la noche precede al día, al igual como la imaginación creadora, de la que ha salido el mito, precede al pensamiento razonado que ha fundado la astrología. Es sobre este fondo del inconsciente colectivo que se tejen los primeros

conocimientos, y la mitología ha debido probablemente ser la madre, la materia prima, la substancia nutritiva de la astrología. La mitología es ya una fantasía astrológica, y pasamos de una a otra, de una cosmogonía a una cosmología, como de la frondosidad de los relatos a la naturaleza fundamental de los tipos. En todo caso, una y otra tienen una fuente creadora común, y parece probable que la misma mente ha engendrado el mito y fecundado la astrología.

Pero también vemos íntimamente asociadas en los tiempos antiguos la astrología y la religión. En nuestros días los sociólogos creen cada vez más que la creencia sideral es una fase primordial de la evolución general de las religiones, relevándose éstas gradualmente del animismo y del fetichismo a las formas superiores del culto. Lo llamado «divino» ha sido tempranamente proyectado hacia el cielo, hacia estos astros que se mueven allá arriba, en otro universo. Se comprende así, que la observación del cielo se convirtiera en servicio divino. Entre los «pioneros» del cielo, los somero-babilonios, el signo de la escritura cuneiforme que designa a Dios era una estrella, y en muchas lenguas la palabra Dios deriva de una raíz común sánscrita, «diva», que significa «iluminar» o «brillar».

Si las imágenes de los dioses planetarios se han conservado intactas a través de los signos, es porque son la expresión de fuerzas psíquicas y espirituales profundamente humanas y sin duda permanentes; tienen siempre una resonancia en cada uno de nosotros. Los hermetistas no han cesado de declarar que las fuerzas planetarias divinizadas son, propiamente hablando, nosotros mismos; son las imágenes primitivas de potencias psíquicas que en otros tiempos el hombre proyectó en el cielo, según un proceso inconsciente, ahora bien conocido.

Según C. C. Jung, los símbolos astrales y los mitos divinizados son los «arquetipos del inconsciente colectivo», transmitido de generación en generación, siempre presentes en estado latente en la psique y que pueden ser hechos conscientes.

Cada civilización tendrá su mitología y su religión astral, y la astrología será simultáneamente una ciencia, una poesía y un culto.

ORIGENES CALDEOS

La cuna de la astrología se sitúa en Caldea (1). Los acontecimientos que tienen lugar en el cielo estimularon tempranamente la imaginación de los hombres que habitaban, en Mesopotamia. Era inevitable que, viendo el enlace entre los grandes hechos relativos a la caza, la pesca, el tiempo, el clima las migraciones, la agricultura y la navegación, por una parte, y lo que ocurre arriba la marcha del sol y de los demás astros, por otra, los hombres establecieran relaciones más íntimas entre los acontecimientos del medio cósmico y los del medio terrestre. Así se edificó un sistema de ideas acerca de las relaciones existentes entre el curso de los astros, y el crecimiento de las plantas, entre las leyes que regulan la vida de la humanidad y las que regulan la vida de la naturaleza y del universo. Los caldeos fueron los primeros en concebir y esbozar la primera ciencia. El principio de la astronomía caldea va ligado a la idea de la regularidad de los fenómenos, por tanto a la noción de ley al descubrimiento de que esta regularidad es medible y ligada a una posibilidad de previsión, mediante el cálculo, dentro de un orden astronómico, natural, agrario y humano.

(1) *Acerca de la historia de la astrología puede consultarse François Menormente, Histoire ancienne des peuples d'Orient: Bouche-Leclercq, L'Astrologie Babilonique; Boll-Bezold, Sternaglaube und Sternkunde; Robert Ainslie, The Royal Art of Astrology, y René Vételle, La pensée de l'homme et l'Astrobiologie*

Dio doro de Sicilia ha dado constancia del saber: que los griegos de su tiempo debían a los caldeos: «Habiendo observado los astros durante un enorme número de años, conocen

con más exactitud que los demás hombres su curso y sus influencias y predican con seguridad muchas cosas del porvenir...»

Esta astrología caldea hace aparecer una astronomía ya científica, a la vez que una religión astral, de carácter mitológico, y una adivinación supersticiosa. La astronomía está fundada sobre observaciones serias y metódicas, pero sólo calcula para predecir, y únicamente se interesa por las mediciones del tiempo, las duraciones de ascensión de los astros; es puramente una astronomía de los movimientos angulares, una astronomía de posiciones. Además se da a los astros un culto oficial, considerándolos como los reguladores divinos de la vida natural, vegetal, animal y humana. Los planetas encarnan divinidades; son los «intérpretes» de genios benéficos o maléficos. Por otra parte, de los fenómenos siderales obtienen presagios para todos los actos de la vida ordinaria, punto de partida de supersticiones y puerilidades higroscópicas. Sin embargo, durante mucho tiempo, las predicciones astrológicas sólo tendrán por objeto al soberano y al Estado.

Todas las ciudades de Caldea y de Asiria tenían su observatorio, en forma de torre o pirámide de pisos, generalmente anexionada a templos o palacios, donde estaban los doctores de los colegios sacerdotales.

Todos los actos importantes de la vida de estos pueblos estaban subordinados a los oráculos e interpretaciones astrológicas. Numerosas son, por ejemplo, las inscripciones en los templos o palacios: «Yo... rey de Asur y de Caldea, he erigido este templo en honor de mi Señor en la hora propicia...».

Entre los temas astrológicos más antiguos que se conservan señalamos el que hizo levantar Asurbanipal en ocasión de una guerra que emprendió contra Teman, rey de Susana.

El astrólogo caldeo más reputado fue el historiador Veros, contemporáneo de Alejandro, que fue sacerdote de Bel en Babilonia; dejó su patria para ir a profesar su saber en Asia. Después se estableció en la Isla Ala, ciudad de Coz, donde abrió una escuela. Plinio cuenta que los atenienses le recompensaron por sus éxitos erigiéndole una estatua cuya lengua era dorada.

Desde Caldea, la astrología fue ganando terreno en todas direcciones, propagándose a Persia, India China, Arabia, Egipto y Grecia

EN EGIPTO.

En Egipto no encontró terreno favorable y tuvo que ser cultivada bastante tardíamente, una vez se hubo extendido ampliamente por todo el Oriente. Cuando alcanzó un puesto de honor, se vio rodeada, más aún que en otros países, de un ambiente religioso, mítico y mágico.

Es original de la astronomía egipcia su carácter estelar y el ir ligada a la crecida del Nilo: comienzo de la crecida del Nilo, solsticio de verano, elevación heliaca de Sirio; esta triple coincidencia pronto se impuso a la atención. Su carácter solar en relación con este carácter estelar, puesto que está centrada en las elevaciones heliacas, la acerca a la astronomía asiática vecina, de la que es un ejemplo el culto de Mitra.

La creencia egipcia en el destino y el culto de los dioses astrales debían conducir a la astrología individual, al horóscopo del nacimiento. Vestigios de semejantes trabajos pueden encontrarse en Egipto 500 años a. C., mientras que semejantes no se hallan en Babilonia hasta 250 años a. C. (Juglar).

Los egipcios nos han dejado gran número de documentos, entre los cuales figura el zodiaco de Dundera. Un papiro del British Museo representa los fragmentos de un calendario astrológico redactado bajo la XIX dinastía, ordenando los días fastos y nefastos del año; son

los famosos «días egipcios» que indican los actos que podían haberse y los que se desaconsejaban en cada día. Es cierto que estos presagios se inspiraban tanto en la leyenda y los relatos mitológicos como en los movimientos de los astros.

Pero lo importante es que hubo lugar para una cultura de inspiración astral. Egipto es, por excelencia, la tierra de la ciencia secreta, de las altas iniciaciones, de los monumentos sagrados, pirámides, obeliscos, etc. La astrología, por lo demás, quedó reservada a los sacerdotes; Manotón, historiador y sumo sacerdote de Heliópolis, fue el más conocido de sus representantes.

EN CHINA

También en China encontramos el culto y el estudio del ciclo. Los chinos introdujeron el zodiaco lunar, adaptado a una astronomía ecuatorial y no eclíptica, y su astrología, nacida de la unión de la astronomía, de la agricultura, del calendario y de la ley, se convirtió en la base de un orden social: el culto imperial del cielo. La idea central de toda la organización imperial china desde los primeros Techo es la de que el emperador es el único hombre encargado de trasladar a la vida social y moral de los hombres el orden invariable de los movimientos celestes; es el Hijo del Cielo.

«La caída de la primera dinastía, la de los Ha, en el siglo XVIII (o en el XVI) a. d. C., habría sido motivada por el fallo de las previsiones astronómicas de sus consejeros y la aparición de fenómenos celestes irregulares e imprevistos (lo que, para aquellos hombres, era la misma cosa). Se habría producido un eclipse de sol que no habían anunciado los príncipes Ha y Hoyo, cuyos abuelos habían sido encargados por Ya de observar los astros y regular las estaciones. Los errores de cálculo que resultaban de la imperfección de las antiguas observaciones parecieron destruir la correspondencia entre los fenómenos celestes y el curso de los acontecimientos terrestres: Puesto que el Cielo, manifestaba con este desorden que se apartaba de la dinastía Ha, era necesario recurrir a un nuevo emperador que restaurase el orden. alterado y restableciese el acuerdo entre el Cielo y la Tierra; ¡tremenda consecuencia política de un error de cálculo de un astrónomo! (1)»

El culto imperial del cielo era el conjunto de ritos mediante los cuales el emperador aseguraba el orden, regular, social y moral, que asimismo implicaba el acuerdo con el orden natural, agrario y astronómico. El orden del cielo era también el destino del Imperio y el de cada individuo. Mediante la ritual regularidad de sus movimientos, los hombres debían imitar la inmutabilidad de los movimientos celestes. La base del edificio social era, pues, el culto imperial, del cielo por el que la sociedad humana se armonizaba con el orden celeste.

Una concepción semejante reina todavía en ciertos lugares de Asia y particularmente en Indochina, donde el jefe del Estado reconocido por el pueblo, está investido de un «mandato del Cielo» y asume los destinos, de su país en razón de la relación entre el macrocosmos y el microcosmos.

(1) René Vértelo: *La Pensée de l'Asie et l'Astrologie*, (Payot, ed.)

EN OTROS PAISES DE ORIGEN REMOTO

Mientras que en China el taoísmo se asimila la astrología y se convierte prácticamente en su representante, en la India vemos a la astrología constituir una de las raíces de las

principales filosofías, tanto del sancha, como del vaiçeshika, del jainismo y del budismo, con su doble tendencia a admitir una vida de la naturaleza y una ley de necesidad que impone a todos los fenómenos un ritmo fatal. Aparecen también concepciones astrológicas en el Yoga y en varios pasajes de los Upanishads. Al igual que la idea de filantropía de los estoicos en Grecia la aparición en la India y en China de la idea del amor universal está ligada históricamente a la expansión de la idea de la ley astronómica universal, encadenando los acontecimientos celestes y terrestres en un universo total mediante relaciones válidas para todos las espíritus.

Entre los hebreos en cambio, la astrología se consideró de esencia demoníaca, y los profetas se manifestaron enérgicamente en contra de los judíos que la practicaban. Sin embargo, fueron muchos los cabalistas judíos adheridos a su doctrina.

El monoteísmo islámico fue contrario a la astrología, de un modo semejante a como la fe musulmana fue hostil a la ciencia; pero acabó por adquirir también entre los árabes un considerable impulso. La Biblioteca Nacional y el British Museo guardan una considerable cantidad de obras manuscritas en lengua árabe relacionadas con este conocimiento.

Encontramos igualmente vestigios de la astrología en la América precolombina, donde, al parecer, ocupaba el mismo lugar que en las grandes civilizaciones del viejo mundo, en particular entre los mayas y los aztecas.

Parece, pues, claro que toda la vida de las civilizaciones antiguas ha estado dominada por la idea astrológica. En todos los continentes las leyes del cielo presiden la ordenación de la vida terrestre. Los imperios se organizan en armonía con las divisiones del cielo de modo que su estructura social refleje el orden cósmico. En todas partes los templos y los altares son una imagen del cosmos, y en México, al igual que en China, en Caldea y en Indochina (templo *de Ángor*) encontramos la pirámide de siete terraplenes planetarios, orientada hacia los cuatro puntos cardinales desde la que los astrólogos observaban los astros. El calendario no es sólo natural sino también político. Los ritos sociales forman parte de las leyes que el cielo impone a la naturaleza entera. Lo mismo sucede con *las* creencias y las costumbres. Las religiones: maniqueísmo, mazdeísmo, taoísmo, principalmente, pero también el budismo, el confucianismo y el mismo cristianismo, toman raíces en el pensamiento astrológico. Puede incluso adelantarse que la astrología se confunde, al menor en cierto estadio, con el esoterismo religioso de todas las antiguas civilizaciones, a la vez que constituye el pensamiento vivo de aquellas lejanas sociedades.

EN GRECIA

La astrología gozó de un gran auge en la civilización helénica, donde conquistó a los más grandes espíritus. Pitágoras, iniciado en Babilonia y en Menfis, contribuyó mucho a su difusión y edificó toda una filosofía sobre la armonía de las esferas. El poeta Arato, recibido en la corte de Tolomeo Filadelfo, escribe *Los Fenómenos*, versificando la obra de Euclides, que es una astrología natural. El Padre de la Medicina, Hipócrates, precisó la acción de los astros en la producción de las enfermedades, y fundó su doctrina de los «días críticos», basada en las fases de la Luna; en el capítulo del pronóstico, dice: «El mejor médico es el que sabe prevenir», y señala para ello el camino de la cosmobiología, situando al hombre y al enfermo en su universo meteorológico y sideral. Después de él, Galeno afirmará la importancia del factor astral en patología. Platón se dejó penetrar por el pensamiento astrológico en su concepción del mundo, y Aristóteles lo apoyó con su autoridad: «Este mundo está ligado necesariamente a los movimientos del mundo superior. Toda potencia, en nuestro mundo, está gobernada por estos movimientos» Platón pasará a la Historia como uno de los teóricos más grandes de la astrología, y Porfirio dará su nombre a un sistema de

división astrológica del cielo, mientras que Proco enseña este conocimiento y comenta a Tolomeo. De un modo general podemos afirmar que pitagóricos, platónicos, estoicos en especial, neo pitagóricos y neoplatónicos afirman filosóficamente la posición de la astrología. Carnéales tratará en vano de combatirla utilizando su numen contra los astrólogos. Hiparco, el grande entre los grandes de la astronomía griega, en opinión de Plinio, creía firmemente en el «parentesco de los astros con el hombre, y que nuestras almas son parte del cielo». Pero el lugar de honor recae en Claudio Tolomeo (siglo II) que reinó sobre la astronomía hasta la época de Copérnico, como ha reinado sobre la astrología hasta la época moderna. Su *Tetrabiblos* (*quadripartitum*) es una compilación de todo el saber astrológico de su tiempo; esta discutida enciclopedia había de ser traducida a todos los idiomas y serviría de programa a los astrólogos durante quince siglos. Dio impulso fundamental a la astrología europea.

Desprendida de las imágenes primitivas de los primeros pueblos, de las formas fantásticas y de los mitos de la astrología oriental, la religión astral helénica concibió unas entidades espirituales perfectas e inmortales. A esta religión astral están ligadas una cosmología de profundo pensamiento y una doctrina de correspondencias (doctrina de la simpatía universal, de la unidad del cosmos y de la interdependencia de todas las partes de este vasto conjunto) que constituyen aún hoy, los fundamentos de la astrología.

La influencia de la astrología es manifiesta en casi toda la civilización helénica. Ha señalado con su sello la tragedia de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides. Ha inspirado la obra de Homero: los *Himnos homéricos a Apolo* a Afrodita y *La Ilíada*, que refleja la religión antropocéntrica de la época. Hexodo en *Los Trabajos y los Días* se constituye también en testigo. La arquitectura y la escultura han sido ejecutadas bajo el signo de la mitología y del culto astral. El valor simbólico de la astrología figura detrás de los santuarios y templos edificadas al ídolo divino: Zeus, Poseidón, Hades...Las obras maestras más hermosas de la estatuaría ilustrarán para siempre a las divinidades astrales, que no son más que los prototipos humanos de todos los tiempos. El sueño astro-mítico de los orígenes, engendra aquí las más prestigiosas creaciones del arte y de la cultura.

EN ROMA.

Por largo tiempo la astrología fue una astrología natural, encargada de prever el tiempo y los fenómenos de la naturaleza. Se extendió después para llegar a ser una astrología de Estado, dedicada a la previsión de los acontecimientos políticos, guerras, paz epidemias hambres y hechos que afectasen a la persona de los soberanos. Vino a continuación el reinado de la astrología individual, denominada «genetliaca», que tuvo por objeto efectuar el horóscopo de cada individuo. Esta democratización se realizó particularmente en Grecia. Bajo el Imperio Romano los astrólogos degeneraron y no aparecen ya a los ojos de múltiples testigos, sino como charlatanes y lectores de la buena-ventura Sin embargo (o más bien por esto mismo) todo el mundo los consultó. Juvenal no deja de ridiculizar humorísticamente a las grandes damas de la alta sociedad romana de su tiempo, que para hacer el más pequeño acto de la vida ordinaria hablan de consultar antes con su astrólogo *Esta* decadencia acompaña, por lo demás, al envilecimiento de las costumbres de aquella civilización ya decadente.

Y, sin embargo este conocimiento tuvo aún sus letras de nobleza en aquella época. Varrón y su contemporáneo Figuras pusieron al alcance del gran público las reglas de la ciencia de los que se llamaban entonces los «matemáticos», después de haberlos llamado los «caldeos». En sus *Geórgicas*, verdadero almanaque astrológico, Virgilio pone su poesía a al servicio de la

astrología natural. El poeta Manilo canta en su *Astronómico* las bellezas del cielo y celebra la astrología como una revelación divina reservada a las almas nobles. Séneca le consagra una parte de sus *Cuestiones naturales* y cree en la influencia de los astros en nuestros destinos. Pero el astrólogo latino más importante fue Formicas Maternas (siglo IV), quien escribió ocho libros sobre astronomía y astrología; compilador de las obras orientales egipcias y griegas, constituirá el puente entre Tolomeo y la astrología occidental del siglo XVI.

Dos adversarios a señalar: Cicerón en su obra sobre la adivinación, dirá que ninguna de las predicciones anunciadas a Pompeya se cumplió, y negará que un astrólogo pueda predecir siquiera su propio porvenir. Sexto Empírico utilizará su elocuencia contra los sabios y la emprenderá en particular contra los echadores de horóscopos.

Las grandes familias romanas y los emperadores tenían, en su mayor parte, su propio astrólogo titular. Octavio se hizo anunciar un brillante destino por el matemático Neógeno, que fue el confidente y colaborador de Augusto, quien, según Sutorio tuvo tal confianza en la astrología «que publicó su tema genetliaco y acuñó la moneda de plata con el signo de Capricornio, bajo el cual había nacido». Tiberio ocupaba su ocio, en hacer temas y en hacerlos erigir. Se dice que ciertos contemporáneos tuvieron que lamentarse por sus conocimientos astrológicos, pues hacía caer las cabezas de aquellos que, a la vista de su tema natal, podían amenazar su posición. Es sabido que hizo precipitar en el mar desde lo alto de la roca sobre la que estaba su residencia, a los astrólogos cuyas predicciones le parecían sospechosas. Agripina hizo levantar el tema de Nerón, que reveló su furor matricida. Otón, Vespasiano y Domiciano tuvieron también sus astrólogos. Tito tenía conocimientos en la materia, y Marco Aurelio fue el protector de sus consejeros. Séptimo Severo y Alejandro Severo fueron adeptos; este último protegió la ciencia y fundó escuelas con bolsas para estudiantes. Los César utilizaron también astrólogos, pero no se privaron *tampoco* de perseguirlos. Al *fin* de su reinado, Augusto prohibió toda clase de adivinación, y Diocleciano promulgó un severo edicto: «Es de interés público que se aprenda a ejercer el arte de la geometría, pero el arte de las matemáticas es condenable, y queda absolutamente prohibido». Constantino dulcificó finalmente esta prohibición y no condenó más que los abusos.

ENTRE LOS ARABES.

En la Edad Media, en una época en que la astronomía y astrología, estaban abandonadas en Europa, los judíos y los árabes fueron los depositarios de los procedimientos de adivinación. No obstante, la escuela de Salerno dio un esplendor sin precedentes a la astrología médica; el *Pasionaria*, de Guarimpotus, de tradición greco-latina y el poema zodiacal *Flas medicina* o *Régimen sanitas salernitarum*, penetraron por todas partes e influyeron en millares de médicos.

Sabemos que los árabes, a partir de un momento determinado, valoraron de un modo particular el arte de los astros. Vemos a los grandes nombres de la astronomía árabe hacer entrar dignamente la astrología dentro de su actividad; recogen la antorcha de los caldeos y de los matemáticos.

Al-Vinazas escribe las Flores de la *Astrología*, las mismas que habían crecido en Egipto y en Grecia. El gran Albategnius, el más famoso de los astrólogos árabes, redacta un *Tratado de las ventajas de la astrología* y funda un sistema de división astrológica de la esfera, terrestre. Alfarais el filósofo, y los astrónomos Ali-Ebn-Younis, Alboronia, Ibn Esta, Hay, Almanzor, etc., escriben y exponen diversos métodos técnicos. Aberrees no hará sino estudiarla.

Pero, al igual que la astronomía, la astrología no progresa sensiblemente durante este período (siglos IX-XII); incluso se hundirá en la mentalidad mágica de las recetas y de la superstición.

LA IGLESIA.

Un movimiento tan importante como la astrología no ha dejado de preocupar a la Iglesia y a sus representantes. Por lo demás, el cristianismo queda marcado por ella desde su nacimiento. ¿No se celebra la Natividad del Señor en el solsticio de invierno y a media noche, momento del año en que el Sol está en lo más bajo, símbolo del nuevo ascenso de la luz? La fecha de la pasión y resurrección fue fijada por la Iglesia hacia el equinoccio de primavera en un domingo, día consagrado al Sol; y los cristianos de los primeros siglos oraban vueltos hacia el Este, hacia el sol levante.

San Dionisio Areopagita, el primer obispo de Atenas, bañado de platonismo, admite la astrología, así como San Cesáreo y San Jerónimo, el cual es muy explícito: «Me callo sobre los filósofos, los astrónomos, los astrólogos, cuya ciencia, muy útil a los hombres, se afirma por el dogma, se explica por el método y se justifica por la experiencia.»

San Agustín ha consagrado a la astrología unas treinta páginas de sus *Confesiones* (libros IV y VII) y de *La Ciudad de Dios* (libro V). La admitió o, más exactamente, creyó en ella durante su juventud y se liberó luego de esta creencia para combatirla. Aduce varias razones para este cambio: el destino de los reinos y de nuestra vida dependen de la voluntad de Dios y no de la posición de los *astros*. Considera la astrología contraria a la observación de los hechos, perjudicial al culto de Dios y nefasta, pues anula el poder de la voluntad divina, haciéndola responsable de los crímenes de los hombres. No obstante deja prudentemente la puerta abierta: «...No sería totalmente absurdo decir que ciertas influencias astrales tienen poder sobre las variaciones exteriores del cuerpo... Pero que las voluntades del alma dependan de la situación de los astros, eso no la vemos.»

Ciertos concilios colocarán incluso la astrología entre las ciencias malditas, como la magia y la nigromancia. Se reprochará siempre a la astrología, en mayor o menor grado, de practicar la adivinación, es decir, de tener la pretensión de conocer con certeza, los pensamientos considerados como los más secretamente inviolables de los individuos, eran los acontecimientos futuros que dependen, únicamente de actos total o parcialmente libres. Sin embargo el tema del antiguo Destino (la Moira) reaparecerá en la predestinación cristiana, como por ejemplo en *La vida es sueño*, de Calderón, sacerdote católico y autor de obras religiosas.

Alberto Magno volverá a emprender el estudio de la astrología y la hará conocer a Santo Tomás de Aquino, y será este gran teólogo de la Iglesia de Occidente quien, revisando la posición de San Agustín sobre la creencia entre los representantes de la Iglesia, producirá la obra más explícita sobre la creencia en la influencia astral. En la *Suma* Tomás de Aquino admite que también los caracteres están determinados por los astros: «Las impresiones que producen los cuerpos celestes pueden extenderse indirectamente a las facultades intelectuales y al poder volitivo del mismo modo que éstas están bajo la influencia de las funciones orgánicas. Sin embargo, esto se aplica menos a la voluntad que a las facultades de la mente, porque la inteligencia acepta necesariamente una impresión de los sentidos, mientras que la voluntad no sigue necesariamente *las inclinaciones* y los apetitos inferiores.» Invoca el antiguo adagio: *Sapiens domina tur astros* e incluso admite que «el conocimiento de las causas permite hacer previsiones, gracias a la relación natural que liga los efectos a las causas». Tiene cuidado de añadir que el pronóstico de acontecimientos naturales, que deban necesariamente derivar de la posición de los astros, no está prohibido, sino permitido. No es adivinación, sino sabiduría y ciencia.

Veremos a los papas León III, Silvestre II, Honorio III, Urbano V, amigos y protectores de los astrólogos, y el Concilio de Trento prohibirá la astrología individual, aunque

autorizando la astrología natural.

La Iglesia Católica no ha sido nunca adversaria por principio de la astrología, pero se ha reservado, bastante legítimamente, respecto a sus practicantes.

CONQUISTA DEL OCCIDENTE

A partir del siglo XI le está reservada a la astrología una gran prosperidad.

Dante ha quedado fuertemente impregnado por ella. *Divina Comedia* es una epopeya cosmológica fiel a sus principios. El «doctor admirable» Rogerio Bacón la conoce muy bien. Alfonso X, rey muy erudito, aprende este conocimiento de Alcalizo y hace construir las «Tablillas Alfonsina» de doble uso, astronómico y astrológico. Campano da su nombre a una teoría de la esfera astrológica, y el cardenal Pedro de Allí se sitúa como gran astrólogo. No podemos citar a todos los que les acompañan, les preceden o les siguen: Stoeffler, que predijo un diluvio universal para 1524, de Novara, Schroeder, Fenal, Agripa, etc.

Mención especial merece Páraselos, médico, astrólogo y alquimista, cuyos descubrimientos en todos los dominios de la Medicina son prodigiosos y a quien numerosos médicos colocan como hito entre Hipócrates y Harnean. El «médico maldito» pretende curar los males utilizando el simbolismo astrológico; su concepción hermética de la astrología le hace un gran teórico, dentro de la escuela de Platino, que ejerce una influencia decisiva sobre los astrólogos actuales,

El gran astrónomo Johannes Meller, llamado *Regiomontanas*, fue también un gran astrólogo, al que se vinculó el rey de Hungría, Matías Corvino. Su nombre va asociado a un sistema de división astrológica del cielo. Anunció, con más de tres siglos de anticipación, un gran terror para 1788.

Lucas Gatica, profesor de matemáticas en Ferrara, debió a la astrología el ser obispo. Fue el protegido de los papas Julio II, León X, Clemente VII y Pablo III. Catalina de Médicas le pidió el horóscopo de Enrique II. Es autor de una importante obra que, contiene cerca de doscientos temas de contemporáneos suyos.

Pico de la Mirándola será uno de los raros negadores de la época.

Copérnico estuvo toda su vida ganado para la astrología según los documentados estudios del profesor L. A. Birkenmejer, de la Universidad de Cracovia (1). Es verdad que no levantó temas, como hicieron Galileo y Héller. Sin esta creencia no hubiera confiado el manuscrito de su *De Revolutionibus orion coelestium* a un astrólogo apasionado, Réticas quien lo copió y lo dio a la imprenta. Este astrólogo hizo el primer informe sobre la doctrina de Copérnico (*Prima narrativo* 1540). Tras la descripción del movimiento de apogeo del Sol, dio un comentario astrológico relativo a una relación entre la excentricidad y los destinos de los Imperios. Nunca habría osado Réticas mencionar esta teoría de astrología mundial si no le hubiera sido sugerida por su maestro.

Jerónimo Cardán fue un fanático de la astrología. ¡Se dice incluso que se dejó morir de hambre para justificar el pronóstico de la fecha de su muerte!

Miguel de Nortéame (llamado *Mostráramos*, 1503-1566), es el más célebre de los astrólogos el profeta immortalizado por sus *Centurias*.

*Le Lyon jeune le vieux surmontera,
En champ belliqueux par singulier duelle,
Dans cage d'or les yeux lui crèvera.
Deux payes s'une, pour mourir mort cruelle*

Esta singular cuarteta fue relacionada con la muerte de Enrique II, y *Mostráramos* conoció al punto la gloria; Catalina de Médicas lo hizo llamar a su corte y fue médico ordinario del

rey. ¿Es *Mostráramos* un astrólogo? Nada menos seguro; el uso que hace de los símbolos celestes nada prueba, puesto que no hace mención alguna de fechas. Lo que fue probablemente, es un gran vidente y al propio tiempo un malicioso: ¿no puede verse todo esto en sus cuartetas herméticas, que cada exegeta interpreta a su modo o manera?

Mí como Calvino es uno de los más encarnizados despreciadores de la astrología, Melanchthon halla tiempo para interesarse en ella e incluso para traducir y comentar a Tolomeo. Salegar, Levitaos Muestran, Magina, Fluid, Woolf,, no se terminaría de citar a todos los astrólogos entre las celebridades de esta época. Las obras más importantes son las de Eger Furrier y las de Francisco Juntan, superior de la Orden de los Carmelitas, que publicó dos mil quinientas páginas sobre los conocimientos de aquel tiempo.

Esta es, por lo demás, la edad de oro de la astrología. Jamás existió un soberano más imbuido de astrología que Catalina de Médicas. Puso a prueba sucesivamente a Guari, *Mostráramos*, Furrier, Juntan y el famoso Rugiera, personaje oscuro y sospechoso, preparador de talismanes, practicante de la magia negra, experto en la fabricación de venenos... Uno se pregunta si no compartió el lecho de Catalina en el castillo de Chamón, donde sus dos habitaciones eran contiguas. La reina le hizo construir un observatorio, la torre del palacio de Sisonas, reemplazado ahora por la Bolsa de Comercio, Todos los Médicas fueron ávidos de horóscopo, pero ciertamente, y según nadie ignora, no los únicos.

Carlos V llamado *el Sabio*, fue un admirador de la astrología hizo edificar para su astrólogo una casa que denominó «Colegio del maestro Gervasio». Luis XI tuvo a Galeota. Se cuenta que, descontento de su servicio, quiso hacerla ejecutar y le dijo: «Vos que leéis tan

bien en el porvenir, ¿podríais decirme en qué época moriréis? - «Señor, respondió el psicólogo Galeota, mi ciencia no me permite precisar esta fecha : todo lo que sé es que moriré

(1) Debemos todas las informaciones referentes a los grandes astrónomos a la amabilidad de M. .Michelin Knappich. director de biblioteca en Viena. quien acaba de terminar una docta historia de la astrología, la primera escrita por un pensador astrólogo

tres días antes que Vuestra Majestad» Salvé su vida con un «¡ Id en paz!... » Al nacer su hijo Luis, Enrique IV hizo levantar su tema; tras la muerte de su padre, convertido en rey bajo el nombre de Luis XIII, fue llamado *el Justo*, porque se hallaba bajo la influencia del signo de la Balanza (Libra).

El gran Tycho-Brahe fue un astrólogo convencido. Su curso público de astronomía en Copenhague fue una apología inteligente de este conocimiento, en el que lamentaba encontrar demasiados incrédulos. El emperador Rodolfo II, que interpretaba por sí mismo los temas, le hizo llamar a su lado y le hizo calcular las «Tablas redefinidas», que Meller continuaría. Sin embargo, fue, realmente, más teórico que práctico.

De aquí pasamos al legislador del cielo Johannes Meller, uno de los mayores genios de la humanidad y uno de los más grandes astrólogos, el creador de la astrología moderna. Lamentan los adversarios que este gran hombre haya suscrito la especulación y la práctica astrológica. Ya es sabido que los sabios no son las personas más desapasionadas y serenas. Estos adversarios manchan la memoria de Meller al decir que no creía en sus horóscopos, obligado como estaba, para vivir, a vender predicciones a reyes ingenuos, víctima en suma de los prejuicios de su tiempo. Tan mala fe es escandalosa. ¿Un espíritu dotado de tanta perseverancia para la búsqueda de la verdad, haciendo astrología sin creer en ella? ¿Un innovador que acababa de destruir los sistemas de sus predecesores, cediendo a los prejuicios

¿de su época? La verdad es que Meller combatió siempre la astrología vulgar y maltrató sin piedad a los astrólogos de la época. Pero ¿por qué anunció su tercera gran ley astronómica en la *Harmonía Mundo*, que es su obra astrológica y filosófica? ¿Por qué escribió tanto sobre astrología?. Por que hizo indagaciones técnicas y aportó nuevos factores (los aspectos de Meller) a la interpretación astrológica? Sus horóscopos son evidentemente los de un sabio que sabe lo que dice y que ha observado mucho. Pensamos particularmente en la interpretación detallada que dio del tema de Wallenstein, el héroe de la guerra de los Treinta Años. Se encuentran además notas al margen, de puño y letra del propio Wallenstein, que demuestran que casi todos los pronósticos de Meller habían resultado exactos. No predijo la muerte del gran soldado, pero la fecha en que terminan las predicciones coincide con el fallecimiento de este último. En cuanto a las teorías personales de Meller, que estudiaremos más adelante, son de la mayor importancia. Depuró notablemente la tradición astrológica, rechazando datos sospechosos, mostrando incluso un gran escepticismo sobre el que se basan los detractores de la astrología. Pero sabía lo que decía; hizo prevalecer los aspectos planetarios en la interpretación (posición mantenida ahora) y juzgó que si un día debía negar una gran parte de la tradición conservaría por lo menos los aspectos. Afirmó siempre sus opiniones sobre las cosas que se había molestado en comprobar y terminó por declarar: «Veinte años de estudios prácticos han convencido a mi espíritu rebelde de la realidad de la astrología».

Ante tantas certidumbres era forzoso inclinarse, y por ello la última tesis de los adversarios, particularmente de uno de los más recientes, M. Códéc, la de admitir, que al fin de su vida ya no creyó en nada. Desgraciadamente, Meller añadió a las «Tablas Redefinas» una *espórtula genetliaca* (instrumento para uso de astrólogos) y en una carta a su amigo Berenguer, el 2 de octubre de 1627 (tres años antes de su muerte) declaró que estas tablas permiten calcular rápidamente *tematiza et direcciones*. Ya es hora de que cese una injusticia partidista e injuriosa frente a uno de los hombres más grandes de la humanidad.

La última gran figura de la astrología es Juan-Bautista Morín <1585-1656>, médico y profesor de matemáticas en el Colegio de Francia. Fue, después de Meller, el fundador de la astrología moderna, y dejó una extensa obra en veintiséis libros: la *Astrología Gallico*. Erigió el tema de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, de Wallenstein, de Cinq-Mars, y predijo su muerte violenta. Rochelee no desdeñó consultarle. Después de éste, Nacarino lo concedió una pensión que le fue pagada regularmente. Fue designado por Rochelee para erigir el horóscopo del infante que Ana de Austria va a traer al mundo. El 5 de septiembre de 1638, situado en la terraza de Saint-Germán, observaba el ciclo continuamente hasta que una señal partida de la cámara real le avisó del primer grito del futuro Luis XIV. Fue a las 11 horas 11 minutos (hora solar) que sobrevino este acontecimiento. Anteriormente, Morín había hecho a María de Médicas una previsión exacta referente a Luis XIII, y conservamos una medalla representando en una de sus caras al rey Luis XIII y en la otra el horóscopo de Luis XIV, levantado por el llamado «más grande astrólogo francés».

Según documentos del profesor A. Cavaró, está demostrado que Galileo mantuvo siempre un interés constante por los problemas astrológicos, sin dedicarse, no obstante, a la práctica de este arte. A su discípulo Paolo Diño declaró que la teoría de Copérnico «no podía debilitar lo más mínimo los fundamentos de la astrología».

A pesar de estas posiciones, no tardó en dibujarse una invencible declinación. A partir del siglo XVIII la astrología ya no encontrará la adhesión más o menos generalizarla de los sabios, y los astrólogos se hallarán aislados y serán cada vez más raros; citemos todavía a D, Fabricaos, Bouillaud, Cunita, Malvasia, Kirchner, Bordin... Por lo demás, ya Morín hubo de defenderse contra los ataques de Ascendí.

El gran Newton declara, al matricularse en Cambridge, que quiere estudiar matemáticas a fin de ver qué hay de fundado en la astrología, Ignoramos el resultado de este examen, pero

sabemos que jamás publicó nada en contra de ella. Debía creer en la influencia de los astros, puesto que respondió a Halley, que manifestaba ciertas dudas a este respecto: «Yo he estudiado el asunto, usted no.» Con todo, esta declaración ha sido discutida y no puede servir de prueba.

En cuanto a Leibniz, considerará a la astrología como una simple ilusión. Por lo tanto, permitirá, en su calidad de presidente de la Academia de Berlín que el almanaque oficial contenga las previsiones astro meteorológicas así como tolerará que los funcionarios del observatorio eleven temas para los personajes ilustres.

Las declaraciones de Leibniz y las de J.-D. Casina, a final del siglo XVII, aportan el signo más evidente de esta decadencia; Casina declara que solamente la astronomía merece interés; mientras tanto es un partidario secreto de la astrología.

Enrique de Boulainvilliers escribió mucho, pero no supo mostrarse buen profeta; otro signo de declinación. Sufrió los sarcasmos de Voltaire de quien había previsto la muerte a los treinta años: «He tenido la mala suerte, dice el filósofo en 1757, de engañarle ya a los treinta años, por lo que le pido humildemente perdón.»

Sin embargo, Pingaré estudiará todavía astrología. ¿Se dedicó también Emular a la práctica de la astrología? Lo hace pensar este pasaje del Elogio del gran matemático de Basilea que Condorcito puso al comienzo de las *Cartas de Emular a una princesa de Alemania*: «Su erudición era muy extensa; sobre todo en la historia de las matemáticas. Se ha pretendido que llevó su curiosidad hasta instruirse en los progresos y las reglas de la astrología, y que incluso había hecho de ella algunas aplicaciones; no obstante, cuando en 1740 se le ordenó hacer el horóscopo del príncipe Iván replicó que esta función pertenecía a M. Graf, quien, en calidad de astrónomo de la corte, se vio obligado a desempeñarle» Bode, que dirigió durante cincuenta años el Observatorio de Berlín, se ocupó de la cuestión hasta el punto de traducir y comentar la importante obra astrológica de Tolomeo.

Otra forma de declinación va ligada a lo que se podría llamar la mundialización de la astrología, en -manos de personajes más o menos charlatanismos, como Calostro, ilustrado por Dumas en su José Bálsamo, y el conde de Saint-Germán.

De todos modos la astrología no pierde enteramente sus derechos, puesto que en siglo XIX vemos al gran Goethe proclamar su fe en la ciencia de los astros. En *Poesía y Verdad*, (cap. 1) declara:

«Vine al mundo en Fráncfort del Maine el 28 de agosto de 1749 a la duodécima campanada del mediodía. La constelación era favorable, el Sol se hallaba en el signo de Virgo; Júpiter y Venus estaban en buen aspecto con él; Mercurio no era desfavorable, Saturno y Marte eran neutros; sólo la Luna, llena aquel día, ejercía la fuerza de su reverberación, tanto más potente cuanto que su hora planetaria había comenzado, Ella se opuso pues a mi nacimiento hasta que *esta* hora hubo pasado. Estos buenos aspectos, altamente apreciados más tarde por los astrólogos, serán sin duda la razón por la que resté en vida, ya que, por la torpeza de la partera, se creyó que estaba muerto al venir al mundo, y sólo después de numerosos esfuerzos vi la luz.»

Es evidente que él mismo fue un avisado astrólogo, como confirma en otro lugar:

*Depuis le jour où tu descendis sur terre
Alors que le soleil les planètes
Tu as sans cesse prospère
Selon la loi à laquelle tu t'es soumis
C'est bien ainsi que tu dois être
Car tu ne peux te fuir toi-même
C'est ainsi que parlèrent sibylles et prophètes
Et, ni temps, ni puissances ne peuvent détruire
Une forme incarnée qui se développe en vivant.*

(Urworte Orphiseh. Denton.)

Nadie podría decir mejor que Balzac: «La Astrología es una ciencia inmensa que ha reinado sobre las mayores inteligencias.»

LA CONDENACION.

El repudio de la astrología es un fenómeno complejo que merecería un profundo análisis. Tiene sus raíces en la condenación del sistema geocéntrico de Tolomeo, del cual es una aplicación la carta del cielo astrológico. Copérnico hace «descender de posición a la Tierra» al hurtarle su lugar central en el universo para situarla en el rango de un simple planeta. En el momento en que Héller enuncia sus dos primeras leyes Galileo apunta su primer anteojito hacia el firmamento el sistema heliocéntrico de Copérnico destrona definitivamente el de Tolomeo. Es satisfactorio constar que las convicciones astrológicas de estos autores no se debilitaron en absoluto. Lo hemos visto con Copérnico y Galileo; Héller proporciona todas las explicaciones en su *Tortis intervienen*, tesis 40. Ya Pitágoras, que introdujo la astrología en Grecia, enseñaba la esfericidad de la Tierra y la del Sol; explicaba a sus discípulos que los planetas y la Tierra giran alrededor del Sol, que la Tierra gira sobre sí misma, que las estrellas esparcidas por el cielo son otros tantos soles... Estas consideraciones astronómicas «heliocéntricas» no modificaron para nada la técnica geocéntrica de la astrología. Pitágoras, Héller y sus discípulos saben todos ellos que si deseamos estudiar una supuesta influencia del medio cósmico sobre nosotros los terrestres, es preciso que consideremos la configuración del sistema solar según la perspectiva geocéntrica, del mismo modo que, *matatús mutandis*, aplicaríamos un sistema «crono céntrico» si habitásemos Saturno. Sólo un desconocimiento profundo del espíritu de la astrología pudo hacer que sus fundamentos se declararan falsos por el hecho de que reposa en una concepción astronómica errónea.

En verdad, esta falsa interpretación debe ser atribuida a todo un movimiento de opinión. Si tuvo tan gran resonancia que perduró hasta el siglo XX, es porque respondía a una actitud general del pensamiento científico, con tendencia a una conquista extrovertida del mundo. La aparición de la lente desvía al astrónomo de la especulación astrológica para alimentar su curiosidad del cielo y sus misterios. Tampoco podía ser cuestión de mirar una carta del cielo para seguir la evolución de un enfermo. Estamos en la época de Pascal, de Torcerla, de Malpighi, de Bernabé. Los descubrimientos de los glóbulos sanguíneos, de los espermatozoides, del óvulo, aclaran un buen día los misterios de la vida, y desde entonces se tratará de observar el interior del hombre y no de seguirlo en el macrocosmos, que es exterior a él. Nos desviamos del ciclo para conquistar la tierra. Bajo este impulso activo y constructivo de la ciencia, los filósofos proclaman la libertad del hombre en el seno del mundo: el hombre es libre en su voluntad y sus pensamientos, y el velo de fatalidad cósmica que le envolvía como una túnica de Neso es por fin desgarrado... Ciertamente más tarde será preciso desistir, cuando renazca de nuevo la astrología, y el psicoanálisis se encargue de poner las cosas en su punto. Entre tanto, el rechazo de la astrología es menos el reconocimiento de un error, que aún falta demostrar, que el hecho de una nueva orientación general del espíritu dirigiendo el esfuerzo intelectual en una dirección opuesta.

Todo se junta. Con ocasión de los enseñamientos de la famosa Brinvilliers, algunos astrólogos fueron sospechosos y no escaparon a una pena solicitada por el severísimo La Reine, el célebre lugarteniente de la Policía real, y a los terribles arrestos y suplicios de la llamada Cámara Ardiente.

El gran golpe se da en 1666, en que Calvert funda la Academia de las Ciencias; prohíbe expresamente a los astrónomos ocuparse de astrología, y éstos cesan la práctica. para no

perder los beneficios de prestigio anexos a quienes tienen el honor de pertenecer a la docta asamblea. De un golpe se consuma la ruptura entre las dos hermanas: la astrología es abandonada, renegada, pero sin que se haya bebido su proceso científico. Se buscará en vano la menor pieza, la menor prueba que justifique científicamente esta prohibición. Lo único que existe es un pensamiento científico que vuelve la espalda a la antigua práctica y que, de este hecho, prefiere una condenación de principio. Todo el problema consiste en que ésta se ha convertido con el tiempo, sin que se hayan aportado nuevos datos, en una condenación absoluta y definitiva.

Por esta razón esta reprobación no se produce sin dejar cierto molestar, es decir una verdadera «mala conciencia» en los astrónomos, y como siempre esta mala conciencia intentará salvarse de sí misma al precio de todos los excesos. Una verdadera «tradición» se establecerá en la corporación de los astrónomos, donde la pasión hará decir que la astrología es una peste negra la más lamentable aberración del espíritu, la más terrible enfermedad de la naturaleza humana... Cada historia de la astronomía está llena de reproches, de críticas, de lamentos, de burlas, en todo lo que se refiere a los astrónomos-astrologos. Cada astrónomo dirá el mayor mal de la astrología, pero ninguno buscará jamás verificarla, cosa que sólo puede hacerse mediante estadística; cada uno se basaría únicamente para negarle, en el hecho de que muchos otros ante, que él han proclamado lo que él proclama, con una absoluta ignorancia de lo que así se niega.

La inhumación de la astrología ha tenido, pues, lugar, bajo el signo del cartesianismo científico y filosófico. El zoísmo Descartes es, por lo demás, el símbolo de este cambio.

Admitió durante cierto tiempo la verosimilitud de la hipótesis astrológica y escribió un día al P. Marcene: «Me he vuelto tan osado que me atrevo ahora a buscar la causa de la situación de cada estrella fija. Pues, aunque aparecen muy irregularmente esparcidas acá y allá en el cielo, no dudo sin embargo, que haya entre ellas un orden natural, que es regular y determinado.

El conocimiento de este orden es, habremos de convenir, la clave y el fundamento de la más alta y perfecta ciencia que los hombres pueden poseer tocante a cosas materiales, puesto que por su medio se podrían conocer *a priori* todas las diversas formas y esencias de los cuerpos terrestres, mientras que sin ella hemos de contentarnos con adivinar-las a posteriori y por sus efectos» (t. 11, carta 67 Ballet, t. 1, p. 234).

Pero, un tiempo más tarde, cambió de sentimientos. En su *Vida de Descartes* Ballet declara: «El mismo nos ha hecho saber el día exacto de su nacimiento por la insistencia que puso en borrar al pie de un retrato estas palabras:

Natus ultimo Martii 1596, porque dice él terna aversión a los que hacían horóscopos, a cuyo error parece que uno contribuye cuando publica el día del nacimiento de cualquiera» (t. I, p. 8).

Finalmente, conviene recordar, en su *Discurso del método*, la condenación es formal: «Respecto a las malas doctrinas, creo conocer ya bastante lo que valen para no estar más sujeto a equivocarme, ni por las promesas de un alquimista, ni por las profecías de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios ni la vanagloria de alguno de esos que hacen profesión de saber más de lo que saben» (1).

El ataque a general. Es La Fontaine quien nos da una imagen ingenua del astrólogo que se deja caer tontamente por su propio peso al fondo de un Pozo y lanza el famoso apóstrofe:

*Astrólogos, charlatanes, elaboradores de horóscopos,
abandonad las cortes de los príncipes y de Europa.*

Molière la emprende con los médicos, boticarios y astrólogos y «electores de horóscopos, quienes, por sus predicciones engañosas, se aprovechan de la vanidad y de la ambición de los

espíritus inocentemente «crédulos» (*El amor que cura*).

En el siglo de las luces, el combate es decisivo, la exterminación radical. Diderot dice lo que piensa de la astrología en *La Enciclopedia*, en el artículo «Caldeos». Pero su conclusión no queda menos matizada, a juzgar por este texto relativo a la palabra «astrólogos» «Aunque se convenga que a consecuencia de la relación que necesariamente existe entre todos los seres del universo, no sería imposible que un efecto relativo a la felicidad o infelicidad del hombre debiera necesariamente coexistir con algún fenómeno celeste, de suerte que dado el uno, resulte o siga el otro siempre infaliblemente ¿se puede tener jamás tan gran número de observaciones que permita mantener alguna certidumbre? » Sigue un razonamiento sobre esta última proposición, ya caducada ahora que conocemos el cálculo de probabilidades.

Pero el adversario más tenaz fue Voltaire, quien, en este dominio como en muchos otros, se mostró sarcástico. En su *Diccionario filosófico*, tras haber manejado hábilmente las objeciones corrientes sin detenerse positivamente en ninguna de ellas, se extiende más largamente en algunas anécdotas divertidas, intentando, según el procedimiento que él más apreciaba, ganar su causa colocando a su lado, ante todo, a toda la gente jovial.

Comte sólo hablará de las «atrayentes quimeras de la astrología», sin hacer de ellas un examen verdaderamente positivo.

Unanimidad, entre los astrónomos, en la negación integral y la incomprensión total.

Lalande declara: «He hecho observar, hablando de la astrología, cuánto debía satisfacernos el haber perfeccionado la astronomía hasta librar a los hombres de esta miserable imbecilidad de la que fueron tanto tiempo juguetes»...(*Astronomía*, 1, prefacio). Para Balli «es la enfermedad más larga que ha afligido a la razón humana se le reconoce una duración de más de cincuenta siglos. No es ciertamente la enfermedad de todos los tiempos ni de todos los espíritus pero es incurable. Sus accesos sólo ceden para reaparecer, se debilita por los progresos de la luz; desaparece cuando la luz es universal; pero si la luz sufre algún eclipse, la astrología resurge, tan osada en vender sus imposturas como feliz de autorizarlas» (<*Historia de la Astronomía Antigua*). El mismo son de campana en Arango:

(1) En este mismo *Discurso* Descartes despreciará su método experimental para juzgar la astrología, así como el descubrimiento de Nancy sobre la circulación de la sangre.

«La astronomía ha disipado mil prejuicios. Ha cambiado y reducido a la nada a la astrología judicial, e incluso a astrología natural.. Bastaría sacar a colación algunos de los hechos absurdos y vergonzosos registrados en los anales de la astrología en presencia de los resultados magníficos a los que ha llegado la astronomía, para demostrar de una parte las debilidades del espíritu humano entregado a la sola imaginación, y de otra el poder de la inteligencia del hombre que sólo se mueve apoyándose en la observación rigurosa.»

Inútil recurrir al testimonio de D'Alembert, Laplace y los otros. Lalande resume muy bien la opinión de todos ellos: «El hombre, llevado por las ilusiones de los sentidos a considerarse como el centro del universo, se convence fácilmente de que los astros influyen sobre su destino y de que es posible prever éste por la observación de sus aspectos en el momento de su nacimiento. Este error, querido por su amor propio y necesario a su inquieta curiosidad, es tan viejo como la astronomía: se ha mantenido hasta el fin del penúltimo siglo, época en la que el conocimiento, generalmente difundido, del verdadero sistema del mundo, la ha destruido sin retorno.» (*Exposición del Sistema del Mundo*, Segunda edición, año VII, p. 292).

Sin embargo, es preciso rendirse a la evidencia: la astrología no ha muerto.

CAPITULO II

EL RENACIMIENTO

Deformada por la pasión, el retrato de la astrología fluctúa en la historia: «Diosa espiritual», «reina de las ciencias». «hija loca de la astronomía». «vieja prostituida»... Su última palabra no ha sido dicha.

Es un hecho que la astrología está en pleno renacimiento; goza del favor del público y del interés de muchos espíritus cultivados. Gana cada vez más terreno.

Pueden darse dos explicaciones a esta renovación contemporánea.

UN CLIMA PSICOPATOLÓGICO.

Para los adversarios racionalistas la cuestión es sencilla. La admiración exagerada de que goza la astrología participa de este retorno a lo irracional en el que estamos hundidos desde el comienzo del siglo actual. Este retroceso del espíritu, acompañado de un despliegue de las supersticiones, es inherente a la inseguridad en que vive el mundo moderno. Las personas se ven atropelladas en él por la agitación cada vez más febril de la existencia, traumatizadas por las guerras y las revoluciones, afectadas por un mundo en el que se sienten cada vez más extrañas. Desde entonces se refugian en las zonas de retirada de su vida psicológica. donde reinan sus sueños, sus sentimientos al margen del mundo. Abdican de su sentido crítico, de su lógica y de su razón; instalados más o menos en los mitos y los sueños de su infancia, tienen sed de maravillas y están prestos a aceptar todas las quimeras que se les presentan. La astrología se esfuerza en predecir el futuro: y es precisamente a esta necesidad de conocer el porvenir que se aferran las personas presa de este malestar de inseguridad que es propio de todas las épocas turbulentas: «saber», sobre todo si unos charlatanes, saben hábilmente eximir la esperanza y adular las necesidades más ocultas; «saber» que evita el sufrimiento de la espera, de la incertidumbre, de la duda. La esperanza del conocimiento del futuro nos sitúa en la confianza y la tranquilidad. Esa es una profunda necesidad del ser humano, del alma angustiada; ¿qué pueden contra ella las llamadas de la razón? ¿Cómo evitar que, desde este momento, ante las angustias de la vida, el astrólogo no aparezca engalanado con un prestigio mágico y todopoderoso sobre la debilidad humana?

Esta explicación está plenamente fundada, pero es algo insuficiente. Justifica la admiración popular exagerada, el escándalo de los monopolizadores de horóscopos, de los corresponsales siderales, del horóscopo de prensa y de otros traficantes de estrellas. Pero queda por explicar el impulso de búsqueda desinteresada que anima un verdadero «movimiento astrológico», cuyos simpatizantes provienen de todos los medios intelectuales, con la mira de dar *solución al problema de la astrología*.

UNA NUEVA DIMENSION DEL UNIVERSO.

Para nosotros es necesario, pues, buscar la explicación más lejos.

El «fenómeno astrología» es un proceso social que se integra en un proceso histórico más general, en unión con la revolución científica y cultural a la que asistimos desde hace medio siglo. En efecto, en el momento de la exhumación de la astrología, durante los últimos años del siglo pasado, se produce una agitación del espíritu científico. El universo adquiere de improviso nuevas dimensiones, con la extensión desmesurada del dominio de las ciencias. Un nuevo soplo circula sobre el planeta y los descubrimientos de la época tienen un carácter

realmente sensacional que hacen retremblar las nociones fijadas por la razón. Descubrimiento de los rayos catódicos, de los rayos X, de las radiaciones (ultravioleta e infrarrojas), de las ondas eléctricas, de la T. S. H., de la radioactividad, del electrón y del átomo, de los microbios y los virus, de los rayos cósmicos.... Mientras lo infinitamente pequeño es explorado en todos sentidos, telescopios gigantes descubren el universo de las nebulosas. En el momento en que uno se dispone a conquistar el cielo y en que el primer submarino explora el fondo de los mares, el psicoanálisis edifica un método, de sondeo de las profundidades de la vida psíquica. En filosofía, Bergson sitúa el papel de la intuición en el centro del conocimiento, mientras la fenomenología trascendental ve la luz y reflexiona sobre todos los problemas del cartesianismo. En las artes, el simbolismo da a la experiencia poética un carácter iniciático y abre la puerta al dadaísmo, y luego al surrealismo. En la ciencia la mayoría de los descubrimientos están en completa contradicción con los principios admitidos, los mismos sabios están desorientados. Esta crisis de crecimiento aturdidor de la época de 1900 no señala más que un comienzo. La crisis profunda estalla con la teoría de los cuanta, la relatividad y la mecánica ondulatoria; se declara al universo en expansión y una locura alquimista tan disparatada queda demostrada: la unidad de la materia. ¡Qué lejos se está de las tranquilas certidumbres de los LaGrange, de los Laplace, de los Comte! Geometrías no-euclidianas, medida no-arquimediana, mecánica no-newtoniana, física no-maxwelliana, epistemología no-cartesiana... La ciencia tradicional parece desmoronarse y es incluso declarada en bancarota; ha sido sobrepasada y esta revolución deja un evidente malestar.

El principio de la incertidumbre de Heidelberg permite a algunos hablar de indeterminismo corpuscular. Se pone en duda la objetividad de las matemáticas. Se ensaya fundar nuevas lógicas. De ello resulta un desquiciamiento que se puede comparar al del mundo: estamos en plena incertidumbre del pensamiento científico, que busca aún asimilar todo el nuevo saber, y ya se piensa completar el principio de la causalidad por el del sincronismo.

Esta revolución constituye un remolino capital de la humanidad. Es evidentemente una crisis de subjetivismo y de irracionalismo, en la medida en que los marcos de un racionalismo estrecho estallan un poco en todos los sentidos, impotentes para abarcar las nuevas adquisiciones y abrirse a nuevas perspectivas. Existe en este universo actual como un inconsciente que sólo pide volverse consciente y a menudo lo irracional no es más que un aspecto del mundo no integrado o incluso rechazado y reprimido por el pensamiento racional, pero que es real y exige ser incorporado a una conciencia universal más avanzada, susceptible de asumir más vastas contradicciones y de abrazar una visión más profunda de las cosas.

En este estallido podría muy bien encontrar sitio la astrología; podría precisamente integrarse en el pensamiento científico al lado de las nuevas adquisiciones que le proporcionan armas nuevas e imprevistas. Ya no estamos en tiempos de Descartes, y el pensamiento científico más moderno, en lugar de volver la espalda a la investigación astrológica, le da una ocasión innegable. Ciertamente, ninguno de sus descubrimientos científicos puede patrocinar, una «física astrológica», pero el retroceso del pensamiento mecanicista y causa lista y la forma de abordar las cosas orgánicamente, en su totalidad, su simultaneidad, su interdependencia global, reconcilian, en efecto, el espíritu científico moderno con los fundamentos filosóficos de la astrología. Por otro lado, la lógica dialéctica, que cada vez cierra más el paso a la lógica aristotélica, de la que Descartes fue la coronación, la libera de un pensar inadecuado, que la «relativizaba», para darle todos sus medios de expresión.

RESURRECCION.

Indudablemente, se puede continuar objetando que la astrología es sólo un vil conglomerado de supersticiones arraigadas en la necedad y que prosperan a favor de la *desorientación* de los espíritus. Mas en tal caso, ¿cómo explicares un resurgimiento tan radiante si se considera a la astrología, según esto, como una momia apenas digna de interesar al historiador o como una pieza de museo para los curiosos? ¡Intentad, pues, resucitar a un muerto!

Si los símbolos y los mitos primitivos que animaban a la astrología sólo eran, como corrientemente se cree, errores de juicio y antropomorfismo infantil necesarios para el deseñ- volvimiento histórico, deberían quedar, después de largo tiempo, caídos en el olvido, muertos y enterrados. Sin embargo, las grandes ideas de Oriente no se dejan diezmar; sobreviven a través de los tiempos y de las nacionalidades, porque en ellas yace un sentido profundo que aún no ha emergido para nosotros, pero que encuentra en todo tiempo una resonancia en el mismo corazón del hombre. El historiador y crítico alemán Bol lo ha sentido bien cuando concluye así: «La astrología está muerta en la medida en que, con medios inadecuados, intentaba ser una ciencia, pero lo que fue antiguamente la causa primera y el sentido de que surgiera de la nada continúa sobreviviendo y reaparecerá siempre en la aspiración indestructible de la naturaleza humana hacia una imagen sintética del mundo y hacia el reposo del alma dentro del cosmos universal.»

Las excavaciones de Egipto, ordenadas por Bonaparte, y que debían conducir al descubrimiento y desciframiento de los jeroglíficos por Chapolín y sus sucesores, constituyeron uno de los impulsos decisivos que habían de llevar a reemprender los trabajos astrológicos. También contribuyeron las indagaciones efectuadas en Oriente a mitad del siglo XIX (tablillas de la biblioteca de Nínive). Únicamente en los diez últimos años del siglo pasado se comenzó a examinar estos textos bajo el aspecto filológico e histórico. Algunos presintieron que tras las imágenes ingenuas y las reglas adivinatorias se encontraba escondida una visión hermética del universo que tuvo una influencia profunda y extensa sobre el conjunto de la cultura de los pueblos antiguos. Pero el racionalismo de los investigadores opuso su incompreensión al espíritu mismo de esta influencia. Lo que así se encontró mal conocido o condenado a *priori* no era más que una falsa ciencia, que cubría de un espeso velo la ciencia real, que con el tiempo se convirtió en ininteligible.

Mientras filólogos e historiadores, no preparados, rehusaban así a la astrología su derecho a entrar en nuestro mundo, ésta pasaba por la escalera de servicio. Su renacimiento tiene lugar, en efecto, dentro del cuadro general de una especie de renovación desordenada del ocultismo que, bastante bruscamente, tuvo lugar poco antes del 1900. La vieja diosa Urania hizo entonces papel de maldita. No hubo estante de librería que no se convirtiera en un caos de libros de cábala, alquimia, esoterismo, orientalismo, y los enemigos de la astrología tuvieron buena mafia de situarla a nivel de las técnicas de marco de café y de la bola de cristal, cuando no en alguna cámara oscura amueblada con mesas giratorias...

Con todo, varios estimables investigadores, a partir de viejos escritos ininteligibles, acometieron la empresa de verificar si la tradición astrológica, tan apreciada en la Antigüedad, merecía la reprobación de que era objeto. El abate Nicolau, bajo el seudónimo de Fomalhaut, es uno de los primeros en presentar, en 1897, un libro de astrología destinado a la verificación de las enseñanzas de Tolomeo.

Pero los verdaderos precursores fueron, en Francia, los politécnicos Paul Choisnard (que tomó el seudónimo de Flambearte) y Eugenio Calan, así como Enrique Selva, y en Alemania Von Kloecker. Buscaron — sobre todo el primero, que es el gran innovador del grupo — verificar y luego demostrar el determinismo astral con la ayuda de estadísticas (1).

(1) *L'Influence Astrales et les Probabilistas* (Arcan. 1924) *Le Método statistique et lo bon senes*, en *Astrología scientifique* (Arcan. 1930) > *Les Pruebes de l'Influence Astrales* (Alcan., 1927) *Pruebes ctv. Bases de l'Astrologie scientifique* Chacornac, 1921).

Esta fase de roturación fue seguida de un periodo de actividad bastante intensa entre las

dos guerras. Se vio aparecer toda una biblioteca técnica; fuera de algunas obras sólidas, esta producción no es a menudo más que una recopilación de una lamentable mediocridad, llena de juicios superficiales, de fantasías extravagantes y de errores groseros... consecuencia habitual de una admiración exagerada y desordenada y... de una investigación puesta al alcance de todos.

EL MOVIMIENTO ASTROLOGICO.

El principal cambio se sitúa entre 1927 y 1955. La astrología comienza a dar de qué hablar; la gran prensa se ampara en ella y asistimos al comienzo de los horóscopos cotidianos en los diarios. La revista semanal «Consolación», dirigida por Mme. Marice Cois, le concede un lugar central. En la misma época aparecen las primeras revistas técnicas de investigadores: «Denia» en Bélgica, dirigida por G.L. Brady; «Zenit», en Alemania, llevada por el Dr. Huberto Kirsch; en Francia, «Sus le cielo», de Don Enroman; «Astrología», de Alexandre Colguije. Se forman sociedades: en Alemania ve la luz una Central; en Bélgica se organiza un movimiento alrededor de la revista «Denia», y la «Sociedad Astrológica de Francia» agrupará a los principales astrólogos bajo la presidencia del coronel Firman Maullad; más tarde se organizará el «Colegio Astrológico de Francia», patrocinado por Don Enroman. Es principalmente en Alemania, en Francia y en Bélgica que se aporta el mayor esfuerzo tanto en lo referente a las investigaciones como a las publicaciones. Se lamentará que la Gran Bretaña y los Estados Unidos— exceptuando en todo caso la LODE de Londres, de Charles E. O. Carter, y la «American Federación of Astrologarse» — hayan dado en general, el espectáculo de una astrología infantil, dominada por consideraciones teosóficas u ocultistas. El único país donde la astrología no ha conocido completamente el corte con los siglos pasados habrá sido la Gran Bretaña, Pero en un país como Alemania la intensidad de las investigaciones es tal que se constituye una comunidad cultural para el estudio de la astrología, formada por algunos médicos y contando en sus filas con famosos profesores de facultad como HH. Dandel, E. Disqué, K. Gruyer, HH. Leasing, Y. Yerbeen... Países como Austria, Holanda y Suiza tendrá también su «movimiento» astrológico activo. Incluso habrá un pequeño hogar en Polonia, un núcleo de astrología rusa, e investigadores repartidos por todos los países del mundo.

Se establecieron contactos entre los astrólogos y las asociaciones de los diversos países, y tuvieron lugar una serie de congresos internacionales. El primero se celebró en Wiesbaden en 1931, el segundo en Bruselas en 1935, este último con cierto esplendor. En el congreso de Dusseldorf, en 1936, la apertura de la sesión tuvo lugar en presencia de las autoridades locales y gubernamentales. La aprobación del mundo oficial se manifestó por la recepción de un telegrama enviado por Hitler: «Doy las gracias cordialmente a los participantes del tercer Congreso astrológico internacional y del decimoquinto Congreso alemán por sus votos; yo les envío en retorno los míos y les deseo pleno éxito en sus trabajos.» El cuarto congreso tuvo lugar en París en 1937. Fue organizado por la «Sociedad Astrológica de Francia» bajo la presidencia del senador, antiguo ministro, Justin Podrá, y alcanzó un gran éxito. Al mismo tiempo, el «Colegio Astrológico de Francia» celebraba su congreso, que patrocinaban J. H. Ron mayor, Lucia Dela rué Madres, el general Duros, Leo Larguera, Maurice Magra, Arístides Quileta. Finalmente, un suntuoso congreso internacional fue organizado en Nueva York en 1939 por la «American Federación of Astrologarse».

La obra de los astrólogos serios de entre las dos guerras ha consistido sobre todo en reunir materiales y observaciones, en agrupar los elementos esparcidos de un conocimiento perdido a fin de empezar a redondear la unidad de su cuerpo de doctrina. El esfuerzo se ha orientado en direcciones diversas estadísticas de control y de encuesta (Choisnard, Karl Ernesto Kaffa,

Eduarda Seymour, León Lassen, Jean Revolcón...); investigaciones históricas y traducciones (Wilhelm Knappich, director de biblioteca en Viena Dr. Sorche, H. Selva, Jean Hieros...) interpretación general (Choisnard, D. Enroman, Kloecker, H. J. Gaucho, J. G. Vernier, Julene, A. Colguije...); aplicaciones psicológicas (Dr. René Allende, Dr. Retaché, Dr. Adopte Feriare, el educador suizo...) aplicaciones médicas (Des. Atiene Buida, Marc Bretón, François Bretón, M. Duz, Henry Dura Gaye, Gilbert de Saint Maratíal...); aplicaciones bursátiles y económicas (G. L. Brady...) ; relaciones entre la religión y la astrología (abate André Planchar), etc. La revista «Los cuadernos astrológicos», de A. Colguije, servirá a este esfuerzo a partir de 1937.

La segunda guerra dislocó el movimiento astrológico que se había creado en cada país. Pasada la tormenta se reemprende el movimiento. Mientras en Alemania la «Kosmobiosophische Gesellschaft», presidida por Hans Genita, ocupa el centro de varias sociedades, en Francia se constituye en 1947 el «Centro Internacional de Astrología», cuyo comité de honor comprende cierto número de personalidades entre otras: Jean Cocea, profesor Dr. H. U. Ratzinger, general Robar Rasete, Dr. Marcel Martini, profesor Paul Masson-Oursel, Mario Reuniera, profesor Cuy Machad, profesor Nicola Pende, profesor Dr. Emilio Servicio profesor Dr. Huberto Urbana, Dr. León Banner... Presidida por Jean Hieros, esta sociedad edita obras especiales organiza reuniones y da cursos de astrología en la sala de las «Soecitas Sedantes». Con la ayuda de la «Sociedad Austríaca de Astrología», presidida por la condesa Zoo Asilo este centro organizó en 1953 el VII Congreso internacional que tuvo lugar en París y que fue considerado por la prensa como un gran acontecimiento de actualidad. Una nueva generación de astrólogos comienza a afirmarse.

Actualmente se persigue una tentativa de agrupación de todo el movimiento astrológico francés bajo la égida de una «Federación francesa de astrología» la cual ha celebrado un congreso en Estrasburgo, donde se consideró la creación de una Federación internacional de Astrología.

Al margen de este esfuerzo desinteresado, el charlatanismo ha conocido en verdad, como conoce siempre, una tranquila prosperidad. En 1939 el faquir Barman no vaciló en lanzar la gran industria del horóscopo estereotipado, y acaparé para su publicidad páginas enteras del «Paris-Sir». Las columnas de los diarios se llenan de anuncios de pretendidos profesores, de quienes se titulan sabios, magos o maestros iniciados, que hacen el horóscopo un sello de correos. Y la mayoría de los diarios y semanarios tienen su sección de astrología para modistillas. A cada nuevo año se dedican páginas enteras a las predicciones de los astrólogos y la prensa sensacionalista no se priva de recurrir a la astrología para asuntos sobre los que no tienen que pronunciarse. Existe verdaderamente una «superstición astrológica» que causa el peor mal a este conocimiento.

LOS ADVERSARIOS

Esta renovación no dejó de suscitar ataques del mundo científico, por lo demás comprensibles.

El primero y uno de los más fogosos enemigos fue el abate Moréis, quien en su argumentación, no mostró siempre una completa honradez. Ya en 1912, en el *Petito Jornal* del 19 de marzo, declaró que «Cardan, Tycho-Brahé y Héller se prestaron voluntariamente a las ridículas prácticas de la astrología, pero (que) no creían en ellas considerándola únicamente como un medio de asegurar sus existencia material.»

M. Eschangan, a la sazón director del observatorio de París, lanzó algunos ataques, repitiendo el argumento de Moréis para el caso de Héller, pero terminó por ser más reservado y más matizado en sus críticas.

El profesor Paul Labórenme escribió en «L'Humanité» del 29 de septiembre y 6 de octubre de 1936 dos artículos titulados: *¡La Astrología Ciencia fascista!* Como si una ciencia milenaria pudiera tener alguna relación con el espíritu de Italia o de Alemania en aquella época. Esta asociación absurda permite inmediatamente juzgar sobre la objetividad del crítico.

Pero el enemigo más irreductible fue a la sazón M. Marcel Bol, quien dirigió la requisitoria implacable de la razón contra el obscurantismo, el antropomorfismo y la ilusión, en las «Noticias literarias» del 20 de noviembre de 1937. *La Ciencia de la vida* de marzo de 1939 Y en *El Ocultismo ante la Ciencia* (P. U. F. 1944)

La ofensiva ha sido reemprendida y sistematizada tras la última guerra por M. Paul Códéc, codirector del observatorio de París que ha expuesto su punto de vista en un volumen de la colección *Que se yo*, titulado simplemente *La Astrología*. Esta obra, que es un modelo en su género, nos servirá más adelante para refutar las críticas de todas las épocas.

M. Jean Rostan consagró media página del «Fígaro literaria» del 19 de enero de 1952 a *Una falsa ciencia: La Astrología*. Para el eminente biólogo, que encontraría muy embarazoso sostener la menor discusión sobre un asunto que estrictamente no conoce, la astrología representa una fijación en el estado del pensamiento mágico: «Cuán halagüeño es, pues, para el individuo humano, creer que existe un «destino» y que este destino está escrito en los astros.» Por nuestra parte pensamos que esta humildad está fuera de propósito. El orgullo del sabio está justamente en admitir que el polvo humano infinitesimal no puede permanecer indiferente a los desplazamientos gigantescos de los mundos planetarios. Pero si somos capaces de «pensar» el destino de los astros, ¿por qué éstos, inversamente, no pueden dar testimonio de nuestro propio destino?

Reservamos para más adelante el desvanecer esta clase de críticas.

PARTIDARIOS Y SIMPATIZANTES.

Con todo, sí bien, la astrología tiene adversarios decididos, encuentra también el apoyo y el aliento de muchas medianías y de numerosos sabios.

Entre estos últimos uno de los más representativos es el gran psicólogo C. G. Jung, quien declaró hace ya algunos años: «Si personas que gozaban de una mediocre instrucción han creído hasta estos últimos años que podían burlarse de la astrología considerándola liquidada desde hace mucho tiempo, esta astrología, remontándose desde las profundidades del alma popular, se presenta hoy de nuevo a las puertas de las universidades que abandonó hace trescientos años» Jung, después de esta declaración, se ha inclinado bastante a considerar el problema de la astrología y propone hoy en día una solución interesante.

El Dr. René Allende, eminente psicoanalista, ha aportado una contribución decisiva a la astrología psicológica. El Dr. Henri Arthur, igualmente psicoanalista e inventor del Test de la aldea, poseía un buen conocimiento técnico de la horóscopo Emmanuel Moner acepta su principio en su *Tratado del Carácter*. Son muchos, por otra parte, los psicoanalistas, psicólogos y médicos que la practican.

Muchos sabios, incluso aunque no admitan enteramente la astrología, parecen abiertos a la hipótesis de una interdependencia cósmica mucho más extensa de la que está actualmente comprobado

El astrónomo Charles Norman, del Observatorio de París, escribía un día en «Le Matan»

«Desde hoy podemos considerar como cierto, como establecido, que en ciertos aspectos las lejanas estrellas tienen una acción sobre nuestra vida incomparablemente más activa que la del Sol. La astrología liberada de las prácticas pueriles, estrambóticas y absurdas del pasado, encontrando de nuevo, más viva que nunca, su idea maestra de las influencias astrales, va a renacer y renovarse sobre bases sólidas y positivas. Y con ella vamos a indagar y encontrar en las constelaciones y las estrellas inaccesibles los hilos misteriosos que rigen nuestro destino. »

M. L. Filippoff, astrónomo del Observatorio de Argelia, declara por su parte: «Hemos podido comprobar por nosotros mismos, en cienos horóscopos erigidos según las reglas de la astrología corriente, una correlación lo bastante sorprendente entre la interpretación de los temas y la realidad, para considerar admisible la hipótesis de la influencia astral en el sentido más amplio de la palabra. Es muy posible que el encuentro de dos ciencias hermanas, la astronomía y la astrología, se produzca y forme, en un futuro más o menos próximo, una ciencia a la vez nueva y antigua, que será la astroso fia del mañana».. «El hombre, este «microcosmos» de los antiguos, cuyas células están constituidas por todos los elementos que brillan en el Sol y las estrellas, está por su misma naturaleza, en afinidad con el universo estelar y es susceptible, como tal, de recibir las emanaciones cósmicas y de responder a ellas.»

El R. Y. Criquet aporta a su vez una opinión positiva, bien que matizada: «Si por ella (la astrología) se pretende leer en los astros todo lo que debe llegar, como si todo, aquí abajo, estuviera enteramente determinado por la acción de los astros sin que nada pueda cambiar la libertad del hombre, tal pretensión contradice la concepción cristiana del libre albedrío. Pero se puede admitir, como lo han hecho ilustres doctores de la Iglesia, como Santo Tomás de Aquino, que los astros ejercen cierta influencia sobre el temperamento, la complexión de los hombres y, en consecuencia, sobre su comportamiento. De donde la posibilidad de prever las tendencias que manifestarán bastante probablemente, pero no infaliblemente, porque el hombre, creemos nosotros, puede dominar, orientar, desviar las tendencias que son en él la resultante de todas las influencias cósmicas o astrales que se ejercen sobre su organismo. Pero, dicho esto, conviene ser reservado en cuanto al valor de los pronósticos que se pretenden sacar de una ciencia tan conjetural de las influencias astrales sobre el comportamiento humano. Sería muy imprudente quien se confiara ciegamente» (1).

El profesor Gastón Bouthoul añade: «Debemos retener este hecho: Los hombres, desde

muchos siglos, han intentado establecer una relación entre su destino y el cielo. Se trata

de una tendencia inseparable del espíritu humano: lo por venir nos angustia e intentamos

adivinarlo, La astrología, como todas las demás formas de adivinación, atrae

particularmente a los espíritus inquietos .— aquellos que Verlaine llama saturninos — y

florece en las épocas de angustia e inseguridad como la nuestra, ¡ay! No creo que se pueda enseñar la astrología en las escuelas, Bastante tenemos que hacer para enseñar las ciencias un poco más exactas... Se compara la astrología con el psicoanálisis. Sin duda éste concede un lugar importante a la interpretación de los símbolos. Pero, a pesar de todo, sigue siendo una forma del análisis psicológico propiamente dicho. Por otra parte el psicoanálisis no pretende predecir el futuro. Apunta a comprender los lados oscuros de nuestra psicología. Con todo, no hay que ser demasiado severo para la astrología. A falta de una ciencia, se la puede considerar como un arte. La contemplación de los astros, e el esfuerzo para comprender nuestro destino y los impulsos oscuros de nuestra alma son cosas bellas y conmovedoras, (2).

(1) Encuesta de Elle, del 11 de agosto de 1952.

(2) Encuesta de Elle, del 11 de agosto de 1952.

Gabriel Marcel «Si bien no tengo en este terreno experiencia personal, se me han comunicado demasiados hechos precisos y concordantes para que yo no esté persuadido de que en la astrología hay un fondo de verdad. Rehusó categóricamente creer que todo, en ella es charlatanismo. Sin duda no hay en ello nada de fatal. Según la frase latina, los astros inclinan, no determinan» (1).

Julien Green: «Es un asunto muy vasto que me interesa y atrae, Goethe, al comienzo de *Poesía y verdad*, ha anotado la conjunción de los astros a su nacimiento. El creía firmemente en la astrología. Yo estaría tentado de creer en ella» (2),

André Breton «Es (la astrología) a mi parecer, una gran señora, muy bella y venida de tan lejos que no puede dejar de hechizarme. En el mundo puramente físico, no veo otra cuyos adornos puedan rivalizar con los suyos. Por otra parte, me parece poseer uno de los más altos secretos del mundo. Lástima que hoy en día—al menos para el vulgo— reine en su lugar una envilecida» (3).

El profesor Etienne Souriau, de la Sorbona sin adherirse a la tesis de la influencia física de los astros, ha recurrido a la teoría tradicional de las «Signaturas astrológicas». para explicar, la dramaturgia teatral, que es también una psicología de la vida (4).

Podríamos citar otros «simpatizantes» más o menos adictos: Mgr. Elie Meric, profesor de la Sorbona, profesor Charles Richet, profesor D'Arsonval, profesor A. Boutaric, Alexis Carrel, que había fundado un centro de investigaciones astrológicas en el departamento de biotipología de su Instituto, Paul Vialar, Jean Cocteau, etc. La astrología parece convertirse en uno de los grandes temas del siglo XX.

LA IGLESIA.

Ante todo este movimiento la Iglesia permanece a la expectativa. . Hasta estos últimos años los directores de los medios religiosos permanecían con frecuencia aferrados a sorprendentes fórmulas estereotipadas: «ciencia falsa y absurda; vergüenza del espíritu humano; verdadera demencia, etc.». lenguaje polémico nacido de la necesidad de luchar contra el charlatanismo; pero no lenguaje oficial de la Iglesia, que no prejuzga la naturaleza de la astrología en sus sanciones destinadas a preservar a la sociedad de incontestables abusos. El medio cristiano desconfía justamente y teme que la revalorización en curso les facilite el trabajo a los que se aprovechan de la credulidad de las masas. En 1908 el canónigo Brettes escribía a Choissard: «... creo poder deciros que el papa tiene las intenciones más hostiles contra el modernismo pero en modo alguno, yo os lo aseguro, contra la astrología. Si por azar, lo que no imagino, viniera a nombrarla en cualquier documento,. sería únicamente al lado del espiritismo y otras ciencias verdaderamente ocultas; pero no dirá ni hará jamás nada en contra de la astrología científica, la única de la que vos os ocupáis. No es en el momento en que la radiología conduce científicamente a la transmutación de los metales tan buscada por la alquimia, que Roita tomará decisiones de este género...». Desde que el abate André Blanchard ha precisado en 1937 el pensamiento de la astrología en *El amigo del clero* el medio eclesiástico se muestra mas abierto al principio mismo, pero no es preciso esperar nada definitivo de Roma, en tanto que no sea posible hacer una discriminación entre la substancia y la excrecencia, entre lo auténtico y la imitación.

(1) Nouvelle littéraires, 6 de julio de 1950

(2) Nouvelle littéraires, 6 de julio de 1950

(3) Astrología moderna, núm. 12

(4) Las doscientas mil situaciones dramáticas (ed. Flamearían, 1950)

LA POLITICA.

¿Ha tenido la astrología, después de su renacimiento, una influencia en la vida política? La astrología gozó de una posición privilegiada bajo el régimen del tercer Reich en Alemania: allí fue casi considerada como una ciencia oficial. Existió un diploma de astrólogo otorgado bajo la supervisión del Ministerio de Instrucción. Ciertos medios del Gobierno alemán estaban en estrecho contacto con algunos astrólogos. Himmler parece haber sido el enemigo de estos últimos; mientras que su fanático fue Rudolfo Hesse. En cuanto a Hitler, su actitud fue ambivalente. Desde 1923, un -tal Von Sebottendorf, a su servicio, había erigido cantidad de temas y había previsto el fracaso del complot de Múnich; más tarde, Jean Velahí se convierte en el astrólogo oficial. Sin duda no se sabrá nunca con precisión qué papel han jugado la astrología y los astrólogos en la vida y las decisiones del tercer Reich, por conducto de Rudolfo Hesse, que hizo establecer una cantidad de temas astrológicos de personajes políticos. Lo único que poseemos, en calidad de documentos, es el carnet personal del general Joel, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht; que está lleno de alusiones astrológicas orden formal dada al embajador de Alemania en Noruega de reunirse con las autoridades noruegas tal día a tal hora, a fin de romper las relaciones diplomáticas en tal momento orden no menos formal dada a tal almirante de atacar en *tal minuto preciso*, especificando que no tiene por qué saber el motivo de esta precisión cronométrica, etc. Pero se pierde uno en conjeturas sobre el papel y la suerte del astrólogo K. E. Kaffa. Se dice que habría estado al servicio del Gobierno alemán, encargado de buscar los momentos precisos para lanzar las

ofensivas militares de la Wehrmacht, Se dice, incluso que la Dar Office tenía por su parte contratado a un astrólogo; pues, conociendo la debilidad del jefe nazi por la astrología, el Estado Mayor aliado opinó que este empleado podría mejor que nadie señalar bajo qué configuraciones el Ejército alemán decidiría actuar en los diversos frentes. Pero todo esto quizá no sea más que imaginación de astrólogo británico, pues parece ignorarse hasta qué escalón de la autoridad militar inglesa fueron transmitidos estos avisos y el caso que se hizo de ellos. Por lo demás, dos tesis se enfrentan en lo que concierne al llamado Kaffa. Según el profesor Dr. Hans Vender, el astrólogo suizo hizo el horóscopo de Hitler. Este horóscopo, que posee el profesor Vender especifica que el apogeo del Hitler sería hacia el año 1941-1942, y que debía ganar la guerra lo más tarde en 1942, pues de lo contrario sucedería un fin dramático en 1945. Pero este documento quedó sin, respuesta y Kaffa fue internado en un «campo de protección» muriendo de agotamiento en un hospital. La otra versión procede de la Sra. Kaffa, su madre, que pretende poseer el diario íntimo de su hijo. Según ella, Kaffa, en una carta del 6 de noviembre de 1939, advirtió a Hitler que le amenazaba un atentado entre el 7 y el 10 del mismo mes. El atentado tuvo lugar el día 20 de noviembre: Kaffa fue arrestado por sospechoso; luego libertado. Pero ya se había establecido el contacto con Goebbels; desde entonces, Krafft trabajó en el Instituto de Propaganda. Su diario íntimo relataría sus conversaciones con Hitler. Kaffa había deseado ser astrólogo oficial para disponer de los documentos del estado civil, de hecho habría emprendido vastas estadísticas sobre casos de enfermedades; todos estos documentos han desaparecido. Es preciso señalar que la cotización de los astrólogos bajó con la estrella del Bühler y, hacia el final de la guerra, el jefe de las S. S. encerró un gran número de ellos en los «Campos de protección»; los mejores dejaron allí su vida (1).

(1) Ha corrido el rumor de que el Ministerio del Interior había tenido un servicio astrológico en la época del general De Gaulle y de Jules Mach. Sólo fue un rumor de propaganda. Se ha dicho igualmente que el Kremlin disponía de un importante servicio «astro-político» no tenemos hasta ahora ninguna prueba de ello.

LAS UNIVERSIDADES.

La astrología evoluciona al margen de las Universidades, que no se ocupan de ella. No obstante, desde hace algunos años se ha emprendido una tentativa de verificación oficial imparcial. El profesor Dr. Hans Vender, de la Universidad de Friburgo en Brisga, ha abordado valientemente el problema a raíz de una encuesta Gallup efectuada en Alemania, que muestra que de cada diez alemanes, tres son favorables a la astrología, y cinco contrarios, y que los horóscopos de los periódicos ejercen una gran influencia sobre el «público de la calle». Con miras a la higiene mental, esta funesta influencia es un hecho social que debe tomarse en consideración cada vez más. El profesor Vender ha fundado un Instituto de investigaciones científicas, al cual está afiliada la Sociedad de Parapsicología (*Gesellschaft für Parapsychologie und Grenzgebiete der Psychologie*), en colaboración con la Universidad de Friburgo. Está en curso una verificación de los pronósticos y diagnósticos de los astrólogos de habla alemana (varios centenares y, tras una selección, una cincuentena) y creemos saber de otras varias investigaciones estadísticas. Un instituto análogo se organiza en el Instituto de Psicología de la Universidad de Utrecht, en Holanda, bajo la dirección del profesor J. van Lene. Hasta aquí los resultados de la experiencia Vender han sido negativos, a excepción de una experiencia sobre un caso de accidente. Estas conclusiones no sorprenden demasiado a los investigadores especializados; pero tenemos razón al espetar que las encuestas hechas no ya sobre los astrólogos, sino sobre la astrología misma, procurarán resultados interesantes y abreviarán el momento en que, al fin, se emprenda el estudio sistemático de las correlaciones

entre los astros y el hombre al compás de las investigaciones científicas oficiales.

Hay que hacer constar, en efecto, que la investigación astrológica actual, en las manos de algunas personas aisladas, sigue una senda tortuosa. Supongamos que la Medicina no tuviera a su disposición las cátedras de las Facultades, los laboratorios oficiales, las lecciones del hospital, los innumerables estudios publicados en ambos mundos, y que el terapeuta se instruyese solo, en viejos libros difíciles de encontrar y no menos difíciles de leer, puesto que los aforismos antiguos estaban apoyados y aclarados por comentarios verbales, ¿dónde se hallaría aquella ciencia? La astrología se halla en este período, ¡y nos extrañamos de que está aún en estado primitivo! Le faltan materiales, unión entre sus adeptos, dinero, buenas voluntades, puesto que los documentos de estado civil, que son sus minas de oro en sueños, están fuera de su alcance. Es por esto por lo que los astrólogos basan muchas esperanzas sobre las experiencias del profesor Vender, que deberían, según ellos, llevar a la ciencia oficial a interesarse por la cuestión. Tal vez entonces esta vasta empresa, disponiendo de amplios medios y basándose sobre observaciones en masa que permitirán tan numerosas comprobaciones que les hará la trama cósmica del individuo, resucitará, de paso, esta Bella Durmiente del Bosque que es hoy el muy antiguo Arte Real de los Astros.

CAPÍTULO III

LAS DOCTRINAS

«Es verdad, sin engaño, cierto y muy verdadero que lo que está arriba es como lo que está abajo, y que lo que está abajo es como la que está arriba, a fin de que se perpetúe el milagro de la Unidad»

HERMES (La Tabla de Esmeralda)

Desde que se separó de la astronomía, la astrología (de *astro*, estrella, y *logos*, discurso: conocimiento de los astros) es esencialmente el conocimiento y el estudio de las relaciones existentes entre los fenómenos celestes (las configuraciones geocéntricas del sistema solar) y los fenómenos terrestres y humanos, individuales y colectivos. Más particularmente, investiga la naturaleza y el destino del hombre basándose en el cielo bajo el que ha nacido.

Según esta definición, la astrología es pues, el estudio de las correlaciones entre dos órdenes de fenómenos, uno celeste (un cielo particular) y el otro terrestre (un individuo).

Esto nos lleva a sentar como punto de partida un juicio de hecho ya desligado de un juicio de valor dentro del cual el primero queda implicado demasiado a menudo

EL HECHO ASTROLOGICO.

El juicio de hecho es la definición y la comprobación del hecho astrológico que luego precisará de interpretación. Entendemos bajo este término la existencia de una relación o correspondencia entre las «tendencias» humanas y los factores astronómicos usuales, *sin prejuzgar nada sobre la naturaleza y el origen de esta correspondencia o relación*. Comprobamos pura y simplemente el *hecho* de que tal configuración al nacimiento corresponde a tal tendencia, haya o no relación causal encontrándose esta configuración *con más frecuencia* en los ciclos de nacimientos de aquellos que poseen tal tendencia que en los ciclos de nacimiento de otros cualesquiera.

Esto no significa que la configuración sea un signo necesario suficiente para la tendencia considerada, sino que es uno de los factores que contribuyen a su existencia innata, dado que la misma tendencia (considerado como un comportamiento complejo) puede tener diversos orígenes, diferentes móviles.

Este juicio de hecho lleva, pues, a la comprobación de una correspondencia cuyo criterio es el de una «ley de relación» una diferencia de frecuencias la ley bajo su forma impersonal y reproducible, sin hipótesis preconcebidas.

La verificación del «hecho astrológico» reposa, pues, en su fundamento sobre el *cálculo de probabilidades* basado en estadísticas comparadas y bien controladas, caracterizadas por la imparcialidad de la selección, la homogeneidad de los casos y la multiplicidad del número. Reside en una diferencia manifiesta de frecuencias de un mismo factor astral frente a categorías distintas de individuos: los que tienen en común la «tendencia» particular y los pertenecientes a otros casos cualesquiera tomados al azar teniendo igualmente en cuenta la repartición astronómica de dicho factor (frecuencia normal).

Este «hecho» fue definido por Paul Chacinar hace unos treinta años, pero dejando aparte el rigor estadístico moderno, ya estaba en el pensamiento de los maestros de la astrología: Tolomeo, Tycho-Brahé, Héller, Guari, Cardan, Juntan, Morín... Más adelante daremos algunos ejemplos de este «hecho».

A continuación viene su interpretación. Es ahí donde se abre el capítulo de la doctrina astrológica, o mejor, *de las* doctrinas astrológicas, puesto que la concepción de la astrología es función de la naturaleza del astrólogo. Signo necesariamente la evolución del espíritu humano y de sus metamorfosis desde el animismo de los primeros tiempos hasta el racionalismo moderno, siguiendo el modo de ver el mundo. Pueden así distinguirse doctrinas de carácter anímico, de naturaleza mecanicista o vitalista o incluso matemática, según que los astros se consideren como deidades, factores de atracción y de repulsión o índices abstractos de un sistema lógico... De hecho se mantendrán sobre todo, de entre las doctrinas del pasado, la concepción animista de los fundadores caldeos y, para la época actual, las dos hipótesis llamadas «de la influencia astral» y de «la astrología simbólica» que se enfrentan cada vez mas.

LA VISION ANIMICA.

Hemos visto en sus orígenes, a la astrología impregnada de mitología. En esa época de mentalidad magosta y de animismo, los dioses, símbolos de fuerzas naturales, son personajes semejantes a los humanos, con sus dramas y sus triunfos de donde procede la historia legendaria, y que el arte magnífica en estatuas de mármol y de bronce. ¿Se podía entonces concebir el determinismo astrológico de un modo que no fuera mágico? las estrellas que forman constelaciones se relacionan con figuras de animales, los planetas se convierten en intérpretes de la voluntad de dioses o de genios, unos benéficos, bienhechora otros maléficos, dañinos. Los astros son, en suma, los instrumentos de voluntades divinas que regulan la humanidad desde lo alto del empíreo. Con Grecia no se hará otra cosa que pasar de dioses moralistas a dioses mecanicistas.

A medida que se construye la ciencia, las definiciones exactas llenan el espíritu y se desvanece el símbolo. La alegoría persistirá como una morada abandonada, junto a las imágenes materiales de dioses en los que ya nadie cree, la humanidad adquiere paso a paso conciencia de la naturaleza exterior y se aleja del mundo del conocimiento interior y simbólico.

LA TEORIA DE LA INFLUENCIA ASTRAL.

Al ser reemprendida la astrología a comienzos del siglo actual, busca su justificación en la posibilidad de una «influencia astral», de una relación de causa a efecto entre el astro y el hombre. Siendo así que la tendencia contemporánea se orienta hacia una concepción física de las cosas, en el que entran en juego energías capaces de ejercer una acción material sobre el mundo físico.

Esta actitud está favorecida por los descubrimientos de la astrofísica. A su alrededor se habla de las influencias de la gravitación universal, de la inducción electromagnética del Sol sobre la tierra, de las manchas solares, de los rayos cósmicos, de los protones solares, de los fotones planetarios, etc. Cuando el Dr. Mauricio Nauré era interno en el Hospital de San Antonio, en París fue impresionado por un curioso fenómeno: los enfermos afectos de enfermedades agudas con dolores característicos se presentaban por series. En la misma época, los P. T. T. comprobaban extrañas anomalías en la red telefónica. También simultáneamente el observatorio de Mont-Blanc señalaba manchas en el Sol. Las estadísticas demostraron paralelamente un aumento de las muertes repentinas. Las investigaciones fueron continuadas por numerosos investigadores : Sardou, Jémer, Beveridge, Moore, Buida, Tchijevsky, Dell, Lockyer, Chambres., y condujeron a la conclusión de que las manchas solares provocan notables perturbaciones en la energía radiante del astro, las cuales llevan consigo cambios climatológicos (tormentas, sequía, humedad, corrientes oceánicas, icebergs) que influyen sobre la vegetación las cosechas, las crías de animales domésticos, el hambre). En cuanto a la influencia ¿el Sol, independientemente de sus manchas, es considerable y nadie la niega. Su luz condiciona la función clorofílica de las plantas y su calor domina todas las manifestaciones de la vida orgánica, Es el árbitro de las estaciones, el principio de todas las energías aprovechables. Se le encuentra en el origen de las tempestades magnéticas, de las auroras boreales, de las corrientes telúricas. Emite también ondas cortas registrables mediante radar.

En cuanto a la Luna, da el ritmo a las mareas. Según algunos biólogos (Operan), por su luz polarizada, habría contribuido a la creación de las primeras vidas al introducir la disimetría en las voluminosas moléculas proteicas. Regula la vida de algunos animales: las «danzas nupciales» del gusano pololo se rigen por las fases lunares. Se le atribuyen muchas acciones sobre los minerales, los vegetales y los animales, pero faltan controles rigurosamente científicos. La correlación aproximada del ciclo menstrual y el mes lunar ha impresionado a los observadores desde el alba de los tiempos. El astrofísico Avante Arrhénius ha sometido este problema a un examen estadístico, registrando un claro aumento de los partos desde el 8.º al 11.º y del 24.º al 27.º días del mes trópico (24.000 casos en Suecia), resultado confirmado por Bühler sobre 33000 nacimientos en Friburgo-en-Brisa. El comienzo de las reglas presentaría las máximas frecuencias del 8.º al 14.º y del 23.º al 27.º día (12.000 casos), pero Gen no ha hallado nada parecido en 10.000 casos, La verdad es que estos resultados demuestran poco y que deben ser reemprendidos. Por el contrario, el examen de la correlación entre las fases lunares y los ataques epilépticos ha permitido establecer una relación precisa. Hay un recrudecimiento de las crisis inmediatamente antes de la luna nueva disminución de la curva hacia el primer cuarto, luego nueva ascensión que conduce a un segundo máximo, menos elevado que el primero, hacia la luna llena. Los médicos y psiquiatras han observado la frecuencia de las crisis nerviosas y procesos patológicos en los días de luna nueva y de luna llena; fácilmente podrían confeccionarse estadísticas que transformasen la creencia en certeza.

En cuanto a los planetas, hasta el momento presente exceptuando la acción, admitida por algunos sabios oficiales, de Júpiter sobre las mareas y sobre la corriente del Golfo. (Gulf-Stream), su influencia se considera nula. Sin embargo han sido objeto de estudio por

investigadores tales como Nodo, Hulte, Ratzinger, Jostakovitch, etc., que han puesto de relieve sus efectos sobre las mismas manchas solares. Algunas periodicidades astronómicas, ligadas a los ciclos planetarios, han sido reveladas por Moore, Buida, Ratzinger y algunos otros. Más recientemente, un ingeniero americano llamado John Nelson, encargado por la «Radio Corporativo of América» del estudio de las tempestades magnéticas, ha descubierto una relación entre la situación heliocéntrica de los planetas y estos fenómenos. Las perturbaciones son más frecuentes cuando los planetas están situados bajo los ángulos de 90° y 180°, mientras que son más raras cuando los mismos astros se hallan bajo un ángulo de 120 (por lo demás, éstos son algunos «aspectos astrológicos» conocidos).

Estas conclusiones, confirmadas por los estudios de la estación receptora de Ligeread, que, desgraciadamente, no se remontan más allá del 1932, permiten a su autor efectuar previsiones para la R.C.A., actualmente armada para luchar contra las tempestades magnéticas,

Cierto, puede eruirse, todo esto prueba bien la influencia de los astros, pero solamente en lo universal, lo colectivo. Esta «cosmogeografía», estudiada por los astrofísicos, los fenómenos físicos, biológicos, colectivos y sociales que se desarrollan, en la superficie del globo. Pero de esto a considerar una acción específica de un astro dado sobre el plano individual, en función del nacimiento y para la vida entera de un individuo, hay un paso, un foso, mejor un abismo...

Algunos astrólogos estiman que la pretensión de la astrología ya no es más que una prolongación de esta «cosmogeografía» existente y que es injusto limitar las posibilidades de la vida a los límites del conocimiento actualmente establecido. Balzac ha expresado muy bien esta opinión:

Creéis en el poder de la electricidad fijada en el imán y negáis el poder que se desprende del alma. Según vosotros, la Luna cuya influencia sobre las mareas os parece probada, no tiene ninguna sobre los vientos, ni sobre la navegación, ni sobre los hombres; ella remueve el mar y corroe el vidrio, pero debe respetar a los enfermos; tiene correlaciones ciertas con una mitad de la humanidad, pero no puede nada sobre la otra. ¡He aquí vuestras más, ricas certidumbres!

(Serapia.)

El hecho es que la red de correlaciones entre los fenómenos celestes y los terrestres y humanos se extiende, se expansiona necesariamente más y más, pues nos trasladamos de lo conocido a lo desconocido; ¿quién puede decir dónde se detendrán estos descubrimientos?

Si bien por ahora, a pesar de estas «tendencias» generales y de estas diversas aportaciones, no puede darse una prueba física de la astrología, ciertos astrólogos contemporáneos se sienten firmemente inclinados a la teoría de una «influencia astral»: los astros ejercen una acción física sobre nuestro mundo, en forma de corrientes, de vibraciones, de radiaciones, de ondas, de campos de fuerzas etc. Nadie sabe exactamente de qué clase es esta acción, pero los aparatos científicos que aún se han de descubrir, podrían un día detectar esta influencia; estos astros nos «influyen» desde la lejanía de los cielos y su poder pesa más o menos sobre nuestros destinos. Son agentes activos de la vida terrestre, son «causas». Así, para estos astrólogos, existe un determinismo *físico* del ambiente universal, y este determinismo cósmico viene a *añadirse* a los determinismos terrestres conocidos físico, químico, biológico, sociológico, etc. (1).

Esta concepción o doctrina puede llamarse *astrofísica*, puesto que está en la línea de las investigaciones que hemos señalado y pretende ser su prolongación natural, aunque no sea más que una pura hipótesis. Algunos astrólogos han pretendido incluso pasar con su bagaje, tradicional, a las filas de la «cosmobiología» representada principalmente por el movimiento

que se organizó alrededor de la revista ni cense del Dr. Maure. Estiman que los descubrimientos de los sabios actuales, por medio de un gran rodeo, van al encuentro o intentan hacerlo de la tradición, y que la cosmobiología moderna es a la astrología de antaño lo que la química actual a la alquimia de otro tiempo.

(1) La mejor defensa de la tesis de la «influencia astral» procede de André Floripones. Según este autor, la influencia de los planetas no habría que atribuirla a ondas o radiaciones directamente emitidas por dichos cuerpos. Siguiendo una teoría que ha presentado al Congreso de París en 1953, todo sucedería como si una parte de las energías irradiadas por el sol se transformase en la masa de los planetas, donde se acumularía bajo otra forma. La carga así constituida después de esta conversión sería proporcional a la masa del planeta e inversamente proporcional al cubo de su distancia del sol. Teniendo los planetas todas sus cargas desiguales entre ellos, las diferencias engendrarían a su alrededor un movimiento de cambio de astro a astro, tendiendo a restablecer el equilibrio de las cargas en el conjunto del Sistema Solar.

El hecho es que, cuando se efectúan los cálculos, los planetas tradicionalmente considerados como benéficos por la astrología clásica tienen una carga o, si se prefiere, un potencial superior al de la Tierra. Lo contrario se comprueba en los planetas reputados maléficos. Coincidencia más o menos curiosa Mercurio, tradicionalmente designado como «doble» o neutro tiene un potencial alternativamente superior o inferior al de nuestro globo según su posición sobre su órbita.

A partir de esta ley fundamental, A. Floripones ha edificado toda una física de las influencias planetarias. Los planetas no tendrían ninguna acción directa e individual sobre el hombre. Este no haría otra cosa que experimentar dentro de su propia economía vital las fluctuaciones de la economía general del potencial terrestre, del que es parte integrante.

LA TEORIA DE LA ASTROLOGIA SIMBOLISTA.

Con todo, no todos los astrólogos actuales se unen a esta física astrológica. Para algunos, como nosotros; ésta no es más que una explicación mecanicista que substituye a la explicación animista. Las investigaciones de la astrofísica de la geofísica y de la cosmobiología de Maure no añaden nada a los principios de la astrología, no dicen más que la creencia en los dioses planetas de la Antigüedad. De uno a otro milenio se suceden las teorías, en tanto que permanece un «pensamiento» astrológico basado sobre un sistema que se encuentra hasta cierto punto en todas las tradiciones y que recobra en nuestro días un nuevo vigor.

EL HOMBRE COMO MODELO DEL UNIVERSO.

El principio de la astrología se expresa, desde sus orígenes en el viejo texto hermético de *La Tabla de Esmeralda*: «Lo que hay arriba es como lo que hay abajo...» -

Este texto fue continuado, desarrollado e interpretado por el filósofo Platino en su cuarta *Enfada*, Según este gran teórico de la astrología(1), la acción de los astros no es ni la de una fuerza natural ni mucho menos la de una voluntad. Para comprender su tipo de acción hay que saber primeramente que el mundo es (como) un ser viviente dotado de un alma única Esta cosmología vitalista que deriva del *Tomeo*, aunque no sin numerosas correcciones estoicas, da el principio de la solución. Dentro de un ser vivo, la acción de una parte sobre la otra no depende de su mayor o menor proximidad sino de sus similitudes; todas las partes semejantes, por lejos que estén entre sí, responden naturalmente a una misma influencia, que se propaga de una a otra: «Cosas parecidas que no están juntas, sino separadas por un intervalo, simpatizan en virtud de su similitud. Sin estar en contacto, las cosas actúan y tienen necesariamente una acción a distancia. Puesto que el universo es un animal dotado de unidad no hay parte de él que está tan alejada que no le resulte cercana, a causa de la tendencia a la simpatía que existe entre todas las partes de un animal único. Cuando el receptor es semejante al agente, sufre una influencia que no es extraña a su naturaleza; cuando no se le parece, la pasión que sufre le es extraña, no está predispuesto a sufrirla». demás: «ningún ser puede vivir como si estuviera solo; puesto que es una parte (del

universo), no termina en sí mismo, sino en el todo, del que forma parte». Así, ninguna parte puede comportarse como si estuviera aislada, sino únicamente según el papel que tiene dentro de la vida total del universo la cual no debe hallar ningún obstáculo en la pretensión de cada una de sus partes. Esta primera imagen vitalista se completa por otra de intención algo diferente, destinada a mostrar la naturaleza de la correspondencia entre los estados de las diversas partes del universo, la primera imagen afirmaba: *acción simpática*; la segunda dice: *correspondencia armónica*; correspondencia análoga a la que, en cada momento de una danza, hace que cada miembro corresponda y se ordene a los demás; no hay acción de una de las partes sobre las otras; sólo las une la intención global del bailado, que se realiza de un modo total, sin que quiera separadamente cada uno de sus gestos. Al ver corresponderse unos a otros los detalles de este conjunto, podemos tomar la existencia de uno de ellos como signo de la existencia del otro, sin que por ello exista entre ellos la menor influencia mecánica o física. Así también las figuras de los astros no son otra cosa que actitudes de ciertas partes del animal universo, y a estas actitudes corresponden, según una regla necesaria, las de otras partes.

(1) V. Platino, *Enfada IV*, traducción de Emule Vernier (edición Des Bellas Letras), 1927.

Esta doctrina tradicional hace del hombre un pequeño mundo o *microcosmos*, semejante al gran mundo o *macrocosmos*. La misma vida circula del uno al otro, perteneciendo las fuerzas humanas a las energías naturales que actúan en el universo, El cosmos es una especie de ser inmenso, la totalidad de cuyas partes están en conexión, sometidas a las mismas leyes de organización y funcionando de manera análoga. En este conjunto de leyes universales la energía que anima los cuerpos celestes es de la misma naturaleza que la que anima a los hombres, y la naturaleza obra de modo análogo sobre todos los planos de la vida.

Esta teoría hermética adquiere toda su significación en nuestro siglo, al comprobarse analogías entre el mundo infinitamente pequeño del átomo y el infinitamente grande astronómico, como si las mismas leyes de organización rigieran en todos los eslabones de la naturaleza. Los electrones forman sistemas atómicos, los átomos forman moléculas; las células orgánicas, forman los órganos y éstos los organismos completos. La vida se edifica de unidad en unidad de lo pequeño a lo grande, de lo sencillo a lo complejo siguiendo un proceso análogo, en el que de *escalón en escalón* todo se comprende, y en el que, por consiguiente si se saben leer los signos que propone tal escalón se pueden descifrar al mismo tiempo los signos de todos. La analogía rige incluso para el psiquismo de cada individuo, formando su carácter, determinando sus ensueños, dirigiendo sus acciones y reacciones. Es más, la célula viva, unidad, básica del hombre contiene todos los cuerpos simples del universo y está animada de todas las formas de energía que existen en la naturaleza: cinética, térmica, eléctrica, magnética, radioactiva. A mitad del camino entre el átomo y el sistema solar, dentro de esta cascada de mundos, el hombre participa de los ritmos de la vida universal, y la materia fundamental en la que están sumergidas las galaxias une el universo entero como un organismo vivo y único.

LOS ASTROS COMO SIGNOS O SIMBOLOS DEL MUNDO INTERIOR.

Según esta concepción tradicional, si Venus por ejemplo, «influye» sobre los amores de M. Dupont, no es en tanto que cuerpo celeste ejerciendo una acción *transitiva* eventualmente por irradiación de algún rayo, sino en tanto que dicho astro es un *símbolo* de lo que sucede en el corazón de aquel hombre, en virtud de esa «simpatía» interna entre dos semejantes y en función de la dependencia cósmica de la naturaleza humana.

Es edificante a este respecto aquel viejo proverbio latino: «*Astro inclinante, non necessitan.*» Da a entender claramente que, si los astros nos determinan, es porque llevamos en nuestro interior la determinación. En otras palabras, si una determinada configuración astral corresponde a tal comportamiento o a tal acontecimiento, es porque el individuo posee una tal disposición u organización interna que le predispone a este comportamiento o a este acontecimiento. Si la «directriz» está «inscrita», en el cielo, la manifestación se desarrolla únicamente en el interior del Hombre. De hecho, pues, el destino no se desarrolla fuera del individuo; éste no depende de una entidad exterior de la eventualidad de un cuerpo celeste sólo es esclavo o libre ante sí mismo. No se establece entre el astro y el hombre una sucesión de causas y de efectos, sino que por el contrario, el astro y el hombre se toman en una simultaneidad, global, en la que el astro es signo del hombre como éste lo es del astro.

Platino expone notablemente este problema: «Puesto que los acontecimientos de aquí abajo tienen lugar en simpatía con las cosas celestes, es razonable preguntarse si dichos acontecimientos siguen al cielo por simple armonía con él, o si las figuras (celestes) poseen un poder eficaz, y en fin si este poder les pertenece como a figuras o bien porque son las figuras de los astros. » Concluye finalmente que los astros son más bien *signos* que causas, al contrario de lo que querían los estoicos. Aparecen más exactamente como los «testigos» de lo que se desarrolla en el alma y en el cuerpo del hombre, los actores y no los autores del espectáculo de nuestro mundo interior.

En cierto modo la carta del cielo se convierte en un clisé del individuo en el que las medidas están tomadas a la escala del universo. He aquí por qué podemos recoger por nuestra cuenta la fórmula que Chilar pone en boca de uno de los personajes de su *Wallenstein*: «En tu corazón están las estrellas de tu destino,»

Los trabajos de Choisnard acerca de la herencia astral hablan en este sentido, cuando concluye: «El niño no nace en cualquier momento, sino bajo un cielo que presenta analogías con las de sus antecesores no tiene tal carácter porque nazca en tal momento, sino que nace en un determinado momento porque tiene o tendrá cierto carácter por herencia... »

Páraselos (1) completó la teoría de Platino insistiendo sobre todo en las correlaciones entre el exterior astronómico y el interior humano: «Comprended, en fin, que el astro superior y el astro inferior (en sí mismo) son la misma cosa y en modo alguno separadas. Es el cielo exterior que muestra el camino del cielo interior»... «Los dos cielos son uno solo y mismo cielo en dos partes, del mismo modo que padre e hijo son dos, pero poseyendo la misma anatomía» «El hombre posee un ciclo particular suyo, que es como el de fuera y posee la misma constelación. Es por este motivo que el hombre se halla sometido al tiempo: no por el cielo exterior, sino por el de dentro.

El planeta del firmamento no reina sobre ti ni sobre mí, sino que reina el de nuestro interior. El astrónomo que juzga el nacimiento según los planetas externos se equivoca; no afectan al hombre; es el cielo interior con sus planetas el que actúa: el cielo exterior no hace otra cosa que *demostrar* e *indicar* el cielo interior.» Y finalmente: «En el cielo existe un semejante que posee su semejante en la Tierra y en la Tierra existe un semejante que posee su semejante en el cielo. Saturno no podría en modo alguno reinar sobre la Tierra, si no tuviera un Saturno terrestre; y en el sitio en que existe lo exalta; con todo, no existen dos Soturnos, sino uno solo. El de la Tierra es el que alimenta al Saturno celeste, y este último sirve de sustento al Saturno terrestre.»

Según esta doctrina, que es la de la astrología simbolista, la astrología queda concebida como el «conocimiento de las correspondencias universales». Basta de necesidad mecánica, de acción física, de relación causal Basta de determinismo particular añadiéndose a los ya existentes y conocidos. El determinismo cósmico no hace más que superponerse a los determinismos humanos, biológico, psicológico, económico... ; no sé, añade a ellos, sino que se expresa a través de ellos. La astrología mora en una alquimia que tal vez nunca se

convertirá en química; una alquimia que, ciertamente, debe encontrar sus medios modernos de expresión; una verdadera «ciencia poética» que puede erigirse progresivamente en conocimiento objetivo al hacer retroceder sin cesar los límites de la poesía.

LAS SIGNATURAS ASTRALES.

Esta posición tradicional se ve confirmada en la práctica. Para los antiguos, el conocimiento era un todo en el qué. la astrología, privilegiada por el carácter universal de su dominio constituía el centro. La teoría de las «signaturas», apreciada por J. B. Porta, Van Helmont, Páraselos y algunos otros, constituye la prueba: se encontraban los «signos» astrológicos en el rostro, en la mano, en la escritura, en cualquier parte en que el hombre se situase.

(1) Conocemos sus teorías gracias, sobre todo, a la paciente e inteligente investigación del Dr. Henri Howard.

El principio— nacido de la correlación macrocosmos-microcosmos era el siguiente: existe una unidad que preside al plan arquitectural del hombre, como de todos los mundos, siendo la parte la imagen del todo, el átomo la del sistema solar. También, del examen de una parte se puede sacar el conocimiento del conjunto. Así sucede en la briología (estudio del iris del ojo), en la fisiognomonia (hoy morfo psicología), en la quilología (estudio de las formas de la mano) incluso en la grafología por el símbolo gráfico, la escritura refleja el carácter.

Es, pues, obligado admitir la relativa bondad del principio. Es tanto más valioso cuanto que la psicología actual hace de él un uso constante y generalizado. De él derivan los llamados «test de proyección» el sujeto probado estructura inconscientemente su naturaleza psíquica en la prueba; se reconstruye simbólicamente en el «microcosmos» del test, sea éste en una mancha de tinta, una frase, un dibujo, una fábula, un juego, el plano de una aldea... (tests de Rorschach, Murray, Jung, Condi, Dusts, Arthurs...). Usados corrientemente en psicotécnica, estos test son más o menos discutibles, pero nadie los condena; son excelentes procedimientos para detectar la vida afectiva del individuo si bien su manejo plantea evidentemente un problema capital que volvemos a encontrar en la interpretación astrológica: el de la mayor o menor capacidad del observador para *manejar* su test de su mayor o menor finura psicológica, de su propio nivel de conciencia y de conocimiento.

Incluso se puede ir más lejos y sostener que el mismo principio de analogía está en la base de técnicas como la acupuntura, la centro terapia y las reflexoterapias diversas se puede, por la excitación de una parte, modificar la totalidad del organismo.

La astrología no es finalmente más que la aplicación más vasta de este hecho universalmente comprobado: *lo pequeño y lo grande se estructuran según un plan común*. El hombre es dentro del cielo como éste dentro del hombre; la constelación exterior refleja («signo») la constitución interior, y existe, como ya dijo Páraselos, un «Saturno interior» que, dentro del hombre, le hace dependiente del Saturno celeste; del mismo modo que existe un zodiaco interno cuya vuelta de pista se desarrolla dentro del alma, tal como el Sol del macrocosmos «corresponde» al corazón del microcosmos, en virtud de un tipo general de relación analógica.

Ciertamente, repugna al espíritu científico someterse a un principio filosófico tan cargado de consecuencias pero entonces, puede decirse, ¿hay que condenarse, por purismo intelectual a renunciar a todas las disciplinas en las que ha hecho estado, porque de él derivan? ¿Hay que renunciar a las conquistas que han permitido desarrollar tales disciplinas,

y que hoy se reconocen universalmente como valiosas? Incluso si la capacidad del observador influye en el valor del test ¿no deberemos, en lugar de renunciar al test, cerciorarnos simplemente de que el observador es digno de su maravilloso instrumento?

SIMBOLISMO: SIMBOLOS Y ANALOGIAS

Es natural que, considerado, como signos, como símbolos del universo humano, los factores celestes se interpreten de un modo simbólico. De hecho, toda la interpretación astrológica reposa sobre las claves analógicas planetarias y zodiacales. Por ejemplo, el Sol es el símbolo de la autoridad ya sea familiar, intelectual, profesional, social o espiritual; de donde se sigue que este astro simboliza al padre, al educador, al profesor, al marido, al patrón, al jefe, al Estado...

A decir verdad; se ignoraba hasta comienzos del presente siglo sobre qué se basaba este simbolismo y a qué podía corresponder en el hombre. El astrólogo debía hacer un acto de fe y considerar estos símbolos como clasificaciones convencionales sin fundamento humano o pensar que existían tales redes de correspondencias en la vida mental o psíquica.

He aquí que luego diferentes disciplinas descubren casi al mismo tiempo, en el microcosmos, el simbolismo psicológico: la psicología infantil (Paige, Clapa rede, Kummel, Bühler, Ser...), la antropología (Malinowski, Ruth Benedicta, Provenias, Margaret Mead, Cardener, Fromm, Solimán, Griaes....) y sobre todo el psicoanálisis (Freud, Jung Adler, Silbare Jones, Rank...). Rápidamente, el simbolismo se revela como una *realidad interior*, un dato estructural de la vida, y el pensamiento simbólico aparece como consubstancial al ser humano. Este simbolismo es un proceso vital fundamental que se encuentra en la base de todas las manifestaciones psíquicas. Es la lengua materna del instinto, el verbo del individuo inconsciente, el vocabulario con que se expresa la vida afectiva, el sentimiento, en cada uno de nosotros. El primitivo, el niño, el neurótico, el adulto que sueña o que obra, el enamorado, el artista, el poeta, el místico... todos se expresan por el lenguaje analógico y liberan los símbolos de su inconsciente. Es ése un hecho definitivamente adquirido y que aporta grandes consecuencias para la doctrina astrológica, quedando confirmada en su esencia la psicología astral. Los antiguos «leyeron realmente en el cielo» lo que pasaba en sí mismos y, para repetir las palabras de Páraselos en frente del Saturno externo existe un Saturno interno que es su exacta réplica.

Se trata ciertamente del *mismo* simbolismo: las claves simbólicas que el psicoanálisis ha descubierto en el corazón del hombre son aquellas mismas que los antiguos astrólogos descifraron en las figuras celestes.

Podría uno ofenderse al ver clasificados bajo la misma etiqueta «Marte» personajes tan diferentes desde el punto de vista lógico o como son los asesinos, los matarifes, los militares y los cirujanos. El psicoanálisis ha hecho saltar la barrera de las clasificaciones superficiales y nos ha mostrado que todos estos personajes «que pican carne» se diferencian solamente por el nivel de evolución y corresponden analógicamente al mismo estado de desarrollo instintivo producto afectivo del llamado estadio «sado-oral».

Freud ha descubierto que el ser humano reacciona de un modo análogo, en el plano afectivo, en lo tocante a su padre, a sus educadores, sus profesores, a sus patronas, a su marido (si se trata de una mujer), a su jefe, al Estado... Y resulta que precisamente todos estos personajes van agrupados, como hemos visto, dentro del simbolismo del Sol.

EL DETERMINISMO INSTINTIVO.

La naturaleza simbólica del hecho astrológico nos permite saber de un modo seguro sobre qué plano psicológico del ser humano se manifiesta el determinismo astral.

Sabemos que si los astros «inclinan», es porque son *inmanentes a* la naturaleza humana; la tendencia astral es la expresión de las funciones biológicas y psicológicas, simbolizando Venus, por ejemplo, las conductas amorosas, el verbo amar; pero esto en razón a que el hombre, aun siendo en si un mundo relativamente autónomo, está insertado en el universo cósmico como la unidad inferior en la unidad superior.

Otro antiguo proverbio, recogido por Santo Tomás de Aquino, precisa que «el sabio reina sobre su estrella» y que «el ignorante es dominado por ella». Esta máxima indica que cuanto más se eleva uno en la escala humana, tanto más uno se desprende de la animalidad, (y mejor comprende los signos que nos hacen los astros), tanto más se libra de un determinismo astral primitivo atribuyendo al astro una, significación intangible, material y trivial. Es lógico considerar que toda concepción causa lista, ingenua, unívoca, del determinismo astral tiene sus raíces en el hombre en el estado inferior del psiquismo, en el instinto. Esta zona psíquica es la del inconsciente, esa parte nocturna donde el hombre civilizado es aún un primitivo, y el adulto es un niño, También lleva esto a pensar que, si existe un «cordón umbilical» que une el hombre al cosmos, pasa necesariamente por el canal de sus raíces terrestres, de sus *ata-*deros animales. Por medio de sus diversas técnicas de la asociación y del ensueño, los diversos psicoanálisis no han encontrado dificultad en hacer emerger de esta parte sedimentada del psiquismo todo un conjunto de símbolos, a la vez individuales y colectivos, que son los mismos símbolos de la astrología. Tratándose de un resurgir desde un mundo movido especialmente por el instinto, se ha podido dar aún más fácilmente a estos símbolos un papel motor y causal y alejar así su verdadera naturaleza de símbolos. La lectura aquí es tanto más simple cuanto que el instinto ordena mejor e impone al comportamiento del individuo direcciones y tendencias menos elaboradas por la conciencia clara, y menos modificadas por ella. Es cierto que entre las dos doctrinas de la astrología, la de la influencia astral y la astrología simbólica, la primera se ha visto favorecida largo tiempo por el hecho de que las significaciones atribuidas a los astros han permanecido sobre el plano de la afectividad pasiva donde el hombre prisionero de las zonas oscuras de su psiquismo es presa indicada para el animismo y las concepciones magostas del universo.

LA POSICION DEL PROFESOR C. G. JUNG Y LA SINCRONICIDAD

El profesor Jung se ha inclinado mucho a considerar los problemas de la astrología. Ha estudiado y hecho estudiar a su alrededor los datos prácticos de la astrología y ha concluido que era realmente un conocimiento psicológico fundamentado. También ha intentado dar de ella una explicación.

Al principio la consideró como un conocimiento del tiempo manifestado y calificado: «Todo sucede como si el tiempo, lejos de ser una abstracción, fuese una continuidad concreta conteniendo cualidades o condiciones básicas simultáneamente manifestadas en partes diversas, y esto de un modo inexplicable, por paralelismos, como se ve por ejemplo en ciertas concordancias de pensamientos, de símbolos o de condiciones psíquicas idénticas. Otro ejemplo sería la simultaneidad comprobada en los períodos de los estilos chinos y europeos...»

Jung precisa su pensamiento en *El hombre ante el descubrimiento de su alma*: ¿A qué es debido que una época, un periodo determinado posean ciertas cualidades que se reflejan en las cosas y los seres que las han atravesado o que han nacido en ella, cualidades que permiten concluir retrospectivamente en qué época tales cosas han sido engendradas? Este problema parece ser, desde un punto de vista filosófico, extremadamente complicado mientras que en la

práctica es bien simple: tengo, por ejemplo, en mi casa, un viejo armario del cual un conocedor competente me diría que está hecho en 1720, en tal o cual sitio, por tal o cual maestro. ¿Cómo lo sabe? Esta es la ciencia del buen anticuario! Del mismo modo un buen conocedor de vinos podrá precisar la cosecha y el año de tal o cual muestra. El sabe que el vino de tal año y de tal collado, en razón de las condiciones particulares que reinaban a la sazón, han adquirido un sabor que le distingue de los vinos que las mismas viñas produjeron en otros años. Lo mismo sucede con los hombres: hemos nacido en un momento dado, en cierto lugar, y tenemos, como las cosechas célebres, las cualidades del año y de la estación en que hemos nacido. La astrología no pretende mas.»

El precisó más tarde sus posiciones en otras obras (1) a propósito de una entrevista aparecida en el número 12 de la *Astrología moderna*:

«—¿De qué modo, físico, causal, sincrónico..., piensa usted que pueden establecerse las correlaciones astro-psicológicas?

(1) Synchronizität ales eon Principe akausaler Zusammenhänge (Rasher, ed.) Zürich, 1952

—Creo que se trata sobre todo de ese paralelismo o de esa simpatía que yo llamo la *Sin cronicidad*, correlación a causal, que expresa relaciones que no se dejan formular por la causalidad, como por ejemplo, la clarividencia, la premonición, la psicoquinesia (PK) y también la llamada telepatía. En tanto que la causalidad es una verdad estadística, hay excepciones de naturaleza causal que rozan la categoría de los acontecimientos sin cronísticos. Tiene relación con el «tiempo calificado».

—La astrología introduce en sus principios la noción de un tiempo cualitativo en el universo: ¿reconoce usted su papel en la psique individual?

—Esta es una noción de la que me serví anteriormente, pero que he reemplazado por la idea de la sin cronicidad, que es análoga a la simpatía o la correspondencia, o a la *armonía preestablecida* de Leibniz. El tiempo no consiste en nada. Es solamente un *modus cogitando* del que nos servimos para expresar y formular el fluir de las cosas y dj los acontecimientos, como el espacio no es más que una forma de caracterizar la existencia de un cuerpo. La sin cronicidad niega la causalidad en la analogía de los acontecimientos terrestres con las constelaciones. Lo que puede establecerse en astrología es la analogía de los acontecimientos, pero de ningún modo la sucesión de series de efectos o de causas. (Por ejemplo la misma constelación significa a veces una catástrofe y, en el mismo caso, otra vez, un resfriado..) Ciertamente, en algunos casos, se pueden poner de relieve, indino en astrología, relaciones de causalidad. Se aprecian desviaciones de protones solares. en posible relación con acontecimientos terrestres, y asimismo en relación con aspectos astrológicos. No hay entonces ninguna razón para dudar ni de la hipótesis causa lista, ni de la sin cronística La posición de la astrología entre los métodos intuitivos es única y particular.»

Añadiremos también que es esa confusión entre los dos modos de ver el «hecho» astrológico: la «visión en sucesión» y la «visión en simultaneidad», la que hace tan difícil el diálogo entre los astrólogos y los sabios de la ciencia oficial. Es que el modo de visión en simultaneidad. propio del conocimiento simbólico, escapa la mayoría de las veces a estos mismos sabios, que conservan los hábitos de pensamiento de la física cartesiana y quieren ver en todas partes concatenaciones de causas y efectos *lineales* e inscribir estos encadenamientos dentro de mecanismos materiales, o por lo menos, de cálculos exactos a base de longitudes, de pesos y de tiempo cuantitativo o espacial. Pero la astrología, incluso la influencia, escapa evidentemente a tales mecanismos y cálculos, Pero veremos que si rehusamos hacer este esfuerzo de conversión que exige la. visión en simultaneidad, única visión realmente «iniciática», es decir, no ingenua, los llamados sabios son en realidad

infieles a los postulados de su misma ciencia, y que sí es preciso acusar a alguien de falta de rigor, no es al astrólogo honesto a quien debe hacerse tal reproche, sino al sabio, que olvida muy aprisa el fundamento probabilista o idealista de su ciencia que se llama rigurosa y que cierra demasiado fácilmente los ojos al trastorno radical de los viejos cimientos cartesianos.

CAPITULO IV

CORRESPONDENCIAS

«Como ecos lejanos que de lejos se responden en una tenebrosa y viva unidad...»

Si es imposible dar a la astrología un contenido científico realmente objetivo u objetivable, esto ni significa en modo alguno que la astrología no sea objetiva. Bien al contrario, significa que las conquistas útiles de la astrología no se agotarán jamás. Pero es preciso comprender que esta imposibilidad es común a todas las ciencias positivas. Y, a este respecto, puede añadirse inmediatamente que, al contrario de lo que sucede en las ciencias el fundamento filosófico de la astrología el mismo que marca la relatividad de sus conquistas objetivas, al mezclarlas de objetividad y de subjetividad, ese fundamento filosófico aparece por el contrario en su plena claridad. Dentro del arte astrológico, la subjetividad y la objetividad está tan claramente separadas y confrontadas que la astrología aparece hoy al investigador honrado como el modelo de toda ciencia avanzada inquieta por explorar sus fundamentos y no cometer error en su método ni en su alcance. Todas las ciencias positivas sólo pueden beneficiarse de estudiar y dilucidar los fundamentos a la vez objetivistas y subjetivistas de la astrología; reconocerán así su propia situación, la que precisamente la mayoría de las veces rehúsan reconocer. En efecto la astrología tiene el derecho de presentarse aquí, a pesar del carácter perpetuamente revisable de sus conquistas incluso precisamente a causa de este carácter, como la ciencia más inquieta por no pasar por lo que no es. No vacilamos en afirmar aquí que la ciencia astrológica, desde el punto de vista de la objetividad, no tiene nada que envidiar de las ciencias positivas: sus conquistas, como las de estas ciencias, se desarrollarán sin fin; un campo infinito les está abierto. Pero esta expansión ilimitada no impedirá jamás a la astrología honda y reflexiva, reconocer el carácter asintótico de esta misma progresión, en la cual la objetividad se aproximará siempre, sin jamás alcanzarlo, a un ideal *intersubjetivo* inefable el de una conciencia trascendental en la cual la visión transfigura el mundo y lo consume.

Es dentro de este marco, en el que confrontan la ciencia comunicable y el conocimiento inefable que hay que situar el simbolismo astrológico. El antiguo Arte Real de los Astros debió quizás su situación privilegiada al hecho de que era un conocimiento que participaba de la poesía, de la ciencia y de la religión. De hecho la astrología se halla en la encrucijada de las experiencias metafísica, científica y poética. Se dice a menudo que es un arte tanto como una ciencia, para subrayar la subjetividad de la interpretación. Podemos ir más lejos y sostener que la auténtica experiencia astrológica, al menos dentro del espíritu de la astrología simbolista es una experiencia poética tanto como un conocimiento de la poesía de la vida. «Ciencia poética», «ciencia de las correspondencias» la astrología tiene ciertamente un lugar muy particular y participa del universo de la poesía.

Es primeramente bajo este último aspecto que vamos a estudiarla.

Para muchos espíritus la poesía no es más que una producción libre de la imaginación abandonada a su fantasía. Y el poeta un dulce soñador que no podría tener otra pretensión que agradar al oído; en todo caso no habría que tomarlo en serio. Este prejuicio empieza a desaparecer, como aquel otro que pretende que ciencia y poesía son irreductibles antagonistas ya Michelle afirmó que este antagonismo no es mayor que el que se creen encontrar entre ciencia y religión. Para muchos espíritus eminentes, cada día más numerosos, el poeta percibe también una verdad, pero mediante otros instrumentos que el sabio. Existe un conocimiento auténtico del mundo mediante la poesía, que confiere la plena participación en la vida. Irreductible a ningún otro, llevando en sí mismo su justificación, la experiencia poética es una creación que, por un camino interior, lleva a la comprensión del orden del mundo.

La mayoría de los poetas tienen la misma inquietud ante las cosas e incluso. ante su aspecto cotidiano; experimentan el sentimiento de que existe un misterio en el fondo de todo y la experiencia poética les lleva a revelar una realidad oculta bajo la apariencia, que tiene generalmente un carácter unitario y un aspecto ideal. El acto poético reposa en la metáfora, que supone en sí misma una actitud del pensamiento profundamente distinta del pensamiento lógico: el *pensamiento analógico*. El poeta tiene la impresión de que todo está unido dentro del universo, de que existe una especie de convivencia secreta entre el mundo y él, lo que le conduce a tejer la tela de la realidad, no a partir de la multiplicidad de las apariencias sino de la unidad general de la creación.

Esta experiencia poética se plantea como realidad consciente con el movimiento del simbolismo que por otra parte nació bajo el renacimiento de la astrología a finales del siglo pasado. Este movimiento manifestó la inquietud por encontrar una doctrina tradicional, la que parece encontrarse en la base de todas las filosofías y religiones antiguas. Intentó unir la poesía a la metafísica, la única capaz de rendir cuentas al poeta de sus nostalgias e intuiciones. Se comprende lo afortunado de la palabra simbolismo, si se piensa que la noción de *símbolo* es la piedra angular de esta metafísica tradicional, fundada en el principio de la constitución analógica del universo (1).

EL simbolismo se propone indagar la esencia de la poesía en relación con la del universo, para inferir de ella el sentido mismo del acto poético. «Las religiones, las leyendas, las tradiciones, las filosofías son las emanaciones más evidentes del Absoluto hacia nosotros y las aspiraciones más incontestables de nuestras almas hacia el Absoluto, ese sueño del cual no nos podemos desprender, por más que no podamos penetrarlo; Ahora bien, filosofías, tradiciones, religiones, leyendas, son las fuentes únicas y comunes del Arte, el que, según el precepto de Pitágoras y de Platón, sólo canta sobre la lira» (2). De hecho, el idealismo de los simbolistas comporta un misticismo más o menos mezclado y teñido de platonismo; insensiblemente se irá fundiendo con el espiritualismo místico de las tradiciones filosóficas y religiosas de las civilizaciones de base astrológica.

Según el jefe de esta escuela, Mallarmé, «la poesía es la expresión, por el lenguaje humano llevado a su ritmo esencial, del sentido misterioso de los aspectos de la existencia. Los poetas, a su vez, preocupados por volver a encontrar esta significación oculta en la manifestación, han considerado la poesía como una segunda creación: para ellos se trata de recrear el mundo, y por consiguiente de buscar, la realidad que corresponde a la apariencia, de descubrir tras las cosas visibles la esencia de las realidades eternas. La tarea del poeta es,

(1) Nos hemos inspirado aquí en la exposición bien estudiada del pensamiento del movimiento simbolista, hecha por el profesor GUI Machad en La Doctrina Simbolista (ed. Inset).

(2) Charles Maurice. La Literature de tout a l'heure (ed. Perrón).

según ello descubrir los símbolos escondidos en todas las cosas, y la del arte poético, la de captar las relaciones entre los símbolos; de aquí que, como dirá Mallarmé, la poesía sea una explicación órfica de la tierra.

Todos los poetas se dan cuenta de que el símbolo es el lazo existente entre las diversas

manifestaciones da un principio único, que da a la creación su verdadero sentido; irradiación de la verdad en las formas, él restituye el orden y convergencia del universo.

Dentro de esta nueva técnica, se trata de sugerir lo inexpresable, es decir, aquellas afinidades, correlaciones, que el poeta percibe entre la naturaleza y el alma la sugestión se convierte en el lenguaje de las correspondencias. «Todo fenómeno psíquico o fisiológico-dirá un poeta de la época - tiene su correspondencia dentro de un aspecto realizado o posible del cielo. Un río corresponde a un destino; una puesta de sol, a una gloria que desaparece...» Así, los cuadros de la naturaleza, las acciones de los hombres, todos los fenómenos concretos no podrían descubrirse a sí mismos; sólo son las apariencias sensibles destinadas a evocar sus afinidades esotéricas con las ideas primordiales. También, a propósito de *La Catastro* he digital, Claude será llevado a decir: «Nada nos impide continuar, con los medios multiplicados al infinito, una mano sobre el Libro y la otra sobre el Universo, la gran encuesta simbólica que fue durante doce siglos la ocupación de los padres de la Fe y del Arte.»

Tales puntos de vista podrían ya buscarse entre los románticos alemanes, pero se considera a Charles Baudelaire con su famoso soneto *Correspóndanles*, como verdadero precursor del movimiento. El mismo se refiere al místico Swedenborg, genial alucinado, quien a través de grotescas divagaciones abrió la puerta de ese mundo transfigurado. La definición swedenborgiana no puede ser más explícita: «La teoría de las correspondencias es la doctrina según la cual el universo está formado por cierto número de reinos análogos, cuyos elementos respectivos se corresponden uno a uno, y por consiguiente pueden servirse recíprocamente de símbolos revelar sus propiedades o incluso actuar el uno sobre el otro por «simpatía».

Girard de Naval fue uno de los primeros poetas franceses que vivió plenamente la experiencia de esta visión:

«Colores, colores y sonidos veía yo surgir de las armonías hasta entonces desconocidas. ¿Cómo he podido, me decía, existir tanto tiempo fuera de la naturaleza sin identificarme con ella? Todo vive, todo actúa, todo se corresponde; los rayos magnéticos emanados de mi mismo o de los otros atraviesan sin obstáculo la cadena infinita de cosas creadas; es una red transparente que cubre el mundo y cuyos hilos desligados se comunican paso a paso, a los planetas y a las estrellas.» (*Aurelia*)

En su célebre soneto, Charles Baudelaire ha expresado los elementos doctrinales del movimiento simbolista: unidad de la creación, materialidad y espiritualidad de la criatura, correspondencia entre el mundo material y el espiritual (analogías universales) y entre los diversos órdenes de sensaciones (sinestesia). El sentido de sus versos queda perfectamente, dilucidado por este pasaje de *Lar romántique*:

«Los que no son poetas no comprenden estas cosas. Fourier vino un día demasiado pomposamente, a revelarnos los misterios de la analogía. Yo no niego el valor de algunos de sus minuciosos descubrimientos, si bien creo que su cerebro estaba demasiado enamorado de la exactitud material para no cometer errores y para alcanzar desde el principio la certeza moni de la intuición. El hubiera podido ciertamente descubrirnos todos los excelentes poetas a los que la humanidad lectora se educa tan bien como en la contemplación de la naturaleza. Por otra parte, Swedenborg, que poseía un alma más grande. nos había enseñado ya que el cielo es un gran hombre; que todo; forma, movimiento, número, color, perfume, en lo espiritual como en lo natural, es significativo, recíproco, convertible, *correspondiente*. Lavarte, limitando la demostración de la verdad universal al rostro del hombre nos tradujo el sentido espiritual del contorno, de la forma y de la dimensión. Si extendemos la demostración (no solamente tenemos derecho a hacerlo, sino que sería muy difícil dejar de hacerlo), llegamos a esta verdad de que todo es jeroglífico, y sabemos que los símbolos no son oscuros más que de una manera relativa, es decir, según la pureza, la buena voluntad o la

clarividencia innata de las almas. Pues, ¿qué es en realidad el poeta (tomando esta palabra en su más amplia acepción), sino un traductor, un intérprete?. En los poetas excelentes no existen la metáfora, la comparación, el epíteto que no sean de una adaptación matemáticamente exacta dentro de la circunstancia actual, porque tales comparaciones, tales metáforas, tales epítetos, han sido extraídos del inagotable fondo de la *analogía universal* y porque no pueden ser extraída de otro lugar» (1).

De ello resulta: el poeta habla el mismo lenguaje que tu astrólogo; no hay treinta y seis formas distintas de pensamiento analógico, como confirma Brunetiére:

«Independientemente de la clase o tipo de emoción que despierte en nosotros, independientemente de nosotros y de lo que podamos aportar por nosotros mismos, un paisaje es «triste» o «alegre», «jovial» o «deprimente», o, en términos aún más generales, entre la naturaleza y nosotros existen «correspondencias», «afinidades» latentes, «identidades» misteriosas, y a las que sólo en tanto que nosotros las captamos, penetrando en el interior de las cosas, podemos realmente acercar el alma. He aquí el principio del simbolismo, he aquí el punto de partida o el elemento común de todos los misticismos (2)... »

El artista, como el astrólogo, se convierte así en el servidor del evangelio de las correspondencias, y el simbolismo reposa sobre una filosofía de la unidad. Remontarse a la unidad del espíritu para concebir la unidad de la Creación y deducir de ella la analogía fundamental existente entre el hombre y el Universo, tal es la primera tarea de todo simbolismo, George Vanar precisa:

«Según esto la literatura simbolista procura referir los fenómenos intelectuales y sensoriales a su fuente inicial, que es esta esencia única perpetuamente fecunda en sus modos. Es ella ante todo la literatura de las metáforas y de las analogías busca las afinidades posibles entre los fenómenos aparentemente heteróclitos. De aquí las frecuentes expresiones que pasan a los ingenuos y que evocan el sonido de un olor, el color de una nota, el perfume de un pensamiento (3).

No vacilamos en afirmar que la astrología es exactamente, desde este punto de vista una «literatura simbolista». El contenido que dan a los símbolos la mayoría de los poetas es el mismo que admite la astrología simbolista, la cual solamente intenta ser más explícita y se manifiesta como un descubrimiento coordinado y coherente allí donde la poesía se muestra casi siempre en estado bruto.

(1) Garnier, éd; pages 244-245. (1861)

(2) En Simbolistas et Decadentes (1888).

(3) Lar Simbolista (1889). Barnier, ed.

Para Henri de Regir, el símbolo reúne el mito dentro de la configuración permanente de una idea:

«El símbolo es el coronamiento de una serie de operaciones intelectuales que comienzan por la palabra, pasan por la imagen y la metáfora y comprenden el emblema y la alegoría. Es la más perfecta y completa figuración de la Idea. Es precisamente esta figuración expresiva de la Idea por el Símbolo la que los poetas de hoy han intentado y conseguido más de una vez...

«Si bien el símbolo aparece como la más alta expresión de la poesía, su empleo no está libre de ciertos inconvenientes. En la práctico, todo simbolismo comporta cierta inevitable oscuridad. Un poema así concebido, sean cuales fueren las precauciones que se tomen para convertirlo en accesible no ofrecerá nunca un acceso fácil e inmediato. la razón de ello estriba en que lleva su sentido no de un modo aparente sino secreto al modo como el árbol lleva en su semilla el fruto que de él nacerá. En efecto un símbolo es una comparación y una identidad

de lo abstracto a lo concreto, comparación en la que uno de sus términos queda sobreentendido. Hay una correlación que solamente es sugerida y cuya unión hay que establecer.

«El número de símbolos es infinito. Cada idea tiene el suyo, o más exactamente los suyos. No es solamente en la naturaleza que los poetas han buscado los símbolos y sus ideas. Han bebido igualmente en el vasto repertorio de los mitos y de las Leyendas.

»Las Leyendas y los Mitos han contado en todo tiempo con el favor de los poetas tanto los de otras épocas como los actuales. ¿No ofrecen los Mitos y las Leyendas imágenes transfiguradas y agrandadas del Hombre y de la Vida? ¿No constituyen una especie de realidad ideal donde la Humanidad gusta de representarse a sus propios ojos?

»La utilización de la Leyenda y del Mito es constante. Sin remontarse muy lejos, como sería fácil hacer, digamos desde ahora que el romanticismo y la poesía compitieron en ello. Víctor Hugo, por ejemplo, y Reconté de Lisie, para nombrar a otros, se valieron de ellos. Pero es importante remarcar que ambos toman y utilizan la Leyenda y el Mito en su belleza plástica y en su realidad superior. La relatan o la describen. Se transforman en los contemporáneos voluntarios de ese pasado fabuloso. Se trata para ellos de anécdotas grandiosas y seculares. Para ellos, los dioses y los héroes moran en aquellos personajes del pasado, medio históricos, personajes de una historia sin duda maravillosa, ya que es la de un mundo más bello, más grandioso, más pintoresco, por la lejanía y la distancia a que está del nuestro.

»Los poetas recientes han considerado de otro modo los mitos y las leyendas. Buscaron su significación permanente y su sentido ideal; donde unos vieron cuentos y fábulas otros vieron símbolos. Un mito es sobre la arena de los tiempos como una de esas conchas donde se escucha el rumor del mar humano. Un mito es la concha sonora de una idea.

»Esta predilección por la Leyenda y el Mito fue, pues, una consecuencia natural de la preocupación por expresar simbólicamente los ideas, preocupación que ha valido a los poetas de hoy el nombre con que se los designa» (1).

(1) Poètes d'aujourd'hui (1900). Mercure de France, éd

No nos salimos aquí de la «materia» o del «dato fenoménico» de la astrología, puesto que, como dirá Paul Adam, «ninguna de las analogías existentes entre las cosas puede parecernos llana. La sabiduría de los tiempos ha mostrado siempre, y muestra todavía, el microcosmos humano, como símbolo armónico del macrocosmos universal. Los seres efímeros nacen, evolucionan y mueren siguiendo las leyes esenciales que presiden el desarrollo, las parábolas y la extinción de los cometas» (1). Y las cualidades del símbolo, expresadas por Emilio Perren, son sin duda las del símbolo astrológico:

«¿Quién, pues, lograría definir el simbolismo? Todo lo más se puede intentar aclarar un poco la niebla del ambiente, y aun con la voluntad de no emitir más que ideas personales.

»Ante todo conviene no confundir el simbolismo con la alegoría, y menos todavía con la síntesis. Tampoco con el simbolismo pagano, puesto que el simbolismo actual, contrariamente al griego, que era la concreción de lo abstracto, se dirige a la abstracción de lo concreto. Eso es en nuestra opinión, su alta y modesta razón de ser.

»Antiguamente Júpiter, encarnado en estatua, representó la dominación; Venus, el amor; Hércules, la fuerza; Minerva, la sabiduría.

¿Y hoy?

»Hoy se parte de la cosa vista, oída, sentida, tocada o gustada, para hacer nacer de ella la evocación y la suma por la idea. Un poeta contempla París hormigueante de luces nocturnas, desmigajado en una infinidad de fuegos y colosal de sombra y extensión. Si da de él la visión directa, como podría hacerlo Zola, es decir, describiéndolo en sus calles, en sus plazas, en sus monumentos, en sus riadas de gas, sus mares nocturnos de oscuridad, sus agitaciones febriles bajo las estrellas inmóviles, presentará de él, cierta mente, una visión muy artística, pero que no será en absoluto simbolista. Si, por el contrario, erige para el espíritu la visión indirecta, evocadora, si expresa: «una inmensa álgebra cuya clave se ha perdido, esta frase desnuda realizará, lejos de toda descripción y de toda anotación de hechos, el París luminoso, tenebroso y formidable.

»El símbolo se depura, pues, siempre a través de una evocación, en idea: esta sublimado de percepciones y de sensaciones; nada demostrativo, pero sugestivo; suprime toda contingencia, todo hecho todo detalle; es la más alta y espiritualista expresión de arte» (2).

El símbolo es una realidad de la naturaleza poética, y por consiguiente de la naturaleza humana en lo que ella tiene de más profundo y universal. La imagen del carpintero de Emerson, dada por Mauricio Maeterlinck, muestra bien sobre qué fondo se sitúa el simbolismo humano que el astrólogo se encarga de descifrar:

«Sí, yo creo que hay dos clases de símbolos: uno que se podría llamar el símbolo *a priori*; el símbolo de propósito deliberado: parte de abstracciones y procura revestir de humanidad tales abstracciones. El prototipo de este simbolismo, que está bien cerca de la alegoría, se hallaría en el *Segundo Fausto* y en ciertos cuentos de Goethe, su fanoso *Marchen Aller Marchen* por ejemplo. La otra clase de símbolo sería más bien inconsciente y tendría lugar sin que el poeta lo supiera, a menudo a pesar suyo, e iría casi siempre mucho más allá que su pensamiento; el prototipo de este simbolismo se encontraría en Esquilo, Shakespeare, etc.

(1) *L'Art Symboliste* (1889). Varier, éd

(2) *Le Symbolisme*, Impressions, III 1887, éd. Mercure de France

.Yo no creo que la obra pueda nacer de un modo viable del símbolo; sino que el símbolo nace siempre de la obra, si ésta es viable. La obra nacida de un símbolo no puede ser otra cosa que una alegoría, y es por esto que el espíritu latino, amigo del orden y de la certeza, me parece más inclinado a la alegoría que al símbolo. El símbolo es una fuerza de la naturaleza, y el espíritu del hombre no puede resistir a sus leyes. Todo lo que el poeta puede hacer, es ponerse con relación al símbolo, en la posición del carpintero de Emerson. El carpintero — ¿no es cierto? — si ha de rebajar un madero, no lo pone encima de su cabeza, sino bajo sus pies, y de este modo, a cada golpe de hacha que da, ya no es él solo quien trabajó, (sus fuerzas musculares son insignificantes), sino que es la tierra entera la que trabaja con él; colocándose en esta posición llana apela en su ayuda a toda la fuerza de gravitación de nuestro planeta, y el universo consiente y multiplica el menor movimiento de sus músculos.

»Sucede como con el poeta; éste será más o menos poderoso, no en razón de lo que hace él mismo, sino en razón de lo que logra hacer ejecutar a los demás, y al orden misterioso y eterno, y a la fuerza oculta de las cosas. Debe ponerse en la posición donde la Eternidad apoya sus palabras. y cada movimiento de su pensar debe ser consentido y multiplicado por la fuerza de gravitación del pensamiento único y eterno. El poeta debe permanecer, a mi juicio, pasivo en el símbolo, y el símbolo más puro es quizás el que tiene lugar sin él saberlo o incluso en contra de sus intenciones; el símbolo sería la flor de la vitalidad del poema y, bajo otro punto de vista, la calidad del símbolo se convertiría en la contraprueba del poder y de la vitalidad del poema. Si el símbolo es elevado, es que la obra es muy humana. Esto es poco

más o menos lo que decíamos esta tarde si no hay símbolo no hay obra de arte» (1).

Es precisamente este plan oculto cuya significación íntegra todos los signos el que se propone descubrir el simbolismo astrológico.

Si es cierto que el objeto no es otra cosa que la figuración de una realidad escondida y si el mundo se presenta al poeta como un inmenso enigma a descifrar, el acto poético no será otra cosa que este desciframiento. Tal es la definición que Paul Valéry da a la poesía.

«La poesía se me aparece como una explicación del mundo, delicada y bella, contenida dentro de una música singular y continua. Mientras el arte metafísico ve el universo construido por ideas puras y absolutas, la pintura de colores, el arte poético consistirá en considerarlo vestido de sílabas y organizado en frases.

»Considerada en su esplendor desnuda y mágica, la palabra se eleva a la potencia elemental de una ilota, de un color, de un asco de bóveda. El verso se manifiesta como un acorde que permite la introducción de los dos modos, donde el epíteto misterioso y sagrado, espejo de las sugerencias subterráneas, es como un acompañamiento pronunciado en sordina.

»Una devoción muy particular a Edgar Poe me condujo entonces a dar como reino al poeta la analogía. El poeta precisa el eco misterioso de las cosas y su secreta armonía, tan real y tan verdadera como una relación matemática para los espíritus artísticos.

«Entonces se impone la concepción suprema de una alta sintonía que une el mundo que nos rodea al mundo que nos cultiva, construida según una rigurosa arquitectónica, deteniendo tipos simplificados sobre fondo de oro y de azul, y liberando al poeta del pesado socarro de las filosofías triviales, de falsas ternuras y de descripciones inanimadas» (2).

(1) *Le Symbolisme*, Impressions, III 1887, éd. Mercure de France

(2) Mondar : Letra á Mallarmé (1891)

Este sueño de la armonía y de la unidad lo define André Gide como una nostalgia del paraíso perdido. El poeta discierne tras las apariencias la única realidad, «paradisiaca y cristalina», la Idea, quinta esencia de la forma imperfecta:

»El poeta es el que mira. ¿Y qué ve? El paraíso.

»Puesto que el paraíso está en todas partes; no creamos las apariencias. Las apariencias son imperfectas: balbucean las verdades que guardan, el poeta debe comprender estas medias palabras — luego repetir tales verdades.

» ¿Es que el sabio hace otra cosa? El también busca el arquetipo de las cosas y las leyes de su sucesión; él recompone un mundo; al fin idealmente simple, donde todo se ordena normalmente.

»Pero estas formas primarias el sabio las busca por un proceso de inducción lento y temeroso, a través de innumerables ejemplos; puesto que se detiene en la apariencia y, deseoso de certeza, se guarda de adivinar.

»El poeta, que sabe que crea, adivina a través de cada cosa y una sola le basta, símbolo, para revelar Su arquetipo; sabe que la apariencia es sólo el pretexto, un vestido que la cubre y en el que se detiene el ojo profano, pero que nos demuestra que Ella está allí.

»El poeta contempla; se inclina sobre los símbolos, y silencioso desciende profundamente al corazón de las cosas, y cuando ha percibido visionario, la Idea, el íntimo número armonioso de su ser, que sostiene la forma imperfecta, él la capta, pues, descuidado de la forma transitoria que la revestía en el tiempo, le sabe devolver su forma eterna, su forma verdadera, en una palabra, y fatal, paradisiaca y cristalina» (1)

Por su parte, Paul Claudel pone claramente el acento sobre una «novela lógica» o, mejor todavía, sobre este modo de pensamiento netamente distinto del pensamiento lógico, llamamos pensamiento analógico:

«Ya hace tiempo, en el Japón, cuando yo subía de Nilo a Chuzenji, vi, aunque a gran distancia y yuxtapuestos por acción de mi ojo, el verdor de un arce llenando el propuesto por

un pino. Las presentes páginas con ese texto selvático, la enunciación arborescente en junio, de un nuevo arte poético del universo, de una nueva lógica. La antigua tenía por órgano el silogismo, ésta tiene la metáfora, la palabra nueva, la operación que resulta de la sola existencia conjunta y simultánea de dos cosas diferentes. La primera tiene por punto de partida una afirmación general y absoluta, la atribución al sujeto, de una vez para siempre, de una cualidad, de un carácter. Sin precisión de tiempo ni de lugar, el sol brilla, la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos. Ella crea, irlos, los individuos abstractos, establece entre ellos series invariables. Su procedimiento es una nominación. Todos estos términos, una vez detenidos, clasificados por y especies en las colonias de su repertorio, tras analizarlos uno tras otro, luego los aplica a todo sujeto que le es propuesto.

«Yo comparo esta lógica a la primera parte de la gramática que determina la naturaleza y función de las diferentes palabras. La segunda lógica es como la sintaxis, que en arte de juntarlas, y que la vemos practicada ante ojos por la misma naturaleza. Sólo es ciencia de lo general, y creación de lo particular. La metáfora, el fundamental o relación de una grave y de una aguda, no se usa sólo en las hojas de nuestros libros: es el arte autóctono empleado por todo el que nace. Y no se hable de azar. La plantación de ese ramillete de pinos, la forma de esta montaña, no son más debidas al azar que el Partenón o ese diamante sobre el que envejece el lapidario de usarlo, sino que son el producto de un tesoro de planes ciertamente más rico y más sabio» (2).

(1) *Traité du Narcisse*. Gallimard, éd. (1891).

(2) *Art Poétique*. Ed. Mercure de France (1903).

La estructura analógica del mundo es tan evidente para el poeta que éste ya no se plantea la cuestión del principio de la astrología

Con motivo de una entrevista, André Bretón declaró «Yo no podría contradecir el hecho de que la astrología sea la «lengua de oro» de la analogía, la que tiende a permitir los más grandes cambios entre el hombre y la naturaleza, al establecer entre ellos toda una red de localizaciones que se corresponden. Nada hay, en efecto, que revele una aspiración más ardiente a la armonía, en el sentido en que Fourier entiende esta palabra» (1).

Este acercamiento entre astrología y poesía no deja de asombrar puede incluso alejar de la astrología a los espíritus de geometría, si antes no les lleva un estudio más sistemático de sus fundamentos. Sin embargo, como se verá, el «hecho astrológico» existe y se impone a todos, por lo cual hay que buscarle interpretación. Evidentemente, el pensamiento lógico y racional salido del cartesianismo no basta a reducir y explicar este «hecho». En espera de una madurez que nos permita acceder a la vasta Weltanschauung que supone el Arte Real de los Astros, la poesía viene en auxilio de la razón lógica, para hacernos comprender que no todo queda dicho por las ecuaciones de la «ciencia», y que muchos dominios aún prohibidos a ésta última no lo son al hombre inspirado.

(1) *Astrologue Moderna*, núm. 12.

CAPÍTULO V

LA HOROSCOPIA

Cualquiera que aborde el ejercicio astrológico respetando las reglas, reconoce en general, si obra de buena fe, *que hay algo* en el arte higroscópico.

La práctica astrológica no tiene misterios ni precisa de altos conocimientos «científicos». Siguiendo una fórmula consagrada, está «al alcance de todos». Pero cada uno encuentra en ella lo que él aporta, y todos los niveles de conocimiento real se encuentran en ella, desde el balbuceo hasta la maestría en el arte, en la medida misma en que el conocimiento real aventaja e integra el conocimiento puramente «científico».

LA CARTA DEL CIELO.

La erección de la carta del cielo de nacimiento es la primera operación del ejercicio astrológico; es cosa fácil y rápida.

Tras haber anotado la fecha, la hora (se considera ordinariamente el momento en que el niño ha dado el primer grito) y el lugar de nacimiento del individuo, el astrólogo busca la longitud y la latitud de dicha lugar, y luego convierte la hora legal del nacimiento en tiempo civil de Greenwich.

Una primera operación consiste en «domificar» el tema. Se trata de tomar una hoja en la que está dibujado un zodiaco, y de orientar este zodiaco en función del meridiano y del horizonte del momento y del lugar de nacimiento. A este fin el astrólogo abre la página de sus Tablas astronómicas, relativa al mes de aquel nacimiento y levanta para el día correspondiente un factor de corrección respecto a la «hora sideral», factor que le permite, uniéndolo a la hora local del nacimiento, obtener el «tiempo sideral» natal. A continuación consulta una tabla de las cosas para la latitud del lugar natal y marca sobre la columna correspondiente a este tiempo sideral la posición del horizonte y. del meridiano, así como de los sectores terrestres llamados «casas». El punto «ascendente», que es punto de intersección del horizonte oriental y de la eclíptica, constituye la punta del sector I y el punto meridiano superior o «Medio del cielo», la punta del sector X; los doce sectores se siguen partiendo del ascendente y en sentido del zodiaco.

El astrólogo vuelve a tomar a continuación sus efemérides astronómicas, que le proporcionan la posición de los planetas todos los días, sea a 0 horas, sea a 12 horas, en tiempo civil de Greenwich. Se remite a la columna del día del nacimiento y calcula las posiciones de los planetas -para la hora Greenwich del nacimiento, lo que le permite situar los planetas alrededor del zodiaco.

Falta todavía trazar los «aspectos»; éstos son las distancias angulares entre dos planetas o entre un planeta y un ángulo del cielo, distancias medidas sobre la eclíptica, y que se consideran significativos cuando tienen ciertos valores particulares: 90° (el aspecto se llama entonces cuadratura); 120° (el aspecto se llama *trígono*); 180° (llamado *oposición*), etcétera. Estos aspectos se trazan generalmente en azul cuando son armónicos, en rojo si son disonantes.

La carta del cielo está erigida: el lugar está libre para la interpretación.

LA ARQUITECTURA

Los luminares y los planetas, en su curso sobre la pista del zodiaco, en su recorrido diurno y nocturno y en sus relaciones mutuas — constituyen las piezas clásicas de la técnica astrológica.

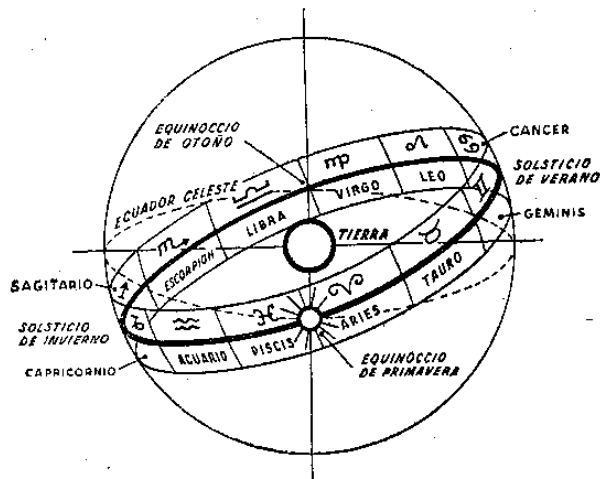
EL ZODIACO

No es cuestión de entretenerse aquí en el contenido filosófico del zodiaco en tanto que es clave simbólica universal. Sólo podemos esbozar su psicología concreta, la que utiliza el interpretador. COE (vida), diados (rueda), se dice que es el ciclo del movimiento de la vida, la banda circular del cielo por la que caminan los astros de nuestro sistema planetario. Se presta a muchas «reconstrucciones»: geométrica, matemática filosófica..., mas para los antiguos parece haber hablado en el lenguaje de la naturaleza, en función de su recorrido regular por el sol todos los años.

Pronto se da uno cuenta de que cada año hay un polo de calor y otro de frío; el Calor del verano se sitúa en el solsticio de Cáncer, y el Frío del invierno en el solsticio de Capricornio. A este primer eje se superpone perpendicularmente otro: un polo de lo Húmedo se coloca en la primavera, estación de la savia y de la fecundidad, en el equinoccio de Aries; y opuesto a él, un polo de lo Seco se sitúa en el otoño, estación de la desecación vegetal, o sea en el equinoccio de la Libra. Así se efectúa una división cuaternaria del zodiaco, que sitúa cada estación bajo el reino de un elemento el Aire en la primavera; el Fuego en verano; la Tierra en el otoño y el Agua en Invierno.

Asimismo se descubre una división ternaria del ciclo anual. Durante el primer tercio, el equinoccio de primavera al signo de Leo (23 de julio), el calor del sol aumenta hasta su apogeo y hace crecer la vegetación. En el curso del segundo tercio, de Leo a Sagitario (23 de noviembre), la vegetación madura y da sus frutos. Bajo el último tercio, que nos lleva a Aries, se instala el frío y adormece la naturaleza hasta el renacimiento.

El duodenario zodiacal aparece como el matrimonio entre el cuaternario y el ternario. Habrá, por tanto, cuatro aspectos de cada fase del ternario, así como tres aspectos de cada fase del cuaternario. Así los cuatro elementos están contenidos dentro de cada una de las tres fases:



FUEGO
Aries
Leo
Sagitario

TIERRA
Tauro
Virgo
Capricornio

AIRE
Géminis
Libra
Acuario

AGUA
Cáncer
Escorpión
Piscis

Del mismo modo las propiedades del ternario se vuelven a encontrar en el seno de cada cuarto, correspondiendo el Cardinal al comienzo de la estación el Fijo a su apogeo, y el Mutable. a su paso a la estación siguiente

CARDINAL	FIJO	MUTABLE	
Aries	Tauro		Géminis
Cáncer	Leo	Virgo	
Libra	Escorpión	Sagitario	
Capricornio	Acuario	Piscis	

Cada signo del zodiaco está pues, especificado, por el cruzamiento de dos valores dialécticos del cuaternario y del ternario.

Así, el Fuego cardinal de Aries, es el impulso fogoso de la primavera, como una chispa de calor el Fuego fijo de Leo es el aspecto de la plena llama del corazón del verano: y el Fuego mutable de Sagitario no es más que el calor sereno del otoño que duerme bajo las cenizas...

Cada signo recibe, pues, una significación inicial ligada al orden de todo el movimiento zodiacal; el símbolo que le designa (animal, objeto....) es igualmente apropiado para proporcionar informaciones, así como la grafología del jeroglífico la etimología del nombre, su relación dialéctica con el signo opuesto su vestidura mitológica.

He aquí la significación de los doce signos: contrariamente al prejuicio bien establecido actualmente no es necesario que el «nativo» de tal o cual mes zodiacal se reconozca en el retrato del signo correspondiente. En efecto, un signo domina y marca a un sujeto cuando se eleva en el horizonte, o sea cuando está en el ascendente; o también cuando está ocupado por varios planetas rápidos. la sola ocupación por el Sol, que es lo que especifica el signo, no constituye un índice suficiente para caracterizar a un individuo. Sucede bastante a menudo que muchas personas. se reconocen dentro de su tipo zodiacal, pero esto resulta la mayoría de las veces del hecho de que su nacimiento tuvo lugar al salir o al ponerse el sol, o incluso hacia el mediodía; porque Mercurio y Venus, siempre más o menos situados en los alrededores del sol, acompañan al astro del día y están en el mismo signo que él. Por lo demás, aun en el caso de que el tipo zodiacal sea acusado, no «señalar necesariamente al individuo en todo su comportamiento: así por ejemplo, un Aries general puede ser Cáncer en su familia, Leo en sus amores, Libra en sus asociaciones, Capricornio en su vida social... Se comprende pues, cuán falsa es esta astrología mecanizada y en serie del gran público ilusionista del zodiaco.

ARIES

Bajo el reino de Marte, de la deflagración de las fuerzas primaverales. Espontaneidad, ardor, combatividad, exaltación, entusiasmo, virilidad, pasión, valor, espíritu de iniciativa, de empresa de conquista, de novedad, de aventura. Lleno de impulso, su fuerza radica en su dinamismo inicial, como su llama; pero le falta autodominio, poder de detenerse, espíritu de continuidad; es impulsivo, temerario, inclinado al comportamiento impulsivo, a la exageración, a los excesos y extremismos. Cambios bruscos y repentinos. Inteligencia de innovador, de precursor (Descartes, Copérnico, Huyen, Volta, Harnean, Einstein). Hace al animador, al conductor, al entrenador, al jefe. En política es partidario de la fuerza es extremista (Tañerán Cornwall, Fourier, Lasalle, Napoleón III (primera época), Gambeta, Ferri Lenin, Callaos, Blandan, Bum, Mauras). En las artes, preconiza un estilo realista, impreso de violencia, de pasión, de dureza, de sadismo (Goya, Baudelaire, Zola). -

TAURO

Bajo el reino de Venus, de la primavera dionisiaca de los céspedes verdes y de las densas praderas. Sólido equilibrio. tranquila seguridad, sensualidad abundante potente apetito de vivir, simplicidad placidez, lentitud, pero cóleras esporádicas y reacciones violentas; constancia, tenacidad, labor, obstinación, testarudez, fijeza, rencor, paciencia, realización, asimilación, estabilización, inteligencia concreta, realista; buen sentido, empirismo; constructor en las ciencias (Lineo, Monge, Gauss, Fresnal, Curia, Freud, Poicaré). Filósofo de la materia (Berkeley), del empirismo psicológico (Hume), del utilitarismo (Stuart Mil), del placer (Spencer), del positivismo (Comte.), del materialismo histórico (Marx). Estable, fiel, posesivo y celoso en sus afectos. En política es realista, pacifista, fiel a sus ideas, defensor de sus intereses y de su clase (Target, E. de Lendel, Pétain, Doumergue, P. Reynaud, Jaurès, Torés). En las artes preconiza el realismo de la vida terrena (Balzac, Corbetta), el lado voluptuoso y sensual de la vida (Mme. de Staël, Massana, d'Annunzio), la mística sensual de la sangre y de la tierra (Wagner, Montherlant).

GEMINIS

Bajo el reino de Mercurio de lo cambiante y de lo transitorio. Naturaleza móvil, dúctil, aérea, adolescente, joven, diestra, sutil, hábil, ingeniosa, dotada de diplomacia y muy adaptable; pero a menudo inestable, incierta, inquieta, compleja, con dualidad interior. Tipo aclarador de enredos, astuto, artero, virtuoso, intrigante, vivo, espiritual, agitado, nervioso. Inteligencia viva, rápida, apta para establecer relaciones y cambios (Lineo, Rousseau, Croques, d'Arsonval, Brown-Sequiar). En amor gusta del «flirteo» el juego o el lazo intelectual. En política es teórico, abogado o propagandista (Maratí, Fremont, Bismarck), recorre todos los bancos de la Asamblea (Callaen, Laval, Dailly)... En las artes cultiva los géneros más diversos: los conflictos psicológicos (Comte), las anotaciones sensibles e impresiones sutiles (E. de Goncourt, Rodenbach, Berrearen), la ironía, la curiosidad, el escepticismo (France), el culto a la inteligencia (Valéry, Corto, Miller, Corbetta, Offenbach, Round, Griego...).

CANCER

Bajo el reino de la Luna, de la naturaleza en plena fecundidad. Naturaleza vegetativa sensible, emotiva, impresionable, influenciable, delicada, soñadora, imaginativa, maternal, toda ella fantasía, capricho, frescor, poesía, lirismo. Carácter tímido, borroso, replegado, infantil, melancólico, pegado a los recuerdos, al pasado, a su familia, a la casa, enamorado de la intimidad. Inteligencia sensorial, intuitiva, inspirada (Lalande, Einstein, Marconi, De Broglie, Lamarck, Newton, Pascal Finenlo). En amor es tierno, familiar, maternal. En política es poco realista, por demasiado imaginativo (Guillermo II, Fremont Bullanger, Baotou, Bridan, Laval) y gusta de presidir asambleas (Jeanne, Heriots). En las artes realiza, en general, una obra de emoción, de melodía, de lirismo (Michelle, Rodenbach, Black, Schumann, Schubert, Berrios, Ralo, d'Indy, Debussy, Tschaikowsky, Corto).

LEO

Bajo el reino del Sol, de la culminación de la vegetación y de la Magnificencia de la naturaleza, en el corazón del verano. Carácter, fuerza, voluntad, conciencia, idea, irradiación, brillo, amplitud, potencia, virilidad, dominación, protección, mando, autoridad, grandeza, ambición realizadora. autoridad (Gamellón, Montgomery, Darla, Chutemos...). clara, sintética (Caviar, Lamarck, C. Bernard, Feuerbach). En amor tiene un gran corazón, aunque no exento de egoísmo. En política se eleva a los puestos más altos (Grey, Carnet, Poicaré, Doumergue) y afirma una política de grandeza y de prestigio (Napoleón, Guillermo I, Bismarck, Caviar, Guillermo II, Bullangera); tiende a convertirse en una autoridad (Gamellón, Montgomery, Dañan, Chutemos...). En las artes, se interesa por lo gigantesco (Bartlioldi), lo soberbio, lo aristocrático (Liszt, Meissonier), lo ideal (Petrarca), lo fasto, lo potente (Claude, Monthérland).

VIRGO

Bajo el reino de Mercurio, de las cosechas y del almacenamiento del grano. Naturaleza sencilla, modesta, eclipsada, sobria, reservada; prudente, paciente, previsora, precisa, ordenada, regular, limpia, escrupulosa, aficionada a clasificar, conservar, acumular, coleccionar, llegando a hacer de ello una manía. Sentido práctico, método, organización, seguridad. Inteligencia observadora, analítica, crítica, racional, lógica, escéptica (Descartes, Loche, Diedro, Condorcito, Foucault, Caviar, Lavoisier, Cereal, Bufón). En amor es poco demostrativo, serio, inclinado al celibato o a un matrimonio de razón. En política es práctico y razonable, partidario del orden, de la organización (Rochelee, Combes, Baotou, Dallador, Dourmergue, Lebruna), predica una política cultural (Francisco I, Rochelee, Luis XIV) o se interesa por la suerte de los trabajadores (Guarés, Cachan). En las artes produce al Ronzarte de las *Epístolas*, al Goethe de la segunda época, Bolea y Rarea, legisladores de la armonía clásica, y dramaturgos o novelistas psicólogos (Tolstoi, Dumas padre, Augure, Maeterlink, Preboste Ramas, Mauriac).

LIBRA

Bajo el reino de Venus, de la igualdad de los días y de las noches y de la media de la temperatura anual. Equilibrio, medida, proporción, equidad armonía, matiz, selección. Carácter entre el pro y el contra, el impulso y la inhibición, conciliador, pacifista, indeciso, vacilante, amigo de los compromisos y de los acuerdos; amabilidad, cortesía, sociabilidad, dulzura, bondad, efusión. Inteligencia dotada para las comparaciones, las relaciones, las medidas y las armonías (Erasmus entre la ortodoxia y la Reforma; Bosque, cartesiano y presbítero, entre el galicanismo y la Iglesia; Bergson, entre la intuición y la razón). En amor es refinado, agradable, comprensivo. En política es moderado, entre los extremos, justo, conciliador, dubitativo (Enrique IV, Luis XIII, Becker, Luis, XVIII, Luis-Felipe, Lebruna). A menudo acomete tareas de justicia (Fleque, Dreyfus, Ravachol, Clemencia) y se afirma en general dentro de un conflicto (Clemencia, Enrique IV, De Gaulle). En las artes es puramente un enamorado de lo bello (Cervantes, Lamartine, Mérame, de lisie-Adam, Mauriac, Colette; Fulgiere, Gerifalte, Miller; Liszt, Verdi, Meyerbeer, Lizet, Dikas, Pierna, la Duce).

ESCORPION

Bajo el reino de Marte y Plutón, de la caída de la hoja y de la destrucción de la vegetación. Naturaleza instintiva, violenta, apasionada, indisciplinada, rebelada, imperiosa, dura, agresiva, a veces rencorosa, mas también atormentada, angustiada, ansiosa, obsesionada, mórbida, auto destructora inteligencia instintiva, perspicacia, curiosidad, análisis profundo, inquisición, vivisección, (Perchel, Galios, Maxwell, Brandy, Curia,

Vértelo, Bicha, Lutero, Maine de Viran). En amor se halla bajo la presión del sexo y conoce las tempestades de la pasión y las crisis dolorosas, En política muestra la fuerza (Nacarino, Luis XIV, Napoleón, Mussolini), es extremista, agresivo, militante encarnizado y combativo (Denton, Branque, Trostsky, Goebbels), hombre de sectas secretas, (Delíncale, jefe de la Resistencia), o que se halla en un medio de corruptores y de corrompidos (Leseas, Tarde, Stravinski, La Roque). En las artes expresa la pasión, el tormento, el drama (Racine, Chillar, Goethe, Rodón, Gerifalte, Malraux, Picasso), se orienta hacia la crítica, la sátira (Bolea, E. Ñus L. Daudén) o el erotismo (Retín de la Bretona).

SAGITARIO

Bajo el reino de Júpiter, del apaciguamiento de la naturaleza. Carácter ponderado, razonable, bienhechor, apaciguador, sereno, acogedor, confiado, leal, generoso. Pero puede estar animado de pasiones, y su independencia tornar el carácter de rebeldía. Amante de lo extenso, de la aventura, de los viajes y de los conocimientos; vida moral. Inteligencia persuasiva, que se inflama por percusión, más filosófica que práctica (Espinoza, Malebranche, Pascal, Fínenlo, Ascendí, Baile, Contenerle, Montesquieu, Voltaire, Lamentáis, Hegel, Nietzsche, Darwin, Spencer). En amor, el sentimiento apacible honesto y recto ante todo, y si está contrarrestado el amor libre y la aventura, En política posee un sentido social acusado y es tolerante y conciliador (Gandhi, Gladstone) o rebelde y hombre de oposición (Clemencia, Franco, Churchill, De Gaulle). En las artes produce el Mus set de las pasiones violentas, el Quisling viajero, el Dostoievski libertario, los huraños y rebeldes Beethoven y Berrios, el religioso César Frank, el Honegger de *Rugby* y de *Pacífico 231*, como el faunesc Rodón.

CAPRICORNIO

Bajo el reino de Saturno, de la tierra helada, de la naturaleza despojada, del invierno en su severa grandiosidad. Naturaleza concentrada, encerrada, reservada, sobria, disciplinada, calmosa, reflexiva, paciente, prudente, perseverante, fría, despegada ambiciosa, con miras lejanas. Inteligencia racionalista, objetiva, rigurosa; espíritu geométrico, abstracto, teórico, escéptico (Tycho-Brahé, Héller, Newton, Perchel, Pasteur, Poicaré, Becquerel, Angevina, Dabi, Kant, Comte., W. James, Proado). Enamorado calmoso, desprendido pero fiel; celebratorio. En política se eleva a los puestos más altos (Enrique IV, Nacarino, Carlos V, Napoleón III, Sada Carnet, Libet, R. Poicaré, Deschalen, Domar, Hindenburg, Joffre, Gamellón, Heriros, Mandil, Gladstone, Stalin), En las artes produce el género realista (Ruda, Fulgiere, Cuézanme), la amargura y melancolía (Moliere, Mus set), el retorno al pasado (Heredia, Fuster de COU lañes, Proust), el despojamiento (Mallarme)

ACUARIO

Bajo el reino de Urano, de la intensidad de la vida interior. Naturaleza aérea, vibrante, etérea, sensible, emotiva, idealista, poseedora de un sentido humano; falta de carácter y que deja sacrificar sus intereses personales, pero que sabe consagrarse a una causa superior. Inteligencia libre, «al día», o de lo contrario abierta al progreso, a las reformas, a los anticipos y a las innovaciones (E. Bacón, Ascendí Darwin, Marx, Cortico, Newton, Revertiera, Montgolfier, Mendelevio, Franklin, Volta, Ampere, Hertzio, Croles, Edison). Enamorado independiente, fantasiosa, amistoso. En política es a menudo partidario del progreso y de las

reformas (Robespierre, Dérouléde, Branque). En las artes da en el idealismo, la revolución, el anticipo, la psicología (Beaumarchais. -Byron, Tendal, J, Verme, Copé, Reman, Huysnians, R. Rollando).

PISCIS

Bajo el signo de Neptuno, del desligamiento perezoso de la torpeza invernal, de la renovación de la savia. Naturaleza donde bullen y fermentan sordas pasiones: invasión de impresiones fluidas, de sensaciones y emociones indefinibles; sueño, evasión, hipersensibilidad, sensorialidad, impresionabilidad, vacilación, incertidumbre, fluctuación, incoherencia, masoquismo, bondad, compasión, humanidad, consagración, sacrificio. Inteligencia poética, intuitiva, sensorial, de médium, cósmica (Revertiera, Llande, Flamearon, Edison, Einstein: Schopenhauer, Darwin). Enamorado sensual o místico, defraudador, sacrificado u oblativo. En política forma a los quiméricos (Bridan), a los dirigentes de corrientes colectivas (Dreyfus), a los aventureros (Loewenstein. Reuter). En las artes expresa un lado oceánico (Montague, Hugo, Ravel), profético (Hugo), penoso (Vinyl), extraño (Poe), oscuro (Mallarme) o los valores del grupo, de lo colectivo. (Miguel Ángel, David, Gros,-Daimler, Meissonier)

LOS SECTORES

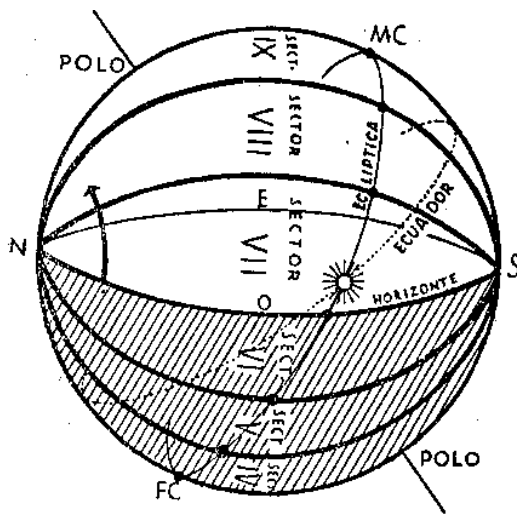
Así como el zodiaco, soporte de la carrera anual del sol y del ritmo de las estaciones, constituye la plataforma de la condición humana dentro del universo, la jornada solar, en tanto que segundo ciclo, constituye la réplica del primero soporta las fases de nuestra vida diurna y nocturna y sitúa la condición terrestre del hombre. Este segundo ciclo es el tradicionalmente llamado de las «Casas».

Igual que para el gran ciclo, las coordenadas de éste último son fácilmente determinables, La esfera del cielo, que rodea al hombre y está indisolublemente ligada a la tierra (la esfera «local») queda ya partida en dos fragmentos por la línea del horizonte; la parte superior de esta esfera es la visible, la inferior está ocultada por el suelo. Por otra parte, perpendicularmente a esta línea del horizonte, se traza la vertical de nuestro lugar, que divide la esfera celeste en una mitad oriental y otra occidental; el meridiano se eleva vertical. Orientándonos por relación con la estrella solar tenemos los cuatro ángulos del cielo: el este a la izquierda, a levante (Ascendente del horóscopo, punto de la eclíptica donde se elevan los planetas), el oeste a la derecha, a poniente (Descendente), el sur hacia arriba, hacia el meridiano superior (*médium cuelan*, mitad del cielo, M. C.) y el norte hacia abajo, hacia el meridiano inferior (*imam cuelan*, Fondo del cielo, F. C.).

Los elementos permiten orientar rápidamente esta segunda esfera; el polo de lo Caliente está sin duda en el medio cielo, que es el punto que traspasa el sol a mediodía; el polo de lo Frío, en el Fondo del cielo, punto que traspasa medianoche. El Ascendente se considera el polo de lo Seco, lugar de la aparición del sol; y el Descendente, lugar de la puesta del sol, es el polo de lo Húmedo. Cada una de las cuatro partes del día queda así situada bajo el signo de un elemento: la Tierra, desde medianoche al alba; el Fuego, desde el alba a mediodía; el Aire, de mediodía al ocaso; el Agua, del ocaso a medianoche.

Basta seguir el ritmo de la vida humana durante las veinticuatro horas de este ciclo para completar el simbolismo de este reparto de los principios vitales por el de la evolución del hombre. Este se despierta con el alba y obedece para levantarse, a la salida del sol; a medida que el astro diurno se eleva en el cielo, las fuerzas humanas se despliegan y alcanzan su

apogeo a la culminación del sol. La disminución de la vitalidad acompaña el lento descenso del astro y, al llegar el crepúsculo, la tarea humana se ha realizado; el hombre se ha dispuesto al sueño recuperador de las energías que estarán disponibles a la siguiente aurora.



Todos estos elementos intervienen en la interpretación de la esfera local, que es objeto de un sistema duodenario de división de todo el espacio del cielo, visible e invisible, y las regiones así determinadas han recibido el nombre de «Casas». La costumbre hace que se los designe por números de orden, comenzando en el Ascendente y siguiendo en sentido contrario del movimiento diurno.

Del Ascendente al Fondo del cielo tenemos los sectores I, II y III; del Fondo del Cielo al Descendente, los sectores IV, V y VI; del Descendente al Medio cielo, los sectores VII, VIII y IX; y de aquí al punto Ascendente, los sectores X, XI y XII.

Estos doce sectores son la réplica a los doce signos zodiacales; se justifican cosmográficamente según las divisiones de tiempo o de espacio que resultan de los diversos sistemas dosificadores empleados (Placidas, Regiomontanas, Campanas...). La elección entre estos sistemas y la adopción definitiva de uno de ellos plantean un problema que no ha encontrado solución dejando así abierto un sector de la astrología. Los sectores considerados son iguales entre ellos sobre el ecuador, pero experimentan variaciones de extensión tanto más notables cuando más nos acercamos a los polos.

Se considera el sistema de las Casas como el receptor terrestre de las configuraciones celestes su papel es precisamente el de concretar estos últimos, que existen solamente en relación con las tendencias psicológicas del sujeto; ello permite, por consiguiente, individualizar el tema.

Existe una analogía de significación entre cada sector y el signo que le corresponde en el orden numérico. He aquí, en pocas palabras, las atribuciones clásicas de cada uno de ellos.

- Sector I: El individuo psicológico, el Yo, la personalidad las bases de su naturaleza.
- Sector II: Su concretización en la vida material; dinero, fortuna bienes adquisiciones.
- Sector III: Sus cambios con su ambiente, hermanos, parientes, vecinos; educación, escritos, desplazamientos.
- Sector IV: Sus orígenes, medio familiar padres, casa, hogar.
- Sector V: Su vida recreativa; distracciones, placeres, juego, amores y creaciones; niños

- Sector VI: Sus servidumbres, obligaciones y trabajos hechos por necesidad; las tareas, la salud
- Sector VII: El mundo que está frente a él para completarlo: (Matrimonio, asociaciones) o para combatirlo (adversarios, enemigos declarados).
- Sector VIII: Su muerte, sus crisis y transformaciones (herencias).
- Sector IX: Su trascendencia, conocimientos superiores, religión filosofía; sus viajes.
- Sector X : Su vida social: profesión, carrera, vocación, iniciativas, reputación, honores.
- Sector XI: Sus amigos, apoyos y ayudas.
- Sector XII: Sus pruebas (enemigos, emboscadas enfermedades, infortunios diversos).

LOS PLANETAS

La esfera anual del zodiaco y la esfera diurna de las casas se superponen en nuestro tema. En estas dos esferas se mueven los cuerpos celestes errantes, luminares y planetas. Por el hecho de su movimiento representan el elemento viviente del tema, el dinamismo del individuo. De hecho, es la constelación que forman entre sí los planetas, constelación que se proyecta sobre el zodiaco y sobre las casas, la que expresa La originalidad estructural del ser.

Cada planeta corresponde a una *función* global del ser, biológica, psíquica, fisiológica, y su posición particular sitúa las condiciones especiales del ejercicio de esta función. E incluso cada uno de ellos no representa solamente una función, sino que es todo un mundo. El proceso planetario se expresa en el hombre enteramente y es un aspecto de la vida de este hombre tomada en conjunto. Representa el modo de existencia en sus diferentes planos.: biológico, filosófico, psicológico, material, afectivo social, espiritual... Por esto puede existir «tipos planetarios», individuos fuertemente señalados por un planeta, que realizan entonces todo un conjunto de disposiciones, actitudes, gustos y reacciones, que colorean de una misma totalidad afectiva su personalidad y su vida.

El simbolismo de cada planeta ha sido encarnado por los dioses mitológicos que las esculturas griegas han inmortalizado, la tradición funda en parte este simbolismo en la clasificación de los principios de los elementos: Venus y Júpiter son «benéficos», por su naturaleza cálida y húmeda, ya que lo Saliente y lo Húmedo son elementos de vida; Saturno es el gran «maléfico», por ser frío y seco, ya que lo Frío y lo Seco son elementos de Muerte;. Marte lo es también, en razón a un exceso de seco y de caliente. (Pero quede bien entendido que las nociones de «benéfico» y de «maléfico» son relativas a una apreciación del *sujeto*, que es *fundamentalmente* ingenua.) Se sospecha la influencia del aspecto físico de los astros: el brillo rojizo de Marte evoca el rojo de la cólera y de la *sangre*; la luz triste y mezquina de Saturno es un espectáculo penoso y triste; el brillo radiante de Venus inspira mil impresiones de belleza... Se pueden incluso hacer intervenir consideraciones propiamente astronómicas: la majestad y la prosperidad de Júpiter se desprenden de su tamaño, de su irradiación, de su rotación sobre la vertical; todo el simbolismo de los luminares va unido a esta triple relación: la Tierra gira alrededor del Sol y es «volteada» por la Luna. Ciertamente estos argumentos analógicos pueden parecer ligeros y parciales: el milagro es que las estadísticas, como se verá más adelante, confirman plenamente el simbolismo planetario.

LA LUNA ☾

Principio matricial de fecundidad, de reproducción, de crecimiento. La infancia. La vida vegetativa y orgánica; digestión, menstruación, secreción glandular, actividad humoral. El inconsciente, el psiquismo infantil; el instinto maternal, la imaginación; el sueño, la memoria, lo irreal, el delirio, el folklore, el mito, lo pre lógico. Naturaleza sensible, emotiva, impresionable influenciable, dependiente, imaginativa, soñadora, caprichosa, poética, inconstante, perezosa, débil. Egocentrismo. narcisismo, esquizoide, histeria, epilepsia. la mujer, lo eterno femenino el «animal» madre, hermana, esposa, sirvienta, ama (de gobierno), la reina. Situaciones en relación con la subsistencia, los alimentos, los vestidos, los niños, los animales, el agua, los pequeños objetos. Acontecimientos: progeneratura, casa, vida familiar, viajes. En el plano social: los nidos, los primitivos, la multitud el pueblo, la moda, la nación, la república. Modas personales e íntimas del Arte: poesía; poesía lírica, cuentos, fábulas, diario íntimo, historia anecdótica, folklore; rondó, balada, romanza, canción de cuna, cantinela, canción, poema sinfónico. Tips lunares: la Fontaine, Schubert, Schumann, Musset, Verlaine, Corot, Proust, Briand.

MERCURIO ð

Principio de unión, de adaptación, de cambio, de movimiento, de expresión la adolescencia. El sistema nervioso, la función respiratoria. Lo mental, el intelecto, lo cerebral, las funciones de unión y de transmisión. Naturaleza adaptable, flexible, hábil, diestra, ingeniosa, sutil, fina, cambiante, variable, inestable, versátil, maliciosa, astuta; nerviosismo. Individuos: adolescentes, hermanos, hermanas, primos, colegas. Situaciones: representantes, intermediarios, transmisores, traductores, secretarios, artesanos, comerciantes, intelectuales. Acontecimientos: estudios, viajes, negocios, intereses materiales y hechizos de la mente; juegos. En el plano social: la Bolsa, el comercio, la vida financiera, la vida intelectual, el parlamento. Modas ligeras y superficiales en el Arte.: periodismo, imitación, parodia, plagio, conversación, género epistolar, virtuosismo; obras libertinas, irónicas, cónicas, sarcásticas; la crítica, el dibujo, la literatura científica. Tipos mercaríamos: Voltaire, Beaumarchais, J. Leñarte.

VENUS ã

Principio de atracción, de adhesión, de fusión. de armonización. La primera juventud. El sistema eliminador, génico-urinario. El amor, la ternura, la belleza el placer, el goce sensible, elegante, atractiva, amante, frívola. Individuos: la de la vida. Naturaleza viva, alegre, graciosa, afable, dulce, sensible, elegante, atractiva, amante, frívola Individuos: la juventud, las mujeres, los cortesanos y cortesanas, los artistas. Situaciones: en relación con el lado recreativo de la vida terrestre con la estética y el arte. Acontecimientos los acontecimientos felices de la existencia, placeres, amores, favores, éxitos mundanos; alegrías y suerte. En el plano social: la vida recreativa, mundana, las artes, la paz. El arte sensual, expresión del placer, de lo agradable, lo fácil; la danza, el canto, la música de encanto, la alta costura, el género galante, Tipos venusianos: Mme. de Setal, Massana; probablemente Ceñir, Fragar, la Pompadour, la Montes pan.

SOL ☼

Principio de vida, de calor, de luz, de irradiación, de fuerza original. La juventud (de veinte a treinta años). La combustión orgánica, la función cardo-vascular, la vida, el corazón, el cerebro. La conciencia y la conciencia moral, la ética, el ideal del yo y del superyó; la voluntad, la lógica, la virilidad, la vocación, la maestría, el heroísmo. Naturaleza orgullosa, magnánima, aristocrática, poderosa, generosa, abierta, a veces altanera. Individuos: el hombre cl. «animas», si padre, el hermano, el educador, el profesor, el dueño, el marido, el jefe, el rey, las autoridades, el guía, el héroe. Situaciones en relación con la cultura, con la sociedad, los objetos de valor, los espectáculos, altos empleos. Acontecimientos el papel social, dignidad honores, éxito, fama, elevación de posición. En el plano social: El Estado, el poder, la autoridad, la monarquía. En el Arte: lo grandioso impersonal, el género heroico y el Fausto; la epopeya, el teatro, la novela social, el concierto, la sinfonía, la pintura luminosa, mediterránea, los frescos, la arquitectura, el renacimiento italiano y el clasicismo. Tipos solares: Luis XIV, Napoleón, Goethe, Liszt, Wagner, Petrarca, Ronzar, Newton, Corneille, Luis Miguel Dominguín; probablemente, Alejandro, César, Bosque, Rubens, Chateaubriand, Lamartine.

MARTE ♂

Principio de fuerza, de conquista, de dominio sobre el objeto, de tensión impulsiva, de deseo, de violencia. El comienzo de la madurez (cuarentena) La musculatura, los tropismos e impulsos. La cólera, la agresividad, el rencor, pero también el deseo, la pasión. Naturaleza enérgica, robusta, valiente, viril, combativa, dispuesta, franca, impulsiva titánica. Patología: tendencia inflamatoria y hemorrágica sadismo. Individuos: los rivales adversarios, enemigos y malhechores. Situaciones: en relación con el hierro, el fuego, los objetos duros, cortantes, puntiagudos, peligrosos. Acontecimientos: las pasiones y luchas de la vida, enemistades, emboscadas, disipaciones, pérdidas de bienes, procesos, operaciones, accidentes. En el plano social: el ejército, la policía, la guerra. En Arte: la crítica, la polémica, el arte del combate. Tipos marcianos Conde, Bernadotte, Murta, el general Mangan; probablemente, los generales Lasalle y Massana.

JUPITER ♃

Principio de expansión, de afirmación, de orden, de cohesión, de coordinación. La madurez (la sesentena). El hígado la masa sanguínea la obediencia, la organización, la autoridad, la legalidad. Naturaleza jovial, confiada, optimista, espontánea, extrovertida, afirmadora de las necesidades vitales importantes, que se manifiesta con amplitud, potencia, envergadura y vitalidad expansiva; glotonería, despreocupación. Patología: congestión, obesidad, delirio de grandeza. Individuos: el hombre en la madurez, el «advenedizo»~ los protectores, bienhechores, personas bien situadas. Situaciones en relación con los hombres, los animales, los vegetales, la madera, las asambleas, los espectáculos las iglesias, los bancos, el foro, los restaurantes, los ministerios. Acontecimientos: los acontecimientos felices de la vida; bienestar, «confort», éxito, triunfo, fortuna, prestigio, elevación, distinciones. En el plano social: los poderes públicos, la administración, la religión, la justicia; la clase dirigente, el liberalismo, la democracia; las «vacas gordas», los tratados, los armisticios y la paz. En Arte: la novela, sobre todo de tipo realista cálido y del tipo humorista; la pintura, sobre todo el género descriptivo, académico, lo convencional, lo ampuloso. Tipos jupiterianos: Bufón, Mirabeau, Balzac, Hugo, Rodón, Monte, Lutero, Sacre, Fallers, Luis XVIII, Eduardo VII, Francisco I, Pío IX, HH. Gautier, Claudel, H. Bresson, P. H. Spaak, Petain, Hindenburg, Cernomorsky, Mistral, Radium.

SATURNO ♄

Principio de cristalización, de concentración, de abstracción, de conservación, de contracción, de inercia, de prohibición. La vejez. El esqueleto, la piel. La avidez: bulimia, concupiscencia, celos, ambición, avaricia erudición: la inhibición, el renunciamento, el dominio de sí mismo, el rechazo o el miedo de la vida. Naturaleza introvertida, reservada, prudente, paciente, reflexiva, calmada, profunda, atable seria, fiel, melancólica. Propensión al pesimismo, al egoísmo, al escepticismo, a la soledad. Patología: atrofia, esclerosis, parálisis, esterilidad, senilidad, cronicidad; impotencia, masoquismo, atrofia del yo, culpabilidad. Individuos: viejos, ermitaños, consejeros, filósofos, sabios, prudentes; parásitos, pordioseros, mendigos. -Situaciones: en relación con la tierra, los minerales, los insectos, los laboratorios, bibliotecas, conventos, asilos, museos, minas, canteras, montes. Acontecimientos: las responsabilidades, el celibato, las decepciones, fracasos y sacrificios de la vida reclusión, renuncias retardos, pérdidas, infortunio, miseria, abandonos, lutos, enfermedades, defectos, muerte. En el plano social el trabajo el ahorro, el conservadurismo, la tradición; las «vacas flacas», las intransigencias y rigideces. En Arte: lo trágico y lo idílico; el lirismo y el drama; la forma (clasicismo, Parnaso), el realismo frío (naturalismo), el romanticismo, los poetas malditos, «saturninos» ; el arte abstracto.. Tipos saturninos: Kant, Calvino. Espinoza, Erasmo, Melanchton, Schopenhauer, Lamentáis, Litre, Carlos V, Calvert, Nacarino, S. Carnet, A. y N. Chamberlain, Gandhi, Wilson, A. Lebruna, Mauras; Duero. Le Nitre, Chopin, Mus set, Baudelaire.

URANO

Dios del cielo, principio del fuego primordial: tensión, erección, expulsión e impulsión. Despierta y lleva a la unidad, coagula, monopoliza, libera, singulariza, individualiza, para separar del medio y aumentar en autonomía. Acusa las diferencias entre el sujeto y el objeto. Naturaleza sistemática dentro de la concentración de medios y en mirar a un fin privilegiado: afirmación del carácter, unidad en la conducta, potencia en la acción. Sobre personalización y peligro de autoritarismo, de intolerancia; independencia, singularidad, originalidad, excentricidad, cinismo, extravagancia, o inadaptación y rebeldía. Estados: paroxísticos: agitación sobreexcitación, aprendiz hechicero o prometeico. Inteligencia experimental técnica: especialización, supe racionalismo. Patología: paranoia. Vida social: lo más selecto de los técnicos; progreso, reformas, maquinismo, industria; concentración de poderes: trust, capitalismo, imperialismo, fascismo, dictadura (Hitler, Franco Laval, Degüelle, Dallador, De Gaulle). Vida artística: el artista aristócrata; tendencia estética a la abstracción: rechazo del lirismo, busca de la densidad, aspiración a lo absoluto, a lo costico; arte mental, racional y supe consciente (Mallarme, Apellinare, Le Corcusiera, Ravel, Seurat y Prokofiev).

NEPTUNO ♆

Dios de los mares, principio del agua primordial, madre original del poder oceánico; principio de compromiso y de integración universal: indiferenciación, confusión disposición a hacer masa, a la plétora; permeabilidad al medio; invasión receptiva, participación en el grupo, adhesión a lo colectivo, disolución en el medio. Deshace las fronteras entre sujeto y objeto. Naturaleza hipersensible, hiperemotiva, impresionable, difusa, incierta, imprecisa

caridad, devoción, sacrificio, masoquismo; evasión, quimera, huida, utopía, idealismo, mística, Inteligencia sensitiva, intuitiva, de médium; irracionalismo, surrealismo, Patología; esquizofrenia. Vida social.: se integra en los movimientos colectivos, vive las aspiraciones de un grupo, de una clase, de una colectividad. Anarquía, demagogia, escándalo, caos, revolución, mística popular, sindicalismo, democracia, socialismo, comunismo (Lenin, Bum, Bridan, Gorki Lamartine, Saint Justa, Matete, Tito, Benes, Gary Davis). Vida artística: artista democrático; tendencia estética al abandono sin control a las efusiones naturales, en alas de la inspiración, al lirismo; confidencia del alma, ritmos fugaces y fluidos impresionismo de los sonidos y de las imágenes; arte afectivo, irracional, inconsciente (Verane, Narval, Hugo, Chateaubriand, Lamartine, Montague, Hender, Debussy, Corriere, Fantin-Latour).

PLIJTON

Principio de transformación, de metamorfosis, de crisis, de transmutación. Dios de los muertos y de los infiernos, opuesto a Apolo, dios de la luz; reina sobre lo oscuro y lo invisible, Este astro ha sido descubierto hace apenas 25 años y su simbolismo aún no es bien conocido. Expresa el lado demoníaco de la vida, y tiene relación con los instintos agresivos profundos, los instintos de muerte de Freud. Rige las grandes pruebas y destrucciones, muertes, angustias, sacrificios. Tiene alguna relación con los dominios heterodoxos: medianidad, videncia, parapsicología, radiestesia, ocultismo, simbolismo, psicoanálisis, espeleología, y asuntos como la sexualidad, el espionaje, la cogulla, el nazismo, la bomba atómica...

Si bien estos planetas no se presentan dentro de una serie como los doce signos del zodiaco o los doce sectores, no dejan de integrarse dentro de un orden que forma toda una estructura dinámica de la vida. Es fácil reconocer, por ejemplo, que el Sol y la Luna son complementarios y forman una unión dialéctica como Venus y Marte, lo mismo que Júpiter y Saturno, Urano y Neptuno. Relaciones de complemento (Venus con Marte), relaciones de oposición (Venus con Saturno), todos estos y otros lazos de unión hacen del sistema planetario un todo orgánico, en el que cada pieza es la nota de una gama que es en sí misma la expresión de la unidad.

LOS ASPECTOS

Repartidos alrededor de la esfera del cielo, los planetas forman una constelación que cambia continuamente y no se repite jamás. Esta constelación se caracteriza sobre todo por relaciones precisas entre ciertos - planetas, por una parte, y entre planetas y ejes terrestres (horizonte y meridiano) por otra. Estas relaciones son los aspectos: se forman a distancias geométricas que constituyen polígonos regulares centro del círculo zodiacal

El principio del aspecto se desprende de la noción de «conjunción»: tiene lugar cuando dos planetas están situados en la misma longitud, se cruzan en el zodiaco; tal es la «luna nueva» o conjunción del sol y de la luna los dos astros están entonces «fundidos» en un podo y están analógicamente ligados de un modo indisoluble. De tal modo, las tendencias que cada uno representa, lo son de una manera definitiva; juegan de común acuerdo como dos instrumentos interpretando paralelamente la misma partitura. Si las tendencias armónizan, el «fragmento» es logrado; si están en desacuerdo, la conjunción es perjudicial.

Existen aspectos *armónicos*, que establecen acuerdos entre los planetas; tales son el *sístilo* (ángulo de 60° o dos signos), y principalmente el *trígono* (ángulo de 120° o cuatro signos). Estos aspectos permiten un feliz acoplamiento de las tendencias, que se refuerzan

mutuamente como dos socios reunidos alrededor de la misma obra. Son aspectos de inteligencia, de acuerdo, de armonía, de unión.

En desquite, existen aspectos *disonantes*, que traen la discordia, la desarmonía entre los planetas; tales son la *cuadratura* (ángulo de 90° o tres signos; primero y último cuartos de la luna para los luminares) y la *oposición* (ángulo de 180° que divide el zodiaco en dos; luna llena en la relación Sol-Luna). Aquí, las tendencias representadas por los planetas, se enfrentan, chocan, se «contrarrestan» (1), se «oponen»; de ahí manan conflictos psicológicos o existenciales. Estos aspectos son del mayor interés, pues provocan cortes de tendencias, escisiones entre tendencias opuestas; corresponden a la bipolaridad de las naturalezas disociadas, de las dobles personalidades. Por lo demás, corresponden a los «complejos» descubiertos por el psicoanálisis y comportan evasiones, ya sea por debajo (perversión o neurosis) o por encima (sublimación) de la realidad.

No es lugar aquí para extendernos en la significación teórica de los aspectos; se concibe por el simple razonamiento y, en la práctica, se establece fácilmente. Basta pensar que cada aspecto es un lazo de unión, una relación (armónica o disonante), entre dos tendencias o funciones de diferente naturaleza, representadas por los planetas bajo sus signos en aspecto. Así, por ejemplo, los aspectos de Mercurio, que tiene relación con el intelecto, especifican la calidad de la mente. Unido a Venus, da la inteligencia sensible sensorial, sensual del artista; en relación armónica con Marte, expresa una inteligencia crítica, combativa, militante; en relación, disonante, un espíritu cáustico, malévolo, pendenciero. En fin, relacionado con Saturno, da una inteligencia analítica, abstracta, meditativa, filosófica los aspectos de Venus colorean el sentimiento amoroso que es ardiente y apasionado, violento y excesivo con Marte; generoso, expansivo, alegre, sino ligero e infiel, con Júpiter; serio, fiel sencillo y profundo bajo la mirada amónica de Saturno; pero, bajo su mirada disonante, posesivo y celoso, o por el contrario despegado hasta el celibato... Por lo demás, son las mismas configuraciones las que expresan la personalidad y el destino. Así es que los aspectos deben ser interpretados igualmente sobre el plano de los sectores. Una disonancia existente entre el sector IV y el VII define un conflicto que se establece entre la familia y el cónyuge, entre los padres y los que se han unido con uno; una armónica entre el II y el X constituye seguramente un feliz índice en cuanto a la fructificación de la fortuna por la situación, o bien en cuanto al éxito profesional facilitado por los medios materiales...

(1) Obsérvese que cuadratura, en francés, es «Charré». y que contrarrestar es «contracarril», (N. del T.)

LA INTERPRETACIÓN

Henos aquí, pues, en posesión de las piezas que constituyen el sistema de la carta del cielo: zodiaco, sectores, planetas y aspectos. Sólo nos resta utilizarlas en vista a la interpretación.

Esta interpretación se efectúa en una serie de operaciones que conducen a un conjunto de valoraciones cuantitativas y cualitativas.

Es preciso que hagamos una observación importante, antes que cualquier otra. Es que, prácticamente, el número de los aspectos o configuraciones a interpretar es extremadamente importante. Analizarlos sucesivamente es relativamente fácil. Captarlos en síntesis plantea, por el contrario, el problema capital de la astrología, tanto en lo referente a su contenido como a su método y fundamento,

En el orden de las valoraciones cuantitativas, se trata de saber, ante un universo de las configuraciones más diversas, la *importancia* que reviste cada una de ellas, en el conjunto del tema. Un error de valoración tiene el peligro, en efecto, de llevarnos a sobreestimar o a desestimar el papel que juega tal o cual factor. La posición del intérprete es exactamente parecida a la del retratista que reduce o agranda la nariz del sujeto que él cree dibujar correctamente. Se trata, pues, de situar en su verdadero lugar, en una jerarquía cuantitativa, cada una de las configuraciones del tema.

En el orden de las valoraciones cualitativas es cuestión de traducir fielmente el «color» de cada factor considerado, de expresar su papel lo más exactamente posible. Un error de significación tiene el peligro, en efecto, de atribuir un sentido erróneo o parcialmente inexacto a un indicio dado, músico que diera una falsa nota. Se trata, pues, de partido temático.

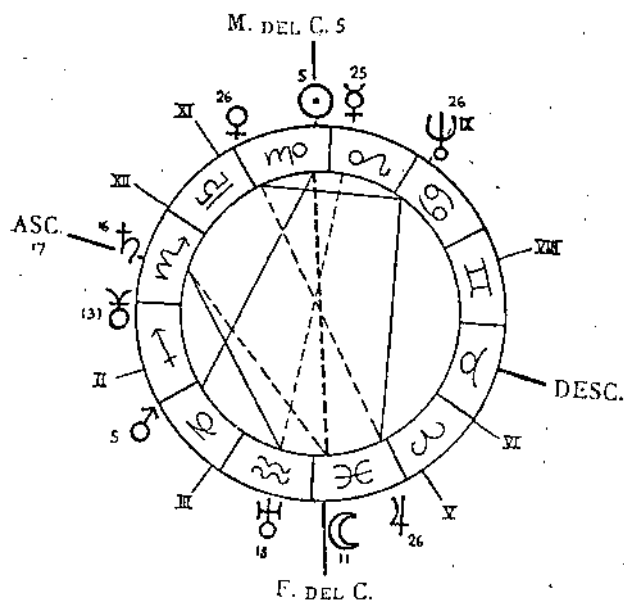
En el primer plano de la interpretación figura la búsqueda de la fórmula astral, es decir, de la «signatura» del sujeto. Esto lleva a clasificar al «nativo» siguiendo los tipos astrológicos ¿tal es un «jupiteriano» pletórico, jovial, glotón, feliz de vivir? ¿O un «saturnino» asténico, retractado, solitario, melancólico? ¿O un «Aries» que todo lo arriesga siempre impetuoso? ¿O un «capricornio» reservado, silencioso, monótono, con frías y calculadoras ambiciones? Raramente nos encontramos con naturalezas tan simples, y lo más a menudo es que la *fórmula astral* sea un compuesto de varios factores. Esta clasificación tiene la ventaja de dar una presentación general del individuo, una construcción de conjunto que «rubrica» su actitud global ante la vida y anuncia, por consiguiente, Cierta modo de existencia concreta.

Esta «signatura» viene dada por la «dominante» del tema (o por las dominantes, puesto que puede haber dos o tres planetas en cabeza de la lista con igualdad), es decir, por el astro que tiene la posición más privilegiada y que domina por su poder.

En el orden de las valoraciones cuantitativas, podemos referirnos a un principio simple: una configuración cualquiera es tanto más fuerte cuando es específica del nacimiento, del cruce del lugar y del momento (tiempo y espacio) que dicho nacimiento ha marcado. Partiendo de esto, resulta evidente que una configuración que se instala durante algunos meses o algunas semanas no puede de por sí ponerse al mismo nivel ni tener la misma intensidad que la que se produjo precisamente en los diez minutos precedentes o siguientes al nacimiento. Las dos se refieren quizá igualmente al sujeto, pero la segunda le es específica, le individualiza mucho mejor que la primera. De aquí que debemos considerar muy particularmente los elementos más movibles del cielo. Según esto, la mayor movilidad del universo depende del movimiento de rotación de la tierra, y los aspectos más específicos se encontrarán, por tanto, unidos a los emplazamientos de los dos planos, del horizonte y del meridiano, cuyo desplazamiento promedio es de un grado cada cuatro minutos de tiempo. Todo el cielo se anima y gira en relación con estos dos planes determinantes de la individualidad. Es por ello que ya en tiempo de Tolomeo se inclinaron a admitir que el «Dueño del nacimiento» es el astro que goza de más prerrogativas en los lugares del Medio cielo y del Ascendente. De hecho, cuando un planeta se encuentra en uno de los cuatro ángulos del cielo (Asca., M. C., Desc. o F. C.) domina y «señala» al nacido.

Nada mejor que un ejemplo: hemos escogido el ciclo de Wolfgang Goethe, nacido, como es sabido, el 28 de agosto de 1749, a mediodía, en Fráncfort del Maine.

Los dos luminares vienen a completar la acción valorizante de los ejes. Si se ponen en el rango de los planetas, no tienen menor privilegio de reinar soberanamente, el uno sobre el día, el otro sobre la noche. Si un planeta pasa en conjunción con el Sol o con la Luna (el aspecto juega también, pero es más débil), tal planeta adquiere una intensidad particular; con mayor razón si el aspecto se realiza simultáneamente con los dos luminares.



Aquí no hay tutores y reina la mayor libertad, que deja gran margen al arte del operador. Con todo, el principio es sencillo: conociendo el contenido de todas las piezas que

componen la configuración (planetas, signo, sector, aspecto), se trata de juzgar la combinación que resulta de ellas y que forma una unidad indisoluble, como la sana gastronómica que resulta de una receta donde entran elementos simples.

En efecto, el tema es la expresión del individuo como éste, es un todo. Los diferentes factores se combinan los unos con los otros para significar una sola resultante global y sintética. Cada planeta no puede ir separado del signo que ocupa y que forma cuerpo con él; del mismo modo que es imposible desunir tal astro de tal otro cuando forman un aspecto... En Goethe el solar, por ejemplo, es preciso asumir la significación de una configuración compleja: Sol en Virgo en Medio cielo oposición a Luna de Piscis en IV y trígono a Marte de Capricornio en II, e incluso «disponiendo» de Mercurio en Leo (su signo) en IX! De esta manera verdaderas configuraciones constituyen las fórmulas de la vida afectiva, de la vida social de la vida material de cada persona. Es toda una «figura» que hay que descifrar. André Bretón ha percibido claramente el problema

«Lo que siempre he apreciado en el más alto grado en astrología, no es el juego lírico al cual sé presta, sino el juego multidualéctico que necesita, y sobre el que se funda. Independientemente de los modos de apreciación más sutiles que ella procura y de las previsiones que autoriza, tengo a su método por el más fecundo ejercicio de flexibilidad del espíritu. Desenredar un destino a partir de la situación de los planetas y de sus aspectos mutuos en los diferentes signos y casas, por relación a los puntos focales del Asan-lente y del Medio cielo supone una tal digitación que debería bastar para sorprender de escarnio, para convencer de puerilidad los modos habituales de razonamiento sintético» (1).

Es preciso sin duda poseer, como punto de partida, un conocimiento extenso y profundo de los símbolos planetarios y zodiacales; esto es la clave del problema; la conjugación de los factores entre ellos no es posible sin esta condición. A despecho de la complejidad de la interpretación que hace sea imposible el descifrar enteramente un tema, es relativamente fácil deducir los «climas» cuando se confrontan las afinidades de los símbolos entre sí.

Así, un Júpiter, gran aprovechador y afortunado propietario, situado en el sector II (los bienes, la fortuna), sobre todo si se encuentra dentro de un signo de materia, de riqueza (Tauro por ejemplo) y aún más si forma buenos aspectos con el Sol o la Luna especialmente, este Júpiter constituye una configuración muy propicia para enriquecerse y vivir confortablemente.

Venus (la alegría de vivir, el amor, la juventud), situado en el sector VII (las uniones), sobre todo en mr., signo que le conviene, como Libra, y en buen aspecto luminoso, he aquí que «promete» un bello matrimonio de amor y una felicidad conyugal.

Marte el agresivo, el destructor situado en el sector III o en el IX (desplazamientos y viajes) tiene mayor significado si está en un signo violento como Escorpión y si tiene aspectos disonantes con planetas explosivos y destructivos, como Urano, Saturno o Plutón, tiene el peligro de traducirle por un accidente de transporte.

Saturno, el astro de los despojos, situado en el sector XII de las pruebas y sufriendo, por otra parte, disonancias con los luminares, tiene el peligro de «atraer» serios males: necesidad de un gran sacrificio, pérdida grave, debilidad... El mismo astro situado en el sector VII «dará» una experiencia conyugal dramática, o un celibato forzado; en X, una gran prueba social o profesional...

(1) *Astrologie moderna*, núm. 12.

Pero la mayoría de las veces el mismo planeta recibe buenos y malos aspectos y el destino correspondiente queda mitigado; la tarea del intérprete no queda, por tanto, facilitada.

Todo el arte del astrólogo es poseer el sentido de las composiciones, y este sentido sólo se adquiere con la práctica.

LOS TRANSITOS

El astrólogo no se contenta con intentar descubrir la personalidad de la persona y sus posibilidades realizadoras en los diferentes dominios, Busca todavía seguir a esta persona en el tiempo, en el cumplimiento cronológico de su destino.

Para ello se vale de diferentes métodos: direcciones primarias, direcciones secundarias y simbólicas, tránsitos, revoluciones solares, es decir, horóscopos anuales e incluso horóscopos mensuales.

El más sencillo de estos sistemas es el de los *Tránsitos*. El tema es una instantánea del cielo es un cielo inmovilizado en el momento del nacimiento. Pero los astros siguen su camino. Les llega el momento, evidentemente, en que vuelven a recorrer el círculo zodiacal, en el lugar que ocupaban un planeta o un eje en el nacimiento; hay entonces «tránsito». Precisamente el tránsito de los planetas lentos (Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón) sobre los puntos sensibles del tema (Ascendente, Modio ciclo y planetas) se traduce, en general, por acontecimientos felices o desagradables según el caso, pero importantes. Los tránsitos de Júpiter son a menudo provechosos; los de Saturno son, por el contrario la materia de las veces perjudicial. Los pasos de Urano y Neptuno «atraen» a menudo los grandes hechos de la vida. Cada planeta «transitado» tiende al cumplimiento de aquello que significa en el nacimiento. Los tránsitos de los planetas lentos sobre Venus afectan en general a la vida sentimental, como los que tienen lugar sobre el Sol se relacionan a menudo con la carrera y el éxito.

Tránsitos como los del Urano y de Neptuno sobre el Sol marcan con frecuencia las últimas etapas, como su paso sobre Júpiter. Para no citar más que a los presidentes de la tercera República, Tires Grey, Primer, Poicaré, Doumergue y Lebruna, fueron elegidos a la presidencia bajó el tránsito de uno u otro de estos planetas lentos sobre el Sol. Un tránsito como el de Urano sobre Marte es siempre violento; se produjo, por ejemplo, cuando Domar y Darla fueron asesinados, y cuando Mussolini fue ejecutado.

El principio de la previsión es sencillo, como se ve; basta conocer la posición de los asnos en lo por venir como en el pasado; pero el uso del sistema lo es seguramente menos es más fácil fijar el momento de un vencimiento importante que predecir su significación. Volveremos a ello más adelante.

、 、 、

Dos almas, ¡ay!, viven en mi pecho

Por boca de *Fausto*, Goethe expresa así la dualidad de su naturaleza profunda. Esta dualidad aparece claramente e su tema con la oposición de los luminares sobre el meridiano: de una parte, el Sol en Virgo en el Medio del cielo, y de otra la Luna en Piscis en el Fondo del ciclo; dos mundos absolutamente opuestos, dos polos fundamentalmente antinómicos. Basta combinar los valores del Sol y de Virgo y confrontarlos con la agrupación de los de la Luna y de Piscis. La oposición es tanto más clara cuanto que el Sol está en mitad de la ornada, en medio del cielo, lugar de las claridades luminosas, mientras que la Luna está en el centro de la noche, en el fondo del cielo, lugar de las obscuridades profundas (véase tema de Goethe, página 128).

La dualidad comienza a manifestarse desde su infancia. En efecto, el padre del joven Wolfgang es un hombre exacto, rígido, serio y grave, entregado a sus deberes y responsabilidades (Sol en Virgo): «De mi padre tengo la estatura, la gravedad, el espíritu de conducción», dice Goethe; también de él tiene el deseo de precisión y de verdad. Completamente opuesta, su madre es mujer de imaginación y de sensibilidad, risueña, juguetona, viva (Luna en Piscis): «Mi madre, dice él, me ha dado la serenidad de su alma y el gusto por las invenciones poéticas.»

Estas dos tendencias fundamentales se expresarán a todo lo largo de su obra. El polo lunar es el que primeramente intenta dominar en la personalidad: es el Goethe romántico, fogoso, entusiasta, pintor apasionado y sujeto a todos los impulsos de su corazón, a todos sus instintos; realiza el ideal del romanticismo germánico. De esta época son sus primeras obras *Cotes de Berlichingen* y *Werther* entre otras, donde describe las pasiones de su agitada juventud. *Ifigenia en Aturde* inaugura un segundo periodo en el que se revelará el polo solar. A la impetuosidad de sus primeros escritos sucede un entusiasmo inesperado por la calma y la majestad de las formas; el pintor impetuoso de *Cotes de Berlichingen*, el autor apasionado de *Werther*, no terne parecer frío al realizar el ideal de la belleza pura: su jrsa es la armonía y le conducirá al ideal clásico. Este Goethe (Sol en el cenit) es un enamorado del ideal y de la pureza incluso fría, del orden y sobre todo de la serenidad (Virgo). *Egmont* pertenece a los dos sistemas que se disputan aún el pensamiento del artista. *Torcuato Tasso* presenta otro aspecto del conflicto interior es la lucha entre los ensueños del poeta (Luna) y las conveniencias de la vida (Sol); el genio del ideal triunfa de las rebeldías interiores y se somete a la realidad. Esta dualidad no deja de traducirse en una ambivalencia. Ya solar, pero rechazando lo lunar, Goethe interna ridiculizar la Revolución Francesa que evoca el tumulto de las pasiones del mundo inferior; más tarde, cuando habrá reintegrado su lado lunar, glorificará En bellos versos las emociones del 1789. Por lo mismo, cuando entabla conocimiento con Chillar, siente antipatía por las fogosas inspiraciones del drama de los *Brigantes*; curado de las emociones ardientes de *Werther*, las creaciones de Chillar son para él como los espectros de sus propios ensueños de antaño encuentra en ellos los recuerdos de una crisis en la que se cree haber franqueado con su alma la entrada del mundo superior.

Llega incluso a decir en sus *Anales*: «Yo aborrecía a Chillar.» Cuando logró efectuar la síntesis de sus naturaleza solar y lunar, Chillar se convertirá en el gran amigo de su vida; en tal momento volverá a encender sin temor el entusiasmo de su juventud. *Fausto* será precisamente el testimonio de la síntesis entre los dos polos antinómicos de la naturaleza de Goethe; esta obra contiene la imagen entera del poeta; el Goethe de los veinte años, espontáneo, apasionado, romántico, inspirado en Shakespeare, obediente a todos los impulsos de su corazón (Luna), luego a Goethe a su vuelta de Italia, enamorado del arte antiguo, sobrio riguroso y controlado (Sol). Es preciso decir, por Otra parte, que la oposición de los luminaires se expresa también en el Goethe ecléctico dividido entre la Ciencia y el Arte, entre la poesía Viviente en el corazón del hombre (Luna-Piscis) y la observación de la naturaleza. El espíritu sintético, observador y coleccionador del sabio queda bien representado aquí por el Sol en Virgo.

Habíamos hablado de una tercera dominante Saturno de Escorpión en el Ascendente. De hecho, el mismo Goethe proclamó que tres hombres bien distintos habían ejercido una profunda influencia sobre su espíritu: Shakespeare, Lineo y Espinoza; evidentemente la Luna en Piscis es al primero de estos hombres lo que el Sol en Virgo al segundo; Espinoza representa su tercer personaje, aunque, ciertamente, de un modo parcial. Hagamos un compuesto de Saturno y de Escorpión y tendremos al Goethe inquieto y ávido, atormentado y ambicioso, llevado por una mentalidad mágica hacia la alta filosofía. Es el Goethe que aprende siete idiomas y estudia la música, el dibujo, la historia natural, el derecho, la botánica, la geología, la física él. Goethe que hará estudios místicos, que leerá a Van Helmont

y a Páraselos, comentará los mistagogos de la Antigüedad y los gnósticos de los primeros tiempos de los creyentes; un Goethe insatisfecho, que cultiva y aprende un drama interior. Precisamente Saturno está en trígono con la Luna, lo dramático de este astro situado en el signo de muerte (Escorpión) se manifestará en su poesía, poesía lunar. Es *Werther*: Goethe, obsesionado por la duda, enervado por el desaliento, asiste a una horrenda enfermedad del alma y traza en su novela los estragos de su mal; una sola salida.: el suicidio. «¡ Plegue a Dios, escribe a Eckermann, que no me vuelva a encontrar en una situación tal del espíritu que tenga necesidad de escribir semejante obra!. Jamás novela alguna ha conmovido tanto las almas; es lo que *Werther* ha curado y liberado en el alma de Goethe lo que, sanando su mal, ha inoculado a toda una generación. Saturno en Escorpión es seguramente el símbolo más puro de la muerte y, sobre todo, del suicidio; probablemente hay que atribuir al trígono de Saturno con la Luna novelesca y poética de la que ya hemos hablado, el hecho de la transposición literaria de la prueba, que libró al alma del autor de las tentaciones de la muerte, En la coronación de la obra, Saturno se expresará bajo su doble aspecto en el *Fausto*, encarnación de la curiosidad insaciable, que constantemente contraría el espíritu de negación personificado por Mefistófeles.

Se podría seguramente estudiar la vida privada y personal de Goethe, al tiempo de emprender el estudio de sus tránsitos, y decir, por ejemplo, que *Werther* se situó en la época en que Urano apareció en el Descendente, haciendo oposición con Saturno; que su viaje por Italia se presentó bajo el tránsito de Neptuno (que, en el nacimiento, está situado al comienzo del sector IX: los viajes) sobre del Ascendente; que falleció cuando Urano consumó su ciclo..., pero nuestro propósito era simplemente dar un ejemplo de lo esencial.

Daremos, ahora, otro ejemplo, de particular interés para los lectores españoles; el ofrecido por la vida y la obra del famoso músico de proyección universal:

ENRIQUE GRANADOS

Granados vio por primera vez la luz del día, en Lérida, el 27 de julio de 1867 a las 5 horas, según consta en el registro de bautismo. Su nacimiento va acompañado de brillantes configuraciones planetarias, puesto que el Sol, reinando en el signo de Leo, se eleva en el oriente en conjunción con Mercurio y con trígono de Neptuno, que acaba de culminar en Aries.

Bajo tan real constelación, era previsible que el nuevo niño seria un superdotado y podría brillar como un príncipe en la sociedad de Apolo.

Su personalidad bipolar es particularmente la expresión de la armonía de dos naturalezas, de dos individualidades que, enlazadas una con la otra por el aspecto trígono, se refuerzan y completan mutuamente.

En uno de los polos tenemos el Sol levante de Leo: el carácter que aquí se destaca es noble, airoso, arrogante, con gran amor propio y magnanimidad. Deja prever al artista apolíneo, de alma idealista y aristocrática finura.

En el otro polo nos encontramos con Neptuno en Aries.: el ser que se dibuja es un gran emotivo con exuberante Imaginación, cuyos grandes ojos están siempre prontos para reír, para llorar o para animarse ante lo mágico y lo fantástico.

Neptuno es el astro de las masas oceánicas, del medio colectivo en el que vivimos. Aquí Granados es antes que nada hijo del pueblo, enraizado en el suelo de su país; pero con su primera naturaleza, tiene, los sentimientos aristocráticos de los hijos del pueblo orgullosos de su valor real.

Precisamente y debido a su naturaleza neptuniana, Granados vale en especial por el calor y la intensidad de la emoción y además, nos hace oír, sin alterarla, la voz profunda de España.

Las *Goyescas*, su obra maestra pianística, con su colorido de «flamenco», como también sus *Danzas Españolas* de estilo melódico (Neptuno) y armónico (Sol), desprenden un perfume embriagante de folklore. Esta misma unión de su doble naturaleza interior la encontraron de nuevo cuando su delicada sensibilidad neptuniana se expresa al modo solar-apolíneo, es decir, como músico latino cuidadosamente atento a una línea grácil y pura.

Es comprensible que este leonino haya sido tentado por la obra lírica. Su ópera *María del Carmen* añade un florón a su corona, pero el auténtico, el gran Granados está en sus *Danzas* y sus *Goyescas*, en las que hizo integralmente la síntesis de su doble naturaleza neptuniana y solar.

No obstante, el dios de los mares debía finalmente resultarle fatal. Neptuno, en efecto, hace una temible disonancia con Venus y con Urano, ambos en conjunción en el sector XII, y este mismo Neptuno, debido a la presencia de Piscis en el sector VIII, el regente de la muerte. Sabido es lo que ocurrió el trágico naufragio, el fin del Arán músico tragado por las olas, abrazado con su esposa, debido al torpedeo del *Sussex* que se produjo el 24 de marzo de 1916... Pues bien, en esta fecha el planeta Neptuno pasaba en el cielo por el lugar ocupado por el Sol en su nacimiento.

Pero Granados continúa viviendo sobre las olas. Sobrevive también, en cierta medida por lo menos, en la persona de su hijo Eduardo nacido un día después del aniversario del padre, el 28 de julio de 1894.

CAPÍTULO VI

LAS APLICACIONES

La astrología, o conocimiento del tiempo manifestado. Introduce una nueva dimensión en la investigación humana; también puede aportar nuevos resplandores sobre el hombre y el mundo.

LA HOROSCOPIA, tal como resulta de la exposición que antecede, sólo representa un estado de la práctica astrológica. Este estado, que podría llamarse globalita, ha sido ya sobrepasado y ha dado lugar a la especialización. La astrología, es preciso decirlo, es un mundo, y cada espíritu que la aborda e intenta profundizarla se orienta finalmente según sus propias disposiciones, hacia un estudio particular: cosmográfico, histórico, técnico, estadístico, aplicación al dominio psicológico, médico, social...

La astrología es respecto de los conocimientos de la vida, lo que las matemáticas a las ciencias físicas. Sus símbolos abstractos están demasiado alejados de los datos empíricos de la vida concreta para que se puedan asimilar *directamente* a éstos, sin pasar por el apoyo de la ciencia. La correspondencia entre las sedes celestes y los fenómenos humanos sólo puede establecerse sólidamente partiendo de una *realidad técnica*. Luego sólo la realidad técnica de las ciencias está formada de una «contextura» propia para indicar los ejes de la correspondencia. Es por ello que en un momento dado la astrología ya no puede justificarse como un «en sí» aislado de los conocimientos «terrestres»; debe integrarse en los conocimientos para constituir una superestructura las investigaciones astrológicas deben ordenarse a partir de los planos de referencia de las diferentes disciplinas a las cuales se debe aplicar. La astrología ya no puede ser un instrumento a la disposición de un espíritu inmediatamente lanzado dentro de las cosas, no puede ya estar abandonada al juicio de cada uno, a su visión que depende demasiado del temperamento, del gusto y del humor del

momento... como si fuera un juego de salón. Será, por el contrario, un instrumento al servicio de una disciplina ya sentada, que pondrá al investigador directamente en contacto con la estructura de los fenómenos, única referencia válida.

Hay quizá tantas aplicaciones astrológicas como capítulos del conocimiento humano, sus departamentos privilegiados son evidentemente los de la psicología, de la medicina y de la sociología.

LA ASTROLOGIA PSICOLOGICA.

La psicología es el dominio privilegiado de las astrologías; ¿no es ésta, a fin de cuentas, una psicología a medida del universo? No es temerario imaginar un futuro, en el que la astrología rivalizará con todas las disciplinas psicológicas admitidas e incluso las sobrepasará integrándoles.

El análisis astro-psicológico disciplinado y construido se edifica en dos niveles diferentes del acceso humano.

Busca ante todo la estructura tipológica del individuo. Este examen consiste en presentar al individuo dentro de la rosa de los vientos de los caracteres *estándar*, en orientarlo en su fórmula general, en encontrarle, en suma, su «signatura». Ella dirá, por ejemplo, de un Raima, que posee Júpiter en Leo en Medio cielo, que es un jupiteriano de temperamento sanguíneo, de actitud extrovertida, de carácter colérico... De esta forma obtenemos una silueta general.

Una vez efectuada esta dosificación a grandes rasgos, establece la *estructura individual* del sujeto, la cual precisa, dentro del cuadro de los tipos genéricos, los esquemas, disposiciones, asociaciones y reacciones individuales, en una palabra, la ecuación personal del sujeto.

El acceso a la estructura tipológica ha sido la primera etapa; su conquista no fue fácil y aún no está, ciertamente, definitivamente sentada. Como la psicología, la astrología no puede prescindir del concurso de las tipologías. Cada tipología es una tentativa de acceso al ser humano y está tanto mejor fundamentada cuanto que se refiere a un orden funcional, a una estructura que afecta diversos niveles de organización, englobando al hombre concreto de abajo arriba, desde las disposiciones corporales hasta la vida espiritual. También la galería de retratos genéricos que nos exponen las tipologías permite efectuar un primer reconocimiento en la masa heteroclita, de los innumerables individuos, procediendo a comparaciones y clasificaciones para extraer y comprender, «familias» humanas cuyo modelo reaparece constantemente a nuestros ojos. Abordar el tipo es, pues, ya hacer salir al sujeto de la masa en la que vive, y si esto no es todavía captarlo en tanto que individuo singular, es al menos comprenderlo ya como miembro de una familia que bosqueja sus primeras características.

Por lo demás, las primeras clasificaciones psicológicas son de origen astrológico; han merecido el respeto de muchos psicólogos contemporáneos los cuatro temperamentos tradicionales, nacidos de su filosofía, han encontrado, por así decirlo, sus cartas de nobleza científica con las modernas clasificaciones de Segal, Mac Alifafe, Pende, Allende, Forman y Martini, que, si bien se refieren cada una a estructura diferentes (morfológica, biológica, psicológica, embriológica) se superponen a estos prototipos ancestrales. En cuanto a los tipos planetarios que han inmortalizado en el panteón de la mitología las más bellas obras maestras de la escultura griega, son el producto de una gran intuición psicológica nacida del inconsciente colectivo. Esta vieja caracterología planetaria sobrevive siempre, como una verdad que sobrenada a través de marejadas y tempestades de la Investigación humana, y es tal vez la más adelante.

Dicho esto, esta caracterología no es más que una construcción y una comprobación de los tipos humanos genéricos, sin explicarlos. Era, pues, indispensable, reformular los factores planetarios y zodiacales según las estructuras descubiertas por la psicología. Esta tarea ha sido emprendida actualmente, estableciéndose el puente de unión entre los símbolos tradicionales y los tipos modernos. Se sabe, por ejemplo, que Saturno «corresponde» al tipo cerebral de Segad, al longuilíneo asténico de Pende, al atoni-aplástico de Allende, al ectoblástico de Martini, al retractado de base de Forman, tipos que se corresponden respectivamente; este mismo tipo, corresponde, por otra parte, al esquizotímico de Kretschmer, al inhibido de Pablo, al tipo Pensamiento introvertido de Jung, así como a los caracteres apático, flemático y sentimental de Le Senén (según las posiciones del astro) y al tipo oral de Freud... Bien entendido que depende de la configuración particular de Saturno al que tal tipo de la serie aparezca con preferencia a otro tipo en cada caso particular.

Una vez en posesión de la silueta tipológica del personaje, la astrología sale alegremente de esta cárcel de las tipologías para llegar a la constelación particular del sujeto. Puede permitirse criticar a la psicología aplicada que habita demasiado a menudo dentro de los marcos rígidos de un «etiquetaje» simplista del individuo. Es precisamente el escollo de la caracterología de Le Senén, de fijar a cada individuo dentro de uno de sus ocho tipos (incluso aunque considere tipos mixtos esto no cambia nada) como si las personas no pudiesen llevar la marca de muchos tipos, incluso de naturaleza opuesta. La astrología puede reivindicar el ser una psicología concreta, pues trata con éxito de situar al individuo en sus diferentes aspectos, familiar, profesional, conyugal, amistoso, ideológico: esto es precisamente lo que se propone el análisis de la estructura individual. Es evidente que un saturnino irá «marcado» por un estilo general de comportamiento; tendrá un modo de ser saturnino, que le señalará como a tal en todo. Pero nuestro saturnino puede tener un Júpiter floreciente en el sector IV, y será jupiteriano a su manera con su familia y en su - casa; -si tiene a Marte en el sector XI, presentará los signos del colérico en sus relaciones amistosas, etc.

Sin llegar al punto de buscar casos de disociación de la personalidad, los casos de «bipolaridad» - e - incluso de «tripolaridad» son moneda corriente. Hemos estudiado el de Goethe con sus tres naturalezas solar, lunar y saturnina. Cuando Le Senén se contenta con hacer de él un pasional sólo expresa su lado solar (cuyo dominio es cierto), o mejor una especie de dato promedio que reduce el análisis a una fórmula simplista y destruye toda puesta en movimiento dialéctica de la personalidad tan viva y rica del gran alemán. La superioridad incontestable de la astrología radica precisamente — basta observar una carta del cielo para con vencerse — en que capta estas relaciones íntimas de los personajes interiores que dialogan en cada uno de nosotros.

Mallarme nació cuando Saturno en Capricornio estaba en Medio cielo y en cuadratura con Marte en Aries en el Ascendente. Dos naturalezas diametralmente opuestas en relación con el polo extremo de lo Frío y uno de los polos extremos de lo Caliente. De hecho, en el Maestro del movimiento simbolista, están en pugna dos naturalezas, una toda inhibición, otra toda ímpetu e impulso vital. Cada una de ellas crea a su personaje. En el polo Frío saturnino, Herodías aparece en las noches solitarias y angustiosas de cada invierno, personaje de impotencia, de desecamiento, de abstracción, de despojo, de despersonalización, símbolo invernal del refugio en las alturas heladas (Saturno-Capricornio-Zenit). Y en el polo Caliente marciano, el Fauno inspira a Mallarme en la bella estación, que es para él la imagen de su propia naturaleza dionisiaca, de la espontaneidad, del abandono a sus pasiones, de la alegría de vivir (Marte-Aries-Ascendente).

Racine nació bajo una conjunción Luna-Marte en Escorpión en cuadratura con Saturno en Acuario: la primera configuración es una especie de condensación intensa de instintivita, de pasión, de erotismo, de agresividad, la segunda una quintaesencia de inhibición, de represión, de retraimiento y también de humanización. Precisamente la vida de Racine osciló entre dos

polos: pasó primero veinte años a Port-Royal, bajo el signo de los príncipes religiosos, los veinte años siguientes se libra de Port-Royal y se consagra apasionadamente al teatro, a su teatro en el que el hombre se deja aprisionar por las pasiones y es lanzado sin-remisión en el drama; vida de impertinente, de erótico, de rebelde.., pero que termina juzgándose severamente y finalmente se deja llevar por su necesidad de perfeccionamiento moral. Sus últimos veinte años caen bajo el signo de su retorno a Port-Royal: arrepentimiento, expiación de su vida pasada; el humilde cristiano niega poesía y teatro, no-puede sufrir que se le hable de ellos y prohíbe a su hijo mayor tal dedicación; el genio se abate, se borra, sólo asistimos a la heroica abnegación del cristiano.

Podríamos multiplicar los ejemplos, aunque no sean siempre tan tajantes. Ellos muestran que la estructura individual, a la que llegan difícilmente las disciplinas psicológicas establecidas, es una conquista original y el principal aporte de la astrología, quedando inscritos conflictos psicológicos como los descritos dentro de un tema mediante un simple trazo rojo uniendo dos o tres planetas antinómicos. Sin la astrología nos privaríamos ciertamente de la mejor posibilidad de investigación de la persona humana.

LA MORFO-PSICOLOGIA

Nuestro amigo Mauricio Meninge, que posee el sentido plástico del escultor y la intuición de las formas del morfó logo, nos da este feliz resumen de la morfo-psicología astrológica:

Desde la remota antigüedad, la ciencia de los antiguos ha sabido desglosar, entre la diversidad de los seres, trazos constantes y característicos, tanto morfológicos como psicológicos, y fijar dos tipologías principales: la tipología temperamental, en relación con los cuatro elementos, y la tipología mitológica, en relación con los planetas.

La ciencia oficial está apartada de estas concepciones, pero no obstante investigaciones relativamente recientes, emprendidas por observadores serios, conducen a tipologías cuaternarias que se le aproximan y tienden a confirmar su buen fundamento. Esto es lo que nos incita a volverlas a considerar, no solamente para describirlas, sino también para investigar sus fundamentos y sus consecuencias lógicas.

Los antiguos reconocían cuatro elementos, que consideraban como la combinación de cuatro principios primordiales, y los relacionaban con cuatro temperamentos:

ELEMENTOS	PRINCIPIOS	TEMPERAMENTOS
Agua	Frío y Húmedo	Linfático
Aire	Húmedo y caliente	Sanguíneo
Fuego	Saliente y Seco	Bilioso
Tierra	Seco y Frío	Nervioso

Nuestras reflexiones nos llevan a convertir estos datos del modo siguiente, que resumimos aquí:

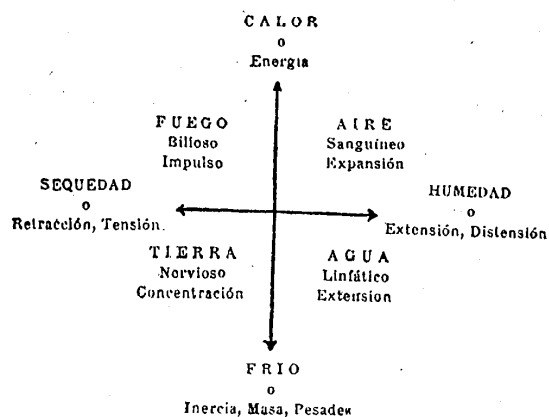
El Calor es foco de energía, está en el origen del movimiento y de la motilidad; es un principio dinámico.

El Frío, que es la negación del anterior, es por el contrario paralizante y condensador, inmoviliza los cuerpos concentrándolos; es, por decirlo así, una «fuerza de inercia», un principio estático.

La Humedad es un principio de extensión, de aflojamiento, tendiente a la fluidez o a la licuefacción, a la fusión; es un principio extensivo.

La Sequedad, que es la negación del anterior, es principio de retracción, de tensión, de envaramiento, de endurecimiento — o de ruptura — y en este último caso, de división o de desmenuzamiento; es un principio restrictivo.

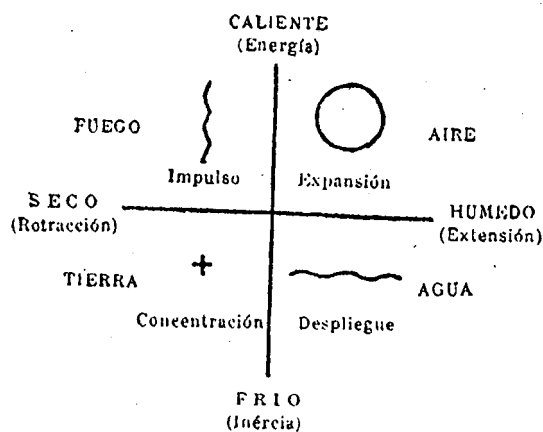
Establecido esto, disponemos de los cuatro principios y de los cuatro elementos, que son la combinación de aquéllos, del modo siguiente:



Observemos que encima del eje vertical y dinámico se sitúa el Calor o la energía, y abajo el Frío, la pesadez, la inercia; en el eje horizontal o espacial, a la derecha la Humedad o la expansión, y a la izquierda la Sequedad o la retracción.

Los dos elementos secos y retraídos: Fuego y Tierra, se oponen a los dos dilatados: Aire y Agua. Los dos dinámicos y ligeros: Fuego y Aire, se oponen a los dos estáticos y pesados: Tierra y Agua.

Así llegamos a los símbolos siguientes:

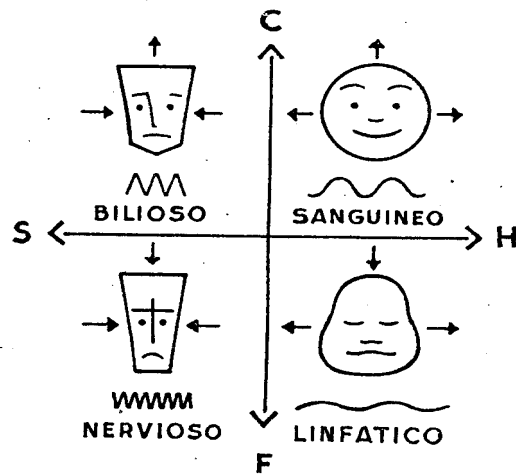


AGUA = Despliegue.: Una línea horizontal ondulada evoca el agua calmada o durmiente.

AIRE = Expansión: Una esfera evocando un hervor, un globo, un fruto.

FUEGO Impulso: Una línea vertical quebrada, evocando una llama derecha y vibrante.

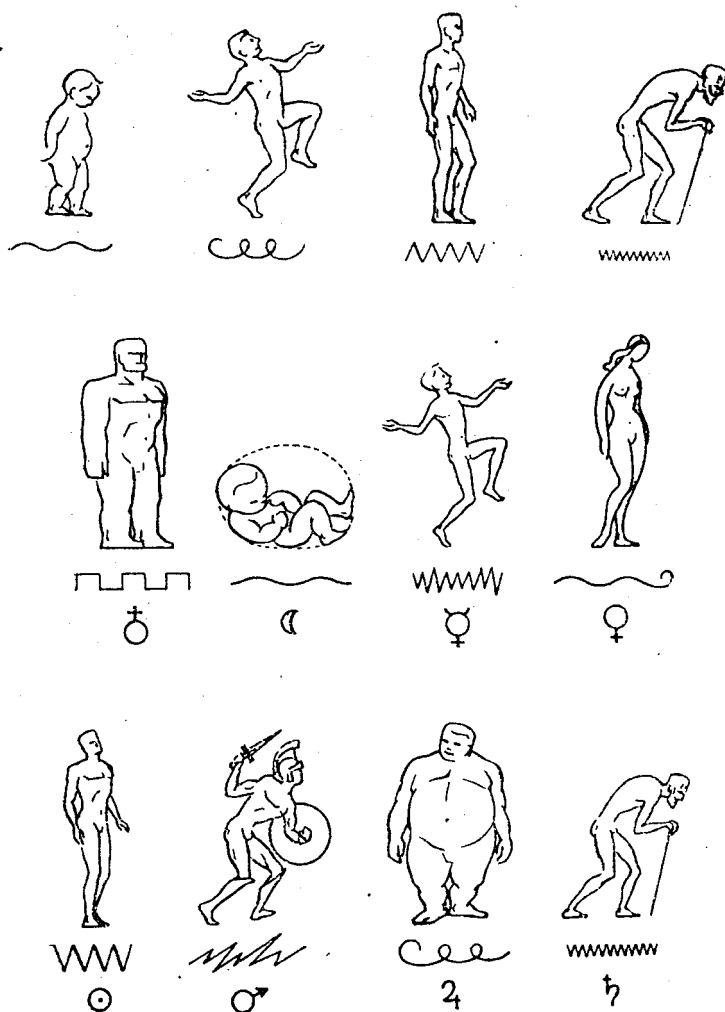
TIERRA = Concentración: Una cruz o un punto, evocando el grano de arena o de sílex, el núcleo la transposición plástica de estos símbolos es fácil:



LA TIPOLOGIA CUATERNARIA ELEMENTAL Y SUS CORRELACIONES

Estas consideraciones preliminares, si bien muy resumidas, eran necesarias, para darnos la clave de la morfología temperamental. Las completaremos con las correlaciones de los cuatro temperamentos con series o procesos igualmente cuaternarios: ritmo de las estaciones, sucesión de las edades...

Resumiremos, aun cuando este punto de vista permite descubrir ricos horizontes; limitémonos al cuadro de abajo, que habla a los ojos, y en el que hemos esquematizado los cuatro temperamentos y sus correlaciones:



Linfático
 Infancia
 Invierno
 Germinación
 Formación
 Agua
 Reino Vegetal
 Periodo estático
 pero extensivo

Sanguíneo
 Juventud
 Primavera
 Eclosión
 Expansión
 Aire
 Reino animal
 Periodo dinámico y
 extensivo

Bilioso
 Madurez
 Estío
 Maduración
 Culminación
 Fuego
 Reino humano
 Período dinámico
 intensivo

Nervioso
 Vejez
 Otoño
 Despojamiento
 Declinación
 Tierra
 Reino mineral
 Período estático
 no extensivo

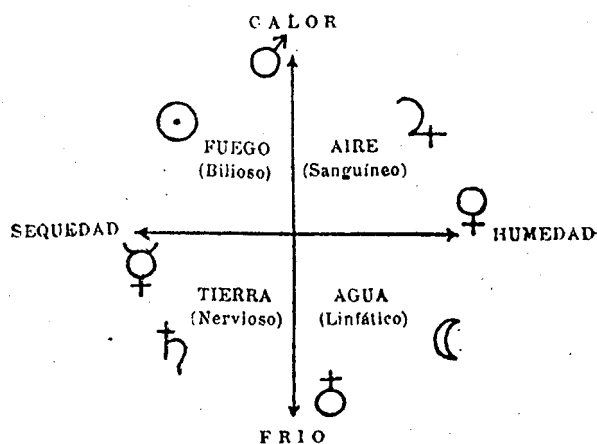
LA TIPOLOGIA PLANETARIA.

Habiendo sido poco estudiadas, hasta el presente, las relaciones y la filiación lógica de los tipos planetarios y de los tipos temperamentales, puede verse en la figura siguiente la solución que proponemos, en la que los valores planetarios se sitúan en relación con los elementos. Este reparto está bastante de acuerdo con la tradición astrológica; no obstante,

nosotros hemos tenido en cuenta un octavo valor planetario: la Tierra. Ella representa aquí el fondo colectivo, la materia primordial en estado de esbozo, no modificada todavía por la impresión característica de los demás planetas.

En esta figura los planetas calientes y dinámicos están situados en la parte superior y los fríos y estáticos en la inferior; Mercurio (variable) y Venus (intermedia) están en la parte central.

Los planetas secos, de morfología retraída, tensa, de formas estrechas y alargadas, rectilíneas y angulosas, están situados a la izquierda; los húmedos, de morfología dilatada, destensa, ancha, gruesa y redonda, a la derecha (esta última disposición, convencional, puede también invertirse sin inconvenientes).



LAS EDADES DE LA VIDA.

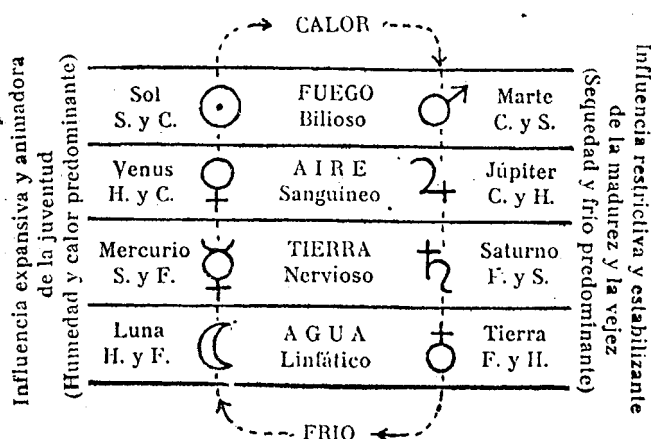
Situémonos ahora desde el punto de vista del desenvolvimiento de las edades de la vida; no haremos otra cosa que seguir el orden tradicional y astronómico (rapidez de los planetas).

Las primeras edades, Tierra y Luna, se hallan bajo el efecto estático del Frío (relativo) y el efecto extensivo de la Humedad; la última, Saturno, bajo el efecto del desecamiento y del enfriamiento, restrictivo y paralizante.

Las edades culminantes, Sol y Marte, más ardientes, se hallan bajo el predominio de lo Caliente, del dinamismo. Esta trayectoria está, pues, completamente de acuerdo, en conjunto, con la curva de los cuatro temperamentos o elementos, que viene a completar y a matizar (compárense los dos cuadros).

Remarquemos de paso la oportuna intervención de Mercurio y Júpiter (dueños de los signos zodiacales «dobles» o «mutables») formando bisagras en las dos épocas de transición y de mutación: la pubertad y el climaterio; épocas realmente críticas de la existencia. Notemos igualmente la posición del tipo terrestre, tomado como base de partida de nuestra curva de evolución. Aquí representa lo ancestral, el tronco colectivo, la especie humana en estado primitivo, no evolucionada.

No podemos desarrollar por anticipado este asunto, que requeriría extensos comentarios, pero lo haremos en otra obra en preparación acerca del simbolismo en la morfología la psicología y la grafología.



De este modo hemos examinado las tipologías planetarias, y temperamentales desde los dos puntos de vista de las edades y de los elementos. A continuación damos una figura que resume estos dos aspectos:

Sobre esta figura pueden hacerse varias observaciones:

Los planetas más dinámicos están en la parte superior, hacia el calor, y los más estáticos en la parte inferior, hacia el frío y la pesadez.

Los planetas más opuestos por su naturaleza están a la máxima distancia: Sol y Tierra, Marte y Luna.

Los planetas húmeros y secos se suceden alternándose, retrayéndose y dilatándose el ser en el curso de las épocas.

Para cada temperamento o elemento hay dos aspectos diferentes, que corresponden a dos tipos planetarios: un tipo joven a la izquierda y un tipo de madurez o de vejez a la derecha.

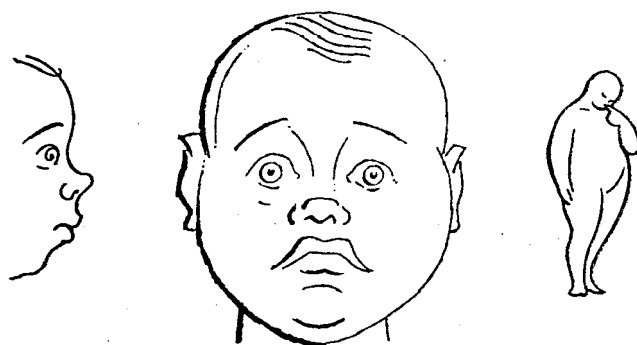
He aquí ahora la serie de los tipos planetarios. Van dispuestos de dos en dos, en consideración del tipo temperamental del que derivan; su parentesco salta a la vista. Para cada temperamento, el tipo de juventud está situado a la izquierda, y el tipo de madurez o de vejez a la derecha. Recordemos que el primero es comparativamente más extensivo, espontáneo, menos retraído, más fino, etc., que el segundo, que es más recio, más intensivo, más denso, duro, sólido y compacto, etc. Desde el punto de vista morfológico, 'los tipos de juventud son más curvilíneos y los tipos de vejez más angulosos y rectilíneos.

LOS INSTINTIVOS

Temperamento linfático

El agua, el estado líquido, húmedo y frío; extensión (parecido a la gota de agua o a la pasta blanda y plástica).

(Morfología dilatada y deprimida)



LUNAR

Tipo joven de linfático: «el bebé, el lactante»

Tipo joven de linfático: «el bebé, el lactante» (parecido con el agua durmiente).

Naturaleza más fina, más delicada, más matizada, más compleja, más sensible y más impresionable que la del Terrestre.

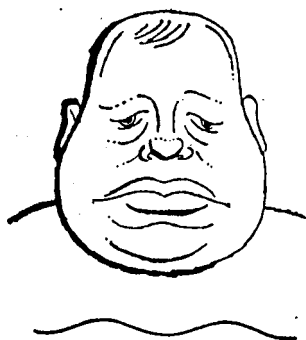
Morfología ovoide y algo pastosa, blanda y velada, de rasgos dulces y atenuados, fundidos, infantiles, a veces algo hinchados. Perfil y contornos ondulados.

Mirada dulce, temerosa, con frecuencia ausente. Expresión de sorpresa, de ingenuidad, de candor, de ensueño o de inquietud.

Tinte blanco o rosado.

ASTROLOGÍA

157



TERRENAL

Tipo viejo de linfático: «el hombre primitivo» (similitud con la tierra vegetal).

Naturaleza más gastada, más ruda, más densa, más sólida, más sumaria, más material, más masiva, más indiferente que la del Lunar.

Morfología en cubo, en trapecio (montón de tierra); formas: masivas, pesadas, groseras, compactas, de trazos espesos. Perfil y contornos rudos, aplastados, magullados, *rugosos*.

Mirada indiferente o resignada, a veces temerosa y desconfiada.

Expresión de indiferencia, de rudeza, de desconfianza o de testarudez. Tinte terroso.

LOS AFECTIVOS

Temperamento sanguíneo

El Aire, el estado gaseoso, caliente y húmedo; expansión (semejante al hervor, al hinchamiento, a la burbuja de aire).

(Morfología dilatada y tónica)



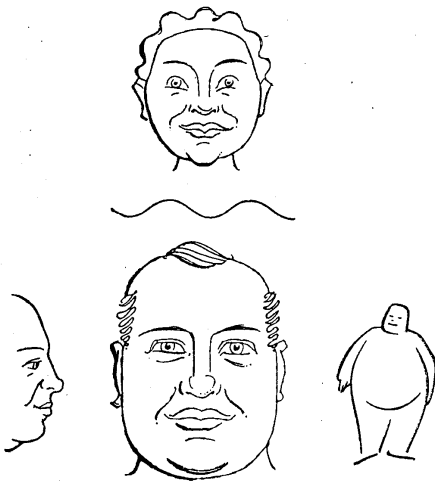
VENUSINO

Tipo joven de sanguíneo.

«La mujer joven» (similitud con la flor primaveral). Naturaleza más blanda, más dulce, más flexible, más fina y delicada, más espontánea, más indolente que Júpiter. Morfología oval y sinuosa, llena y abierta, pero armoniosa y graciosa, elástica. Modelado muy unido, fundido, flexible y matizado. Contornos y perfil sinuosos.

Mirada dulce, afectuosa, encantadora, lánguida, aterciopelada.

Expresión dulce, descuidada, sonriente, indolente. Tinte rosado o aceitunado.



JUPITERIANO

Tipo de madurez de sanguíneo.

«El hombre maduro» (semejanza con el fruto de otoño). Naturaleza más firme, más sólida, más cuadrada, más masiva, más reflexiva, más densa, más autoritaria que Venus.

Morfología en cubo redondeado, amplio, nutrido, masivo, carnoso, voluminoso, pero firme y sólido. Modelado lleno, convexo, simple, atado. Contornos y perfil redondos, densos, algo embotados.

Mirada benevolente o afectuosa, llena de animación, a veces de autoridad.

Expresión de vivir agradable, de jovialidad, de dignidad, de satisfacción.

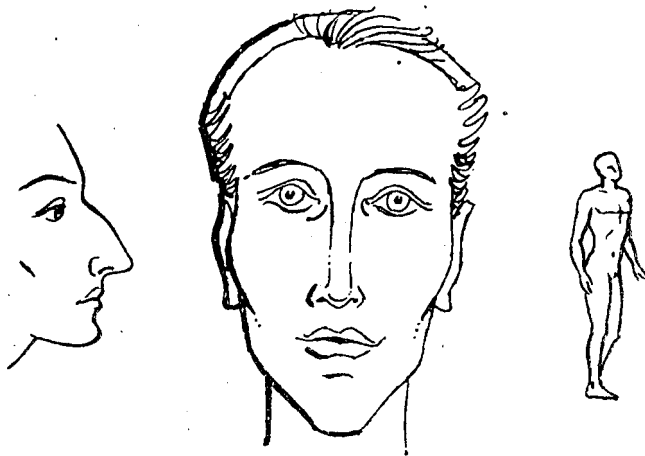
Tinte colorado.

LOS VOLUNTARIOSOS

Temperamento bilioso

El Fuego, el estado de incandescencia, caliente y seco; arranque o impulso (parecido a la llama derecha y vibrante).

(Morfología retraída y tónica>



SOLAR

Tipo joven de bilioso.

«El hombre joven, el héroe» (parecido con la llama derecha).

Más fino, más esbelto; más artista, más elegante, más puro que el marciano.

Morfología elegante, armoniosa, de formas ahusadas de rasgos firmes, de dibujo neto y preciso. Perfil noble formado por arcos de gran radio.

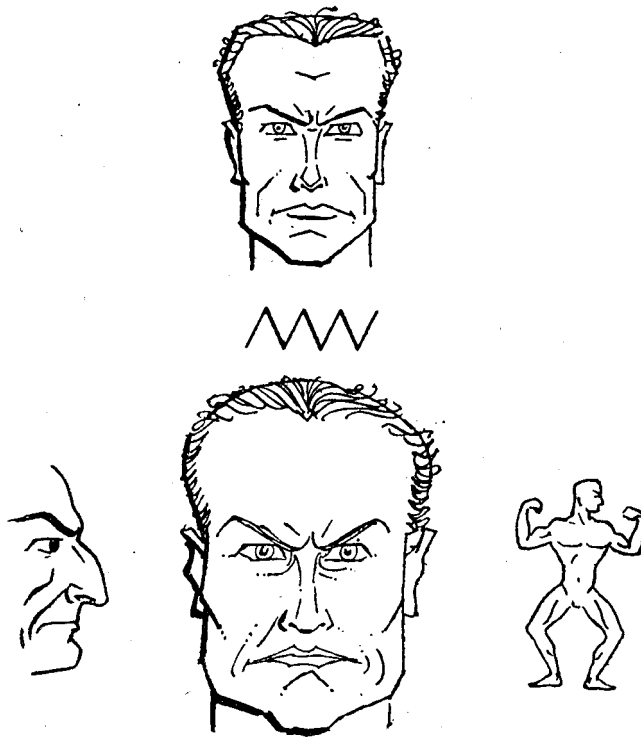
Mirada ardiente, luminosa.

Expresión de fiereza, de nobleza, de desdén.

Tinte dorado.

ASTROLOGÍA

163



MARCIANO

Tipo maduro de bilioso.

«El hombre formado, el guerrero» (Similitud con el fuego devastador, el volcán).

Más activo, más dinámico, más potente, más agresivo, más concreto y material que el solar.

Morfología rechoncha, compacta, dura, muy musculada, más ruda, más densa que la del Solar; a la vez más recia y más dilatada. Modelado retraído-abollado.

Mirada dura, agresiva, provocadora, intensa; concreta.

Expresión amenazadora, de desafío, de cólera.

Tinte rojo-ladrillo.

LOS INTELECTUALES

Temperamento nervioso

La Tierra, el estado sólido, frío y seco; concentración o retracción (parecido al mineral o al grano de arena).

(Morfología retraída y deprimida)



MERCURIANO

Tipo joven de nervioso.

«El escolar, el diablo» (similitud con la arena dispersada por el viento).

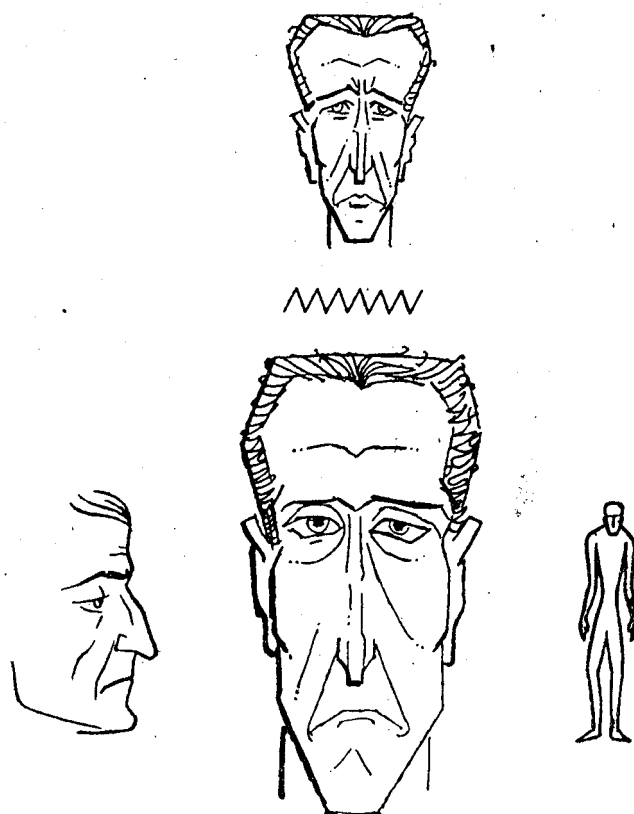
Más espontáneo y extrovertido que el Saturnino; más vivo, más ligero, más despierto, más expansivo y dispersado, más inestable y desigual.

Su morfología es triangular y retraída (retraída de base), de trazos desmigajados o descosidos. Modelado en facetas; contornos de líneas quebradas; nariz, mentón y orejas puntiagudas.

Mirada viva y aguda.

Expresión móvil, divertida, inquieta o burlona.

Tinte pálido o gris.



SATURNINO

Tipo viejo de nervioso.

«El pensador, el vicio» (similitud con la piedra dura, el mineral).

Sobrepasa al Mercurino en cohesión, concentración, lentitud y continuidad.

La morfología es rectangular, las formas estrechas y alargadas, huesudas; los rasgos más acentuados, más cerrados, más hundidos y más magullados que los del Mercurino. Perfil sacudido en dientes de sierra. Mirada fija, profunda, meditativa, penetrante.

Expresión grave, triste o fría, tensa, desconfiada, tosca. Tinte plomizo.

LA ORIENTACION PROFESIONAL.

Si la astrología es realmente un conocimiento psicológico eficaz, en particular dentro del universo personal, puede decir su palabra en la selección y orientación profesionales.

En este dominio se adopta como punto de partida la posición de los psicólogos: La profesión y la personalidad son, un todo unido, puesto que en la base de la vocación está la personalidad con sus gustos, deseos, aspiraciones y aptitudes, íntimas y sociales. Por este mismo hecho, las tendencias del tema se transponen de su terreno al de la vida profesional: tipos, tendencias, complejos, son referidos cada uno a un grupo de profesiones que presentan ciertas analogías entre sí. El tipo de Fuego (bilioso-muscular), que posee una motilidad desarrollada, expresa, por ejemplo, una tendencia a afirmarse en una actividad manual, una profesión en la que pueda gastar energías físicas, concretamente en la industria...

La determinación de la orientación profesional se efectúa en dos tiempos.

Ante todo hay que hacer la orientación propiamente dicha, que consiste en establecer los oficios o profesiones que están en analogía con la personalidad. Esta operación consiste en descubrir, dentro de las tendencias del sujeto, una serie de profesiones simbólicamente análogas, que proporciona una «familia» de profesiones posibles, entre las que habrá que escoger.

A continuación hay que proceder a una selección que consiste, una vez en posesión del «género» de profesión, del «tipo» de oficio, en eliminar ciertos oficios, según que tal o cual actividad de la lista propuesta por la primera operación exija una disposición particular, una facultad especial que puede más o menos faltar. De donde una selección.

Estas dos operaciones se llevan sobre dos planos distintos: La orientación se efectúa según las tendencias afectivas y presenta un carácter sintético, mientras que la selección se opera en función de «facultades», es decir, en un plano más bien cerebral y con un sentido analítico. Así, en función de una dominante Virgo, se pueden presentar una serie de oficios: ajustare, relojería, joyería, conservación, clasificación, administración, negocio, farmacia, medicina, etc. En el segundo tiempo, una disonancia de los luminares puede hacer temer una debilidad de la vista y conducir a eliminar de la lista el ajustare y la relojería, que requieren buena vista; una disonancia mercurial puede exigir, por falta de cualidades de organización, la eliminación de la clasificación y de la administración. Por tanto se recomendará el ~legocio basándose en una armonía precisa.

Tal es, en pocas palabras, el método astrológico de la orientación profesional. Debe, evidentemente, rodearse de precauciones y conocer sus límites.

La primera dificultad nace de que el oficio escogido no satisface siempre directamente, apoyándose sobre la o las tendencias dominantes, sobre la estructura general de la personalidad. La elección de oficio es aún más difícil cuando surge, por el contrario, como reacción compensadora de una tendencia desheredada: cierto explorador o capitán, dice Moner, ha tomado su impulso a la aventura de una infancia estrecha y compungida, que estalló en sueños de acción sin límites. En tal caso, el motivo astrológico resulta ser una disonancia planetaria reveladora de un conflicto, una cuadratura que implica una formación reaccionar. Puede llegar incluso la compensación a convertirse en sobrecompensación a consecuencia de una inversión de fuerzas: el oficio se elige entonces incluso contra la corriente de la tendencia dominante del sujeto; el ejemplo ilustre es Demóstenes, que de tartamudo se convirtió en orador, y el caso más frecuente, puesto de manifiesto por Adler, de los pintores afectados de un defecto de la vista. Si el cielo de Napoleón, con el Sol en Leo cerca de Zenit, Júpiter en Escorpión cerca del Ascendente y Urano en Toro cerca del Descendente, es el ejemplo de una vocación política basada en una configuración insuperable de autoridad y de poder personal (como la de Stalin), el de Hitler, por el contrario, con Saturno en cuadratura con Venus y Marte en conjunción, presenta un mecanismo típico de sobrecompensación que justifica la leyenda del pintor desafortunado pasando a lo desmedido. de la dictadura: a falta de no poder ser pequeño según su deseo, se vuelve grande casi a pesar suyo.

Otra dificultad nace de que no se puede captar la analogía del oficio con su símbolo más que en el plano subjetivo: la tendencia expresa, en efecto, un *leitmotiv* íntimo, personal y lo más a menudo inconsciente. Un mismo oficio puede representar algo diferente para los miembros de la misma corporación profesional. Se sabe que el mismo guarda relación con una serie de oficios (el número de símbolos es pequeño, el de profesiones es innumerable; las estadísticas oficiales revelan entre .14.000 y 20.000), pero hay que añadir que, a la inversa, un mismo oficio puede estar en relación con numerosos símbolos, puesto que puede ser tomado en un sentido por unos, en otro aspecto por otros. Como puede verse la correlación analógica entre símbolos y profesiones se establece sobre el plano de las razones profundas, de las convicciones íntimas, a veces de pasiones oscuras. Esta multiplicidad en, cierto modo

bifocal de las correlaciones es característica de la astrología. Ella plantea un problema de método y de fundamento cuya dilucidación afecta, no sólo a la astrología, sino, como ya hemos *dicho*, a todas las ciencias.

Un factor importante escapa por lo demás al astrólogo al menos en parte: el diagnóstico de la inteligencia. Aquí se abre claramente la problemática, no sólo de la astrología, sino también, del astrólogo: él sólo puede juzgar en su propio nivel. El astrólogo puede detectar, al menos relativamente, la naturaleza y la amplitud de los instintos, que son más fácilmente reconocibles, pues nos pertenecen a todos, pero la mente del individuo aparece solamente, en general, en su coloración, sus tonalidades; algunas veces es posible sin duda, pronunciarse y avanzar, por el solo examen del tema, si un sujeto es o no inteligente. Pero la mayoría de las veces nacen al mismo tiempo niños inteligentes y otros que no lo son, escapándosenos esta dimensión y por consiguen el *nivel* de la personalidad que es función de este nivel del espíritu. Deben existir, no obstante, en un tema dado, un aspecto o aspectos específicos, reveladores del «grado» de inteligencia. En verdadero rigor nadie nace absolutamente bajo el mismo cielo, puesto que, llevando las cosas al extremo, nadie puede nacer en el mismo lugar que otro. Pero, como todo lo que es más especialmente individual y marginal, estos aspectos son más difíciles de reducir a las normas conocidas y a las estructuras triviales y corrientes. Del mismo modo que en física positiva son las más pequeñas diferencias de medida, durante mucho tiempo invisibles e insospechadas (tales como el movimiento anormal del perihelio de Mercurio o la desviación de los rayos luminosos en la proximidad de las masas planetarias) los que explican las leyes más integrantes (así, las dos diferencias antes mencionadas han necesitado para ser, no sólo comprendidas, sino incluso comprobadas, la invención previa de la física einsteniana, sobrepasando e integrando la física cartesiana), del mismo modo en astrología hará falta un desenvolvimiento sin duda considerable y revolucionario de la investigación, el descubrimiento tal vez de nuevos planetas o la interpretación más integrante de los planetas «antiguos» para que la comprensión de los aspectos «intelectuales» o incluso «trascendentales» emerja en la conciencia de algunos astrólogos que, por lo demás, serán probablemente incomprendidos por la masa de los astrólogos «prácticos». Entre tanto los llamados prácticos se ven claramente obligados a fundar su interpretación sobre consideraciones válidas para el mayor número, y, como las mismas ciencias, sobre elementos de esencia estadística, tales como la consideración del medio social al que pertenece el candidato, su formación cultural, su nivel social y mental tal como indican sus diplomas, que son por excelencia factores o signos estadísticos. Pero es sabido que lo mismo hacen las ciencias. Sólo utilizan el cálculo de probabilidades cuando los factores reales se les escapan, cuando no pueden detallarlos, separarlos, numerarlos. No se ve por qué las ciencias positivas hacen agravio a la astrología por esta indeterminación marginal de que acabamos de hablar. Este agravio se volverá contra ellas: lo mismo se puede reprochar a la física moderna el bazar la teoría cinética de los gases sobre el cálculo estadístico y de ser incapaz, en el seno de una masa de gas, de prever el comportamiento particular de tal o cual partícula.

Conclusión práctica: a menos que concurren circunstancias excepcionales, un astrólogo que designe *un* oficio a un niño que acaba de nacer, presentándolo como *su* futura vocación es un impostor o un charlatán ignorante.

Permanezcamos, pues, en el plano práctico: el problema es complicado. Lo más frecuente es escoger no tanto un oficio como un género de vida en relación con una historia psíquica personal. Pero cuanto más «inferior» es el sujeto en la escala social, más fácil es, del todo o en parte, orientarle. Las actividades sociales se agrupan en tres órdenes: profesiones manuales e industriales; artesanales; liberales y superiores. De un grupo al otro, la personalidad se obliga y se realiza cada vez más profunda y sintéticamente. En el primer grupo, lo más frecuente es que el profesional sólo se entregue a un ejercicio elemental que sólo pone en actividad aptitudes precisas pero limitadas, bastante fácilmente «reducibles» a un tipo: como

el barrendero que recorre la longitud de una acera. En el segundo estado existe ya una entrega del conjunto de la personalidad. En el tercero, la actividad refleja la personalidad total. Tal es, por ejemplo, el hombre de negocios. cuyo oficio le obliga a calcular, concebir, esmerar su porte, conservar una vivienda, recibir, alternar, gastar, conquistar, elegir colaboradores..., en una palabra, es todo el mundo de su persona el que se cristaliza en una vocación: el estilo de su carrera es el mismo de toda su personalidad. Por lo mismo, es relativamente fácil guiar al candidato al nivel inferior: si es marciano podrá ser carnicero, charcutero, forjador, mecánico... y ciertamente no estará en su sitio como pastelero, peluquero o comerciante. En cambio, en el escalón superior, un «hombre de negocios» y más aún un «artista», por ejemplo, podrá ser tanto marciano, como jupiteriano, saturnino o mercurino. Tendrá un modo de ejercer la profesión, según su tipo.

De hecho, bajo el aspecto de la analogía que preside nuestra visión, no es propiamente el oficio en tanto que ejercicio profesional lo que importa, sino más bien las tendencias subyacentes que se realizan en dicho oficio: por ejemplo la tendencia agresiva, combativa, conquistadora del oficio marciano. «Se escoge un oficio *para* desempeñar un papel» y es esencialmente este papel lo que importa. Bajo este punto, la historia que el individuo juega en el interior de su profesión cuenta más que la opción por tal o cual oficio, habida cuenta de que diversos oficios permiten a veces representar el mismo papel. Lo que se ve es, pues, más que la etiqueta profesional, qué programa y qué personalidad realiza el individuo *dentro* de su profesión, de su situación.

El astrólogo no puede nunca decir: «Usted tendrá tal situación o tal profesión»; sino: «En su profesión; usted desempeñará tal papel, y para lograrlo se sentirá más inclinado a elegir tal actividad que tal otra.» Y recordemos que, cuanto menos evolucionado es el candidato, tanto más posible es fijar su oficio, pues entonces el continente implica el contenido; los dos son sólo uno. Cuanto más evolucionado es el candidato, más difícil es orientarle, pues hay para él cada vez más actividades donde poder expresarse y es cada vez más libre de elegir la *forma* de su actividad.

Por otra parte, en la práctica, el ejercicio astrológico se presenta en dos formas:

El sujeto es joven y aún no está en edad de tener una idea clara de lo que hará; se puede incluso ignorar, si sólo tiene pocos años de edad, cuál será el desarrollo de su inteligencia. En este caso únicamente se podrá describir su papel profesional considerando una lista de oficios de la misma familia, pero de valor evolutivo variable (por ejemplo, con Marte: carnicero, mecánico, militar, abogado, cirujano...). Conviene especificar que estos oficios sólo hay que tomarlos a título indicador, precisando que la lista no está completa y no incluye necesariamente el oficio finalmente escogido.

En el segundo caso el consultante está en la edad de tomar una decisión y tiene algunas ideas personales, pero duda entre varias vías que le atraen. Entonces el astrólogo puede contribuir a una orientación definitiva y satisfactoria.

Sea cual fuere, el ideal consiste en una colaboración de la psicotécnica y la astrología, y es dentro de tal cooperación que la orientación profesional puede hallar su fórmula definitiva.

LA ASTROLOGIA MEDICA

Ciertamente, ha sido siempre la aplicación médica de la astrología la que ha merecido más honores; se encuentran ejemplos en todo, y la astrología médica sigue una trayectoria casi continua desde Hipócrates hasta los homeópatas modernos, pasando por la escuela de Salerno, los hermetistas y los vitalistas. Fue incluso propugnada por personalidades de primer plano: Avicena, Arnau de Villanueva, Ficino, Agripa, Misael, Fornel, Van Helmont, Argali.... Con ocasión de la peste de 1606, el decano de la Facultad, Nicolás Alain, declara que la astrología debe servir de base a todo tratamiento razonado y eficaz de este azote; esto es

también lo que piensan unos años más tarde, cuando la peste de 1623, los médicos del príncipe de Conde y del cardenal Rochelee.

GUI de la Bross, médico ordinario de Luis XIII, creador del Jardín de las Plantas, es adicto a la astrología médica; pero la aurora del siglo XVIII marca su declinación a pesar del prestigio de Richard Mead.

A pesar de este linaje de investigadores, la astrología médica, hay que confesarlo, acaba de nacer. Al menos aquella que pretendía, partiendo de una carta del cielo, establecer el diagnóstico preciso de una enfermedad o acudir en su ayuda. Lo mismo reza de aquella que se proponía detectar las «predisposiciones patológicas» que afectan al individuo desde su nacimiento hasta su muerte.

Existe, no obstante, un método de astrología médica basado en las correlaciones analógicas existentes entre los símbolos y las zonas y funciones orgánicas. El zodiaco ha servido siempre para señalar las diferentes regiones del cuerpo. Es la representación de un hombre celeste atado, cual Ilión, a la rueda cósmica, con la cabeza situada en el primer signo, Aries, y los pies en el último, Piscis. Los doce sectores tienen una significación similar: la cabeza está en relación con el sector I, el cuello con el segundo, los hombros y la caja torácica con el tercero... En cuanto a los planetas, guardan analogía con las diferentes funciones orgánicas, representando el Sol la función cardo-vascular, Júpiter la del hígado, Saturno la del esqueleto... A estos mismos planetas, cuando están en posiciones desfavorables, se atribuyen las tendencias patológicas: Júpiter es congestivo, pletórico; Marte inflamatorio, hemorrágico; Saturno litíásico, paralizante, inhibidor... En principio, cuando un planeta disonante está situado en un signo o un sector, tiende a transmitir su perturbación a la parte correspondiente del cuerpo:

Marte en Aries, sobre todo en casa I, «da»: dolores de cabeza, golpes y heridas, quemaduras o cicatrices en la cabeza, hemorragia cerebral, encefalitis... Saturno en Escorpión, sobre todo en VIII, «produce»: retención de arma, mal de piedra, fístula y hemorroides, impotencia o atonía sexual...

Con todo, estas «correspondencias» distan de estar igualmente establecidas; hay casos asombrosos; otros son menos demostrativos; otros, en fin, no lo son en absoluto. Aún han de efectuarse las estadísticas de comprobación. Todo lo que se ha comprobado es que la enfermedad se instala de preferencia en sujetos cuyos temas comportan numerosas disonancias. Para muchos investigadores actuales, el principio del método es bueno, pero la aplicación, es más compleja... Ante todo, hace falta desglosar la constitución y el temperamento del sujeto; sólo en función de este dato primario y global se puede interpretar una configuración particular. El linfático tradicional, por ejemplo, traduce el predominio de la función de nutrición y señala el reino del aparato digestivo; como el sanguíneo, el reino de las funciones respiratorias, circulatorias y sexuales. Es evidente que una misma configuración aislada tendrá diferente significado para el uno que para el otro. Deben tenerse en cuenta otras consideraciones, que sólo conocemos de un modo imperfecto y que no dejan de complicar la interpretación.

Si consideramos que el análisis astro-médico de un tema aporta una lista de enfermedades posibles, de las cuales algunas tal vez sobrevendrán, otras no — como sucede en el caso de la orientación profesional, donde se relaciona una familia de oficios posibles — entonces podemos considerar, dentro de este límite, la detección de las predisposiciones

-patológicas desde el nacimiento. Lo cual ya es algo. Pero todo lo demás no es otra cosa, también aquí, que inconsciencia o charlatanismo (1).

Falta examinar todavía si la lógica de la astro-médica, propuesta por los fundamentos de la astrología, es conforme a la ciencia médica en sí misma.

Esta lógica está esencialmente en función de la naturaleza de los símbolos, generalizados y permanentes en su esencia misma.

En tanto que son generalizados, implican la noción de una unidad espacial de su manifestación. Es un hecho que tiende a influir globalmente sobre todos los planos de la vida: psíquico, físico, social, afectivo. Desde el punto de vista médico, sólo se pueden concebir con una sinergia fisiológica de todo el organismo significando una coordinación de la vida funcional en todo el espacio humano, estableciéndose cierta solidaridad a través de todo el cuerpo entre puntos diferentes, pero bien determinados, particularmente en cada enfermedad; en último término no habría enfermedades locales, sino una sola enfermedad con manifestaciones diversas y más o menos localizadas. Esta concepción de la no-localización está de acuerdo con las teorías científicas modernas sobre la estructura del organismo (2).

En tanto que son permanentes, los símbolos implican igualmente la noción de una unidad temporal de su manifestación. Es necesario concebirlos en acción continua desde el nacimiento hasta la muerte, representando un mismo factor intereses de la infancia, de la edad adulta y de la vejez. Bajo el aspecto médico, sólo pueden aceptarse con la existencia de una unidad del organismo en el tiempo, noción que relaciona todo proceso morboso -a las enfermedades anteriores y a las ulteriores.

En fin de cuentas, muy a menudo un mismo aspecto o un mismo conjunto disonante representa las diferentes enfermedades sufridas por el individuo durante su existencia. Todo sucede como si las diversas crisis morbosas, si bien producen una sucesión de entidades monográficas diferentes, tienen un substrato común y proceden de un mismo y único principio morbífico dinámico.

Tal construcción en la línea de una medicina sintética no ha recibido la aprobación de las facultades, pero es interesante saber que corresponde a los puntos de vista médicos de Harnean cuando estableció sobre la metástasis sus concepciones de la enfermedad y el fundamento de su terapéutica, y es sin duda lo que tanto acerca a los homeópatas a la astrología.

Sólo resta decir que, si bien la astro-médica aún ha de construirse por lo que respecta a la etiología y al diagnóstico, es insustituible bajo el aspecto del pronóstico. Es - indiscutible que el examen, por un médico experimentado, de la carta del cielo de un enfermo, debe aportar informaciones precisas en cuanto a las diferentes etapas de la enfermedad: agravación, complicación, crisis o curación... Es en este terreno, que es (no lo olvidemos nunca) el suyo propio, que la astrología debe convertirse en la preciosa auxiliar del médico práctico. Es cierto, por ejemplo, que debe temerse todo de una enfermedad, -aunque sea benigna en apariencia, si se presenta bajo una configuración crítica; el aviso es aquí el más precioso de los indicios para el que puede y quiere utilizarlo.

En fin, es muy posible que Páraselos haya tenido razón al introducir el factor astrológico en el dominio de la terapéutica y de la farmacia. Este dominio, virgen a nuestros ojos, es una incógnita, pero que puede resultar asombrosamente rico en posibilidades. Terminaremos diciendo que, por supuesto, la astro-médica no tiene sentido si no es en manos de un médico.

(1) No hace mucho tiempo que un periódico que se tiene por astrológico publicaba en primera plana: «La astrología descubre el terreno del cáncer.» ¡Qué necesidad!

(2) Véase,- por ejemplo, K. Goldstein, *La Estructure de l'organisme* (Gallinera).

LA ASTROLOGIA MUNDIAL.

Primera en el tiempo, la astrología mundial fue concebida el día en que se admitió que el orden cíclico del mundo va ligado a los movimientos celestes: desde el momento en que los movimientos de los astros pueden ser previstos matemáticamente, los acontecimientos terrestres pueden serlo igualmente. Se trata de establecer entre la serie de los movimientos de los cuerpos celestes y la serie de los acontecimientos colectivos y sociales una relación tal que de la aparición de tal fenómeno celeste se pueda deducir la aparición probable de tal fenómeno histórico.

Un problema importante hay que resolver en esta confrontación: ¿Cómo «ligar» la -polvareda de los fenómenos históricos a ciertos símbolos astronómicos -a los cuales se [es supone asociados?

Aunque se conceda a los factores astrológicos un contenido que abarca una diversidad de hechos, hay que reducir la variedad histórica a un mínimo de esencias o de significaciones. Esta doble necesidad obliga a concebir una verdadera «cosmosociología», no entrevista hasta hoy, teniendo en cuenta las aportaciones diversas de la psicología, de la sociología psicoanalítica y de la dialéctica marxista.

La relativa unificación o, en todo caso, la simplificación de la multiplicidad histórica se obtiene si se discierne en el hecho social su forma y su contenido, y si sólo se conserva este último: Alejandro el Magno y Napoleón han vivido dos aventuras muy diferentes en cuanto a la forma: lugares, épocas, circunstancias, decorados; sin embargo, dos aventuras que tienen *analogías*. El contenido del hecho social implica que falta razonar sobre los hechos análogos y aquí también sobre las analogías. Por lo demás, en el otro extremo, como los factores astronómicos se reducen al mínimo número, nos encontramos forzosamente con *repeticiones* de configuraciones, aunque la configuración general del sistema solar varíe al infinito. Es, pues, natural que frente a repeticiones celestes encontremos repeticiones históricas. Luego descubrir repeticiones y analogías históricas es al mismo tiempo detectar las tendencias sociales que hay en acción en cada situación, y es al mismo tiempo conducir la diversidad histórica a una unidad psicología.

En cuanto a los símbolos astrológicos, aquí como en astro-médica, nos vemos obligados a atribuirles una unidad de correspondencia espacial y temporal; juegan en continuidad en la sucesión de los tiempos y en todas las escenas de la vida a la vez; El Símbolo tiende a expresarse sobre todos los planos de la sociedad a la vez y no es raro ver política, religión, filosofía, artes y ciencias de una misma época poseer características análogas, fundirse en una misma corriente general y dar un «estilo» a la época: se proponen aquí los conocidos ejemplos del clasicismo y del romanticismo. Igualmente conviene seguir el camino cronológico de los diferentes símbolos que toman, de siglo en siglo, diferentes vestiduras; es preciso concebirlos en su movimiento y sus desarrollos sucesivos, a fin de ver de dónde proceden y a dónde van esas energías simbólicas, haciendo presentir las formas del pasado las del porvenir; pero no puede concebirle verdaderamente el porvenir más que a través de las imágenes del pasado. La tendencia social significada por cada planeta en un momento dado no es más que un producto de la evolución y un momento de ésta. Así es como Marte «dios de la guerra» ha hecho siempre desenvainar la espada; pero los impulsos agresivos que este arquetipo encarna se han expresado según los medios del arte militar: con la honda, el arcabuz, el fusil Lebel, el tanque, el arma atómica. Júpiter representa siempre la clase dirigente: antaño éstos fueron los señores; ayer los aristócratas; hoy es la burguesía, mañana será tal vez otra clase social... En el capítulo precedente se encontrarán las correspondencias sociales de los planetas tal como se utilizan en astro-mundial.



En la base de estas correspondencias se halla la noción de «ciclo», válida tanto para la esencia de los acontecimientos como para los movimientos periódicos de los planetas. Ciclos terrestres, diario, lunar mensual, solar anual, etcétera, comprobamos que son análogos entre sí. Todos pasan con un determinado ritmo por las mismas fases sucesivas, evolucionando según un único proceso que comporta cuatro fases típicas: nacimiento, crecimiento, expansión y destrucción; y ello a través de una serie evolutiva de carácter anabólico y una serie involutiva de carácter catabólico. Ya sean éstas el levante, el mediodía, el poniente y la medianoche; la luna nueva, el cuarto creciente, la luna llena y el cuarto menguante; la primavera, el verano, el otoño y el invierno; la infancia, la juventud, la madurez y la vejez; o que sean también la aparición y desaparición de las especies, de las razas, de las naciones, la de los átomos y de los soles que evolucionan de la nebulosa a la pulverización final, todo lo que tiene vida, existencia humana, animal, vegetal o mineral, todo lo que es un fenómeno natural, social, colectivo, se cumple según una estructura genética y cíclica común. Sin duda estamos tocando una de las leyes fundamentales de la vida. Así como en el cielo todo se efectúa de un modo circular: el planeta gira alrededor de su eje, sus satélites giran alrededor de él, el conjunto de ambos gira alrededor de una estrella, cuyo sistema gira a su vez alrededor de otro sistema más extenso — en la tierra encontramos, desde el crecimiento a la languidez, desde la vida a la muerte, el cumplimiento de una estructura análoga.

En la aplicación astrológica, la unidad de medida y de referencia de esta manifestación será el *ciclo planetario*.

El ciclo planetario es el circuito establecido en el zodiaco entre dos planetas, del más rápido al más lento, en el intervalo entre dos encuentros o conjunciones sucesivas de dichos planetas. El ejemplo más conocido es el de los luminares, llamado lunación, que tiene lugar entre dos lunas nuevas o conjunciones del Sol y la Luna. En su desarrollo, el ciclo pasa por diferentes fases.

La conjunción, punto de partida del ciclo, tiene lugar cuando dos astros se encuentran en el mismo punto del zodiaco. Expresa el nacimiento, la creación de una corriente, el comienzo de un movimiento susceptible de evolución.

El sístilo tiene lugar cuando el planeta rápido se ha alejado 60° del más lento. Traduce el desarrollo de la corriente, su realización concreta, el paso de lo virtual a lo manifiesto.

La tercera fase es la cuadratura, que tiene lugar cuando el planeta rápido está a la distancia de 90° del primero. Este aspecto introduce una disonancia, un desequilibrio en el seno de la corriente; engendra un conflicto, una desviación, un cambio, una crisis (fase del cuarto creciente).

La cuarta fase es el trígono; los dos planetas están a una distancia de 120°; este aspecto da a la corriente precedentemente transformada todo su impulso y la afirma en su plena expansión; es la era de la extensión, de la realización, del equilibrio y de la colaboración.

El movimiento de expansión alimentado bajo el aspecto precedente alcanza su apogeo en la oposición que separa ambos astros en 180°. Hasta aquí el cielo estuvo en crecimiento, en evolución; desde este momento se vuelve decreciente, involutivo. Aporta un conflicto abierto y a menudo una inversión de tendencia, una corriente opuesta a la corriente de partida marcada por la conjunción (fase de luna llena).

En su fase involutiva el ciclo vuelve a pasar por todos los aspectos, desde la oposición a la conjunción final. El trígono involutivo que sigue a la oposición aporta, tras la crisis precedente, un enderezamiento, un nuevo equilibrio, con arreglos y acuerdos. Un nuevo desequilibrio se introduce en la segunda cuadratura (último cuarto), cuando el planeta rápido se acerca al planeta lento y está a 90° de distancia de él; lo que anteriormente se había constituido en el trígono se suele destruir bajo este aspecto crítico. Un último restablecimiento provisional se efectúa bajo el sístilo que precede a la conjunción la cual,

expresando el fin o la renovación del ciclo, aporta la terminación o la transformación profunda de la corriente.

Todo esto nos lleva a postular que a toda etapa de un ciclo planetario corresponde sincrónicamente en la tierra un fenómeno social o colectivo dotado de una amplitud igual y una evolución paralela a la significación simbólica anexa a los planetas en cuestión.

Existen por tanto una serie de periodicidades de ritmos muy variados. Todos los planetas conocidos realizan más de cuarenta y cinco ciclos, cuya duración varía desde un mes a varios siglos, considerando el astro más rápido, la Luna, y el más lento, Plutón. Es a causa de la inmensa variedad de duración de estos ciclos, de sus complejas interferencias y del cabalgamiento de sus periodicidades, que difícilmente llegamos a identificar la manifestación histórica de cada uno de ellos. Pero nos inclinamos legítimamente a pensar que la evolución de la humanidad es la expresión de la resultante sintética de estos cuarenta y cinco ciclos, desde el más rápido al más lento.

* * *

Las concentraciones de conjunciones de planetas lentos (de Júpiter a Plutón) que forman ciclos de larga duración, corresponden a épocas históricas. Durante la guerra de 1914-1918 no hubo menos de seis, y se produjeron siete de 1940 a 1945; éstas son las dos agrupaciones que se han producido desde el comienzo de este siglo.

Los ciclos de Urano ponen en valor el principio ucraniano de expansión violenta, de anexión, de reforma radical o de autoritarismo; hoy en día este astro encarna el particularismo fascista y, en otro plano, la política americana.

Las conjunciones Júpiter-Urano tienen lugar cada catorce años y hacen reaparecer, tras cierto tiempo, las experiencias revolucionarias, autoritarias, industriales, coloniales y militares:

CONJUNCIONES JUPITER - URANO: Ciclo de 14 años

1789 = Revolución francesa.

1803 = Primer Imperio.

1817 = Liberación de América del Sur.

1831 = Represión de la Revolución de 1830; expedición de Argelia; ferrocarriles.

1845 = Asuntos de Marruecos, CIDH, Texas, Nueva México y Alta California.

1858 = Asuntos de Gran Cabilia, China, Siberia y Conchinchina.

1872 = Imperio Alemán.

1889 = Asuntos de Madagascar, Alta Birmania, Congo. Acta de Berlín.

1900 = Asuntos de bóer y rebelión de los «bóxers».

1914 = Guerra de 1914:

1927-1928 = Dictaduras (Polonia, Lituania, Portugal, Yugoslavia), sinarquía, P. S. F. y franquismo.

1941 = Guerra mundial.

1954-1955 = ¿ ?

Los ciclos Saturno-Urano tienen lugar cada cuarenta y cinco años y son mucho más agudos; señalan las etapas cruciales para los capitalismos.

Estos ciclos de Saturno-Urano trazan la historia de las rivalidades económicas entre grandes potencias que quieren repartirse el mundo. Tras las luchas coloniales entre Franceses e ingleses, Alemania hizo una breve aparición y América termina por imponerse a todos. ¿Señalará el año 1988 para los americanos la dominación del mundo o la derrota infligida por el nuevo coloso?

CONJUNCIONES SATURNO-URANO: Ciclo de 45 años

- 1625 = Advenimiento de Rochelee. Emigración inglesa a América.
- 1670 = La compañía francesa de las Indias. La gran alianza de La Haya (declinación diplomática de Francia).
- 1714 = Tratado de Utrecht (comienzo del poder marítimo y colonial de Inglaterra).
- 1761 = Tratado de París (nacimiento del imperialismo británico).
- 1805 = Primer Imperio (hegemonía francesa en Europa)
- 1851 = Segundo Imperio, represión de los movimientos revolucionarios de 1848.
- 1897 = El imperialismo se impone en el mundo.— Panamericanismo. — Pangermanismo.
- 1942 = El fascismo domina en Europa.— El imperialismo americano entra en guerra y va a desplegarse.
- 1988 = ¿Dominará el mundo o desaparecerá?

Por el contrario, los ciclos de Neptuno están generalmente en relación con la afirmación de una política colectivista, y la última expresión del arquetipo neptuniano es actualmente el universalismo marxista.

Las conjunciones Júpiter-Neptuno introducen una periodicidad de 13 años. El hecho de que Júpiter sea el símbolo de una política conciliante, liberal, en la que los poderes están repartidos, él hace que el proceso neptuniano se revele bajo las formas flexibles y moderadas de la democracia occidental.

CONJUNCIONES JUPITER-SATURNO: Ciclo de 13 años

- 1830 = Revolución europea de 1830.
- 1843 = Movimiento intelectual en pro de la unidad de Italia.
- 1856 = Tratado de París.
- 1869 = Nacimiento del partido socialista en Alemania. Imperio liberal en Francia.
- 1881 = Desarrollo de la legislación social en Francia y en Alemania.
- 1894 = Formación de un partido socialista en Rusia.
- 1907 = Triple convenio y nacimiento del Labour-Party.
- 1919= Victoria de los aliados. Fundación de la Sociedad de las Naciones.
- 1932 = Experiencia Roosevelt. Seguridad colectiva.
- 1945 = Victoria aliada. Fundación de la O. N. U.
- 1958 = ¿ ?

Por el contrario, las conjunciones Saturno-Neptuno se renuevan cada treinta y cinco años, y esta periodicidad expresa a Neptuno a la manera saturnina de la rigidez, de la intransigencia, de la concentración de los poderes y de la sistematización de la acción: corrientes colectivas de rebeldía o movimientos sociales revolucionarios.

CONJUNCIONES SATURNO-NEPTUNO:

Ciclo de 35 años

1773 = Independencia americana.
1809 = Europa contra Napoleón. Despertar de las nacionalidades.
1847 = Revolución europea de 1848.
1881 = Nacimiento de los partidos socialistas europeos.
1917 = Revolución comunista en Rusia.
1952-1953 = Muerte de Stalin.
1989= ¿?

En cuanto a las conjunciones Júpiter-Saturno, que se producen cada veinte años, parecen estar en relación con la política europea.

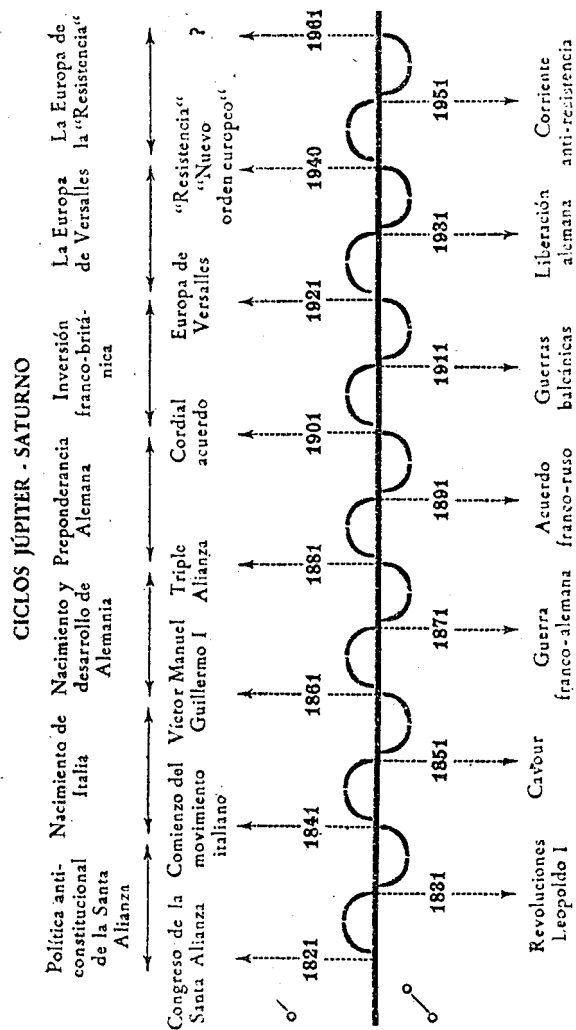
Entre una y otra conjunción, se tiene la impresión de asistir a una nueva etapa. Así, los ciclos Saturno-Neptuno marcan una progresión constante del movimiento revolucionario.

Bajo la conjunción de 1808, Napoleón despierta el nacionalismo europeo; los pueblos, heridos por sus conquistas en sus tradiciones y sus instintos, oponen una resistencia en masa al emperador, y su reacción adquiere el aspecto de una lucha nacional de Europa contra la Francia conquistadora. Bajo la conjunción siguiente, en 1847, invade Europa un movimiento revolucionario de tendencia liberalita, nacionalista, patriótica, unitaria realizando en cierto modo las aspiraciones nacidas con la conjunción precedente. Durante la Conjunción de 1882 vemos formarse en pocos años (1880-1883) las agrupaciones políticas socialistas de Europa; es el nacimiento de los partidos marxistas en Rusia, en Francia, en Inglaterra. Con la siguiente conjunción, de 1917, uno de estos países es ganado al comunismo: Rusia. Finalmente, en 1952-1953, otra conjunción: la muerte de Stalin inaugura un nuevo ciclo para el comunismo ruso y mundial...

Aún podemos considerar las diferentes fases de cada ciclo para seguir el movimiento que se efectúa de una etapa a la siguiente. Tomemos, por ejemplo, el ciclo 1917- 1953:

Bajo la conjunción de 1917 estalla la Revolución rusa, seguida de la toma del poder por los soviets. Al llegar el sístilo de 1922-23, el país surge del caos y se organiza la U.R.S.S.; además hace su entrada en los medios diplomáticos europeos. Bajo la cuadratura de 1926-1927 surge el conflicto Trotzky-Stalin; se instala la dictadura estaliniana; puede considerársela como -una desviación de la corriente política precedente. Con el trigono de 1929-1930 los grandes trabajos del plan quinquenal provocan un nuevo' comienzo económico, industrial y agrícola. Bajo la oposición de 1936-1937 se produce la serie negra del comunismo: depuración de los procesos de Moscú, la fracción retiniana que había tomado el poder bajo la conjunción inicial es diezmada; Revolución española que expulsa al comunismo de España; pacto Anti-Komintern.

En el trigono involutivo de 1941-1942 los soviets resisten victoriosamente la invasión nazi y realizan un acuerdo substancial con las democracias. Bajo la cuadratura de 1944-1945 se produce la ruptura del acuerdo con las democracias, así como el jaque a los movimientos comunistas en Grecia, Bélgica e Italia. En el sístilo de 1947 se restablece la economía soviética, tras haber remontado la crisis de la guerra. Con la conjunción de 1952-53 muere Stalin y la U.R.S.S. se halla en plena metamorfosis: emprende un nuevo ciclo que la lleva al cambio capital de 1989.



También se puede mostrar rápidamente cómo ha evolucionado la Europa de Versalles desde la conjunción Júpiter-Saturno de 1921 hasta la de 1940. Bajo la conjunción de 1921, Europa edifica en Versalles su nuevo estatuto bajo la égida franco-inglesa. Al llegar el sístilo de 1925, se halla en pleno camino de restauración; es entonces cuando la colaboración franco-inglesa es efectiva: Locarno y el plan Wages. Con la cuadratura de 1926-1927, el localismo fracasa y Alemania entra en Ginebra, colocándose con un pie de igualdad con sus vencedores. 1927-1928, bajo el 'trígono, marca una recuperación: tiene lugar en París el pacto Briand-Kellog, una nueva era de colaboración, de paz, de confianza... Pero no se prevé la oposición Júpiter-Saturno de 1930-1931, que abre una era opuesta: es el giro que señala la evacuación de Renania, el plan Young, la moratoria Hoover; Alemania suspende sus pagos y se libra del tratado. Así como la conjunción inicial fijaba la suerte de un país vencido, en la oposición éste se libra de toda traba. Un poco más tarde hará su aparición Hitler, y cuando se le vea realizar su revolución se asistirá a la formación de una coalición europea contra Alemania: Conferencia de Estresa y organización defensiva alrededor de Francia, pacto franco-soviético, acuerdos de Roma. Nos hallamos a la sazón en los días del trígono involutivo de 1934. Pero bajo la cuadratura siguiente (1935-36) se trastornan estos planes; es la ruptura del frente de Estresa por la guerra ítalo etíope, que provoca una inversión

diplomática y la constitución del Eje Roma-Berlín. Durante este tercer *cuarto* del ciclo, los papeles se han invertido.: en el duelo franco-alemán, domina Alemania. El sístilo de 1938 sólo marca una tregua: aproximación franco-inglesa, acuerdo de Múnich; mientras que en la conjunción terminal de 1940 Europa pasa a manos del Eje: a la Europa de Versalles ha sucedido el «Nuevo Orden Europeo».

Podríamos hablar, naturalmente, de la superposición de estos ciclos menores sobre el gran ciclo Urano-Neptuno que comenzó en 1821 y que, con toda evidencia, corresponde a la «sociedad capitalista» que a la sazón acababa de entrar en su invierno. Así situaríamos mucho mejor la perspectiva de cada ciclo y la evolución de nuestra sociedad hasta la conjunción final de 1922, y sobre todo hasta la triple conjunción Saturno-Urano-Neptuno de 1988-1989, que señala, según nosotros, el final del capitalismo y el comienzo de una nueva era. Pero esto nos llevaría muy lejos y no es ocasión de hacer profecías. Podríamos también hablar de los pequeños ciclos que localizan en fechas bastantes precisas los sucesos importantes, y especialmente los aspectos Sol-Júpiter-Venus, que se encuentran generalmente con ocasión de las firmas de armisticios, convenios o acuerdos diplomáticos; pero no es nuestra finalidad exponer toda la astro-mundial, sino solamente explicarla.

Por lo demás deberíamos extendernos mucho para desbrozar su aspecto completo. Aparte del estudio de las configuraciones celestes análogas a las que acabamos de explicar, se acepta generalmente que hay que proceder a la interpretación de otras innumerables cartas del cielo: temas de años astronómicos, de estaciones, de lunaciones, de eclipses; temas de los gobiernos, de los regímenes, de los Estados, de las firmas de armisticios, de las declaraciones de guerras; temas de los jefes de Estado, de los militares, de los ministros, etc. Basta decir cuán vasto es este dominio para comprender cuán delicada, si no escabrosa, es la previsión mundial, si uno no se contenta con visiones generales y más o menos abstractas.

Aquí, tanto por lo menos como en astrología individual, la *cantidad* de los factores a considerar, a recortar los unos por los otros, a descomponer y a recomponer, plantea un magno problema. Las ciencias positivas aíslan, dentro de la tupida trama de los fenómenos físicos, cierto número de «variables», los volúmenes, las presiones, las temperaturas; prescinden de muchos otros que, desde un punto de vista inmediatamente utilitario, tienen repercusiones en efecto descuidables, lo que no significa que no tengan una importancia teórica primordial. La astrología se halla ante un problema de selección y de jerarquización análogo, si bien mucho más complejo a causa de la subjetividad relativa de la interpretación.

ALGUNOS OTROS DOMINIOS.

Se han tanteando algunas incursiones en otros dominios. La más feliz ha resultado ser la aplicación hecha por el astrólogo belga G. L. Brady a la coyuntura bursátil y a las fluctuaciones de los valores económicos, basándose sobre los ciclos y sobre ciertos temas de valores cuyo «nacimiento» exacto se señala: Unirte Status Stela Corporación, Brasilina Tracción... Señalemos igualmente aplicaciones a la meteorología, a las carreras de caballos... Algunos han deseado saber si los «objetos inanimados no tenían un alma, si los navíos, desde su bautizo, no tenían un «destino» trazado de mar a cielo. Existe incluso una astrología llamada «horaria», que erige el tema del momento en que cierta empresa se decide; se dice que algunos toman la cosa muy en serio. Aún es imposible, en la hora actual trazar las fronteras donde la verdadera astrología cae en la superstición.

CAPITULO VII

LAS OBJECIONES

No negar nada *a priori*,
No afirmar nada sin pruebas.

Bacón, el «padre de la ciencia experimental», escribió un día a uno de sus amigos: «Espero que habréis hecho justicia de las pamplinas de ese italiano.» El italiano en cuestión no era otro que Galileo, y sus «pamplinas» se referían a la rotación de la Tierra. Harían falta gruesos volúmenes para coleccionar parecidos errores científicos, y ya es trivial hablar de ellos; es sabido, por ejemplo, que a menudo es más difícil hacer reconocer una verdad que descubrirla. Estas reflexiones han inspirado la pluma de Eugenio Nús en su dedicatoria de las *Cosas del otro mundo*: «A los manes de los sabios diplomados, aplaudidos, condecorados y enterrados, que han rechazado...»

Es bien evidente que demasiados sabios oficiales no son otra cosa que funcionarios bien instalados en las pantuflas del academismo, del conformismo intelectual. Gustan de lo familiar, de lo conocido, las aceras del jardín oficial; les detiene el riesgo de hacer el ridículo, como si fuera más importante no hacer el ridículo que avanzar. Para tales personas, la astrología no merece que nadie se ocupe de ella ni que se discuta. Existen todavía en pleno siglo XX, y existirán siempre, prejuicios que paralizan el impulso del pensamiento. Algunos universitarios se nos han manifestado con este lenguaje: «Sí, si así es la astrología y si vos afirmáis vuestros resultados estadísticos, no hay duda de que es absolutamente preciso reconsiderarla lo antes posible. Pero yo os ruego que no hagáis uso de mi opinión en parte alguna.» Los comprendemos.

El anatema que sufre la astrología es casi inconcebible. M. Paul Códéc ha invocado acertadamente, para defenderle, el principio de autoridad: «No existe en nuestros días, en toda la tierra, un *solo* astrónomo, grande o pequeño, que crea en la astrología.» (1).

Bastaría que un solo astrónomo levantara el dedo meñique en favor de la astrología para que inmediatamente fuera visto con malos ojos! ¿Exageramos? La «Sociedad Astronómica de Francia» ha tachado del catálogo de su biblioteca todas las obras de astrología, temerosa sin duda de que «contaminaran» los espíritus débiles. En un colmo de prudencia, ha llegado incluso a suprimir un libro crítico del sabio folklorista P. Saintyves sobre «la astrología popular estudiada especialmente en las doctrinas y tradiciones relativas a la influencia de la Luna» (2). Con todo podemos afirmar que estos últimos años existía todavía en el Observatorio de París un astrónomo-astrólogo, pero se guardaba muy bien de pregonarlo. Cuando el congreso de Bonn, con 1949, una de las más importantes sociedades astronómicas del mundo, la *Astronomische Gesellschaft*, declaró solemnemente: «En nuestros días, lo que se llama *Astrología*, *Cosmobiología*, etc., no es otra cosa que una mezcla de superstición, charlatanismo y comercio» (3).

(1) *L'Astrologie*, Pag. 52.

(2) Ed. Emile Nourrie. Paris, 1937.

(3) *L'Astrologie*, P. Couderc. Pag. 53. Hay que hacer notar sin embargo, que la revista *Cosmobiologie* del Dr. Maure, en la que colaboran diversos astrólogos, contaba en su dirección científica con más de una treintena de universitarios conocidos; por otra parte, el Primer Congreso Internacional de Cosmobiología del centro universitario de Niza (2-7 de junio de 1938), tuvo lugar bajo la presidencia de honor de Henri Deslandres, director del Observatorio de Meucón, A. Lamire y d'Arsonval.

Bajo este clima transcurre la polémica acerca de la astrología: los «contrarios» muestran tanta hostilidad sorda, hasta rencor partidista, que los «partidarios» parecen fanáticos sentimentales. En una tal atmósfera de pasión es difícil formarse una opinión objetiva, lo cual

es una razón más para dejar finalmente a los números la conclusión definitiva, como haremos más adelante. Entre tanto los adversarios procuran discurrir y aniquilar el «prejuicio» o el «delirio» astrológicos por la sola virtud del argumento racional. el procedimiento que siguen es generalmente bastante simple: presentar la astrología bajo el aspecto más desfavorable, si bien generalmente no se trata más que el proceso de su caricatura. El giro es débil; exactamente como si un fanfarrón de la medicina, apenas instruido en la terapéutica moderna, no le dejara, para defenderse, más que la lanceta y la jeringa de Diazoarar. Por lo demás, si el conocimiento astrológico progresa, la crítica en cambio queda estacionaria, y responder a un crítico es responder a todos. Puesto que a pesar de todo es preciso que nos enfrentemos con sus ataques, y al mismo tiempo enderecemos algunas perspectivas, escogeremos como «blanco» el pequeño libro de M. Paul Códéc, codirector del Observatorio de París: *La Astrología* (1). Es éste un «digesto» en su género, y al responder a él responderemos a los críticos de todos los tiempos: Sexto, Empírico, Carnéales, Cición, Pico de la Mirándola, Voltaire, el abate Bóreas, Marcel Bol, Sylvia Arden, François Le Lionas...

Tales críticas pueden dividirse en dos grupos, puesto que se sitúan en dos terrenos diferentes: el del cielo y el del hombre, el que interesa al astrónomo y el que nace del biólogo, del psicólogo.

En el primer punto a estudiar es el saber si la astronomía ofrece argumentos válidos contra la astrología, si puede «tolerar» o no a la «hermana loca»; y el segundo, si la psicología sobre la que se edifica la astrología es conforme o no a lo que se sabe ahora sobre la naturaleza humana

LA ASTROLOGIA Y EL CIELO

EL HOMBRE, OMBLIGO DEL MUNDO.

Los escasos astrólogos honestos que aún quedan en nuestros días han conservado el antropomorfismo, que consiste en fundar las predicciones en las *apariencias*: sobre las que presenta el sistema solar, cuando se le examina desde la posición, continuamente cambiante, que la tierra ocupa en un instante dado.... «La astrología UEFA a su fin — históricamente hablando — cuando son aceptadas las teorías de Copérnico» (2).

Ya hemos visto que este argumento superficial es el que sirvió para condenar la astrología en tiempos de Calvert. Ya lo hemos discutido y rechazado. Si habitásemos Venus, utilizaríamos un sistema «afroditocéntrico»; es evidente que set el cielo tiene alguna influencia sobre el hombre, es por relación a éste y no al Sol que se ejerce esta influencia. El sistema astrológico es un sistema que solicita las configuraciones *antropocéntricas*, situando, no solamente la Tierra, sino por así decirlo la cuna natal de cada hombre en el centro de la carta del cielo.

(1) P.U.F., *Que sais-je?*, 1951

(2) Marcel Böll : *L'Occultisme devant la Science*, Pag. 35 P.U.F., 1951

Esta actitud responde a la psicología del individuo en su *egocentrismo* primario, tal como lo determina la naturaleza. Toda la constelación del sistema solar está focalizada en el hombre, que es como el ombligo del mundo. No olvidemos que las tendencias que la astrología detecta primeramente y del modo más sencillo y común, son las instintivas y afectivas, por lo tanto esencialmente subjetivas y, al nacer, egocéntricas. Esta psicología de la afectividad y del egocentrismo es bien conocida de los poetas: «Era mi vida muy pequeña, pero era una vida, es decir, el centro de las cosas, el medio del mundo.» (A. France.)

Es curioso comprobar que este argumento núm. 1, tan contundente- en tiempos de Descartes a despecho de las posiciones tomadas por Galileo y Héller, e incluso por Copérnico, a quien se refiere tan ligeramente, va camino de desaparecer. Tal vez sea esto una señal. En efecto, de mala gana declara M. Códéc: «La astrología lleva la huella de los siglos en que la Tierra era tenida por el centro del Universo, en que el hombre creía en unos astros creados según su intención y dispuestos para su uso, en que les tenía por dioses presidiendo su nacimiento y predispuestos a su destino» (1). Esta crítica es puramente de - principio, puesto que M. Códéc reconoce finalmente que la «carta del cielo» que se establece en el nacimiento de un individuo reposa sobre la realidad astronómica. La crítica comienza, pues, solamente a partir del momento en que -se trata de interpretar la carta del cielo. En efecto, nada más lógico que considerar astrológicamente cada ser, en su *ego*, como el centro del mundo: lo que importa es, pues, la configuración general que dibujan los astros alrededor de él.

LA PROYECCION DE LA PSIQUE EN EL FIRMAMENTO.

Un grave reproche alude a la designación, completamente arbitraria, de las constelaciones del cielo, que no obstante los astrólogos interpretan a partir de esta identidad.

Los antiguos han superpuesto, unas veces bien, otras, mal, pero más a menudo mal que bien, a las figuras geométricas formadas por las constelaciones, esquemas de animales familiares o fabulosos, de héroes o de símbolos mitológicos. Estas «alineaciones estelares», producto del azar, evocan raramente una imagen imperiosa. Una de las mejores asociaciones es la de Escorpión; confesad, no obstante, que el Escorpión comporta mucho de arbitrario. En general la correspondencia es de una gran pobreza: ved la Osa Mayor o Virgo. La interpretación que condujo a designar así tales constelaciones es francamente fantasiosa, tanto por los trazos que unen los puntos estelares dos a dos, como por los dibujos que engloban los contornos geométricos. A tal punto que «Virgo podría substituirse por una ballesta o por un despertador sin que el convencionalismo fuera mayor» (2).

Objeción grave al examen inmediato, pero que no resiste la crítica. En efecto, es grave si se supone que los antiguos quisieron realmente descifrar la bóveda celeste; pero el estudio de la psicología de los primitivos y de los niños hace suponer todo lo contrario, hasta el punto de que hay unanimidad casi absoluta entre los psicólogos en admitir hoy en día, con Otto Rank y el psicoanálisis, que los mitos no fueron «leídos» en el cielo para descender de ellos, sino que por el contrario fueron, en un movimiento inverso, «proyectados» al ciclo tras haber surgido del alma de los pueblos. Esta diferencia invierte la posición. Si los antiguos escogieron

(1) Obra cit., pág. 55.

(2) Obra cit., pág. 5

Virgo y no cualquier objeto heteróclito del orden considerado por M. Códéc, es porque tenían razones interiores que motivaban tal elección. Fundaron su elección inconscientemente en razón 'de datos humanos que no tienen nada de arbitrario. Según los astrólogos simbolistas y el mismo C. G. Jung, es de este modo que el universo humano está «inscrito» en el universo sideral, por «proyección» del alma al firmamento, pero

proyección que, como veremos, reposa sobre una realidad y un orden universales.

Gastón Bacelar se explica, por lo demás, bastante chistosamente sobre este asunto: «En este inmenso cuadro de una noche cerúlea, la fantasía matemática ha escrito planos. ¡Sus constelaciones son todas falsas, deliciosamente falsas! Ellas unen en una misma figura astros totalmente extraños. Entre puntos reales, entre estrellas aisladas como diamantes solitarios, el sueño constelarte traza líneas imaginarias. En un punteado reducido al mínimo, este gran maestro de pintura abstracta que es el ensueño ve todos los animales del zodiaco. *El homo favor* — carretero perezoso — pone en el cielo el carretón sin rueda; el trabajador soñando en sus cosechas eleva una simple espiga dorada. Por ello, ante tal exuberancia de las fuerzas de la imaginación proyectora, es divertida esta definición lógica de un diccionario: «Constelación: conjunto de cierto número de estrellas fijas al cual, para ayudar a la memoria, se le ha atribuido una figura, ya sea de un hombre, de un animal, de una planta, y dado un nombre para distinguirla de otros conjuntos de la misma especie.» (Bescherelle.) Dar nombre a las estrellas para «ayudar a la memoria», ¡qué desconocimiento de las fuerzas parlantes del ensueño! ¡Qué ignorancia de los principios de proyección imaginaria de la fantasía! *El zodiaco es el test de Rorschach de la humanidad niña*» (1)

Pero, de hecho, el mismo Héller no esperó a nadie para explicar este mecanismo de proyección afectiva, que se halla en la base de toda identificación celeste, presentando así genialmente un gran descubrimiento psicológico contemporáneo. En el cuarto libro de *Armonices Mundo* declara que la influencia astral tiene su origen en la preexistencia de una relación de armonía entre los fenómenos exteriores, la facultad psíquica que los percibe y el alma. Esta última reconocería las relaciones de armonía existente entre los objetos del mundo exterior por comparación con cierto tipo de armonía perfecta que reside dentro de ella.

De hecho, la astrología no hace prácticamente ningún uso de las constelaciones; ella sólo utiliza los signos zodiacales que podrían haber sido bautizados según su significación empíricamente comprobada; pero ésta persiste bastante poco probable.

EL RITMO INMUTABLE DEL ZODIACO.

Si se quiere ahora comprender la relación que existe entre los dos universos, sideral y humano, es esencial que consideremos la astrología bajo su verdadero aspecto: el conocimiento de los *ritmos humanos* en tanto que son también los de la naturaleza, observados por el campesino como por el biólogo.

La relación es objetiva en la medida en que está fijada en el zodiaco — y no en las constelaciones movibles — estando cada signo en relación con una fase típica del ciclo anual de la naturaleza.

(1) *El aire y Los ensueños*, p. 202 (ed. José Corti, 1043).

Así cuando el Sol pasa por el *signo* de Aries, cada año del 21 de marzo al 21 de abril, la naturaleza renace; es el comienzo de la primavera. Las yemas de los árboles estallan, los jóvenes brotes levantan la tierra y perforan sus envolturas. Por todas partes se ve el manar de las fuerzas naturales. La naturaleza, en su vegetación y su vida animal «brinca hacia

adelante» en una fase febril, jadeante, hirviente. ¿Podría personificarse mejor este signo zodiacal que por un «Aries», animal que con sus cuernos delante y sus cabezazos refleja típicamente la psicología de la naturaleza en esta época de marzo-abril: combatividad, impulsividad, agresividad, iniciativa, audacia, temeridad? Es sobre este terreno que se basa la relación.

Esto no impide en modo alguno a los astrónomos, desde hace varios siglos, acusar a los astrólogos de interpretar sobre datos falsos, bajo el pretexto de que las constelaciones no coinciden con los signos, a causa del movimiento de precesión de los equinoccios. Es sabido, en efecto, que las constelaciones se desplazan lentamente respecto a los signos, que quedan fijos. Tanto es así que ahora, por ejemplo, el signo de Aries engloba y contiene la constelación de Piscis. Así, anota M. Córdex, «el signo de Leo engloba ahora la constelación de Cáncer. Luego no es a la constelación de Leo a la que la astrología ulterior ha conservado los atributos de valentía, de fuerza, etc., sino al signo, es decir, a una extensión vacía de estrellas, a un rectángulo despojado de contenido. Un niño, nacido bajo el signo de Leo que contenía la constelación de Leo hace dos mil años, debía ser valiente. Concedámoslo. Pero en nuestros días, un niño nacido bajo el signo de Leo debe ser valiente, aunque en realidad sea Cáncer el que se erige: río se ve en modo alguno la relación. Las intenciones de los legisladores de la astrología han sido seguramente violadas: la tradición de la forma, de la letra del sistema, lo han arrancado de su fondo...» (1).

Cuando estos legisladores cuentan en sus filas con hombres como Tycho-Brahé y Héller y algunos otros conocidos? tiene uno derecho a pensar que han sido bien comprendidos: sus sucesores fueron, en efecto, buenos jueces, puesto que conocían el movimiento procesional por lo menos tanto como la astrología, y ya hubieran podido hacer en su época la corrección de que habla M. Córdex. Sin embargo, no la hicieron, como tampoco sus sucesores. Sólo se ocuparon siempre de los signos y no concedieron ninguna importancia a las constelaciones: sabían a qué atenerse. Este desplazamiento no impide, en efecto, que la primavera reaparezca cada año en la misma fecha del calendario, y es la psicología de la primavera, expresión natural de la del signo de Aries, la que nos interesa, y en modo alguno la constelación' de Aries, de la que nada hemos de hacer.

En fin de cuentas ¿qué pensaban de ello estos legisladores? El zodiaco babilonio, sobre el que se fundó la astrología, era un zodiaco fijo, tal como lo ha dejado bien establecido André Floripones (2). Esto no significa, precisa este autor que sus fundadores intentaran con ello señalar la prioridad del año sideral sobre el año trópico. Ignorando aún la precesión, confundían el uno con el otro. Pero, de hecho, su zodiaco estaba destinado a representar el año solar, en relación directa con la situación de los equinoccios 'y los solsticios, como seguimos haciéndolo hoy. Las constelaciones no eran probablemente otra cosa que testafierros, teniendo significación astrológica y astronómica *solamente los signos*.

(1) Obra cit., págs. 61-62.

(2) «Los orígenes caldeos del Zodiaco», en *Cielo et Terre*, de noviembre-diciembre de 1950.

Verdaderamente hay que confesar que con la precesión y las constelaciones se ha hecho decir a la astrología lo que *ella jamás ha dicho*. ¡Y este don quijotismo no ha cesado desde Voltaire!

LAS INFLUENCIAS ASTRALES.

Pero la pieza maestra de la crítica es la pretendida «influencia astral» invocada por algunos astrólogos.

Hemos visto que existe una influencia de los astros sobre la tierra; las acciones de gravitación y de irradiación del Sol y de la Luna forman parte de ella. Pero esta influencia sólo actúa en el plano terrestre y colectivo: las estaciones, las mareas, etc. También hay, según los sabios, *abuso* de determinismo, si se pretende extender esta influencia a todos los astros y si se admite una influencia particular y específica de cada uno de ellos para un determinado individuo. «Se trata de un burdo juego de manos: se produce en el deslizamiento de lo general a lo particular, en el abandono de las relaciones propias de la física del globo (globales como indica su nombre) por especificaciones que no se derivan en modo alguno de ellas, que á menudo son de una particularidad que deja estupefacto y que no han sido establecidas en ninguna época» (1). En cuanto a la influencia de los planetas, mejor no hablar. El abate Moréis resumió la cuestión declarando que «son con mucho demasiado pequeños y están demasiado distantes para ejercer el menor papel» (2). Marcel Bol cita las influencias solares y lunares conocidas y concluye doctoralmente: «No existen otras influencias» (3). P. Códéc examina la verdadera naturaleza de las radiaciones de los planetas (luz, radiación infrarroja, fotones) y su conclusión es igualmente negativa.

Estos señores están tan seguros de sí mismos que ni siquiera se toman la molestia de verificar sus afirmaciones. Todos estiman que *a priori* ninguno de los conocimientos actuales permite prever tal influencia. No se ve ni el porqué ni el cómo. No se puede imaginar en virtud de qué fenómeno físico conocido, un planeta cualquiera podría actuar sobre el hombre y se concluye rápidamente que no hay ninguna influencia, lo que es precisamente lo contrario del método científico en sí. Entre sus críticas, M. Códéc se ha dado perfectamente cuenta de que había excesiva prisa: también ha tenido la precaución de hacer hablar a estadísticas, dando así la impresión de no haber descuidado la experiencia pura. He aquí precisamente dónde le reprochamos de haberse dado por satisfecho demasiado pronto. Como a sabio, debió ser por lo menos tan exigente en sus pruebas *contra* que en sus pruebas a *favor*. Pues, como veremos más adelante, su incursión en el dominio de las estadísticas astrológicas carece de valor y es demasiado superficial. Puesto que, en efecto, si la sola y única manera de descubrir una «influencia» de los planetas sobre el individuo es proceder a efectuar estadísticas y comparar sus resultados según el cálculo de probabilidades, y si entonces son los hechos los que se tratan, mientras que todo lo demás es sólo paja, todavía hay que tomar a este respecto algunas precauciones de método. Más adelante juzgaremos las precauciones que tomó M. Códéc. Es demasiado fácil condenar un conocimiento bajo pretexto de que no hay nada actualmente que lo justifique, sin tomarse la molestia de verificarla; en esto hay una actitud ‘reaccionaria del espíritu que cierra la puerta al progreso. Esta ejecución de la astrología, basada en el aspecto actual de nuestros conocimientos es, por lo demás, muy temeraria si

(1) *Obra cit.*, pág. 58.

(2) *Les influencias Astrales* (ed. Dion, 1942).

(3) *L'Occultisme deviant la Science*, P. U. F., page. 39.

juzgamos por el extraordinario desarrollo de la ciencia en los últimos cincuenta años. Se comprende la reserva de Enrique Poicaré cuando, hablando de astrología, declaró: «Tal vez un día los astros nos enseñarán algo de la vida; esto parece un sueño insensato, y yo no veo cómo pueda realizarse; pero hace cien años, ¿no hubiera parecido un sueño igualmente insensato la química de los astros?» (1).

Dicho esto, M. Códéc está en su más estricto derecho de acusar de impostores a ciertos astrólogos — no son demasiado numerosos — que hablan de «corrientes magnéticas» de los

astros, o de «radiaciones» planetarias, otras veces de «influjos» astrales... Todo esto está indemostrado y es actualmente indemostrable. Pero los astrólogos serios han especificado siempre por «influencia astral» una influencia percibida de los astros, sin prejuzgar nada sobre su origen y su naturaleza. La superioridad de esta actitud se deduce simplemente del hecho de que las estadísticas *confirman* la existencia de esta «influencia». Lo demás, cada uno es libre de concebirlo a su manera: en todo caso los astrólogos simbolistas estiman que la hipótesis astrológica se sale completamente del concepto de influencia física de los astros, y la astrología no espera en modo alguno, para su consagración, el descubrimiento problemático de algún rayo emanado de una estrella lejana...

Kép!er definió magistralmente esta hipótesis, lo cual presupone, una vez más que él había meditado profundamente sobre el problema astrológico: «En el momento del nacimiento, el alma humana se funde (introduce) en una forma preestablecida, semejante a las figuras geométricas que en aquel mismo momento forman las radiaciones de los planetas en aquel mismo momento en relación con la tierra» (2).

Por otra parte, el mismo M. Couderc no es juguete del valor de su requisitoria, puesto que concluye: «De hecho ‘no existe ningún criterio inmediato e indiscutible, que muestre evidentemente el error astrológico....» (3). Entonces, ¿por qué tanto encarnizamiento y tan poco rigor?

LA ASTROLOGÍA Y EL HOMBRE

EL SIMBOLISMO

Ya sabemos que la astrología es un conocimiento simbólico, lo que la diferencia de las ciencias (exceptuado el psicoanálisis); en el tema todo se descifra en lenguaje simbólico. M. Códéc sólo consagra a este asunto media página, tratándolo muy a la ligera:

Tras haber avanzado que las cualidades atribuidas a los planetas no son otra cosa que los atributos de los dioses del panteón griego (sin preguntarse de dónde vienen éstos) y que recibieron su influencia de la significación concedida a estos nombres, que son como los de los personajes de los cuentos de hadas, concluye, en lógica consigo mismo.: «Este simbolismo se asemeja al de los naipes y tiene el mismo valor: se imprime un corazón sobre un pedazo de cartón y este cartón debe en lo sucesivo iluminarnos sobre el resultado de los asuntos del corazón» (4). Sigue un pequeño canto sobre el complejo astrología — bola de cristal — marco de café.

(1) *Valer de la .Sáciense* (ed. Flamearon), 1906.

(2) *Armonices Mundo*

(3) Obra cit., pág. 115.

(4) Obra cit., pág. 56.

Para la cuestión del simbolismo, hemos de remitir al lector al Capítulo III consagrado a la astrología simbolista y, en particular, a la parte relativa a los símbolos y analogías. Se encuentra precisamente que si la astrología descifra fácilmente las profundidades del hombre en alfabeto simbólico — esas profundadas nocturnas en que las tendencias son inconscientes — muchas disciplinas han reconocido el valor simbólico de estas mismas tendencias: el psicoanálisis, la antropología y la psicología infantil. Para éstas el simbolismo va ligado al

comportamiento psíquico de la vida tomada en su manantial, a la manera espontánea de obrar el ser humano abandonado a sí mismo. El descubrimiento de Freud de la importancia del simbolismo en la vida psíquica representa ciertamente una de las grandes revoluciones científicas de nuestro tiempo. «Críticos benevolentes nos aseguran — declara el psicoanalista Carlos Baudouin — que estarían dispuestos a aceptar nuestras tesis si renunciásemos a este maldito simbolismo. ¡ Como si esto fuera posible!. Olvidan que el simbolismo es la base de la astrología. Y es tan poco arbitrario que es trabajo de comprobación, yo diría casi que estadístico» (1). El símbolo se expresa directamente en el *homo favor* y en el animal, y esto, contrariamente a los axiomas forjados por el *homo sapiens*, al término de su meditación científica y racionalizante. La estilización de los signos zodiacales: una espiga para Virgo, una urna inclinada para Acuario, un dardo para Escorpión, se vuelve a encontrar en el comportamiento del animal, como lo muestran las experiencias hechas sobre los dones artísticos de los chimpancés: «Uno de los monos, queriendo reproducir el cuarto en que estaba encerrado, dibujó a grandes rasgos la nota dominante de la pieza, es decir, la ventana. Otro, queriendo simbolizar a su guardián, se limitó a trazar un ojo vigilante acoplado a un tronco sin importancia» (2). ¿Cómo explicar mejor que la habitación es ante todo la ventana por donde se puede saltar, y que el guardián es la mirada represora que impide huir? El símbolo es una acción virtual o un obstáculo a esta acción; lleva consigo ‘todo su sentido biológico y su dinamismo. El símbolo se expresa también directamente en el niño y a cada instante la imaginación infantil renueva los mitos ancestrales. Y cuando Carlos Baudouin pide a sus pacientes — después de asegurarse ante todo de que ignoran la significación recibida — que se abandonen a las asociaciones de ideas sobre el emblema chino *tai-ghi-tou*, todas las respuestas convergen hacia los mismos temas y las mismas reacciones, precisamente estos que los maestros del taoísmo han inscrito y resumido en el símbolo. El símbolo se descubre incluso en la psicología que pretende ser la más objetiva: la reflexología. Según ésta, un excitante condicionado en el hombre comunica su poder excitante a sus equivalentes simbólicos, particularmente verbales. A la inversa, si con la ayuda de un símbolo se establece un reflejo condicionado, la cosa simbolizada adquiere la misma eficiencia que aquél. En cuanto a las reacciones humanas, comportan una gran complejidad y variabilidad de respuestas que, como el excitante, pueden ser simbólicas y forman conjuntos organizados. Según sabios como C. G. Jung y Marcea Elide, el pensamiento simbólico es consubstancial al ser humano. El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad — los más profundos — que desafían todo otro medio de conocimiento. Las imágenes, los símbolos y los mitos no son creaciones irresponsables de la psique; responden a una necesidad y cumplen una misión: poner al desnudo las más secretas modalidades del ser. Se pueden «camuflar» mutilar, degradar, pero jamás se les extirpará; una mitología creciente sobrevive en el subconsciente del hombre moderno y no desaparecerá jamás de la actualidad psíquica; símbolos y mitos pueden cambiar de aspecto; su función resta la misma; sólo hay que levantar las nuevas mascararas.

(1) *Lame infantina et la psychanalyse* (ed. Delachaux y Nestlé), 1942.

(2) ‘Dr. Fernando Merry: *Bêtes et gens deviant glamour*, page. 95.

Son estos mitos y estos símbolos, ahora descubiertos y considerados como operantes en las profundidades del hombre, los que el astrólogo percibió inconscientemente y muy pronto. El mito de Cronos no es más, según algunos psicoanalistas, que el complejo de Edipo. Desde entonces bastará saber si el planeta está bien relacionado al mito, si es expresión de este mito, cosa que sólo la estadística podrá decirnos. Se verá en qué situación embarazosa quedará M. Códex y cómo ella nos obligará a dejar de lado la tierna y simplista concepción del

simbolismo astrológico que se forja este astrónomo entre las viejas lunas del racionalismo caducado del siglo XIX.

LOS ELEMENTOS

Prosigamos nuestra lectura: «En la época real del gran Tolomeo, su legislador, vemos cómo la astrología se identifica con las ilusiones y las teorías de aquella época, con una seudofísica pobre, con sus cuatro cualidades, sus cuatro elementos, sus cuatro humores. Para disimular esta pobreza, esta ausencia de base actualmente válida, nuestros astrólogos recurren a conceptos remozados...» (1).

Es ofensivo que nuestra crítica declare en muchos sitios que la tradición de la forma y de la letra del sistema lo han arrancado de su fondo; de hecho es el mismo crítico el que está sometido a la misma objeción. En efecto, para los antiguos las cuatro cualidades elementales no se alzan de la física que sería sin duda alguna desusada: son *Principios*, realidades fundamentales de la vida, irreemplazables y tan reales en el siglo XX que en el segundo. ¿Se puede indicar simplemente a M. Códéc, astrónomo y sin duda Licenciado en matemáticas, que si él hablase de este modo de Platón y de su concepción de las Esencias se haría recaer a su licencia de filosofía por sus colegas de la Sorbona?

Entra dentro de la lógica «globalita» de la astrología el considerar que el hombre es un producto de la naturaleza, de la misma esencia que ella y sometido a las mismas leyes. A los procesos naturales corresponden analógicamente procesos humanos,. Según esto es lógico que el hombre se halle determinado por las cuatro grandes fases de la vida terrestre: las cuatro estaciones del año, las cuatro semanas del mes lunar, los -cuatro períodos del día señalados por el paso del sol por los cuatro ángulos de nuestro suelo. Ya hemos tratado de esta cuestión en el capítulo de la astrología mundial y sabemos que a cada una de estas fases vitales corresponde un elemento. En el origen de la tipología astrológica se encuentra la antigua doctrina de la formación de todas las cosas por cuatro elementos, doctrina que vuelve a encontrarse en los grandes filósofos: Pitágoras, Empedeces, Platón, Aristóteles... Consiste en una determinación general de la esencia de las fuerzas de la naturaleza, produciendo ésta su obra de generación por medio de estos principios vitales.

Partiendo de la determinación de las cuatro fases de los ciclos de la vida terrestre, de las cuatro cualidades elementarias entrevistas mucho más intensamente por los antiguos, inconfortablemente instalados, que por nosotros, y de los cuatro elementos que se imponían con no menos evidencia, los astrólogos han fundado una clasificación natural de los temperamentos que conduce a la formación de cuatro grandes familias humanas. Este cuaternario temperamental ha mantenido, es lo menos que puede decirse, una carrera respetable. Fue adoptado por Hipócrates, quien se refirió a los principios de los elementos; fue recogido por Galeno, que estableció una teoría de los humores. Los psicólogos se han amparado en él y se ha conservado hasta nosotros. Mejor dicho, los principales especialistas en temperamentos han encontrado los mismos cuatro tipos fundamentales. Estos tipos genéricos han resurgido, en efecto, desde hace cincuenta años, de todos los horizontes científicos en relaciones diversas con la morfología, la fisiología, la biología y la embriología.

(1) Obra cit.. pág. 56.

	LINFATICO	SANGUINEO	BILIOSO	NERVIOSO
Sigue....	Digestivo	Respiratorio	Muscular	Cerebral
Pende...	Brevilineo asténico	Brevilineo asténico	Longuilineo asténico	Longuilineo asténico

Allende...	Atona-plástico	Toni-plástico	Toni-a plástico	Atoni-aplástico
Martiny...	Xenoblástico	Xenoblástico	Cordoblástico	Ectoblástico
Forman...	Dilatado	Dilatado hipé-	Retractado	Retractado en
	Redondo	excitable	frontal	base

Dicho esto, resulta evidente que en el punto de partida de la astrología no se encuentra una ciencia, puesto que en lugar de basar su tipología en datos empíricos concretos o en factores físicos estructurales, se basa sobre esquemas racionales, sobre principios o esencias... No obstante, puede convertirse en ciencia, si se puede hacer corresponder tal principio a tal dato morfológico, biotipológico, fisiológico o embriológico, si por ejemplo el Frío equivale a la astenia de Pende, a la atomicidad de Allende, a tal factor morfológico de Segad y Forman, a tal otro factor embriológico de Martini... y convenimos con Emmanuel Moner: «Que si un determinado tipo se distingue por - la rapidez de sus combustiones, esto, después de todo, no es más que otro modo de decir que está «dominado por el elemento fuego» (1).

Aún es más curioso ver cómo el psicólogo va a parar a la simbólica elemental a propósito de la imaginación creadora. En efecto, Gastón Bacelar ha podido separar cuatro grandes tipos de imaginación condicionados respectivamente por los cuatro elementos tradicionales. Tendríamos así cuatro grandes familias de poetas que se caracterizan por sus imágenes familiares: poetas del agua (Poe, Lamartine, Hugo), del aire (Shelley, Nietzsche), del fuego (Rimbaud, Claude, Flautera) y de la tierra (Vinyl, Mallarme....).

Se concibe, pues, que aquí también, como con el simbolismo, la ciencia esté en vías de rehabilitar el pensamiento astrológico. No le sepa mal a M. Códéc, lo Caliente es lo caliente, y no está a punto de desaparecer, ni en su principio ni en su realidad, aunque sus manifestaciones sean múltiples.

EL DETERMINISMO.

Todos los medios - son buenos para abatir la hidra astrológica: la hipótesis, el *a priori*, e incluso lo que la misma astrología refuta enérgicamente. M. Códéc considera que las previsiones astrológicas «implican la existencia de un *determinismo* a largo plazo que aparece como un singular extremismo, como una caricatura del determinismo científico». Sigue el ejemplo siguiente: «Un anciano de setenta y cinco años resbala sobre una piel de naranja y se mata. El acontecimiento y su causa han obedecido sin duda a las leyes de la mecánica. Pero ni el más convencido determinista pretenderá que la suela del viejo y la piel de naranja tenían ya inscritas su superposición mortal en los hechos de setenta y cinco años antes. Decimos que la desgracia ha sido debida al *azar*, porque una infinidad de acontecimientos *independientes* han contribuido a realizar las condiciones para el hecho en cuestión. Son tantas las circunstancias fortuitas que a cada segundo desvían nuestros gestos que la predicción del accidente, incluso un minuto antes, era imposible.» Y añade: «Aún es más notable, como hace el astrólogo, asociar a la gestación de este patinazo ciertos cuerpos celestes...» (2).

(1) *Traite du. Caracteres*, p. 126 (ed. du Seúl). 1946.

(2) Obra cit., pág. 64.

El «azar» a grandes dosis. No sabemos hasta dónde habrá llevado M. Códéc su meditación filosófica, pero podríamos por lo menos recordarle el análisis de Bergson sobre este mismo problema y sobre los elementos de ideología magosta contenidos según esta filosofía en esta aceptación simplista del azar. El azar es únicamente una palabra que encubre nuestra ignorancia.

Pues ¿qué son estas circunstancias fortuitas de que habla M. Códéc, sino las circunstancias que ignoramos? ¿No fue Llapase quien dijo que si conociéramos en un instante dado todas las características matemáticas del movimiento universal podríamos deducir a perpetuidad la marcha de todo este mismo universo? Y sin duda M. Códéc se vería muy embarazado si le preguntásemos, en nombre de esta misma ciencia de la que se hace apóstol, una definición precisa de lo que entiende por «acontecimientos independientes». Es este punto, en que le hemos encontrado en flagrante delito de ligereza anticientífica no soltaremos fácilmente a nuestro hombre: ¿Dónde, pues, reside esta independencia? ¿Cómo se la puede comprobar? Desde el tiempo de Descartes y aún casi tres siglos después, se ha creído poder edificar una física con fundamentos racionales incontestables afirmando que los patrones de medida de las longitudes, del tiempo y de las masas eran independientes. Vino Einstein y ha invertido esta afirmación ingenua. ¿Es M. Códéc en este punto cartesiano o einsteniano? ¿O bien es cartesiano cuando se dirige al gran público, como en su libelo, y einsteniano cuando se reserva para sus areópagos? ¿Cree que el gran público ha de engullírsela todo? En verdad hará mucha falta que nuestros sabios acepten el reconocer que esta «independencia» de los fenómenos son ellos quienes la fabrican gracias a los instrumentos de medida macroscópica, que seleccionan unos factores y rechazan otros, y que en definitiva no es más que una ciencia simplificada con fin utilitario. Evidentemente no somos contrarios en absoluto a esta ciencia. Lo que prohibimos es que se pretenda que posee fundamentos absolutos, que integra la realidad global, que no le escapa nada. Es utilitaria al mismo título que lo es nuestra astrología cuando se contenta con ciertos aspectos y no con todos, pues si quisiera considerarlos todos se perdería en ellos, como se perdería la misma ciencia si intentara pasar de golpe de un espacio euclidiano, que sólo comporta un pequeño número de «dimensiones» homogéneas, a un espacio riemanniano, que comporta una infinidad de heterogéneas. No está en poder del hombre, salvo en lo inefable, el captar de un golpe el infinito. Para tirar un cañonazo, el astillero y el balístico únicamente tienen en cuenta los factores más importantes y los más fácilmente medibles, descuidando gran número de otros factores: de aquí las diferencias comprobadas, la horquilla de dispersión de los tiros que revela la estadística. Pero decir que el cañonazo es independiente de ciertos factores cósmicos e inapreciables es cosa de la ciencia utilitaria y relativa, no de la ciencia absoluta. Entonces, ¿por qué M. Códéc condena la astrología, que al menos, tiene la honradez de reconocer esta relatividad, de explorar ella también su campo utilitario? Por el contrario, él debería, a falta de otros ejemplos, inspirarse en esta humildad de la astrología para humillar un poco su ciencia e imitar a ciertos sabios que, desde medio siglo, exactamente desde que con Gilbert estalló la crisis de la objetividad de las matemáticas, evitan profesar certidumbres y lanzar anatemas, acerca de estos problemas capitales.

Además, y para ceñirnos al campo de la astrología utilitaria, que es el de este pequeño libro, quisiéramos saber en qué obra doctrinal de Tolomeo, Juncina, Héller, Morín, etc., ha leído M. Códéc que la astrología permite prever que cierta persona morirá tal día a tal hora al resbalar sobre una piel de naranja o de plátano. ¿Y por qué no en tal minuto, en tal paraje de tal calle, con tal marca de calzados?... Todo lo que pretende aquí la astrología sanamente concebida es situar las etapas críticas de la existencia (con una extensión de varios meses la mayoría de las veces), sin saber con certeza cuál debe ser la fatal para el sujeto; tampoco permite saber cuál será la clase de muerte; todo lo más puede dar, en ciertos casos, algunas indicaciones simbólicas sobre este asunto. ¡Qué inmensa distancia entre la astrología vista por M. Códéc y la astrología a secas!

Por lo demás M. Códéc parece tener del determinismo psicológico una concepción que nos parece simplista y muy discutible, si pensamos que el - psicoanálisis condujo al descubrimiento de un determinismo riguroso en los fenómenos psíquicos. Según él, los actos considerados más automáticos, como errores, lapsus, olvidos, actos fallidos, estas ma-

nifestaciones «accidentales» del psiquismo, nacen de voliciones inconscientes, y el alma, como todas las energías de la naturaleza, está sujeta al determinismo de leyes universales. El azar que hace que el viejo resbale sobre la piel de naranja, es pues sólo «azar» en la visión ingenua. Los sucesos de la vida pueden concebirse de un modo orgánico, en una simbiosis del sujeto y del objeto, del mundo interior y del mundo exterior. Un hombre masoquista, por ejemplo, encontrará necesariamente a la mujer sádica destinada a hacerla sufrir. Esta concepción psicoanalista del determinismo va al encuentro, tres siglos después, de la que formuló Morín en su práctica astrológica, cuando, realzando la concordancia recíproca de dos temas en vista a un mismo efecto a producir, concluía: «Los nacimientos y los acontecimientos de la vida de los hombres están encadenados por la Providencia en vista a un concurso necesario para la realización común de los destinos, de tal modo que aquel que por su nacimiento está destinado, por ejemplo, a morir asesinado, no dejará de encontrar a su asesino, y que el que deba ser desgraciado en el matrimonio encuentre siempre la mujer adecuada para que así sea» (1). La mejor exposición de la teoría del determinismo astrológico puede encontrarse en la obra del profesor Atiene Sauria, a propósito de la dramaturgia: *Les Dux cent milla situaciones dramaticas* (2).

NACIMIENTO Y CONCEPCION.

«Si solicitamos la ayuda de los biólogos, a propósito del horóscopo del nacimiento, os dirán que en el instante que ve la luz el niño, el huevo y el feto ya tienen trescientos días de existencia, llevando en ellos la doble herencia, con sus taras, sus cualidades y sus defectos, y alimentando ya el desarrollo propio del individuo en el seno de un medio más o menos propicio...» «Por lo demás, ¿por qué no poner en competencia, por ejemplo, el instante en que el niño sale por primera vez al aire libre, o el de su bautizo, o el de su primera comunión?» (3).

Este último punto no requiere comentarios, pero la primera objeción es seria. Es un hecho que el «tema de la concepción» sería *a priori* más indicado que el tema del nacimiento, cosa que ha preocupado siempre y sigue preocupando a los astrólogos. Pero la - salida del niño del seno materno no es en modo alguno un acontecimiento biológico de poca importancia, minimizado aquí por las necesidades del asunto. Es nada menos que el momento en que el ser adquiere su autonomía biológica, en que se convierte en «individuo». Su «venida al mundo» le introduce en el universo natural, familiar, cósmico, y lo inserta en él de un modo que le señala para siempre.

(1) *Le theorie des Determinatifs astrologiques de Morin de Villfranche*, trad. H. Selva. p. 137 (ed. Rucien Bondi). 1902.

(2) Ed. Flamearon, 1946.

(3) Obra cit., pág. 66.

Es posible que el tema de la concepción proporcione indicaciones astrológicas, como lo hace pensar la biología, pero ¿cómo saber en qué momento ha sido concebido el individuo? Puede decirse que no se sabe nunca, incluso cuando se conoce el acto procreador. Por el contrario, el momento del nacimiento — o de un modo más preciso, aquel - en que el nuevo ser emite su primer grito, que es su primera manifestación como individuo al mismo tiempo que la expresión del cheque que le da autonomía — este momento puede ser cronometrado.

M. Códex plantea todo-lo más una objeción de principio. La astrología le responde por el argumento de los hechos: el tema del nacimiento está sólidamente fundado, estadística e individualmente. Se lo probaremos sin dificultad.

Y si está fundado, debe expresar la línea tomada por el individuo desde su concepción. ¿Cómo concebir semejante cosa? Se pueden admitir varias hipótesis. La mayoría de los astrólogos admiten que el niño -no viene al mundo en un momento cualquiera. Como un fruto que se desprende del árbol, sale del seno materno bajo una figura celeste que responde a su constitución primera elaborada durante el embarazo. Hay en esto ciertamente un misterio, pero preferimos una hipótesis respecto a un hecho, a una posición que no se basa en nada, y la biología, llamada en ayuda, no podría oponer válidamente un mentís teórico a la realidad del hecho.

LOS NACIMIENTOS PROVOCADOS.

«Cada día es más frecuente que el médico provoque el parto en una fecha a menudo muy distinta del término natural. Así cambiaría, con el tema astral, el destino del individuo, cuya vida entera sería artificial... Es divertido ver cómo chapotean los astrólogos para responder a estas dificultades» (1).

Encontramos aquí más aún una objeción de principio, que en modo alguno podría debilitar el *hecho* astrológico. Ante - tales críticas uno no puede evitar el pensar en Pasteur diciendo de los miembros de una honorable sociedad científica: «Yo les presento los hechos, ellos me responden con discursos.» Dicho esto, no es menos cierto que la cuestión de los nacimientos provocados preocupa a los astrólogos, quienes esperan a tener suficiente número de-observaciones para emitir una opinión sobre este punto basada en los hechos. Claro está que esto sin perjuicio de la. respuesta de principio, siempre posible: la intervención del médico está también determinada, va comprendida en el conjunto de los determinismos. ¿Por qué atribuirle un carácter accidental? ¡En una concepción determinista. coherente, lo artificial es también natural!

LOS GEMELOS.

«Si la astrología fuera cierta, los gemelos deberían tener el mismo destino, y especialmente los gemelos verdaderos, cuyo caudal hereditario es idéntico. Desde la Antigüedad la desemejanza de sus destinos ha parecido fatal a la astrología... En las maternidades de las grandes ciudades de nuestros días, nacen a la misma hora niños cuya patria, raza y medio son diferentes. El hijo del paria nace en la vecindad de un heredero del nabab. ¿Quién osa pretender que el cielo les ha dado iguales suertes?» (2).

Decididamente, no se nos ahorra ninguna trivialidad,, y vuelve a presentarse ante nuestros ojos la misma caricatura. ¿Qué autor clásico ha pretendido que los gemelos debían tener el *mismo* destino? ¿Se deduce del principio mismo esta identidad? La verdad es que ya Tolomeo declara en la primera sentencia de su «Centiloquio» que «el hombre reacciona de un modo diferente a las mismas configuraciones según que sea príncipe o pastor».

(1) Obra cit., pág. 67

(2) Obra cit., pág. 67

Y a propósito de los nacimientos simultáneos no se ha cesado de citar el caso del rey Jorge III de Inglaterra y de Samuel Hamings, tratante en hierro, nacidos el 4 de junio de 1738 a la misma hora, que tuvieron fases concordantes de destino: se casaron el mismo día, *recibieron al mismo tiempo*, el uno el trono, el otro la tienda de su padre, y murieron el mismo día de 29 de enero de 1820.

Para los gemelos, incluso procedentes de un medio común, no se ha tratado jamás de cuestión de identidad, sino solamente de analogías de destino. Por otra parte, es raro que los gemelos no nazcan por lo menos con una diferencia de diez a quince minutos, lo que modifica la orientación del cielo; la figura del tema ya es diferente en muchos casos.

¿Qué psicólogo puede detenerse un solo instante en el plato, decididamente demasiado recalentado, de nuestros críticos que exigen, en presencia de dos cielos semejantes, dos destinos idénticos? Razonablemente no se pueden buscar más que analogías, sobre todo allí donde los niveles culturales y las condiciones sociales o aún más raciales, son diferentes.

Con todo, estas analogías se observan con frecuencia, incluso en la vida de gemelos nacidos con una diferencia de hora apreciable: unos se dedican a la misma profesión, otros permanecen célibes o se divorcian varias veces; mujeres que traen al mundo niños al mismo tiempo..... Pero siempre se puede invocar la herencia y la influencia del medio; es por esto que hace falta finalmente estudiar los «gemelos ante los astros», es decir, personas extrañas, pero nacidas a la misma hora y en la misma comarca.

¿Cómo explicar las «extrañas coincidencias» que se producen en este terreno más a menudo de lo que se cree? Se trata de fenómenos curiosos que merecen atención.

En política existen casos sorprendentes. Herman Boeing y Alfred Rosen erg nacieron el 12 de enero de 1893, en dos comarcas opuestas de Alemania. Si bien de naturalezas distintas, los dos hombres se encontraron en el seno de un partido de pocos miembros; con el advenimiento de este partido al poder, el primero se convierte en mariscal y ministro de Defensa del tercer Erich; el segundo, ministro de Educación. ¡Los dos se vuelven a encontrar en el proceso de Núremberg y son ahorcados el 16 de octubre de 1946!

Los dos hombres políticos situados a la cabeza de las dos Alemanas actuales ¡nacieron con dos días de intervalo! El canciller de la Alemania occidental, Konrad Adenauer, nació en Colonia el 5 de enero de 1876, a las 10'30 horas, y el presidente de la Alemania oriental, Wilhelm Pack nació en Giben el 3 de enero de 1876, a las 8 horas. ¡Los dos cayeron en 1933 con el advenimiento de Hitler y se elevaron en 1948 para alcanzar el puesto supremo del Estado en su país, a un lado y otro del «telón de acero»!

Había en el Gobierno de Vichy dos ministros «gemelos»: -Pierre Puche, nacido en Beaumont-sur-Oise el 27 de junio de 1899, ministro del Interior, y Paul Marion, nacido en Asieres el 27 de junio de 1899, secretario general de Información y Propaganda.

El 15 de noviembre de 1891 nacerían tres celebridades políticas, de las que dos son militares: el- mariscal Rommel, W A. Arriman y el general Oliva-Roge.

Tres diputados M. R. P. de la actual Asamblea Nacional Francesa nacieron con cinco días de diferencia: Lionel de Tinguet du Pauté (6 de abril de 1911), Paul Coste-Floret (9 de abril de 1911) y Maurice Schumann (10 de abril de 1911). Asimismo solamente algunos días separan las fechas de nacimiento- de Hitler (-20 de abril de 1889), Salazar (28 de abril de 1889) y P.-E. Blandin (12 de abril de 1889). Hemos descubierto más de ocho parejas de «gemelos ante los astros» en las Cámaras francesas entre los años 1924 y 1932.

En la vida cultural se encuentran también ejemplos bastante curiosos. De los más grandes artistas del siglo xix tienen dos días de diferencia. Claudio Monte, el maestro, con Maneta, de la pintura impresionista, nació en París el 14 de noviembre de 1840; y Agustín Rodón, el gran escultor moderno, nació en París el 12 de noviembre de 1840, a mediodía. Dos temperamentos artísticos potentes, instintivos, fecundos, apasionados, dotados de envergadura y de autoridad. La Rochefoucauld nació el 15 de septiembre de 1613, a las 14,30 horas, en París (según sus obras), y el cardenal de Ritz, el 19 de septiembre de 1613, a las 14 horas y algunos minutos, en Montmirail-en-Brie (según Boquilla, amigo de la familia). Cuatro días separan sus nacimientos, que tuvieron lugar hacia la misma hora, presentando sus respectivos temas mucha semejanza. De hecho, los dos escritores tuvieron muchos puntos comunes: ambos fueron ambiciosos, dotados de una gran avidez de poder social; emprenden

el camino de la aventura, de la intriga, de la conspiración y chocan con Rochelee y Nacarino. Desempeñan un papel análogo en la Fronda (1) y terminan fracasando y siendo vencidos. Ambos son mujeriegos. Van a la cárcel. Enferman de la vista, el uno de miopía, el otro de accidente. Se retiran después de su caída y se dedican a escribir, el uno sus *Máximos* (psicología del egoísmo), el otro sus *Memorias* (egocentrismo). Por fin, mueren a poca distancia, ambos a los 66 años de edad.

Se encuentran casos no menos inquietantes en el mundo de los deportes. Dos campeones de los 400 metros nacieron el mismo día: Georges Eloy nació en París el 13 de mayo de 1930; fue campeón de Francia de los 400 metros con vallas en 1949, 1950, 1951, y campeón del mundo universitario en 1949. Yves Camus nació en Nantes el 13 de mayo de 1930; llegó a campeón de Francia de los 400 metros en 1952.

Dos célebres jugadores de rugby nacieron con una hora de diferencia! Gabriel Berthomieu nació el 15 de febrero de 1924, a las 4 horas, en Granule (Tarn), y Jean Las segué, el 15 de febrero de 1924, a las 5 horas, en Reames (Alto Garona). Fueron, el uno nueve veces y el otro catorce, internacionales de rugby.

Tres estrellas del ciclismo se tocan muy de cerca. Paul Choque nació el 14 de julio de 1910, a las 22'30 horas en Meucón; León Levéis, el 12 de julio de 1910, a las 6 horas en París. Choque y Leve tuvieron destinos parecidos. El año 1936 les dio la fama; el primero venció en la carrera París-Burdeos, y el segundo ganó dos etapas de montaña en la Vuelta a Francia. Terminaron su carrera como corredores tras moto. Choque se mató en septiembre de 1949, en el Parque de los Príncipes, de una fractura de cráneo, y Leve se mató en marzo de 1949 ¡de la misma manera y sobre la misma pista!

Fácilmente podríamos alargar la lista (2), aunque en vano, ya que estas concordancias no constituyen en modo alguno una prueba científica de la astrología. Hemos querido únicamente responder a una crítica frívola partidista y basada en las apariencias. Estas, en realidad, no están a favor ni en contra de la astrología. Solamente tras haber vaciado un gran número de archivadores del Registro civil y juzgado de los casos en conjunto será posible opinar autorizadamente sobre esta cuestión. Según nuestra posición, las coincidencias de este tipo deberían ser sensiblemente más frecuentes entre los «gemelos ante los astros» que entre personas nacidas en fechas distintas, aunque no son necesarias, puesto que la analogía no equivale a la identidad. Pero el problema astrológico dará ciertamente un gran paso el día en que se efectúen las estadísticas en cuestión.

LAS PREVISIONES.

Los adversarios no se privan de invocar los fallos de las previsiones, y así nuestro crítico expresa: «Es notable que la astrología haya perdurado a través de los siglos a pesar de la habitual falsedad de sus predicciones.» Concluye que la sed de conocer el porvenir es más

(1) La Fronda era el nombre de un bando político francés enemigo de Nacarino. (N. del T.)

(2) Los lectores interesados encontrarán ejemplos «curiosos», en el *Traite d'Astro-Biologie*, de K. E. Kaffa; depósito. Libre. Legrando. 93. Boqui. S. Germán, París.

fuerte que cualquier otra cosa, y es por esto que una sola predicción exacta hace más efecto que mil errores: se olvidan los fallos y el éxito único asombra. Puesto que, añade, «por poco fundas das que sean, sucede que a veces se cumplen predicciones, sobre todo si su expresión es vaga. Es cuestión de probabilidad. Voltaire ya dijo magníficamente: «¡Ningún astrólogo podría tener el privilegio de equivocarse siempre! » (1).

Sin embargo, no es difícil dar ejemplos de previsiones. cumplidas, que dependían del solo ejercicio astrológico.

En «L'Avenir du Monde» de octubre de 1938, Armando Baralt interpretó el tema de Hitler y sólo fijó un vencimiento: «El verdadero peligro para el nativo se sitúa entre el 9 y el 11 de abril de 1940.» *Dieciocho meses más tarde*, exactamente el 9 de abril, Hitler atacó Noruega, y éste fue seguramente el «gran riesgo» que marcó el comienzo efectivo de la guerra. En el número de noviembre de 1938 de la misma revista, el mismo autor interpretó el tema de Mussolini, dando como subtítulo a su artículo: «1945, año crítico.» En el número de marzo de 1939 apareció el tema de la tercera República, del que sacaba la conclusión del derribo de ésta en 1940-1941.

Personalmente, en el número de junio de 1946 de la revista *Destinos* publicamos un artículo titulado: «La conjunción Saturno-Plutón de 1947: ¿Revolución en Asia?» Comparamos esta configuración con la conjunción Saturno-Neptuno en 1917, «que condujo a la formación de un régimen comunista en una nación de cien millones de habitantes extendida sobre una sexta parte del mundo», y esperábamos de ella «un trastorno de análoga envergadura». Nuestra conclusión fue: «...pudiera muy bien ser que China cobrara conciencia de sí misma y emprendiera una gran revolución nacional del género de la que hizo del Japón una nación moderna. Podría ser que China adquiriese en un futuro próximo un lugar completamente nuevo y de primera importancia, convirtiéndose en una fuerza mundial primordial, dinámica...- pero también corrosiva . para el equilibrio colonial asiático. Es posible que mañana los grandes problemas mundiales se desplacen del terreno europeo a la esfera asiática y que todas las miradas se dirijan hacia allí; todo el equilibrio mundial se vería modificado con la intervención de una nueva desconocida y dependería de ella.» Reanudábamos este asunto en el número de septiembre de 1946 de la misma revista, precisando que este acontecimiento podría interferir con nuestra sociedad «sirviendo al elemento neptuniano-comunista en detrimento del elemento ucraniano-capitalista». En esta época China vivía en una gran calma y nada, absolutamente nada, hacía prever la revolución de Mao-Tsé-Tunga, que tuvo lugar, pero lo demás, no en el año mismo de la conjunción, sino al año siguiente (una pulsación de un año para un ciclo de treinta y tres años es corriente).

G. L. Brady, que, bajo el seudónimo de Stella sostenía una crónica de previsiones en su revista «Denia», tuvo la ocasión de hacer numerosas previsiones edificantes. Numerosos astrólogos predijeron con muchos años de antelación. de acuerdo entre la extrema-derecha y la extrema-izquierda (algunos hablaron también de una inteligencia entre Hitler y Stalin, lo que parecía inverosímil en aquella época) para 1939-1940, y anunciaron la probabilidad de una crisis mundial en 1940-1941-1942. *La prensa astrológica* ha hecho algún ruido, *con varios meses de antelación*, sobre un cambio capital que tendría lugar hacia el 11 de julio de 1953 e interesaría a uno de los dos Grandes: éste fue el día exacto en que Vería fue destituido.

En este terreno podríamos igualmente extendernos, pero, en lo absoluto, *la predicción tampoco prueba absolutamente nada*. Puede invocársela en los dos sentidos: Cicerón deducía la falsedad de la astrología por las predicciones erróneas; Tácito, por su parte, aseguraba su

(1) Obra cit., pág. 69.

veracidad por las predicciones cumplidas, y así la querella podría durar eternamente.

La astrología tiene por *objeto* el estudio de las relaciones entre los movimientos de los astros y los hechos terrestres y humanos; pero la *finalidad* evidente que debe proponerse es la previsión de estos hechos. Es una característica de todas las ciencias la de conducir a la

previsión de los hechos que estudia». Heñí Poicaré declara que la ciencia prevé, y es precisamente por esto que puede ser útil y servir de regla de conducta. Pero, como veremos en el próximo capítulo y como hemos anunciado ya, las leyes de la astrología son leyes estadísticas, y como a tales son solamente leyes aproximadas. Por consiguiente, toda predicción astrológica sólo puede anunciar una *probabilidad*, y la única expresión racional que debería dársele es la de un coeficiente de probabilidad. Este factor inevitable de imprecisión depende, como ya hemos dicho, de la multiplicidad de aspectos a considerar, multiplicidad que se hace evidente si uno sitúa, entre estos aspectos, todos los que, por su parte, deben simbolizar los factores colectivos: medio biológico (herencia de la especie, de la raza, de la familia), medio físico (clima, habitación, etc.), medio familiar, profesional, político, nacional, etc. Por consiguiente, toda predicción está afectada de cierta imprecisión en cuanto a la definición de los hechos a esperar. Así, por ejemplo, una disonancia puede expresar muchas posibilidades cualitativas: realización de un acontecimiento funesto; incumplimiento de un hecho deseado; realización de un acontecimiento deseado, pero tardíamente, a través de luchas y dificultades, o en medio de peligros, o incluso cumplimiento de un acontecimiento que tendrá consecuencias funestas... Partiendo de esto es preciso separar las diversas posibilidades de una misma configuración bajo el aspecto de funciones de una misma variable, buscando las que son más probables. Es, pues, de toda evidencia que es particularmente peligroso no sólo el predecir el hecho, sino también el aventurarse en la vía del enunciado de los detalles circunstanciales que lo acompañan; cuanto más nos alejamos de las grandes líneas, tanto más aleatorias son las previsiones, y un astrólogo que se complace en los detalles es necesariamente sospechoso. El práctico serio y experimentado se impone por norma mantenerse en las generalidades. Lo más frecuente es que se conforme con decir que tal período es propicio para la vida afectiva, y tal otro es nefasto... y así se equivoca más bien raramente. Es cuando intenta vestir la coyuntura que ha trazado en episodios concretos, cuando se expone al error.

En conclusión no se puede hablar de *predicción* en el sentido de la «buena ventura», pero sí de *previsión*. Esta previsión comprende muchas posibilidades, a las cuales corresponden la mayoría de las veces probabilidades desiguales que es aún difícil valorar. Si en el enunciado de una previsión astrológica no se considera más que un solo acontecimiento, es que el autor ha escogido entre las diversas posibilidades la más probable según su apreciación personal. Pero toda previsión debería encerrar el anuncio de varios acontecimientos posibles y de su orden de probabilidad. Lo volveremos a ver más adelante, en el capítulo del Horóscopo.



Creemos haber hecho frente a las objeciones presentadas por M. Paul Códéc y sus semejantes, pasados, presentes y por venir. ¿Estamos más adelantados en cuanto a la opinión que queremos fundar acerca del valor de la astrología? No lo creemos, pues cada uno, según su formación y su visión del mundo, dará razón al uno o al otro. La experiencia lo confirma todos los días. Las posiciones ya están tomadas y netamente delimitadas. Con todo, en el lugar de M. Códéc, tendríamos mucho miedo: según todo lo que ‘él acaba de decir, no hay realmente *ninguna* posibilidad de ver aparecer en una estadística cualquiera, de verificación una correlación astral de tipo astrológico. Se puede jurar a ojos cerrados que el «hecho astrológico», que hemos definido en el capítulo de las doctrinas, *no existe*. Pero, ¿y si este «hecho astrológico» existiese? Y si precisamente existiesen, no solamente en una, sino en serie de estadísticas imponentes, reparticiones astronómicas regulares aprobantes, testimoniando una cierta arquitectura universal conforme al pensamiento astrológico? ... Y bien, entonces sería preciso barrer como ~ una bagatela la argumentación superaciones de M. Códéc, que no sería otra cosa que la «racionalización» (en el sentido psicoanalítico) de un

rechazo de aceptar una realidad que le abruma. Equivaldría también, si quisiéramos sacar todas las conclusiones que se desprenden, a hacer el proceso de todo un aspecto del racionalismo actual y de su forma infantil de conceptualizar. Y ciertamente tenemos, razones afectivas e inconscientes para estar a favor o en contra de la astrología, independientemente de su valor objetivo. Tras el combate actual que suscita la astrología, se alza el conflicto más general de dos mentalidades, de dos concepciones de la vida.

Es un hecho, proclamó Choisnard, que es imposible encontrar en parte alguna una refutación de la astrología puesta en forma lógica y experimental. Entre los que han intentado esta refutación, desde Sexto Empírico a Marcel Bol, es imposible citar a uno solo que la haya profundizado experimentalmente. Casi todos han eludido la experimentación, encontrando más fáciles las palabras ingeniosas o la injuria. Pero es evidente que ninguna opinión válida de este conocimiento es posible si no la ha practicado uno mismo bastante tiempo, si no se han comparado estadísticas bastante numerosas y si no se ha reflexionado-suficientemente sobre los problemas planteados.

M. Códéc llegó. Por primera vez ha abordado de cara el núcleo de la cuestión, que se resume en un problema. de correspondencia; se ha propuesto la cuestión de saber si *ó no* hay verdadera correspondencia entre el hombre y su cielo de nacimiento. Desgraciadamente, si bien no ha puesto, como los otros, el arado delante de los bueyes, él ha vendido la piel del oso... con cuatro o cinco estadísticas, y el oso sigue corriendo. ¿Impostura? ¿Inconsciencia? ¿Temeridad? ¿Pasión partidista? ¿Error honrado? No se sabe. Todo lo que se sabe es que el hecho astrológico existe y que ya no se puede negar. Examinemos pues este hecho o mejor estos hechos.

CAPÍTULO VIII

LOS HECHOS

Concluyamos: el balance de la astrología científica es igual a cero.

Paul Códéc.

La condenación oficial de la astrología aparecerá algún día a nuestros descendientes como la credulidad negativa más famosa que la ciencia humana ha registrado hasta nuestros días.

Paul Choisnard.

Portabandera del racionalismo moderno contra la astrología, M. Paul Códéc tiene al menos el valor de pronunciarse sin equívoco. Acabamos de citarle:

«Nos vemos obligados a admitir que los bloques rocosos rodeados de una atmósfera actúan de un modo diferente *porque* llevan nombres de personajes de cuentos de hadas.» (Obra cit., Cap. III.)

«Faltaría a continuación demostrar la influencia electiva de tal astro sobre tal facultad mental; en este dominio los biólogos prefieren realmente incriminar la herencia y el medio. Faltaría aún por probar el determinismo a largo plazo.. » (Cap. III.)

«Lo hemos subrayado ya: se ha dado el nombre de Marte a un guijarro, se le tiene aún por factor de guerras y confiere una naturaleza *marcial* a sus sujetos. Pero si el guijarro se llama Júpiter, da una naturaleza *jovial*, etc.» (Cap. III.)

«No existe en nuestros días en toda la tierra un *solo* astrónomo, grande o pequeño, que crea en la astrología.» ¿Por qué? «La respuesta es evidente: los progresos de la ciencia les han convencido de la falsedad de la doctrina astrológica.» (Cap. II)

«La astrología contemporánea que se llama científica, ¿propone leyes verificables? ¿Y están los sabios dispuestos a verificarlas? Desde largo tiempo, una Comisión científica permanente, fundada por la *Asociación americana de las Sociedades científicas*, se encarga de estudiar las leyes astrológicas que se le proponen... » Hasta aquí «los resultados han sido *enteramente negativos: ninguna de las influencias alegadas por los astrólogos llamados serios se ha comprobado.*» (Cap. III.)

«Concluamos: el balance de la astrología científica es igual a cero, como el de la astrología comercial. Es quizá lamentable, pero es un hecho.» (Cap. IV.)

Sigamos, pues, el hilo de la historia.

LAS PRIMERAS COMPROBACIONES.

Para los antiguos, la correlación entre el cielo y el hombre debió ser un hecho vivido y por consiguiente una evidencia que no necesitaba demostración: el hombre participaba en la vida de la naturaleza y se sentía integrado en el medio cósmico. Debió ser también evidente que el rojizo Marte «es» fuego, pasión, guerra, sangre, y que su movimiento es «inferior» al del Sol y «superior» al de Júpiter. Verdad primera, sentida empíricamente, jamás la astrología fue, pues, demostrada científicamente. Cuando espíritus tradicionalistas se apasionaron por ella, hace algunas decenas de años, fue de la misma manera que aceptaron el credo, a ojos cerrados. Pero el verdadero movimiento astrológico se organizó alrededor de Paul Choisnard porque, precisamente, éste fue el *primero* en concebir la *necesidad primordial* de verificar la hipótesis astrológica mediante la ayuda de estadísticas.

Choisnard hizo, pues, una serie de estadísticas. El Medio del cielo en conjunción con Júpiter, según la tradición, favorece la elevación social. Nuestro verificador tomó 2.000 casos cualesquiera y 1.500 celebridades que somete a la estadística. En el primer grupo obtiene una frecuencia general de 5,5 por 100, y en el segundo grupo una frecuencia especial del 12 por 100. ¿Se considera el aspecto Luna-Mercurio propicio a la inteligencia? Comparó 300 temas de personas cualesquiera y 167 temas de filósofos, y obtiene una frecuencia del 50 por 100 en los primeros, y de 77 por 100 en los últimos. ¿Se consideran peligrosos los tránsitos de Marte y de Saturno sobre el Sol? Sobre 200 temas de individuos fallecidos, la frecuencia obtenida es de 36'5 por 100 en lugar de la frecuencia teórica que es de 22 por 100. Choisnard comprobó ciertas semejanzas entre los cielos de los hijos y los de sus padres (por ejemplo, repetición de configuraciones, superposición zodiacal de planetas, entre ascendientes y descendientes, entre hermanos y hermanas...); hecha la comprobación, obtuvo una frecuencia especial doble de la frecuencia normal. Estos resultados pueden parecer ínfimos. Sin embargo, «si en una ciudad de Francia la mortalidad infantil (antes de los diez años de edad) fuera del 12 por 100, mientras en el resto del país es sólo del 6 por 100, esta desgraciada ciudad tendría pronto la reputación bien merecida de ser funesta a la infancia. Es lo mismo que en nuestro signo; si su influencia es nula, un 6 por 100 de los niños que lo presentan morirán antes de los diez años; si mueren un 12 por 100, su nocividad es tan indiscutible como la de la ciudad considerada» (1). Numerosas estadísticas fueron reunidas por Choisnard y sus sucesores, y se obtuvieron regularmente resultados que dan a los astrólogos el primer material estadístico de la astrología.

A continuación de Choisnard, un investigador suizo, Karl Erriest Krafft, publicó en 1939 un *Tratado de Astro-Biología* (depositario Ed. Legrand, París) que contiene centenares de escrutinios estadísticos efectuados sobre un material de varios centenares de miles de casos.

Esta obra testifica correlaciones interesantes, pero los resultados no son tan rigurosamente demostrativos como cree su autor.

Pero nos hallamos todavía en un estado primitivo de la verificación y la aplicación del cálculo de probabilidades a esta verificación deja que desear. El método será principalmente precisado por Jean Hieros (2), que discutirá algunos de los resultados conseguidos, especialmente por Choisnard, no obstante demostrar algunos otros resultados aprobantes, particularmente los de Eduardo Seymour (3).

A continuación de esta revisión crítica, se harán investigaciones sobre las huellas de Choisnard. Este consagró numerosos capítulos e incluso un libro entero a la «herencia astral», de la cual hizo su caballo de batalla. Cometió la equivocación de no repetir la verificación en gran escala. Una encuesta de Hans Rafter conducirá sobre este punto a resultados negativos. La revista alemana *Hipócrates* de julio de 1954 ha publicado una verificación de Von Péscate que conduce igualmente al mismo resultado.

(1) Jean Hiéro. *L'Astrologie selon J.-B. Morin de Ville franche*, Pag. 17 (éd. de los *Cahiers Astrologiques*), 1941.

(2) *Caires Astrologiques*, septiembre-octubre 1946, marzo-abril 1947 y julio-agosto 1948.

(3) *La Combustión* (ed. de los *Caires Astrologiques*). 1946.

Quedan finalmente en el activo de la astrología algunas decenas de estadísticas demostrativas, pero no pueden agruparse en una misma serie para constituir un «frente» susceptible de imponer indiscutiblemente, irrefutablemente, el hecho astrológico.

SU CRITICA

M. Códéc llegó y pasó por la criba estadísticas de Choisnard y de Kaffa. Ya conocemos su conclusión. Cita una estadística sobre el paso de Marte sobre el Sol natal en el momento de la muerte (ley de Choisnard) y garantiza que el resultado obtenido corresponde a las leyes del azar. Cita además estadísticas de Farnsworth, Bart J. Bock y Huntington sobre la repartición del Sol en el zodíaco entre los músicos, sabios, ingenieros, industriales, clérigos, banqueros, físicos, literatos y marinos... Para todas estas categorías los repartos de los nacimientos son exactamente como las del conjunto de la población. A propósito de una estadística de Farnsworth sobre más de dos mil músicos, M. Códéc declara que, puesto que los astrólogos atribuyen a Libra un valor estético, este signo debería sobresalir entre los músicos, como entre los pintores igualmente estudiados: «La pretendida correlación no existe.»

Aquí termina la comprobación de M. Códéc. Comprobamos que, salvo la única estadística relativa al tránsito, llamado mortífero, de Marte sobre el Sol, *todas* se refieren a la repartición zodiacal del Sol. Se cree asistir a un entierro de primera clase... Sin embargo, el muerto se comporta bien.

UNA NUEVA COMPROBACION

En efecto, de las tentativas de verificación sistemática de Choisnard y de Kaffa, aparece, en 1955, una tercera encuesta con la obra de M. Michel Jacqueline: *L'influence des Astro, Elude critique et expérimentale* (1). Pero ante todo dejemos a nuestro adversario ponerse cómodo y evitemos todas las sospechas: «Por lo demás, es bien difícil ser imparcial cuando se está convencido de poseer la verdad y de haber descubierto una ley preciosa: más o menos conscientemente el astrólogo opera una selección entre los hechos brutos que recoge; elimina los que son desfavorables a su tesis (por razones con las que el mismo se puede engañar) y acumula los que la apoyan. Ciertos resultados sorprendentes, publicados a son- de trompeta, no han tenido otro origen que éste (yo admito que el error fue involuntario). Desde que la estadística ha sido repetida por un comité imparcial, que no hace trampas con los datos, su resultado ha sido completamente distinto: el fenómeno encovado se desvanece (2). «El autor de esta tercera verificación sistemática no es precisamente un astrólogo; la niega formalmente y forma parte de los *críticos* de la astrología. Se puede estar seguro- que no hace el más mínimo gesto en su favor. Pero es un crítico imparcial, honrado; sus juicios nos parecen discutibles; pues si 'existe una experiencia estadística existe también una experiencia astrológica que él no posee, ni quiere poseer; no obstante, los resultados que nos transmite no se pueden poner en duda, y esto es lo que importa (3).

(1) *Editions du Dauphin*.

(2) Bora cit., Cap. III El determinismo instintivo.

(3) El autor aporta más de cinco mil fechas de nacimientos del Registro civil; cada uno puede, por tanto, reemprender por su parte el trabajo y verificarlo.

Precisamente, en el rango de las estadísticas que no han dado ningún resultado, Michel Jacqueline cita:

1° Los tránsitos de muerte de los planetas con relación al Sol y a la Luna de nacimiento (7.482 casos).

2° La herencia astral con relación al Sol y a la Luna (1.873 casos).

3° Las posiciones eclípticas de los planetas concernientes a los pintores, los generales, los médicos, los deportistas, los actores, los criminales, los políticos y los clérigos (contando cada grupo entre 500 y 2.000 casos).

He aquí exactamente el programa recorrido por M. Códec, y los resultados son semejantes a los que él dedujo con satisfacción.

Pero nuestro nuevo crítico, sabiendo que este programa no era el fin ni tampoco el comienzo de la astrología se aventuró a una incursión en otro dominio. Por lo demás se sentía incitado por el astrólogo León Lassen, quien en *Ceos que nos guíden* (1) presenta una serie de estadísticas demasiado cortas que aportan correlaciones deducidas

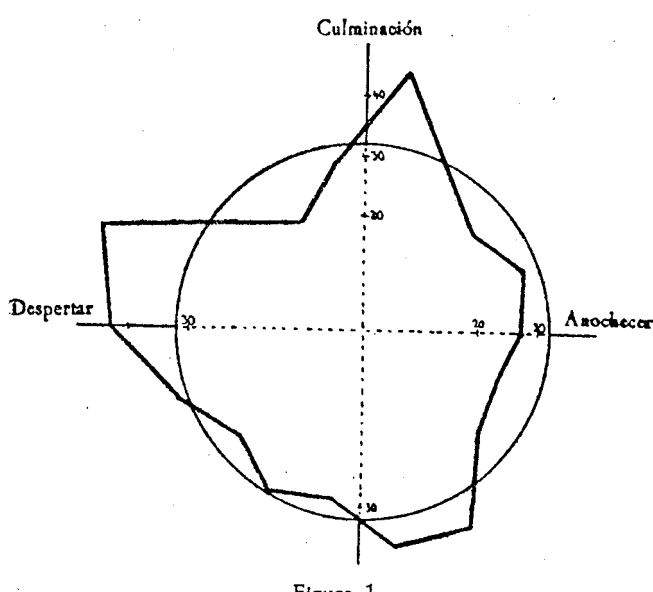


Figura 1

del movimiento diurno: se ve a Marte elevarse y culminar en 158 jefes militares, la Luna elevarse y culminar en 134 «elegidos del pueblo», Venus elevarse y culminar en 190 artistas, Mercurio elevarse y culminar en 209 oradores y escritores... La empresa merecía, pues, ser proseguida con material estadístico más abundante, y esto es lo que él hizo. Ahora ya podemos tener el corazón limpio.

La figura 1 reproduce la repartición de Saturno en el movimiento diurno en 576 académicos de medicina. Se observa una fuerte concentración de posiciones en la elevación del astro; asimismo encontramos 44 posiciones sobre posiciones se reparten en dieciocho sectores y para cada uno de ellos la media aritmética es de 32; en cambio hay 43 posiciones saturninas sobre la punta del Ascendente y 48 sobre la punta siguiente que está en la órbita de la elevación del astro; asimismo encontramos 44 posiciones sobre la punta que sigue inmediatamente a la culminación (Saturno en Mitad del cielo).

(1)Ed. Deberse, 1946.

La figura número 2 reproduce las reparticiones de Marte (en trazo lleno) y de Júpiter (en línea de rayas) en el movimiento diurno y en nuestros 576 académicos de Medicina. Marte presenta una curva parecida a la de Saturno, con tres vértices que siguen a la elevación (49 posiciones), a la culminación (44 posiciones) y a su paso por el fondo del cielo (44 posiciones). Por el contrario, Júpiter presenta una distribución diametralmente opuesta:

Si Marte, como Saturno, «busca» los vértices, Júpiter los evita y presenta una sensible depresión de la curva siguiendo a la elevación (30 posiciones), a la culminación (18 posiciones), al ocaso (28 posiciones) y al Fondo del cielo (20 posiciones). La superposición de las dos curvas es demostrativa.

El autor emprende una nueva estadística sobre un segundo grupo de 508 médicos notables (autores de obras o de trabajos importantes) y obtiene los mismos resultados. De este modo resulta que la agrupación de las dos estadísticas (1.084 casos) y la consideración de las distribuciones de Marte, Júpiter y Saturno en su conjunto conduce a una *improbabilidad del orden de juno contra diez millones!*

Siete estadísticas corroboran este primer resultado, y siempre el planeta adquiere una significación con relación

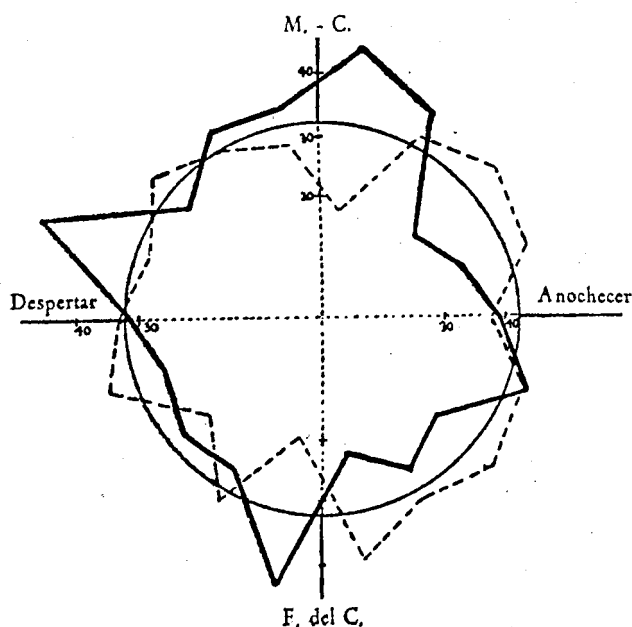


Figura 2

a la salida y a la culminación, y algunas veces también <en relación al Fondo del cielo y al ocaso.

Un grupo de 676 militares superiores presenta Marte y Júpiter en los ángulos.

Un grupo de 570 campeones deportivos hace surgir igualmente a Marte en los mismos lugares.

Un grupo de 500 actores (*vedettes*) presenta Júpiter en los ángulos y principalmente en el Medio del cielo.

Un grupo de 349 sabios (académicos de las ciencias) presentan Saturno en los ángulos.

Un grupo de 884 clérigos muestra igualmente el mismo astro en los mismos parajes.

Un grupo de 906 pintores presenta por el contrario una distribución en «huida» de los ángulos por Saturno y Marte, como es el caso de Júpiter para los médicos.

Un grupo de 494 políticos (los diputados de la presente Cámara francesa) establece finalmente una relación de Júpiter con los ángulos.

LO QUE ESTA DEMOSTRADO.

¿Qué es lo que así se halla demostrado en astrología? Desde el nacimiento de ésta se admitió que los planetas dominan cuando pasan por los ángulos del cielo; también se admitió que cada planeta tiene un carácter especial, un simbolismo propio. Este es todo el *fundamento* de la astrología.

Pues bien, estas estadísticas demuestran — la demostración es tanto más sólida cuanto que estos nueve grupos conducen a las *mismas* distribuciones y son, por así decirlo, *superponibles* — que existe realmente una relación entre planetas e individuos, dentro de la trayectoria geocéntrica del movimiento diurno, y que la «influencia» se presenta en particular cuando el planeta se eleva, cuando culmina y algunas veces cuando se pone y pasa por el Fondo del cielo, ¡ puntos precisamente dominantes de la horóscopo!

Aún hay más: estas estadísticas establecen el comienzo de una verificación científica del simbolismo astrológico: *Marte* (ese guijarro que «lleva nombre de personaje de cuentos de hadas») aparece dominante en los *militares*, los *deportistas*, los *médicos*, lo que es conforme al simbolismo clásico. Es *Júpiter* el que se presenta en los *actores* (tendencia espectacular), los *políticos* y los *jefes* militares (tendencia de autoridad). *Saturno* es el que apunta en los *sabios* y los *clérigos*. ¿Cabe pedir más? Se creería que estas estadísticas — establecidas por un adversario, no lo olvidemos — han sido hechas por astrólogos, que encuentran en ellas una verificación indiscutible de los fundamentos de su enseñanza.

Dicho esto, la referida obra, seguramente importante, no constituye sin embargo, una demostración integral. El autor sólo ha podido deslindar la influencia de Marte, Júpiter y Saturno en la serie que nosotros conocemos. Parece haber obtenido resultados con otros planetas (particularmente con la Luna en los políticos, en los cuales la correlación es más precisa que con Júpiter). Pero son resultados aislados que no se han repetido, y él ha preferido honradamente no hablar de ellos. Veremos más adelante una demostración del simbolismo de Venus en los músicos y en los pintores.

En el «Centre International d'Astrologie» está en curso un censo de un millar de fechas de nacimiento de escritores, a fin de ver especialmente si *Mercurio* sobresale de la misma forma en las personas de pluma. Están en curso otras estadísticas, especialmente sobre filósofos y religiosos. Si Michel Jacqueline no estuviese decidido a proseguir sus estadísticas, que versan sobre un importante conjunto de personalidades francesas, nosotros reemprenderíamos la investigación para los demás países. ¿No bastan nuestros quinientos diputados actuales? Sea, algún día tendremos los resultados «jupiterianos» para la Budista, la Cámara de los Comunes, la Cámara italiana... La astrología irá ganando con todo ello.

DISCUSIONES E INVESTIGACIONES.

Falta explicar por qué el zodiaco no ha aportado ningún signo de influencia. Los astrólogos no están demasiado sorprendidos de ello. En efecto, el círculo zodiacal representa un universo completo, en el que están representadas todas las tendencias representadas por cada signo particular. Si se juntan, como hizo Farnsworth, más de dos mil músicos, se incluyen en ellos necesariamente todos los géneros musicales, todos los temperamentos de músicos, en una palabra, todas las tendencias; según esto, tiene que haberlos de todos los signos, y a fin de cuentas ninguno resalta. M. Códéc se contentó con estas encuestas globales

y sus resultados, negativos. Realmente no fue muy curioso. Si la concepción astrológica del problema zodiacal está fundada, deben obtenerse resultados desde el instante en que se agrupan conjuntos *particulares* que representen una tendencia especial (1).

Precisamente esta experiencia ha sido intentada por nuestro especialista Hans Rafter, que ha considerado 2.230 compositores (2). Como Farnsworth, obtiene una distribución eclíptica neutra tanto para el Sol como para cinco planetas (11.150 posiciones). Es pues incontestable que la posición planetaria en el zodiaco no guarda ninguna correlación con el don absoluto de la composición musical. Pero Rafter emprende investigaciones sobre grupos especiales en cuanto a los sexos, a las generaciones y a la forma (figura núm. 3). Así, si el resultado de la distribución de la Luna en el zodiaco para los compositores masculinos es negativo, la

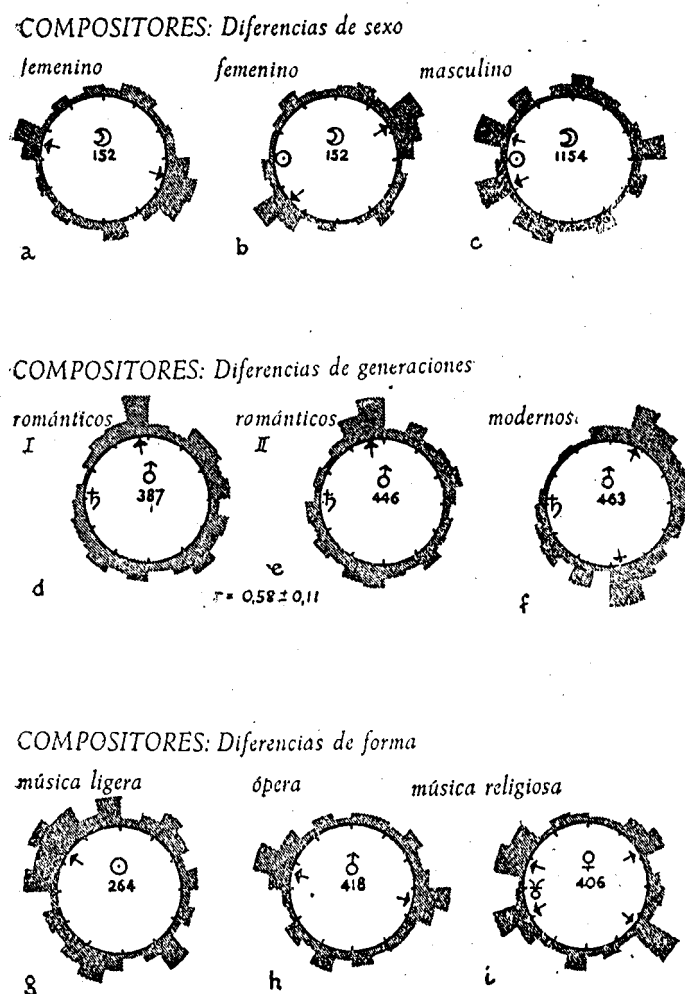


Figura 3

(1) Basta separar de la masa global de los sabios cuyo conjunto no aporta ningún resultado (Códec), algunos grupos particulares de científicos para comprobar distribuciones eclípticas del sol probatorias (particularmente para 2.000 químicos: Géminis y Sagitario; para los médicos, etc.).

(2) «Cosmobiologie» en Rapport du VIIe Congrès international d'Astrologie de Paris (éd. «Centre International d'Astrologie»), 1955.

estadística pone de relieve sectores significativos para los compositores femeninos (a). Asimismo, siempre para el sexo femenino, la diferencia entre el Sol y la Luna hace resaltar dos ángulos preferidos (b), mientras que en los compositores masculinos la encuesta análoga hace aparecer otro ritmo (c). Si la naturaleza de la mujer responde de modo distinto que la del hombre a las correlaciones cósmicas, lo mismo sucede en las diferentes generaciones. Para examinar este problema, Rafter ha escogido tres grupos de compositores; los de los dos primeros (d y e) nacidos entre el 1800 y cl. 1880, cubren la época romántica, y los del tercero, nacidos entre el 1880 y el 1930, pertenecen a la época llamada moderna; y esto sin tener en cuenta si el estilo personal corresponde al estilo de la época. Precisamente las frecuencias entre Marte y Saturno no siguen el mismo ritmo para las dos épocas: Si los románticos (d y e) se caracterizan por la segunda cuadratura separadora entre estos dos planetas — no estando el primero muy destacado —, los modernos (1) están más bien impulsados a la composición bajo los ángulos de 105° (primera cuadratura separadora) y de 255°. Nótese también el carácter deficitario del sector 285° - 345°. La comparación matemática según Pesaron prueba, por un factor de correlación equivalente, a 0,58, que no se trata de un efecto del azar, sino de una distribución significativa. Asimismo los compositores de operetas y de música ligera (g) tienen su Sol acumulado en el sector 300° - 360° los que eligieron de preferencia la forma dramática de la ópera (h) corresponden a las distribuciones de Marte en los sectores opuestos de Virgo y de Piscis. Finalmente, los compositores de música religiosa (i) tienen, entre otros, a Venus separado de la conjunción de Plutón según cuatro aspectos simétricos.

Esta experiencia demuestra que una estadística global, hecha sobre el zodiaco, cuyo material reúne todos los aspectos de un mismo dominio, tiene el peligro de no dar nada, y su resultado negativo no prueba nada. Para los astrólogos, el zodiaco constituye una gama, y cada signo representa una nota de esta gama; los valores de este orden son exclusivamente *cualitativos*, mientras que los ejes del movimiento diurno son factores *cuantitativos* que valorizan el planeta a su paso por los ángulos del cielo. He aquí por qué las estadísticas relativas a la distribución topo céntrica han dado resultados probatorios con cinco mil datos de nacimientos, mientras que las que se refieren a la distribución eclíptica no han proporcionado índices demostrativos, incluso con varios centenares de miles de casos (Graf Fr.), a menos que se consideren, como hace Rafter, conjuntos particulares.

Esto indica que, si el adversario de buena fe debe reconocer que los principios fundamentales de la astrología han sido comprobados, el astrólogo honrado ha de admitir, por su parte, que los resultados estadísticos no están todos a favor de las reglas y de los procedimientos de la práctica astrológica. Es por ello que pueden existir personas, como Michel Jacqueline, que se rinden a la tea-realidad de la «influencia astral», sin por ello aceptar la astrología. Para ellos se trata de no ir más lejos de lo que la ley de los grandes números ha revelado. El astrólogo estima, por el contrario, que desde el momento en que los maîtres nacen con Marte en la salida y en la culminación, como los políticos y los actores con el planeta Júpiter, los científicos y los clérigos con Saturno, etc., existe en la base del sistema una correlación astro psicológica o astro-biológica fundamental, que ha de tener repercusión necesariamente sobre toda la vida del hombre y en todos sus aspectos existenciales, siendo el sondeaje estadístico actual una corta y burda visión de un orden verdaderamente universal. Es imposible quedarse ahí, cuando el esbozo de la perspectiva llama a un desarrollo prodigioso; en efecto, sería asombroso que la correlación se terminara así. Es más, si la intuición primera de la astrología es tan manifiestamente exacta, parece poco probable que su desarrollo deba mirarse con precaución. Es aquí cuando el astrólogo objetivo reivindica la validez de una «experiencia astrológica» comparable a la experiencia clínica del médico o del psicólogo. No se funda un conocimiento del hombre únicamente en la estadística, que queda desbordada por todas partes. Una vez que las premisas han sido demostradas rigurosamente, es posible saltar de la observación de masa al análisis del caso particular.

Desde luego, cada factor higroscópico debe reposar sobre la observación de los hechos, como en clínica o en psicología. Si se dice, por ejemplo, que la conjunción Mercurio-Marte da una inteligencia teñida por el instinto de agresividad, lo que denota un espíritu combativo, presente sobre todo en los militantes, los críticos, los polemistas, los libelistas, etc., es porque encontramos esta configuración en las personas que tienen esta tendencia: Baudelaire, Berrios, L. Bioy, Caviar, Daimler, L. Daudén, Degüelle, Fremont, Doumergue, Angers, Fomentan, Gorki, J. Janina, Lauros, Ralo, Lamentáis, Lasalle, J. Limitare, Lenin, Mandil, Matete, Mauras, J. P. Mácese, Narval, Nietzsche, Proado, Car. de Ritz, P. Reyunad, La Rochefoucault, Saint-Justa, Sorel, Thierry Maulina, Torés, Voltaire, Zola... Basta confrontar las personas de conjunción Mercurio-Marte con las de conjunción Mercurio-Venus, artistas, diletantes, joviales, encantadores..., o los de las restantes conjunciones mercurianas, para darse cuenta de que nos hallamos ante una categoría humana bien establecida. Entonces falta estudiar la conjunción Mercurio-Marte en su signo, su sector y sus aspectos, para situar la particularidad del fenómeno y entrar en el análisis del caso particular.

Precisamente la astrología intenta ver al hombre «desde el interior», y tener acceso al *objeto individual*; pretende abordarlo en su propio terreno, o sea bajo el ángulo personal. Al mismo tiempo que lo sitúa en una perspectiva cósmica, lo presenta como célula particular. Sus vías propias conducen, no a la síntesis del ser humano genérico, realizada por las ciencias según su propio plan, sino a la *síntesis de cada caso tomado en particular*. En último extremo, podría darse de la astrología esta definición paradójica: es la ciencia de lo particular. A causa de esta posición especial, hay muchos astrólogos que no quieren oír hablar de estadísticas, considerando que el proceso astrológico, muy complejo, atraviesa las mallas de la red estadística. Esta actitud es exagerada; se basa en parte en el hecho de que el diagnóstico se basa en general en un conglomerado de factores; así, una conjunción Venus-Saturno en Escorpión en casa VIII es un indicio de viudedad: cuatro elementos participan en indicar esta tendencia. Esto no impide que la estadística deba recontarlos. Sin embargo, existe un problema en el paso del hecho individual al hecho de masa, y por ello es muy probable que la estadística no llegue nunca a captar fenómenos que nacen del tema individual y que conciernen a la alquimia interior de una persona (1).

Es preciso que todo el problema de la astrología sea regulado; ciertamente presenta mil enigmas a los investigadores, pero *es*, y éste es el hecho que se impone.

Este hecho-sorpresa constituye tal vez una pequeña revolución, a juzgar por la actitud de ciertos organismos oficiales:

«La Unesco, organización mundial para el desarrollo del pensamiento, nos invita oficialmente a emprender una acción concentrada, a entablar la lucha contra esta nefasta superstición. La Unesco pide a los instructores, a los profesores, a los escritores científicos, a los sabios y particularmente a los astrónomos, que se sientan obligados por su misma función a hacer campaña para esclarecer la opinión» (2).

En pleno siglo *ex* aún se queman brujas... Pero lo poco que nos dejan entrever desde ahora las estadísticas será, por el contrario, una razón más para perseverar. Este poco es en realidad enorme si se tiene en cuenta la escasez de medios con que se ha hecho. El campo de la estadística en astrología es ilimitado y sobrepasa sin duda alguna los medios de los astrólogos aislados o entregados a sus propias fuerzas. La estadística astrológica debería

(1) El método de la comprobación estadística debe substituirse por un método de control más sutil que no es éste lugar de exponer.

(2) Obra cit., P. Códec. Cap.- V

beneficiarse de los medios colectivos de la investigación científica. Pero aunque así no sea, las pruebas se irán acumulando de un modo extraordinario (1).

COSMOBIOLOGIA.

El problema de la estadística en astrología es, en verdad, tan complejo, que tiende a constituirse y precisarse una disciplina al margen de la astrología, que debe evolucionar en estrecho contacto con ésta, pero que no por ello es menos autónoma: La *Cosmobiología*. La astrología parte de una visión general preconcebida y no busca otra cosa prácticamente que la verificación o invalidación de reglas o de correspondencias. Su método es deductivo. La cosmobiología, por el contrario, representa una ciencia empírica, estrictamente inductiva, que extrae las leyes de procedimientos experimentales dirigidos a buscar las posiciones astronómicas comunes a un conjunto de datos psicológicos (por ejemplo, la aptitud para la música). Si la primera apunta hacia la célula individual, la segunda se contenta con la distribución de masa.

No es cuestión de presentar aquí las innumerables encuestas cosmobiológicas que se han hecho. Vamos a ver solamente algunas consideraciones generales y resultados de Hans Rafter (que no es astrólogo):

	♈	♉	♊	♋	♌	♍	♎	♏	♐	♑	♒	♓
Nombres encontrados =	130	109	98	109	118	113	99	97	112	122	139	129
Nombres teóricos =	121	121	118	114	111	107	106	104	107	114	120	121

	♈	♉	♊	♋	♌	♍	♎	♏	♐	♑	♒	♓
Nombres encontrados =	99	99	94	93	95	68	73	115	86	130	120	124
Nombres teóricos =	106	106	103	100	97	97	97	97	94	97	120	103

El problema de la estadística es el siguiente: se trata de controlar si la distribución de un grupo de datos corresponde a la distribución teórica probable, o si las fluctuaciones son lo bastante grandes para hacer sospechar la actuación de una causa desconocida.

Así, por ejemplo, la distribución del Sol de nacimiento en el zodiaco para 1.368 compositores musicales, ¿corresponde a la de una población cualquiera?

El material fue tomado del *Diccionario de música* de H. Reman y del de Atlantis.

El número mínimo para una estadística de doce categorías (signos) es de 350.

Como es natural, no basta poner de relieve simplemente el máximo o comprobar si el número encontrado es superior al número teórico.

Hay que referirse a un índice matemático para fijar la significación de una diferencia: el factor σ (Gauss-Laplace). Cuando este último sobrepasa la cifra de 2,0 (probabilidad de atribuir tal diferencia al azar: 5 a 100), puede existir una causa perturbadora; por ejemplo, en este caso, una afinidad entre los compositores y la posición del Sol en el zodiaco.

En nuestro ejemplo, la diferencia más acusada se encuentra en Piscis con $\sim r = +1'8$.

Todas las diferencias son demasiado débiles, por lo tanto no existe correlación alguna de este tipo en nuestro material.

(1) Finalmente será forzoso admitirlas, y a M. Códex tocará el papel de hacerlas reconocer. No sería éste su menor título de gloria.

Tomemos otro ejemplo: los *cantantes*: 1.205 casos sacados del *Diccionario de Música* de Thompson, y del *Rho es Rho in Música*.

La figura número 4 muestra la representación gráfica de esta repartición:

La parte sombreada sitúa el número efectivo de los cantores; el trazo grueso del círculo central muestra el número teórico (repartición general de los nacimientos cualesquiera). Se obtiene:

Capricornio	+
3'7	
Piscis	+
2'4	
Virgo y Libra	- 4'15
Capricornio, Acuario y Piscis	+ 5,0

Esto significa que la distribución del Sol en los cantantes no sigue la curva teórica; una causa desconocida (¿influencia astral?) hace que los cantantes nazcan de preferencia en invierno.

La estadística se ha fraccionado; se ha hecho en tres partes independientes (grupos de 400); cada uno de ellos mostró la misma tendencia general y los mismos máximo y mínimo.

Otras categorías de músicos proporcionan resultados en cuanto a la distribución eclíptica del Sol: compositores femeninos, compositores de operetas, solistas... (problema de los grupos *específicos*, categorías psicológicas especiales).

Un segundo grupo de investigaciones estadísticas se refiere a la distribución topo céntrica de los planetas, es decir, de su posición con relación al lugar terrestre, y por

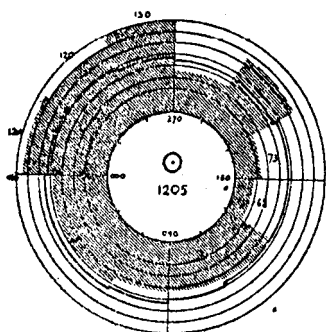


Fig. 4.

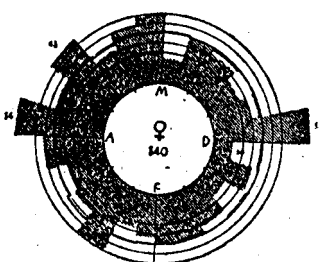
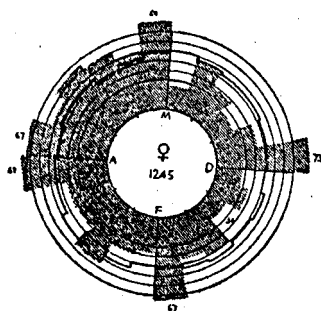
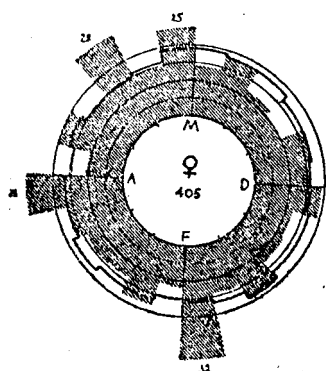


Fig. 5.



tanto en función de los puntos: Medio del cielo, Ascendente, Fondo del cielo y Descendente.

Nuestro método consiste en dividir cada uno de los cuatro sectores comprendidos entre los dos ejes (meridiano y horizonte) en seis partes eclipticales iguales; hay, pues, veinticuatro sectores a considerar.

He aquí la distribución topo céntrica de *Venus en 840 músicos*; el material ha sido extraído principalmente del Registro civil, pero comprende también biografías y encuestas personales.

Hemos tenido cuidado en eliminar la influencia resultante de la dependencia de Venus del Sol, puesto que, visto de la Tierra, Venus no se separa de $\pm 50^\circ$ del Sol (fig. 5).

Diferencia por encima del Ascendente (A)... $\epsilon = + 3'3$

Diferencia por encima del Descendente (D)... $\epsilon = + 4'1$

He aquí ahora la distribución de *Venus en 405 artistas pintores*, material obtenido como el de los músicos (figura 6).

Las diferencias en el MC. y en el FC. son del orden de $\epsilon = + 3'9$.

Entre las estadísticas de distribución de todos los planetas para los músicos y los pintores, Venus es el que da los mejores resultados, es decir, la repartición menos regular (salvo para el Sol en los músicos que se acumula exactamente bajo el Ascendente).

Hemos agrupado estas dos estadísticas. Véase, pues, la repartición topo céntrica de Venus (figura 7) en 1.245 artistas.

Venus «en el Ascendente» ($\pm 15 \sim \epsilon = + 35$).

Venus «angular» (las cuatro diferencias: AS, FC, MC, DE) $\epsilon = + 5'4$.

Esto viene a demostrar que la probabilidad de atribuir la indicada repartición (los cuatro máximos en los «ángulos») al azar es del orden de 1 entre 50 millones. Hay motivo, por tanto, para considerar como muy probable la correspondencia entre Venus angular y los artistas.

Un resultado como el señalado parece confirmar plenamente la tradición astrológica (si bien hay otros que la contradicen en otros terrenos).

En nuestra opinión existen dos disciplinas diferentes y específicas:

La astrología, que se basa sobre la entidad y considera el conjunto del tema.

La cosmobiología, que, en su estado actual, trabaja sobre estadísticas elementarias, puramente analíticas. Venus, en los experimentos actuales, es un Venus «abstracto», desligado de su signo, de sus aspectos, separado del resto del tema.

Por otra parte, el esquema en veinticuatro sectores (convencional pero práctico) no corresponde a las doce casas astrológicas.

Nada nos permite hablar de una influencia astral; las estadísticas demuestran tan sólo una correlación entre una población específica (momentos de nacimiento de artistas) y un elemento astronómico (Venus en relación a la Tierra). La causa que se oculta tras esta correlación es desconocida.

Las estadísticas demuestran que hay correlaciones *cosmobiológicas*, pero no prueban ni refutan la *astrología*, que es de otra naturaleza (1). Es una cuestión de diferencia fenomenológica.

(1)«Los test (estadísticos) pueden aportar la prueba de la existencia de una causa de variación no aleatoria, o la no-prueba de esta existencia, pero nunca la prueba de su no-existencia», Cap. III, *La Statistique*. de André Vessereau; *Que seisse?*, 1953.

CAPITULO IX

EL HOROSCOPO

Pues si, como afirma la astrología, los astros fueran un factor no despreciable para la personalidad de cada hombre, si interviniesen, *aunque fuese débilmente*, en la formación de sus caracteres corporales o espirituales, en cooperación con otros mil factores de su destino (herencia, ambiente, azares...), sería ésta una propiedad de un valor incalculable. Podría intentarse sacar partido de ella para el bienestar de la Humanidad.

PAUL COUDERC, *L'Astrologie*, p. 76.

En fin de cuentas, lo importante es saber lo que puede aportar prácticamente la astrología. Entre la trivialidad poco comprometedora, la ambigüedad propicia a los astutos y el descubrimiento del número premiado, prometido por el charlatán, pasando por la solución propuesta por el sentido común.. hay lugar para todas las fórmulas. Pero antes de definir el alcance del diagnóstico astrológico, conviene saber en qué condiciones puede ser formulado.

En efecto, existen dos modos de aplicarlo, según que se sea escéptico (o simplemente curioso) o, por el contrario, convencido.

COMO TRABAJA EL ASTROLOGO.

Para el escéptico, no hay que darle al astrólogo informaciones que podrían servir de índices reveladores. Este tipo de «cliente» comunica únicamente sus datos de nacimiento y su sexo, y el astrólogo ignora todo lo demás. Lo que tal clase de horóscopo puede proporcionar es la mayoría de las veces un retrato del carácter y del destino en el cual el cliente debe reconocerse, pero que no le enseña gran cosa de nuevo. Si hay que profundizar el análisis, precisa. entonces extender el retrato sobre una gama de posibles, sin saber sobre qué nota particular conviene hacer hincapié. En efecto, el tema no lo indica todo, como ya sabemos; la dimensión de la persona, el nivel del hombre y de su destino escapan a esta investigación. Por ello en nuestro retrato habría que concebir un plano inferior, un plano medio y un plano superior, estando fuera de la casualidad del determinismo astral el «grado de evolución» intelectual y espiritual. Por tanto, de este modo sólo obtenemos un trabajo inacabado y limitado.

Para el horóscopo del cliente convencido, la posición es completamente distinta desde el comienzo. Tal tipo de cliente no tiene por qué plantear adivinanzas al práctico. Este último es como el médico: sería ridículo el enfermo que, sin explicar nada al doctor, dijera: «Doctor, dígame qué padezco.» El paciente debe ayudar al médico para sentar el diagnóstico, y es sobre esta colaboración inteligente que puede establecerse una terapéutica saludable. El astrólogo que respeta su arte no intenta «deslumbrar» a su cliente; es un técnico que se valdrá de todas las técnicas y no dudará, por ejemplo, en tomar una foto o un manuscrito en su esfuerzo por establecer contacto directo con el «consultante». Le pedirá siempre que aporte una serie de fechas de acontecimientos pasados de su existencia, con el fin de comprobar y en su caso rectificar, la hora natal facilitada, que es siempre aproximada, y además para ver cómo su cliente ha reaccionado ya frente a ciertas configuraciones. A continuación le pide le explique sus problemas, sus preocupaciones, sus esperanzas, sus proyectos para el futuro, sus aprensiones. Busca, en una palabra, entrar en posesión de todo un expediente, que sirva de

balance de toda la vida transcurrida de su cliente; esto le ahorra esfuerzos inútiles: lo que desea el consultante es «aprender», saber lo que él no ha podido percibir de las oscuridades de su naturaleza, lo que él no puede conocer por sí mismo de su destino. Para el práctico, la tarea ya está preparada; provisto de estas informaciones, ya puede entrar en la precisión y ver el «caso» en su aspecto concreto.

Hubo un tiempo en que el astrólogo estaba ligado a una familia y podía seguir a los sujetos, cuyas menores reacciones conocía. Esta intimidad no es más sorprendente que la de los pintores con su obra, cuando pasaban su vida entera en la decoración de un monumento o de un palacio. Con ello la eficacia del práctico aumentaba sin duda, pero en aquella edad de oro de la astrología, tener su horóscopo hecho por un maestro equivalía a poseer su retrato pintado por Rembrandt.

Después de haber fijado las condiciones en que trabaja el astrólogo, ya podemos analizar ahora la esencia del diagnóstico y del pronóstico astrológico.

POSIBILIDADES DE LA ASTROLOGIA.

Por de pronto, en lo que concierne a la parte psicológica, la ambición del astrólogo puede ser bastante grande. El ve mucho más el fondo que la superficie del carácter, e incluso a menudo le es difícil enumerar las cualidades y los defectos visibles del sujeto. Ciertamente, si se lo propone puede hacer esta descripción de los rasgos del carácter que se considera la meta del análisis psicológico. Pero en realidad puede mucho más fácilmente ir más allá y, si dispone de una preparación psicológica, «explicar» ese carácter. Puesto que lo que tiene ante sus ojos es el retrato de la constitución profunda del individuo, de aquellas leyes internas y fuerzas fundamentales que predisponen a todo hombre a tener una determinada actitud con preferencia a otra. ¿De qué sirve decir a una persona, que es plenamente consciente de ello, que es demasiado reservada y alimenta escrúpulos quizás excesivos? Mucho más interesante es seguir los hilos interiores que condicionan este comportamiento y explicar a dicha persona por qué es reservada y excesivamente escrupulosa. Esta explicación de la personalidad y de sus problemas es seguramente más fecunda y provechosa, sobre todo si el práctico llega verdaderamente, como la astrología le permite, a la estructura de la célula individual.

Después del diagnóstico de la personalidad viene el pronóstico del destino. Para saber lo que vale este último, conviene situar al sujeto en su verdadero terreno, que es el de la psicología misma. No hay, en efecto, ninguna diferencia entre el ser y su devenir; las *mismas con figuraciones* señalan la personalidad y la existencia. Tanto es así que, según la teoría astrológica, el destino es la expresión de la naturaleza profunda, ligado a ello por una estrecha dependencia, lo que confirma una vez más el psicoanálisis.

El estudio astrológico del destino no debe, pues, concebirle como un plan determinado por el cual los astros impondrían un destino al hombre. Es necesario considerar este plan como dependiente en su desarrollo de una correlación permanente entre el carácter profundo y el destino. El «destino» aquí invocado es sólo la actualización, la concretización, al mismo tiempo que la proyección, de la personalidad que construye su propia vida según un plan cuyo arquitecto es el individuo mismo. Se trata, para el astrólogo, de deslindar este plan que mora en general inconsciente para su autor, así como «erigir el destino» es al mismo tiempo «liberar al individuo» en sus actos, que sea en ellos activo y pasivo, emisor o receptor. Este plan define una estructura de la existencia superpuesta a la de la personalidad. Así, Saturno, que ordinariamente designa, cuando es disonante, una inhibición, un freno interior, expresa en el plano de la existencia un obstáculo, una parálisis, un impedimento, un fracaso subjetivamente sentido como tal. Si este Saturno está situado en el Sector II, la dificultad se presentará en el plano financiero, falta de una fácil adaptación para construir su vida material.

Si está situado en el sector XI, entonces, el sujeto, demasiado ávido y exigente con sus amigos, será puesto a prueba en el dominio de las relaciones humanas y será desgraciado con sus amistades. El obstáculo se dejará sentir en la vida familiar si el astro está en el sector IV; en la vida conyugal si está en el VII..... Mientras que en estos mismos sectores, el expansivo y liberal Júpiter, sobre todo si está bien configurado, dará todo lo contrario... Así es como están repartidas nuestras potencias internas en los diferentes departamentos de la existencia y como se presentan nuestros «climas» particulares: suerte en amor, infortunio en dinero, alegrías con las amistades, deberes profesionales, etcétera. Es un hecho que tenemos facilidades bastante constantes en ciertas direcciones de la existencia en que todo suele irnos bien, mientras que encontramos trabas también regulares en otro terreno. Este plan es el que pone de relieve la fisonomía del tema y el que permite computar nuestra buena o mala suerte en los diferentes dominios de la existencia, al mismo tiempo que descubre, aquí y allá, los papeles que, inconscientemente y a menudo involuntariamente, estamos llevados a representar.

Estando ya dibujada la estática del tema, falta sólo presentar el desarrollo dinámico del mismo, es decir, fijar las ocasiones de los acontecimientos a través de las edades de la vida. No es cuestión de pretender descubrir todos los acontecimientos del destino ni mucho menos deslindar todo el pintoresquismo histórico. El esfuerzo del astrólogo apunta más a discernir los aspectos más importantes para presentar un «panorama» de la existencia en su desenvolvimiento, a captar al individuo en su evolución, en sus fases de desarrollo, de crecimiento, de realización, de crisis y de regresión. No se puede tener la pretensión charlatanes de «decir lo que pasará», pero se puede esperar situar épocas, períodos felices o desgraciados, definiendo su carácter psicológico y esforzándose, si es posible (si se conoce la vida del sujeto) en traducir estas corrientes bajo el aspecto de su cristalización en acontecimientos. Es posible, por ejemplo, decir que el período de 1956, particularmente el primer semestre, presenta una importante época venusiana y que en ella tenderá a presentarse un episodio sentimental feliz; comienzo de relaciones si el sujeto es soltero sin relaciones; estabilización o boda si existe ya una relación sentimental...

LIMITES DE LA ASTROLOGIA

Pero tanto si se trata de juzgar los medios de realización de una tendencia profunda en un determinado dominio de la existencia, o de fijar el acontecimiento que surgirá en cierto momento, volvemos a encontrar la misma *materia* psicológica.

Así, Saturno en el sector VII puede aportar una serie de situaciones: celibato, matrimonio tardío, unión sin amor, matrimonio desgraciado, viudedad, etc. Estas situaciones tienen un punto común a pesar de su aparente diversidad: expresan la misma tonalidad general, una restricción o un infortunio (Saturno) anexo al problema del matrimonio (VII). Sin duda, siguiendo la posición particular de este Saturno (signo, espectros...) puede imponerse una solución de preferencia que otra. Pero entramos aquí en lo relativo, y a partir de esta diferenciación en el interior del mismo dato básico ya no hay *regla fija* que permite afirmar: usted quedará soltero, o hará un casamiento tardío, o su unión será sin amor... Nos hallamos ante una «tendencia» que permite sin duda asignar una dirección a la existencia, pero cuya plasticidad encierra varias salidas posibles, diversas fórmulas vecinas. Falta, pues, efectuar una estimación de experto, pero sería muy imprudente quien pretendiera fijar el cuadro rígido de un destino.

Esto muestra que no son los *acontecimientos* como tales (boda, viudedad, etc.) los que están indicados o contenidos en el tema, sino solamente las *tendencias psicológicas* que sostienen, motivan y suscitan estos acontecimientos. Todo sucede como si, en frente de la

configuración, existiera inmediatamente un *estado humano*. tendencia psíquica, rasgo de carácter, mecanismo de comportamiento, conducta... y solamente a continuación un destino posible y probable, por ser consecuente, estando el destino astrológico adyacente a este interno humano que está frente a frente del externo astronómico.

Así, pues, el hecho astrológico es en su misma esencia un hecho psicológico; es la expresión de un fenómeno *afectivo*. Es por esto que el tema sólo indica la tonalidad afectiva que envuelve al acontecimiento vivido, que hay que adivinar más o menos, o en todo caso interpretar más o menos arbitrariamente. Es por esto también que el pronóstico debe *siempre* emplazarse en el plano interior, no formularlo en términos de acontecimientos exteriores al sujeto, sino en el- vocabulario de lo que siente y experimenta. Zenón dijo que no son las cosas las que nos afectan, sino el sentimiento que tenemos de ellas, y es este sentimiento — y él únicamente — lo que nosotros vemos.

Ya pueden verse qué límites hay que asignar al pronóstico astrológico. Desde el momento en que detectamos solamente una tendencia afectiva, seguimos una acción, un verbo, por lo demás activo o pasivo, y por consiguiente, una sensibilidad o un sentimiento. Pero *el objeto de esta tendencia ¿se nos escapa completamente!* Por lo demás, esto está conforme con la noción psicoanalítica del desplazamiento afectivo, según la cual la tendencia tiene preferencia por ciertos objetos, en función de un destino á veces natural (atracción erótica del hombre hacia la mujer), pero puede dirigirse a otros objetos por desviación (atracción erótica homosexual), por retroceso (onanismo, fetichismo...), por sublimación (arte).

La mayoría de las veces, cuando la tendencia es precisa y específica, *su ponemos* el objeto; es así como una corriente venusiana, que se presente entre los 20 y 30 años, es en la mayoría de los casos un enamoramiento ordinario. Pero llega el caso en que se asiste a un desplazamiento. Tal pasión amorosa anunciada resulta ser finalmente una pasión no menos intensa por la música, con la formación febril de una discoteca, una admiración casi amorosa por el «cuatro caballos» recientemente adquirido, o simplemente el acceso tan anhelado a una especie de paz interior a consecuencia de la supresión de un obstáculo a la felicidad... Pero aun en el caso de que existan razones para estar seguro de que, dada la naturaleza profunda del sujeto esta corriente venusiana corresponderá a una pasión amorosa al abrigo de retrocesos y represiones, no es posible precisar a quién amará el sujeto. Venus es el verbo amar y el sujeto amará. Pero ¿a quién? ¿A cierra persona ya conocida entre varias que atraen su simpatía? ¿A una persona desconocida que ha de presentarse? ¿Una morena? ¿una rubia?... Quizá cuando el sujeto llegue a la ocasión de la corriente venusiana, sus sentimientos se precisarán y se dirigirán hacia el objeto elegido. A partir de este momento, la comparación de los temas del sujeto y del objeto presumido puede proporcionar preciosas indicaciones, pero no da todavía la *certeza* de que es «él». Entrando en las finuras de la técnica, usando los bramantes del oficio, podemos «presentir» este objeto desconocido, pero siempre sin certeza, y aún estamos lejos de presentarlo siempre.

La reina Catalina de Médicas cuenta una anécdota, tras saber por un astrólogo que ella moriría bajo el signo de San Germán, abandonó la construcción del Louvre que ella había hecho emprender, pues su emplazamiento está situado en el territorio de la parroquia de Saint Germán l'Auxerrois. Pero en el momento de su muerte supo que el sacerdote que le administró los últimos sacramentos se llamaba Saint Germán.

Se sabe también la sabrosa historia contada por un f avalida: un hombre resulta, según su horóscopo, estar amenazado por los leones; él evita cuidadosamente aproximarse a las fieras; pero un día, al entrar al *Albergue del Lion D'Ors*, le cayó encima el cartel del establecimiento (el León de Oro). Naturalmente, La Font aine no tuvo en cuenta que, queriendo ridiculizar la astrología, expresaba su valor simbólico. ¡Qué importa cuál sea el objeto ejecutor del destino, que esté hecho de carne o de hierro blanco, si el símbolo que actúa tras la envoltura sensible muestra su potencia de realización! Esta precisión sitúa

inmediatamente la crítica que, recurre al ejemplo del anciano víctima de la piel de naranja. Existen incontestablemente «instrumentos del destino», que sirven de intérpretes al despliegue de un mecanismo interno, y los psicoanalistas proclaman de su parte que la tendencia en acción encuentra ordinariamente el concurso de circunstancias que le permiten jugar su parte, como si las crease, conscientemente o no. En función de esta tendencia, al hallarnos en el lugar preciso, en el momento dado, enfrente del encuentro que nos será benéfico o fatal, parece. que obedecemos a un instinto profundo, a un juego oscuro y preciso de afinidades misteriosas, pero reales. Pero estos «instrumentos del destino» se nos escapan habitualmente; pertenecen al mundo del objeto, que somos incapaces, en gran parte, de descubrir.

Aun puede suceder que esta misma tendencia no conduzca a ningún acontecimiento, por diversas razones, inhibición, introversión, esquizoide.... Es éste un punto delicado: no siempre se sabe si la corriente de la configuración se expresará por un hecho exterior, un «acontecimiento». Es que no hay solamente acontecimientos «exteriores», es decir, visibles para todos y en cierto modo objetivados. La tendencia afectiva puede muy bien no salir del sujeto y contentarse con una satisfacción larvada, puramente subjetiva e interior o iluminar lo que llamamos el hombre interior, multiplicar su radiación, su iluminación, su conocimiento. Así es como una corriente puede dar un acontecimiento, un estado de ánimo o un estado de conciencia, que son también, en un sentido, acontecimientos.

Nuestro tránsito venusiano aporta en general un acontecimiento afectivo, amoroso, familiar, amistoso, pero puede también dar en ciertos casos un simple estado de ánimo formado de bienestar, de simpatía, aunque sin motivo aparente, o incluso una corriente de conciencia orientada hacia lo bello, lo agradable, lo fácil, lo placentero. Se ve, pues, cuán problemática es la posición del astrólogo que anuncia un *hecho* «objetivo»; este hecho presumido es probable, pero no cierto. Pero si, como ya hemos dicho, la configuración se interpreta en el plano del estado interior, de la actitud afectiva del sujeto, no hay peligro de equivocación. Así, podremos adelantar, que esta corriente venusiana se traducirá, durante el tiempo que durará, por un «clima» de bienestar, de satisfacción, de euforia, de sensibilidad aumentada, probablemente también de suavidad y de afección, de contentamiento estético; y es lícito añadir: probablemente se producirán acontecimientos concomitantes en relación con este clima feliz, y lo justificarán objetivamente (enlace, «*flirt*», contemplación artística, etc.).

Se ve, pues, que en defecto de una certeza concerniente al *objeto* de la tendencia, hay que contentarse con enunciar, con Choissnard, que para la astrología «el porvenir está dispuesto con antelación, pero en su esencia y no en su forma».

Así, pues, ante un pronóstico bien formulado el individuo se encuentra como en presencia de un *marca a llenar* o de un papel a desempeñar. El diagnóstico astrológico es, por tanto, el mejor soporte para un autoanálisis constructivo. Desde aquel momento- es preciso de todos modos vivir la tendencia, pero nos queda una relativa libertad para expresarla bien o mal, para comprenderla o equivocarla, para degradarla o sublimarla. Los estoicos afirmaban que en el mundo somos actores de una comedia de la vida; no nos cabe elegir el papel, pero se nos ha dejado toda libertad para representarla bien.

De esto resulta que la ecuación astrológica comporta necesariamente toda una gama de soluciones, expresiones del libre albedrío y quizá también de un determinismo que el tema no refleja para el astrólogo: «Un horóscopo no proporciona ninguna precisión cuantitativa. Es como el plano de un edificio que se ha dibujado sin indicar la escala ni los materiales que servirán para la construcción. ¿Será este edificio una casa de muñecas o un palacio de un príncipe? ¿Será construido en cartón o en bloques de mármol? ¿Será acabado o quedará en el estado infausto de una cantera abandonada? Nada sabemos de ello. Sólo conocemos la idea del arquitecto, las proporciones, la economía general de la obra» (1).

Baste pensar que cierto número de individuos tuvieron el mismo tema que Goethe, pero sólo ha existido un -Goethe. No obstante, en estos «gemelos ante los astros» debería encontrarse la misma dialéctica Sol-Luna-Saturno, sólo que expresada de un modo menos rico que en Goethe.

El índice particular, dentro de cada tema, de esta pobreza o riqueza relativas, se le escapa al astrólogo. Sin duda este índice figurará también en algún aspecto, pero-un aspecto más profundamente oculto, que pone en juego el nivel, la riqueza de percepción y de vida interior del mismo astrólogo, que lo detecta o no. Aquí no es ya la astrología la que entra en juego, sino el astrólogo. Así sucede también en todas las ciencias del hombre, en que al final el sabio se vuelve más significativo que su ciencia.

Lo que ve el astrólogo es, pues, en general el plan rudimentario y el cuadro general de la construcción del individuo, y si él da de ello un retrato al nivel del promedio, en el debe reconocerse el sujeto, pero el tejido espiritual y el genio, no los puede revelar ningún cálculo astrológico-trivial.

UTILIDAD DE LA ASTROLOGIA.

Dicho esto, es preciso reconocer que la astrología no-tiene en modo alguno el carácter deprimente que le atribuyen los adversarios ignorantes o de mala fe. No olvidemos que formó cuerpo con el antiguo dibujo que representaba el porvenir del hombre como un triángulo, uno de cuyos lados simboliza lo determinado, el otro el libre albedrío y el tercero la gracia. Al hacer un horóscopo no se da un porvenir inevitable, sino en realidad *el cuadro de nuestro mundo interior y de Su posible devenir*. El fatalismo presuntuoso y primitivo de una astrología decadente, nacido, según muchas concepciones, de los estoicos, de los progresos alejandrinos y mayormente del Islam, del *mektoub* musulmán, ha prescrito, y hoy el astrólogo ya no se asemeja en nada a una Casandra condenada a descubrir la trágica impotencia de los hombres.

¿Qué utilidad práctica tendría entonces un horóscopo, si el acontecimiento previsto debiera producirse infaliblemente, tanto en lo referente a la fecha como a la calidad y cantidad del hecho? Un horóscopo de este tipo únicamente serviría para satisfacer la curiosidad morbosa del consultante, a quien el único consejo que podría dársele sería ¡gozar todo lo posible de la vida y pensar en la salud del alma en la hora de la muerte! Toda la práctica astrológica niega esta opinión, comenzando por la astro-médica que aspira a mejores cuidados. Los astrólogos del Renacimiento ya se apartaron del papel clásico de adivino que les asignaba su función para asumir el papel de consejeros. No se les pedía consultas de tipo moral o filosófico, debido a estar la sociedad de aquella época más polarizada hacia la acción que hacia el pensamiento. Si hubo príncipes como Wallenstein que se anexionaron un astrólogo a su persona, no fue ni para tener un cortesano-más, ni para conocer la fecha de su futura derrota, sino para evitar el ser derrotados. El porvenir aparecía al consultado y al consultante como una especie de curso de agua, cuyo itinerario previsible podía ser desviado mediante un adecuado esfuerzo, siguiendo el proverbio de que hombre prevenido vale por dos. Ya se imaginaba que podía pesarse a través de las mallas de la red de la mala suerte y se pedía al astrólogo que usara de astucia con el - destino, mientras las enseñanzas de la previsión permitieron, al menos en ciertas circunstancias, desviar el curso de - un destino nefasto. Un astrólogo contemporáneo ha sistematizado este pensamiento con esta graciosa ocurrencia.: «La finalidad de la astrología es hacerle decir mentiras.»

No obstante, hay que reconocer que aún no hemos llegado a este estado. Lo que el astrólogo descifra es una oportunidad que puede presentar como propicia o funesta, oportunidad que fija sobre cierto período de tiempo, por ejemplo un año, cuando se trata de un cambio capital; también puede dar, durante estos meses críticos, ciertas fechas precisas en que el acontecimiento puede producirle, pero no hay certeza en esta precisión. Por otra parte, a la imprecisión del tiempo se añade la de la interpretación del hecho, que no se presenta en su forma, ni en sus apariencias e incidencias, sino como un extracto de un hecho despojado de su aspecto histórico. Lo más frecuente es que el pronóstico se limite a una conjetura favorable o desfavorable, cuyo dominio se precisa: familiar, financiero, conyugal..., pero sin ir más lejos. Es difícil defenderle eficazmente de un porvenir presentado tan - esquemáticamente y de un modo tan abstracto, en cierto modo como en un mundo de principios, simbólico y no formal. El consultante -interpreta a su vez - la interpretación del consultado; se espera un acontecimiento, se presenta otro distinto que no se había previsto.

Un amigo mío planteó un día un problema: «¿Debo invertir capital en el negocio X o es mejor que me retire de él?» Examinamos su caso y comprobamos que el momento no era propicio para las realizaciones materiales, pues la situación del consultante estaba próxima a una crisis. Según esto, desaconsejamos la inversión precisando el motivo. Algún tiempo más tarde nuestro amigo deja el -negocio, que pronto experimentó una gran prosperidad...

El pronóstico se había cumplido, y, sin embargo, el consejo fue malo: nosotros mismos fuimos los artífices de este fracaso. No habíamos podido saber si el período crítico debía afrontarse activamente, con osadía, o pasivamente, dejando -pasar la ocasión. El «destino» había sido más astuto.

Hubiera sido preciso exigir el tema del negocio en cuestión o al menos de los demás dirigentes o participantes en él. la astrología hay que tomarla siempre en un flujo de imbricaciones sin fin. Su información jamás es acabada.

Pero es precisamente esta falta de acabamiento la que da ocasión a la meditación más profunda que permite la astrología. Pues este inacabamiento implica una elevación progresiva, asintótica hacia el acabamiento. Enseña tanto al consultante como al consultado la conveniencia de una humildad constructiva, no negativa, en el sentido de que no se alimenta de un sentimiento de impotencia ante la imposibilidad del conocimiento, sino por el contrario de un sentimiento de participación en un conocimiento Sin límites y siempre abierto al hombre de buena fe. Este es el nombre que damos al que hace de este conocimiento el principal asunto de su vida y que bajo él *afronta* los pretendidos acontecimientos «exteriores», el que «posee» el acontecimiento en lugar de estay poseído por éste,

Por lo demás, la astrología se presenta aquí en su plena apariencia de disciplina iniciática. Más que cualquier otra ciencia, ella exige para ser comprendida una meditación sobre el problema del destino; exige, para no ser una simple técnica materialista, que este destino sea comprendido como una emanación del ser profundo, no pudiendo entonces concebirse ningún cambio de existencia si no corre parejas con una transformación de la personalidad.

«En efecto, no es de la noche a la mañana, ni por un cálculo, ni para evitar algún accidente celeste, que se modifica un clima psíquico que nos vuelve particularmente vulnerables a cierta constelación disonante o a un determinado tránsito potente. Este mal que se anuncia para mañana se vino preparando desde lejos, en vuestro interior, con vuestra tácita complicidad, y es desde largo tiempo que había que prepararse para amortiguar la fatal apariencia» (1) No es cuando el sujeto se debate angustiosamente entre las garras de su destino cuando se le puede aconsejar eficazmente. En cambio, diez años antes un astrólogo experto, un *alter ego*, hubiera podido más fácilmente mostrarle el camino que le permitía salir de la estrecha esfera que hoy le ahoga. Los signos permanecen exteriores a los sujetos ignorantes, y

se interiorizan para los otros. «Muéstranos signos», decía la multitud a Jesús. Para el que sabe ver todo es signo, pero ante todo signo del universo exterior.

(1) Obra cit., Cap. II

Sólo en la esfera demasiado estrecha de la materialidad exterior los signos adquieren su significado anunciador maléfico, siempre subjetivo, mientras que en una esfera ensanchada, renovada, sublimizada, el mismo aspecto habría tomado, siempre subjetivamente, pero en una subjetividad trascendental y no ingenua, un sentido trascendente, neutro o incluso benéfico, el de un enriquecimiento espiritual, por ejemplo, incluso en medio de un empobrecimiento material que entonces se vuelve diferente.

Aparece así claramente que el astrólogo no puede elevarse a una interpretación «objetiva» suficientemente precisa del «hecho» si no es capaz de entrar en esta esfera de la intersubjetividad, donde las relaciones entre consultante y consultado son las de maestro a discípulo, sin que nunca se sepa muy bien quién es el discípulo y quién el maestro, siendo aquí los dos polos subjetivos de la experiencia astrológica recíprocamente beneficiarios el uno del otro y aclarándose el uno al otro en un adelantamiento final de la astrología por sí misma. Y este adelantamiento significa que los planetas mismos y sus aspectos ven su significación enriquecida y renovada. Los astros «actúan» sobre nosotros y nosotros «actuamos» sobre los astros. Esta toma de conciencia progresiva, perpetuamente integrante, es el problema mayor del astrólogo. Este no recibe su ciencia como un código *ni varietal* de recetas, como un diccionario de aspectos. El problema de la astrología es ciertamente desarrollar al máximo este diccionario. Pero la astrología no es nada si al mismo tiempo no es capaz de hacer del astrólogo un hombre que vive en la fraternidad real con los otros hombres.

CAPITULO IX

EL HOROSCOPO

Pues si, como afirma la astrología, los astros fueran un factor no despreciable para la personalidad de cada hombre, si interviniesen, *aunque fuese débilmente*, en la formación de sus caracteres corporales o espirituales, en cooperación con otros mil factores de su destino (herencia, ambiente, azares...), sería ésta una propiedad de un valor incalculable. Podría intentarse sacar partido de ella para el bienestar de la Humanidad.

PAUL COUDERC, *L'Astrologie*, p. 76.

En fin de cuentas, lo importante es saber lo que puede aportar prácticamente la astrología. Entre la trivialidad poco comprometedora, la ambigüedad propicia a los astutos y el descubrimiento del número premiado, prometido por el charlatán, pasando por la solución propuesta por el sentido común.. hay lugar para todas las fórmulas. Pero antes de definir el alcance del diagnóstico astrológico, conviene saber en qué condiciones puede ser formulado.

En efecto, existen dos modos de aplicarlo, según que se sea escéptico (o simplemente curioso) o, por el contrario, convencido.

COMO TRABAJA EL ASTROLOGO.

Para el escéptico, no hay que darle al astrólogo informaciones que podrían servir de índices reveladores. Este tipo de «cliente» comunica únicamente sus datos de nacimiento y su sexo, y el astrólogo ignora todo lo demás. Lo que tal clase de horóscopo puede proporcionar es la mayoría de las veces un retrato del carácter y del destino en el cual el cliente debe

reconocerse, pero que no le enseña gran cosa de nuevo. Si hay que profundizar el análisis, precisa. entonces extender el retrato sobre una gama de posibles, sin saber sobre qué nota particular conviene hacer hincapié. En efecto, el tema no lo indica todo, como ya sabemos; la dimensión de la persona, el nivel del hombre y de su destino escapan a esta investigación. Por ello en nuestro retrato habría que concebir un plano inferior, un plano medio y un plano superior, estando fuera de la casualidad del determinismo astral el «grado de evolución» intelectual y espiritual. Por tanto, de este modo sólo obtenemos un trabajo inacabado y limitado.

Para el horóscopo del cliente convencido, la posición es completamente distinta desde el comienzo. Tal tipo de cliente no tiene por qué plantear adivinanzas al práctico. Este último es como el médico: sería ridículo el enfermo que, sin explicar nada al doctor, dijera: «Doctor, dígame qué padezco.» El paciente debe ayudar al médico para sentar el diagnóstico, y es sobre esta colaboración inteligente que puede establecerse una terapéutica saludable. El astrólogo que respeta su arte no intenta «deslumbrar» a su cliente; es un técnico que se valdrá de todas las técnicas y no dudará, por ejemplo, en tomar una foto o un manuscrito en su esfuerzo por establecer contacto directo con el «consultante». Le pedirá siempre que aporte una serie de fechas de acontecimientos pasados de su existencia, con el fin de comprobar y en su caso rectificar, la hora natal facilitada, que es siempre aproximada, y además para ver cómo su cliente ha reaccionado ya frente a ciertas configuraciones. A continuación le pide le explique sus problemas, sus preocupaciones, sus esperanzas, sus proyectos para el futuro, sus aprensiones. Busca, en una palabra, entrar en posesión de todo un expediente, que sirva de balance de toda la vida transcurrida de su cliente; esto le ahorra esfuerzos inútiles: lo que desea el consultante es «aprender», saber lo que él no ha podido percibir de las oscuridades de su naturaleza, lo que él no puede conocer por sí mismo de su destino. Para el práctico, Ha tarea ya está preparada; provisto de estas informaciones, ya puede entrar en la precisión y ver el «caso» en su aspecto concreto.

Hubo un tiempo en que el astrólogo estaba ligado a una familia y podía seguir a los sujetos, cuyas menores reacciones conocía. Esta intimidad no es más sorprendente que la de los pintores con su obra, cuando pasaban su vida entera en la decoración de un monumento o de un palacio. Con ello la eficacia del práctico aumentaba sin duda, pero en aquella edad de oro de la astrología, tener su horóscopo hecho por un maestro equivalía a poseer su retrato pintado por Rembrandt.

Después de haber fijado las condiciones en que trabaja el astrólogo, ya podemos analizar ahora la esencia del diagnóstico y del pronóstico astrológico.

POSIBILIDADES DE LA ASTROLOGIA.

Por de pronto, en lo que concierne a la parte psicológica, la ambición del astrólogo puede ser bastante grande. El ve mucho más el fondo que la superficie del carácter, e incluso a menudo le es difícil enumerar las cualidades y los defectos visibles del sujeto. Ciertamente, si se lo propone puede hacer esta descripción de los rasgos del carácter que se considera la meta del análisis psicológico. Pero en realidad puede mucho más fácilmente ir más allá y, si dispone de una preparación psicológica, «explicar» ese carácter. Puesto que lo que tiene ante sus ojos es el retrato de la constitución profunda del individuo, de aquellas leyes internas y. fuerzas fundamentales que predisponen a todo hombre a tener una determinada actitud con preferencia a otra. ¿ De qué sirve decir a una persona, que es plenamente consciente de ello, que es demasiado reservada y alimenta escrúpulos quizás excesivos? Mucho más interesante es seguir los hilos interiores que condicionan este comportamiento y explicar a dicha persona por qué es reservada y excesivamente escrupulosa. Esta explicación de la personalidad y de

sus problemas es seguramente más fecunda y provechosa, sobre todo si el práctico llega verdaderamente, como la astrología le permite, a la estructura de la célula individual.

Después del diagnóstico de la personalidad viene el pronóstico del destino. Para saber lo que vale este último, conviene situar al sujeto en su verdadero terreno, que es el de la psicología misma. No hay, en efecto, ninguna diferencia entre el ser y su devenir; las *mismas con figuraciones* señalan la personalidad y la existencia. Tanto es así que, según la teoría astrológica, el destino es la expresión de la naturaleza profunda, ligado a ello por una estrecha dependencia, lo que confirma una vez más el psicoanálisis.

El estudio astrológico del destino no debe, pues, concebirle como un plan determinado por el cual los astros impondrían un destino al hombre. Es necesario considerar este plan como dependiente en su desarrollo de una correlación permanente entre el carácter profundo y el destino. El «destino» aquí invocado es sólo la actualización, la concretización, al mismo tiempo que la proyección, de la personalidad que construye su propia vida según un plan cuyo arquitecto es el individuo mismo. Se trata, para el astrólogo, de deslindar este plan que mora en general inconsciente para su autor, así como «erigir el destino» es al mismo tiempo «liberar al individuo» en sus actos, que sea en ellos activo y pasivo, emisor o receptor. Este plan define una estructura de la existencia superpuesta a la de la personalidad. Así, Saturno, que ordinariamente designa, cuando es disonante, una inhibición, un freno interior, expresa en el plano de la existencia un obstáculo, una parálisis, un impedimento, un fracaso subjetivamente sentido como tal. Si este Saturno está situado en el Sector II, la dificultad se presentará en el plano financiero, falta de una fácil adaptación para construir su vida material. Si está situado en el sector XI, entonces, el sujeto, demasiado ávido y exigente con sus amigos, será puesto a prueba en el dominio de las relaciones humanas y será desgraciado con sus amistades. El obstáculo se dejará sentir en la vida familiar si el astro está en el sector IV; en la vida conyugal si está en el VII..... Mientras que en estos mismos sectores, el expansivo y liberal Júpiter, sobre todo si está bien configurado, dará todo lo contrario... Así es como están repartidas nuestras potencias internas en los diferentes departamentos de la existencia y como se presentan nuestros «climas» particulares: suerte en amor, infortunio en dinero, alegrías con las amistades, deberes profesionales, etcétera. Es un hecho que tenemos facilidades bastante constantes en ciertas direcciones de la existencia en que todo suele irnos bien, mientras que encontramos trabas también regulares en otro terreno. Este plan es el que pone de relieve la fisonomía del tema y el que permite computar nuestra buena o mala suerte en los diferentes dominios de la existencia, al mismo tiempo que descubre, aquí y allá, los papeles que, inconscientemente y a menudo involuntariamente, estamos llevados a representar.

Estando ya dibujada la estática del tema, falta sólo presentar el desarrollo dinámico del mismo, es decir, fijar las ocasiones de los acontecimientos a través de las edades de la vida. No es cuestión de pretender descubrir todos los acontecimientos del destino ni mucho menos deslindar todo el pintoresquismo histórico. El esfuerzo del astrólogo apunta más a discernir los aspectos más importantes para presentar un «panorama» de la existencia en su desenvolvimiento, a captar al individuo en su evolución, en sus fases de desarrollo, de crecimiento, de realización, de crisis y de regresión. No se puede tener la pretensión charlatanes de «decir lo que pasará», pero se puede esperar situar épocas, períodos felices o desgraciados, definiendo su carácter psicológico y esforzándose, si es posible (si se conoce la vida del sujeto) en traducir estas corrientes bajo el aspecto de su cristalización en acontecimientos. Es posible, por ejemplo, decir que el período de 1956, particularmente el primer semestre, presenta una importante época venusiana y que en ella tenderá a presentarse un episodio sentimental feliz; comienzo de relaciones si el sujeto es soltero sin relaciones; estabilización o boda si existe ya una relación sentimental...

LIMITES DE LA ASTROLOGIA

Pero tanto si se trata de juzgar los medios de realización de una tendencia profunda en un determinado dominio de la existencia, o de fijar el acontecimiento que surgirá en cierto momento, volvemos a encontrar la misma *materia* psicológica.

Así, Saturno en el sector VII puede aportar una serie de situaciones: celibato, matrimonio tardío, unión sin amor, matrimonio desgraciado, viudedad, etc. Estas situaciones tienen un punto común a pesar de su aparente diversidad: expresan la misma tonalidad general, una restricción o un infortunio (Saturno) anexo al problema del matrimonio (VII). Sin duda, siguiendo la posición particular de este Saturno (signo, espectros...) puede imponerse una solución de preferencia que otra. Pero entramos aquí en lo relativo, y a partir de esta diferenciación en el interior del mismo dato básico ya no hay *regla fija* que permite afirmar: usted quedará soltero, o hará un casamiento tardío, o su unión será sin amor... Nos hallamos ante una «tendencia» que permite sin duda asignar una dirección a la existencia, pero cuya plasticidad encierra varias salidas posibles, diversas fórmulas vecinas. Falta, pues, efectuar una estimación de experto, pero sería muy imprudente quien pretendiera fijar el cuadro rígido de un destino.

Esto muestra que no son los *acontecimientos* como tales (boda, viudedad, etc.) los que están indicados o contenidos en el tema, sino solamente las *tendencias psicológicas* que sostienen, motivan y suscitan estos acontecimientos. Todo sucede como si, en frente de la configuración, existiera inmediatamente un *estado humano*. tendencia psíquica, rasgo de carácter, mecanismo de comportamiento, conducta... y solamente a continuación un destino posible y probable, por ser consecuente, estando el destino astrológico adyacente a este interno humano que está frente a frente del externo astronómico.

Así, pues, el hecho astrológico es en su misma esencia un hecho psicológico; es la expresión de un fenómeno *afectivo*. Es por esto que el tema sólo indica la tonalidad afectiva que envuelve al acontecimiento vivido, que hay que adivinar más o menos, o en todo caso interpretar más o menos arbitrariamente. Es por esto también que el pronóstico debe *siempre* emplazarse en el plano interior, no formularlo en términos de acontecimientos exteriores al sujeto, sino en el- vocabulario de lo que siente y experimenta. Zenón dijo que no son las cosas las que nos afectan, sino el sentimiento que tenemos de ellas, y es este sentimiento — y él únicamente — lo que nosotros vemos.

Ya pueden verse qué límites hay que asignar al pronóstico astrológico. Desde el momento en que detectamos solamente una tendencia afectiva, seguimos una acción, un verbo, por lo demás activo o pasivo, y por consiguiente, una sensibilidad o un sentimiento. Pero *el objeto de esta tendencia ¿se nos escapa completamente!* Por lo demás, esto está conforme con la noción psicoanalítica del desplazamiento afectivo, según la cual la tendencia tiene preferencia por ciertos objetos, en función de un destino á veces natural (atracción erótica del hombre hacia la mujer), pero puede dirigirse a otros objetos por desviación (atracción erótica homosexual), por retroceso (onanismo, fetichismo...), por sublimación (arte).

La mayoría de las veces, cuando la tendencia es precisa y específica, *su ponemos* el objeto; es así como una corriente venusiana, que se presente entre los 20 y 30 años, es en la mayoría de los casos un enamoramiento ordinario. Pero llega el caso en que se asiste a un desplazamiento. Tal pasión amorosa anunciada resulta ser finalmente una pasión no menos intensa por la música, con la formación febril de una discoteca, una admiración casi amorosa por el «cuatro caballos» recientemente adquirido, o simplemente el acceso tan anhelado a una especie de paz interior a consecuencia de la supresión de un obstáculo a la felicidad... Pero aun en el caso de que existan razones para estar seguro de que, dada la naturaleza profunda del sujeto esta corriente venusiana corresponderá a una pasión amorosa al abrigo de

retrocesos y represiones, no es posible precisar a quién amará el sujeto. Venus es el verbo amar y el sujeto amará. Pero ¿a quién? ¿A cierra persona ya conocida entre varias que atraen su simpatía? ¿A una persona desconocida que ha de presentarse? ¿Una morena? ¿una rubia?... Quizá cuando el sujeto llegue a la ocasión de la corriente venusiana, sus sentimientos se precisarán y se dirigirán hacia el objeto elegido. A partir de este momento, la comparación de los temas del sujeto y del objeto presumido puede proporcionar preciosas indicaciones, pero no da todavía la *certeza* de que es «él». Entrando en las finuras de la técnica, usando los bramantes del oficio, podemos «presentir» este objeto desconocido, pero siempre sin certeza, y aún estamos lejos de presentarlo siempre.

La reina Catalina de Médicas cuenta una anécdota, tras saber por un astrólogo que ella moriría bajo el signo de San Germán, abandonó la construcción del Louvre que ella había hecho emprender, pues su emplazamiento está situado en el territorio de la parroquia de Saint Germán l'Auxerrois. Pero en el momento de su muerte supo que el sacerdote que le administró los últimos sacramentos se llamaba Saint Germán.

Se sabe también la sabrosa historia contada por un favalista: un hombre resulta, según su horóscopo, estar amenazado por los leones; él evita cuidadosamente aproximarse a las fieras; pero un día, al entrar al *Albergue del Lion D'Ors*, le cayó encima el cartel del establecimiento (el León de Oro). Naturalmente, La Font aine no tuvo en cuenta que, queriendo ridiculizar la astrología, expresaba su valor simbólico. ¡Qué importa cuál sea el objeto ejecutor del destino, que esté hecho de carne o de hierro blanco, si el símbolo que actúa tras la envoltura sensible muestra su potencia de realización! Esta precisión sitúa inmediatamente la crítica que, recurre al ejemplo del anciano víctima de la piel de naranja. Existen incontestablemente «instrumentos del destino», que sirven de intérpretes al despliegue de un mecanismo interno, y los psicoanalistas proclaman de su parte que la tendencia en acción encuentra ordinariamente el concurso de circunstancias que le permiten jugar su parte, como si las crease, conscientemente o no. En función de esta tendencia, al hallarnos en el lugar preciso, en el momento dado, enfrente del encuentro que nos será benéfico o fatal, parece. que obedecemos a un instinto profundo, a un juego oscuro y preciso de afinidades misteriosas, pero reales. Pero estos «instrumentos del destino» se nos escapan habitualmente; pertenecen al mundo del objeto, que somos incapaces, en gran parte, de descubrir.

Aun puede suceder que esta misma tendencia no conduzca a ningún acontecimiento, por diversas razones, inhibición, introversión, esquizoide.... Es éste un punto delicado: no siempre se sabe si la corriente de la configuración se expresará por un hecho exterior, un «acontecimiento». Es que no hay solamente acontecimientos «exteriores», es decir, visibles para todos y en cierto modo objetivados. La tendencia afectiva puede muy bien no salir del sujeto y contentarse con una satisfacción larvada, puramente subjetiva e interior o iluminar lo que llamamos el hombre interior, multiplicar su radiación, su iluminación, su conocimiento. Así es como una corriente puede dar un acontecimiento, un estado de ánimo o un estado de conciencia, que son también, en un sentido, acontecimientos.

Nuestro tránsito venusiano aporta en general un acontecimiento afectivo, amoroso, familiar, amistoso, pero puede también dar en ciertos casos un simple estado de ánimo formado de bienestar, de simpatía, aunque sin motivo aparente, o incluso una corriente de conciencia orientada hacia lo bello, lo agradable, lo fácil, lo placentero. Se ve, pues, cuán problemática es la posición del astrólogo que anuncia un *hecho* «objetivo»; este hecho presumido es probable, pero no cierto. Pero si, como ya hemos dicho, la configuración se interpreta en el plano del estado interior, de la actitud afectiva del sujeto, no hay peligro de equivocación. Así, podremos adelantar, que esta corriente venusiana se traducirá, durante el tiempo que durará, por un «clima» de bienestar, de satisfacción, de euforia, de sensibilidad aumentada, probablemente también de suavidad y de afección, de contentamiento estético; y

es lícito añadir: probablemente se producirán acontecimientos concomitantes en relación con este clima feliz, y lo justificarán objetivamente (enlace, «*flirt*», contemplación artística, etc.).

Se ve, pues, que en defecto de una certeza concerniente al *objeto* de la tendencia, hay que contentarse con enunciar, con Choisnard, que para la astrología «el porvenir está dispuesto con antelación, pero en su esencia y no en su forma».

Así, pues, ante un pronóstico bien formulado el individuo se encuentra como en presencia de un *marca a llenar* o de un papel a desempeñar. El diagnóstico astrológico es, por tanto, el mejor soporte para un autoanálisis constructivo. Desde aquel momento- es preciso de todos modos vivir la tendencia, pero nos queda una relativa libertad para expresarla bien o mal, para comprenderla o equivocarla, para degradarla o sublimarla. Los estoicos afirmaban que en el mundo somos actores de una comedia de la vida; no nos cabe elegir el papel, pero se nos ha dejado toda libertad para representarla bien.

De esto resulta que la ecuación astrológica comporta necesariamente toda una gama de soluciones, expresiones del libre albedrío y quizá también de un determinismo que el tema no refleja para el astrólogo: «Un horóscopo no proporciona ninguna precisión cuantitativa. Es como el plano de un edificio que se ha dibujado sin indicar la escala ni los materiales que servirán para la construcción. ¿Será este edificio una casa de muñecas o un palacio de un príncipe? ¿Será construido en cartón o en bloques de mármol? ¿Será acabado o quedará en el estado infausto de una cantera abandonada? Nada sabemos de ello. Sólo conocemos la idea del arquitecto, las proporciones, la economía general de la obra» (1).

(1) Cyrillic Wilczkowski, *L'Homme et le Zodiaque*, p. 26 (ed. Du Griffon D'Ors), 1947

Baste pensar que cierto número de individuos tuvieron el mismo tema que Goethe, pero sólo ha existido un -Goethe. No obstante, en estos «gemelos ante los astros» debería encontrarse la misma dialéctica Sol-Luna-Saturno, sólo que expresada de un modo menos rico que en Goethe.

El índice particular, dentro de cada tema, de esta pobreza o riqueza relativas, se le escapa al astrólogo. Sin duda este índice figurará también en algún aspecto, pero-un aspecto más profundamente oculto, que pone en juego el nivel, la riqueza de percepción y de vida interior del mismo astrólogo, que lo detecta o no. Aquí no es ya la astrología la que entra en juego, sino el astrólogo. Así sucede también en todas las ciencias del hombre, en que al final el sabio se vuelve más significativo que su ciencia.

Lo que ve el astrólogo es, pues, en general el plan rudimentario y el cuadro general de la construcción del individuo, y si él da de ello un retrato al nivel del promedio, en el debe reconocerse el sujeto, pero el tejido espiritual y el genio, no los puede revelar ningún cálculo astrológico-trivial.

UTILIDAD DE LA ASTROLOGIA.

Dicho esto, es preciso reconocer que la astrología no-tiene en modo alguno el carácter deprimente que le atribuyen los adversarios ignorantes o de mala fe. No olvidemos que formó cuerpo con el antiguo dibujo que representaba el porvenir del hombre como un triángulo, uno de cuyos lados simboliza lo determinado, el otro el libre albedrío y el tercero la gracia. Al hacer un horóscopo no se da un porvenir inevitable, sino en realidad *el cuadro de nuestro mundo interior y de Su posible devenir*. El fatalismo presuntuoso y primitivo de una astrología decadente, nacido, según muchas concepciones, de los estoicos, de los progresos alejandrinos y mayormente del Islam, del *mektoub* musulmán, ha prescrito, y hoy el astrólogo

ya no se asemeja en nada a una Casandra condenada a descubrir la trágica impotencia de los hombres.

¿Qué utilidad práctica tendría entonces un horóscopo, si el acontecimiento previsto debiera producirse infaliblemente, tanto en lo referente a la fecha como a la calidad y cantidad del hecho? Un horóscopo de este tipo únicamente serviría para satisfacer la curiosidad morbosa del consultante, a quien el único consejo que podría dársele sería ¡ gozar todo lo posible de la vida y pensar en la salud del alma en la hora de la muerte! Toda la práctica astrológica niega esta opinión, comenzando por la astro-médica que aspira a mejores cuidados. Los astrólogos del Renacimiento ya se apartaron del papel clásico de adivino que les asignaba. su función para asumir el papel de consejeros. No se les pedía consultas de tipo moral o filosófico, debido a estar la sociedad de aquella época más polarizada hacia la acción que hacia el pensamiento. Si. hubo príncipes como Wallenstein que se anexionaron un astrólogo a su persona, no fue ni para tener. un cortesano-más, ni para conocer la fecha de su futura derrota, sino para evitar el ser derrotados. El porvenir aparecía al consultado y al consultante como una especie de curso de agua. cuyo itinerario previsible podía ser desviado mediante un adecuado esfuerzo, siguiendo el proverbio de que hombre prevenido vale por dos. Ya se imaginaba que podía pesarse a través de las mallas de la red de la mala suerte y se pedía al astrólogo que usara de astucia con el - destino, mientras las enseñanzas de la previsión permitieron, al menos en ciertas circunstancias, desviar el curso de - un. destino nefasto. Un astrólogo contemporáneo ha sistematizado este pensamiento con esta graciosa ocurrencia.: «La finalidad de la astrología es hacerle decir mentiras.»

No obstante, hay que reconocer que aún no hemos llegado a este estado. Lo que el astrólogo descifra es una oportunidad que puede presentar como propicia o funesta, oportunidad que fija sobre cierto período de tiempo, por ejemplo un año, cuando se trata de un cambio capital; también puede dar, durante estos meses críticos, ciertas fechas precisas en que el acontecimiento puede producirle, pero no hay certeza en esta precisión. Por otra parte, a la imprecisión del tiempo se añade la de la interpretación del hecho, que no se presenta en su forma, ni en sus apariencias e incidencias, sino como un extracto de un hecho despojado de su aspecto histórico. Lo más frecuente es que el pronóstico se limite a una conjetura favorable o desfavorable, cuyo dominio se precisa: familiar, financiero, conyugal..., pero sin ir más lejos. Es difícil defenderle eficazmente de un porvenir presentado tan - esquemáticamente y de un modo tan abstracto, en cierto modo como en un mundo de principios, simbólico y no formal. El consultante -interpreta a su vez - la interpretación del consultado; se espera un acontecimiento, se presenta otro distinto que no se había previsto.

Un amigo mío planteé un día un problema: «¿Debo invertir capital en el negocio X o es mejor que me retire de él?» Examinamos su caso y comprobamos que el momento no era propicio para las realizaciones materiales, pues la situación del consultante estaba próxima a una crisis. Según esto, desaconsejamos la inversión precisando el motivo. Algún tiempo más tarde nuestro amigo deja el -negocio, que pronto experimentó una gran prosperidad...

El pronóstico se había cumplido, y, sin embargo, el consejo fue malo: nosotros mismos fuimos los artífices de este fracaso. No habíamos podido saber si el período crítico debía afrontarse activamente, con osadía, o pasivamente, dejando -pasar la ocasión. El «destino» había sido más astuto.

Hubiera sido preciso exigir el tema del negocio en cuestión o al menos de los demás dirigentes o participantes en él. la astrología hay que tomarla siempre en un flujo de imbricaciones sin fin. Su información jamás es acabada.

Pero es precisamente esta falta de acabamiento la que da ocasión a la meditación más profunda que permite la astrología. Pues este inacabamiento implica una elevación progresiva, asintótica hacia el acabamiento. Enseña tanto al consultante como al consultado la conveniencia de una humildad constructiva, no negativa, en el sentido de que no se

alimenta de un sentimiento de impotencia ante la imposibilidad del conocimiento, sino por el contrario de un sentimiento de participación en un conocimiento Sin límites y siempre abierto al hombre de buena fe. Este es el nombre que damos al que hace de este conocimiento el principal asunto de su vida y que bajo él *afronta* los pretendidos acontecimientos «exteriores», el que «posee» el acontecimiento en lugar de estar poseído por éste,

Por lo demás, la astrología se presenta aquí en su plena apariencia de disciplina iniciática. Más que cualquier otra ciencia, ella exige para ser comprendida una meditación sobre el problema del destino; exige, para no ser una simple técnica materialista, que este destino sea comprendido como una emanación del ser profundo, no pudiendo entonces concebirse ningún cambio de existencia si no corre parejas con una transformación de la personalidad.

«En efecto, no es de la noche a la mañana, ni por un cálculo, ni para evitar algún accidente celeste, que se modifica un clima psíquico que nos vuelve particularmente vulnerables a cierta constelación disonante o a un determinado tránsito potente. Este mal que se anuncia para mañana se vino preparando desde lejos, en vuestro interior, con vuestra tácita complicidad, y es desde largo tiempo que había que prepararse para amortiguar la fatal apariencia» (1) No es cuando el sujeto se debate angustiosamente entre las garras de su destino cuando se le puede aconsejar eficazmente. En cambio, diez años antes un astrólogo experto, un *alter ego*, hubiera podido más fácilmente mostrarle el camino que le permitía salir de la estrecha esfera que hoy le ahoga. Los signos permanecen exteriores a los sujetos ignorantes, y se interiorizan para los otros. «Muéstranos signos», decía la multitud a Jesús. Para el que sabe ver todo es signo, pero ante todo signo del universo exterior.

(1) Obra cit., Cap. II

Sólo en la esfera demasiado estrecha de la materialidad exterior los signos adquieren su significado anunciador maléfico, siempre subjetivo, mientras que en una esfera ensanchada, renovada, sublimizada, el mismo aspecto habría tomado, siempre subjetivamente, pero en una subjetividad trascendental y no ingenua, un sentido trascendente, neutro o incluso benéfico, el de un enriquecimiento espiritual, por ejemplo, incluso en medio de un empobrecimiento material que entonces se vuelve diferente.

Aparece así claramente que el astrólogo no puede elevarse a una interpretación «objetiva» suficientemente precisa del «hecho» si no es capaz de entrar en esta esfera de la intersubjetividad, donde las relaciones entre consultante y consultado son las de maestro a discípulo, sin que nunca se sepa muy bien quién es el discípulo y quién el maestro, siendo aquí los dos polos subjetivos de la experiencia astrológica recíprocamente beneficiarios el uno del otro y aclarándose el uno al otro en un adelantamiento final de la astrología por sí misma. Y este adelantamiento significa que los planetas mismos y sus aspectos ven su significación enriquecida y renovada. Los astros «actúan» sobre nosotros y nosotros «actuamos» sobre los astros. Esta toma de conciencia progresiva, perpetuamente integrante, es el problema mayor del astrólogo. Este no recibe su ciencia como un código *ni varietal* de recetas, como un diccionario de aspectos. El problema de la astrología es ciertamente desarrollar al máximo este diccionario. Pero la astrología no es nada si al mismo tiempo no es capaz de hacer del astrólogo un hombre que vive en la fraternidad real con los otros hombres.

CAPÍTULO X

EL ASTROLOGO

Si no siente del cielo la Influencia secreta, si su astro, al nacer, no le ha hecho poeta...

Si la astrología tiene su fuente en el mito, el intérprete del cielo sigue siendo largo tiempo un personaje de leyenda.

GALERIA DE RETRATOS

La fábula representa al astrólogo cubierto de un vestido de estrellas, apuntando al cielo con un anteojo y con un sombrero puntiagudo en la cabeza, que jamás ha llevado, como el de los médicos y boticarios de Moliere. Es obvio decir que no ha llevado más este vestido de hechicero de ópera bufa dibujado por ciertos grabadores del siglo XVIII. En cuanto al anteojo, es el símbolo mismo de su declinación. Conviene recordar que los primeros anteojos astronómicos aparecieron en los primeros años del siglo XVII. Durante el siglo anterior, que marca el apogeo de la astrología, sus prácticos sólo se servían de antiguos instrumentos, más o menos perfeccionados: cuadrantes: astrolabios. Morín fue el único astrólogo eminente que usó el nuevo instrumento.

El retrato del astrólogo ha evolucionado con el tiempo. En la Antigüedad, los astrólogos eran sacerdotes y celebraban el culto divino, que era el del cielo, de los astros, del Sol, de la Luna y de las divinidades planetarias. Eran, pues, personajes honorables, mejor dicho, la *élite* de los sabios y dignatarios religiosos de la época; tienen de ello la función, la carga y sin duda, también la apariencia.

Pero sus medios aún eran bastante limitados. A propósito de un horóscopo vulgar, Sexto Empírico nos ha caricaturizado a dos caldeos: uno observa el cielo desde lo alto de la casa; el otro, provisto de un címbalo, espera el momento del nacimiento para advertir a su cofrade, a fin de que pueda descubrir el signo o el planeta que se alza en oriente.

En esta edad heroica de la astrología, el astrólogo tiene necesariamente los ojos dirigidos al cielo y hace empíricamente la astronomía de posición. Pero los instrumentos de medida del tiempo: gnomon, polos, clepsidra, hacen pronto su aparición en todos los pueblos. Más tarde, el astrolabio, la esfera armillas contribuyeron a libertar al astrólogo de esta esclavitud, hasta el día en que el conocimiento de los movimientos celestes «burocratizará» la práctica astrológica: sus adeptos sólo tendrán que buscar en las tablas astronómicas las posiciones de los astros para cada nacimiento.

En la edad de oro de la astrología nos hallamos todavía en una época de incertidumbre algo flotantes, en que ninguna ciencia osa llamarse exacta. Los hombres que ejercen la astrología son científicos como los demás, y llevan de ello la indumentaria, sin que nada les distinga de otro modo a la atención del público. Los cálculos a que se entregan les obligan a ser matemáticos, y puede decirse que no es matemático el que no cae un poco en la práctica astrológica. Los astrólogos llevaban, pues, el vestido sencillo, grave y severo que la mayoría de los hombres habían adoptado en la época del siglo XVI.

En nuestros días el astrólogo es sin duda un hombre como todos. Sólo la opinión puede hacer de él un ser aparte. Para M. Códéc, por ejemplo, es un ser primitivo, un débil mental, un delirante, un ligero psicópata; en el mejor de los casos sólo tiene una apariencia de cultura. Para el «intelectual medio» no es más que un «enredador» o un «embaucador», cuando no un fanático. Para otros es un señor impresionante y más o menos misterioso... Se ha dicho que en todo astrólogo había un charlatán, un loco y un sabio. En verdad cada astrólogo es un individuo diferente.

Pero no es menos evidente que en todo astrólogo existe un factor común: la atracción que sobre él ejerce la astrología y los que se sienten interesados por esta ciencia o este arte obedecen a una misma tendencia psicológica profunda. Así, pues, es natural que busquemos una psicología del astrólogo.

PSICOLOGIA DEL ASTROLOGO.

A este respecto ya disponemos de alguna información, puesto que los astrólogos figuran en una clasificación psicológica del test de Sonda. Figuran en ella junto a los mitólogos, los psicólogos, los psiquiatras, los grafólogos, los arqueólogos, y este grupo de profesiones está relacionado con las tendencias llamadas «paranoides», en las cuales la necesidad impulsora dominante tiene que ver con una inflación psíquica, una dilatación del yo, una necesidad de darse importancia.

En realidad el hecho de «adivinar el futuro», de percibir ciertos misterios de la naturaleza humana, le pone seguramente en posición de superioridad, particularmente al astrólogo profesional que bastante a menudo tiene ante sí a un cliente preocupado, inquieto, angustiado, por esta misma inferioridad. En algunos esto llegar a ser un «complejo de Dios Padre»: a fuerza de identificarse con el destino de otro una vez que ha captado o creído captar -sus mecanismos profundos, el astrólogo tiene la impresión de ser el autor de tal destino, del cual es sólo el testigo, el anunciador, pero no el autor. Se siente en cierto modo dentro del secreto de los dioses, sentado en su misma mesa y distribuyendo felicidad y desgracia en el Consejo de los privilegiados. En una palabra, se siente oscuramente investido de un poder oculto, como si hiciera el destino de su consultante. Esta tendencia es seguramente discreta y generalmente no atraviesa el umbral de la conciencia, pero se la puede discernir en el modo como el astrólogo expresa su interpretación; se nota que «impone» el destino a otro más que descifrarlo; el matiz se capta. Por lo demás, no es el único, puesto que el hecho de penetrar en la intimidad de otro, produce una impresión semejante. El cliente reacciona por otra parte inconscientemente como si su astrólogo fuera el autor de su destino: si anuncia buenas cosas, se le considera una persona de bien. Si prevé malos acontecimientos, se le critica y desprecia, como si fuera, no solamente un intérprete injusto o infiel, sino un agente del Mal.

Pero esto no justifica completamente la atracción que ejerce la astrología sobre el astrólogo. La tendencia paranoide implica igualmente una disposición para interpretar, establecer relaciones, lazos y correlaciones entre los hechos, situaciones o móviles diferentes. La astrología es un terreno soñado para interpretar; es la doctrina de las signaturas, según las cuales cada cosa puede indicar alguna otra, en virtud de una secreta correspondencia. Existe una manía verdadera en algunos astrólogos, de ver signos en todas partes. Pero seguramente es en esto — cuando la tendencia es bien fuerte y no viciada como en el paranoico que interpreta de un modo falso y sistemático la realidad —, es ahí, decimos nosotros, donde el astrólogo puede -encontrar su poder y su eficacia, al igual que la psicología que, con indicios sutiles y múltiples, teje la red que conduce al conocimiento de las determinaciones psicológicas profundas.

Es esta tendencia paranoica (señalada por Urano) la que conduce mayor número de espíritus a la astrología. Corresponde a caracteres originales, a veces incluso excéntricos, independientes, no siempre muy adaptados, pero firmes en sus supresiones (hay muchos célibes); estos rasgos de carácter se encuentran claramente en muchos astrólogos.

Seguramente otras motivaciones psicológicas llevan a la vocación astrológica. Señalemos especialmente cierta mentalidad magosta que da un sentimiento de «participación» y de comunión del ser con el medio ambiente. Los seres que viven en este nivel psicológico sienten o perciben más o menos oscuramente, como los poetas, las secretas correspondencias que tejen la red de las relaciones vivientes entre las cosas y las personas, entre el hombre y el universo. Se puede criticar evidentemente una vocación científica fundada sobre una mentalidad magosta por la cual se reconocen también los soñadores, los infantiles y los inquietos; pero la astrología no es el único conocimiento que se beneficia de tal disposición.

interior. Por lo demás, el escepticismo de algunos racionalistas sistemáticamente hostiles a la astrología no se funda con frecuencia más que en una disposición psíquica opuesta, una especie de «esquizoide seca» que aísla afectivamente al ser de todo el resto del universo.

DIFERENTES CLASES.

Los astrólogos difieren, por naturaleza, según pertenezcan a tal o cual familia psicológica, al igual que difieren por su clase intelectual y por la riqueza de su personalidad.

Para Choissnard, el verdadero astrólogo no puede ser el que «saca un horóscopo» sin error y predice el porvenir sin equivocarse; esto hay que dejarlo para los mercaderes de recetas adivinatorias, que son los mismos desde hace milenios. Para él, el verdadero astrólogo es el investigador desinteresado que profundiza en el conocimiento y se esfuerza en sanearlo y en desarrollarlo. En este sentido se puede decir que existen tres clases de astrólogos: el práctico del horóscopo, el intelectual investigador y el que reúne las dos actividades, por considerar que no puede separarse la teoría de la práctica; éste último es seguramente el que merece el nombre de astrólogo en su plena acepción.

Pero también podemos dividir a los astrólogos según su clase intelectual.

En lo alto de la escala están los «verdaderos». Son los investigadores que tienen una formación científica o una cultura filosófica y la usan en su actividad astrológica. Se encuentran entre ellos hombres salidos de grandes escuelas, médicos, psicólogos, profesores, sacerdotes y autodidactas inteligentes. Para la mayoría, la astrología es más o menos tarea de especialización, ocupándose el médico con preferencia de la astro médica, el psicólogo de la astro-psicología, etc. Es evidente que esta vanguardia del movimiento astrológico es la que contribuye al avance de la ciencia.

En la parte baja de la escala hay innumerables diletantes, y entre ellos hábiles intérpretes. Pero deploraremos la existencia de numerosos aficionados sin formación, demasiado a menudo imbuidos de su saber. Para éstos, el esfuerzo que exige la resolución de los problemas de la astrología está netamente por encima de sus capacidades. Para ellos, su ciencia no precisa pruebas; la astrología es de una evidencia tan luminosa, tan maravillosamente divina, que no se ve lo que puede necesitar demostración. Los sabios que la critican son pobres imbéciles, obtusos e ignorantes, y ellos antorchas del espíritu universal. Las estadísticas, las indagaciones técnicas, los problemas cosmográficos u otros que plantea la astrología, es la menor de sus inquietudes.

Para la mayoría de estos aficionados, la astrología es un juego de salón, para el que bastan un acto de fe y algunas recetas de predicciones. Su objeto es predecir a sus íntimos un resfriado, un premio en la lotería, una infidelidad conyugal, una viudez o cualquier historia de la semana próxima. Es precisamente en este ambiente que se hallan estos fanáticos intoxicados, que no pueden hacer el menor gesto: salir a la calle, ir al peluquero, recibir familiares..., sin consultar sus efemérides. La astrología se convierte aquí en una verdadera droga y cumple el papel de un sistema de seguridad. Verdadera caricatura de un sano autoanálisis, se sitúa en las antípodas de la libertad vital y de la espontaneidad instintiva, que están en la base de toda salud psíquica.

Como en muchos dominios, son con frecuencia estas medianías los que hacen más ruido. Por el contrario los astrólogos más serios y más competentes prefieren el silencio, puesto que no desean ser asimilados a estos prosélitos intemperantes, ni anhelan tampoco evocar la sombra de algún faquir birmano... Por lo demás, esta discreción es tanto más respetada cuanto que la originalidad de ser astrólogo no está bien considerada en los medios selectos, cuando no la consideran divertida. Un ingeniero quiso un día levantar estadísticas sobre la orientación profesional y se dirigió a varios directores de escuelas; todos rehusaron, y no

siempre cortésmente, a pesar de tratarse de una simple comunicación de fechas anónimas. Cuando el excelente director Jean Grimillón rodó su documental *La Astrología, espejo de la vida*, los especialistas encargados de la documentación se dirigieron al Observatorio de París; se les cerró simplemente las puertas; pero ya se sabe que la Casa no aprecia la «broma astrológica». Podrían contarse algunas otras historias de este género, pero éstas bastan, y nunca se apreciará demasiado la discreción de los astrólogos estimables.

EL PROFESIONAL.

Pero si el astrólogo aficionado, por lo menos, está libre, sea cual fuere su competencia, de practicar su arte, no es este el caso del profesional. Este, en efecto, se halla «fuera de la ley», y sus clientes se hacen cómplices de un delito, como especifican los siguientes textos del Código penal (1):

ART. 479 (Ley del 28 de abril de 1832). — Serán castigados con una multa de 1.300 a 1.800 francos:

7° - Las personas que hacen *profesión* de adivinar, pronosticar o explicar los sueños.

ART. 480.— Serán castigados con prisión que puede llegar a cinco días.:

4° Los adivinos e intérpretes de sueños.

ART. 481. — Serán, además, embargados y confiscados:

2° Los instrumentos, utensilios y vestidos que sirvan o estén destinados al ejercicio del oficio de adivino, de pronosticador o de intérprete de sueños.

ART. 482 (Orden del 4 de octubre de 1945). — Una pena de encarcelamiento durante ocho días podrá aplicarse en caso de reincidencia contra todas las personas mencionadas en el artículo 479.

(1) Huelga decir que se trata del Código de Francia. (*N. del T.*)

Como puede verse, tales artículos, tomados al pie de la letra, amenazan tanto a los psicoanalistas «intérpretes de sueños» como a los adivinos por medio de los astros, de la mano e incluso de la escritura. Hay una tolerancia por las barracas astrológicas de las ferias y fiestas (según la.: Prefectura de Policía), así como para los «centros de estudios de influencias astrales», que no tienen ninguna finalidad lucrativa ni intención venal. Los astrólogos serios no piden otra cosa que la aplicación rigurosa de estos artículos: ésta sería la mejor manera de desembarazarse de los charlatanes. Por desgracia, no se aplican. De hecho hay tolerancia de los poderes públicos hacia los astrólogos profesionales «apacibles», pero esta tolerancia es

tan manifiestamente generosa, que se ve a los charlatanes exponer impunemente su publicidad no equívoca en buen número de diarios y revistas.

A pesar de esta espada de Damocles, el astrólogo profesional estimable, es decir, el que no hace publicidad, percibe honorarios razonables y satisface a su clientela por su verdadera competencia, no teme nada. De todos modos, como ha precisado Me. Rice, del Foro de París, en el último Congreso Internacional de Astrología que presidió, se hace distinción ante los tribunales entre los verdaderos charlatanes y los prácticos serios. Por lo demás, existe una jurisprudencia: mientras los charlatanes dejan siempre su botín en manos de la justicia, los profesionales honrados son regularmente absueltos.

Es cierto que el problema legal del ejercicio astrológico no es sencillo. «Una joven de edad madura ¿puede demandar daños y perjuicios al astrólogo en cuyos consejos se ha basado para rechazar sucesivamente a todos los jóvenes que estaban deseosos de casarse con ella, pero que no llenaban las condiciones astrales o de otro género, supuestamente requeridas para su felicidad?», tal es la tesis que ha sido propuesta, hace dos años, a los jóvenes abogados con motivo de una conferencia de pasantes. Según Me. Moro-Jífera, «codo perjuicio ocasionado a un tercero da derecho a reparaciones; lo importante es demostrar el perjuicio causado». Basta, pues, exhibir el escrito del astrólogo. Según Me. Teodoro Valen si, «es evidente que el sentimiento que animaba a la joven era en primer lugar su creencia en la astrología. Por lo tanto, no tiene derecho a demandar al astrólogo, cuyas convicciones compartía, y que le respondió con toda su buena fe». Finalmente, para Me. Raymond Huberto. «si el astrólogo es además un psicólogo, como es a menudo el caso, y da a su cliente consejos juiciosos como los que podría prodigar un buen padre de familia, ningún juez podrá condenarle. Si, por el contrario, sólo se ha inspirado en la consulta de los astros y se puede probar que sus directrices no tenían ningún valor, podrá evidentemente costarle bastante caro». Así, los - veteranos del Foro no están de acuerdo sobre el problema, que seguramente es complejo. De considerar, por ejemplo, la tercera declaración, un charlatán hábil podría estar menos expuesto a una condena que un práctico consciente, pero inhábil. Queda finalmente una sola seguridad para nuestro profesional: no equivocarse... o no decir nada.

La última palabra de la cuestión es que la seguridad está prácticamente garantizada —

para el práctico como para el cliente — cuando el astrólogo llena todas estas condiciones:

honorabilidad y moralidad, cultura general, espíritu crítico y objetivo, formación y

sentido psicológico, todo ello acompañado de un verdadero saber técnico. Pero ¿cuántos

entre los que tienen gabinetes de consulta, satisfacen todas estas exigencias? -

EL CLIENTE.

Se podría seguramente completar este cuadro con una psicología de la clientela. Esta clientela es muy diversa y se recluta entre todos los ambientes. Aparte de los charlatanes, que se nutren de las pobres gentes, cada práctico tiene su clase de clientela: modistillas, artistas, hombres de negocios, políticos, intelectuales, etc. Pero por cada diez personas que encargan su horóscopo, hay siete mujeres contra tres hombres, y la misma preocupación reaparece constantemente, las primeras deseando principalmente conocer su suerte sentimental, los segundos la marcha de sus negocios. Hay también la intención de personas más cultivadas que colocan en primer término de sus preocupaciones ‘el deseo de conocerse mejor. Ello no

impide que con tal promedio se llegaría a la conclusión de que el amor y el dinero mueven el mundo.

Seguramente, esta clientela está con frecuencia preocupada, inquieta, ansiosa y a veces incluso angustiada. Es raro que se consulte al astrólogo si todo va bien. El charlatán lo sabe: « En la tristeza, acudid a él » Pero estos clientes no son necesariamente tontos y, por tanto, no pierden su espíritu crítico; leen y siguen el pronóstico. En cuanto al pronóstico oral, con frecuencia es deformado, sobre todo con el tiempo, y no es raro que se atribuya al práctico la realización de un pronóstico que no hizo o que, por el contrario, se le retire el beneficio de una previsión cumplida. Cada personalidad llama a su género de clientes. Hay prácticos que atraen a los débiles, a los inquietos, a todos aquellos que necesitan que alguien tome las decisiones por cuenta de ellos; todos éstos hacen de su astrólogo un tutor. Otros atraen las confidencias y llenan un verdadero papel de confesor. Lo más frecuente es que el cliente se dirija al astrólogo como a un psicólogo u orientador, para asesorarse con la' opinión de un experto. Pero en todos los casos el astrólogo es un consejero, y es indispensable que una a su competencia técnica una sólida formación psicológica.

CAPÍTULO XI

EL CHARLATANISMO

Detrás de toda publicidad puede perfilarse la sombra de un charlatán...

La Historia nos enseña que la gangrena del charlatanismo astrológico ha existido en todas las épocas. Esta tara ha proliferado principalmente en los períodos de decadencia, cuando las costumbres se han envilecido, pero es tan tenaz que hace el papel de hermana gemela de la que la hace vivir. Se comprende sin esfuerzo que sea así, cuando se conoce el prestigio de que goza el mago sobre las masas y el filón insospechado que de este modo puede explotarse. Los astrólogos serios, particularmente Héller, hubieron de desacreditar siempre a los miserables explotadores de la credulidad humana, y la Iglesia no cesó de apuntar hacia estos mismos impostores a través de una astrología privada de todo código civil.

Sería tentador creer en la existencia de dos campos bien delimitados y perfectamente diferenciables, presentando a un lado los buenos y en el otro los malos. Desgraciadamente la realidad es más compleja, y es preciso que, deslindemos todos los aspectos que adquiere el charlatanismo, desde el del simple estafador que se hace llamar astrólogo sin serlo, hasta el de ciertas miserias implantadas en pleno corazón del «ambiente astrológico». Para simplificar la exposición convendremos en dar un número de orden a cada especie de desaprensivos.

EL INDUSTRIAL.

Este que llamaremos el charlatán número I, es seguramente el especialista de la industria del horóscopo. Gautier Boiserie, en su número especial del *Crapouillot* sobre «Los Buenos Negocios», ha mostrado claramente cómo operaban antes de la última guerra los faquires de cámara o de Sociedad Anónima: profesor Omar Kan, profesor Firma, profesor Demarro, profesor Ammón... La palma se la lleva indiscutiblemente el famoso faquir Barman, que realizó, gracias a su trust, una colosal fortuna... Todos ellos hacían una publicidad atrayente, proponiendo el envío contra dos sellos de correo un horóscopo de ensayo. La respuesta consistía en proponer un horóscopo completo por 150 francos aproximadamente (precio de

antes de la guerra); los que rehusaban eran importunados repetidamente, rebajando cada vez la tarifa, hasta pedir finalmente sólo 15 francos por el mismo horóscopo completo. Cantidad que era todavía una buena ganancia, ya que se trataba de simples hojas estereotipadas preparadas para cada signo zodiacal y para los dos sexos. Estos charlatanes prometían un «horóscopo personal» y remitían una simple circular *impresa*. Hacer pagar en aquella época de 50 a 150 francos por la misma hoja ganzúa Constituye con toda evidencia un delito de «fraude en la mercancía», que la justicia debe condenar irremisiblemente

Después de la guerra, algunos timadores reemprendieron el mismo tráfico con algunas variantes.

Los «profesores Valentino y Novara» ganaban 500.000 francos mensuales dirigiéndose a un vasto público: «¿Ha nacido usted entre 1884 y 1934? ¿Sí? Entonces, conozca su suerte,...» Cierta Leandra añadía a su don de astrólogo un «método para crecer» y un secreto para ganar en la lotería. Balance: ¡diecinueve millones anuales! El «célebre sabio Paul Decora» también realizaba milagros, hacía triunfar en todo y «desafiaba la angustia atómica». Un día le llegará el turno de explicarse en la XIII Cámara correccional. Tal vez hará como Leandra, que encargó de su defensa a uno de los grandes abogados de París y se propuso invocar la sombra de Cardan y — oh ironía! — de Héliar...

EL VIDENTE.

El tipo número II de charlatán es con mucho el más esparcido, pero también el más silencioso. Se trata de videntes y de cartománticas que pueblan París y la provincia. Numerosas son, en efecto, estas damas, especialistas de la bola de cristal, del marco de café, de las manchas de tinta, de los naipes y de otras manías, que no vacilan en adornar su tarjeta de visita o su lazo publicitario con la mención «Astrología», cuando no conocen una sola palabra sobre ello y se verían en un apuro si tuvieran que erigir una carta del cielo. Todo lo más pasean un zodiaco con los colores del arco iris por encima de su mesa, para impresionar a un auditorio siempre favorablemente influido por lo «científico», o se contentan con abrir la sesión pidiendo la fecha de nacimiento de su paciente para encadenarlo con él: «Usted es Libra», «usted es Aries»... Paul Códex pretende que en París, en 1935, había tres mil cuatrocientos sesenta gabinetes de astrología-citología. Puede suponerse que al menos tres mil de estos «oficiantes» de la buenaventura, no conocían ni practicaban la astrología. Hay también en ellos fraude en la mercancía.

De hecho, estos primeros grupos no son los más peligrosos, porque, a excepción de los ingenuos, por desgracia demasiado numerosos, nadie se equivoca acerca de los Barman, y porque una vidente no es más que una vidente.

La verdadera plaga de la astrología es en realidad el hampa de los astrólogos que practican realmente más o menos el arte astral y creen que todo está permitido emparrándose tras una carta del cielo más o menos correctamente alzada. En general estos señores, porque se trata casi siempre de hombres, reúnen todas las características del charlatán «total».

El ejemplo más representativo es el caso típico de paranoico. Entra en el «mundo astrológico» como un meteoro: libros, efemérides, aparatos «científicos» anunciados harán maravillas, él mismo será el autor de «nuevas teorías astrológicas que revolucionarán el mundo científico». Este distinguido cosmobiólogo, hijo espiritual de Héliar, lanza un solemne «Yo os acuso» a los Sres. Paul Códex y Jean Rostan, por sus ataques a la astrología. e invita a todo el París periodístico a su conferencia pública provocadora. Poco tiempo después viene el arresto del personaje: cobraba por los horóscopos de 10.000 a 20.000 francos y por los

exámenes detenidos la linda suma de 60.000 francos; sus polvos mágicos, discretamente añadidos a la taza de café del infiel, eran una mezcla de azúcar y bicarbonato sódico.

El charlatanismo de los astrólogos no es siempre tan general y tan «palpable»; la mayoría de las veces es más discreto y adquiere un aspecto particular según las necesidades del personaje. Pero por el hecho de no mostrarse como a tal y de moverse en la zona discutida e imprecisa de lo ilícito, no deja de ser un charlatanismo tal como lo concibe el sentido común; la explotación de la credulidad pública.

EL APROVECHADO.

El número III es el tipo del charlatán financiero que abusa en sus honorarios. No hace mucho tiempo que un nuevo adivino que confirma que «nadie es profeta en su tierra» se considera públicamente como el astrólogo más célebre de su época, (este señor es evidente incapaz de escribir una obra técnica que responda siquiera ligeramente a esta pretensión, y es completamente desconocido de todos los especialistas), se lanza a una publicidad comercial en la que se ostentan precios verdaderamente astronómicos: por ejemplo, ¡noventa mil francos por un simple servicio astrológico anual! Ya sabemos - lo que puede dar de sí tal servicio astrológico, pues conocemos la materia; podríamos incluso dar, si fuera necesario, el dictamen de los representantes de todas las sociedades de investigación que hay en el mundo; por lo tanto afirmamos que hay en ello un abuso, si no un robo, tan flagrante como el de dar cuatro hojas estereotipadas por el precio de 150 francos (de antes de la guerra). Este señor — que sin duda ignora el artículo 479— no hace más esfuerzo que otro y está lejos de tener la competencia de ciertos especialistas discretos y modestos.

Es imposible fijar un «baremo» de la horóscopo, pero el cliente novato debe saber que un breve estudio astrológico puede hacerse en varias horas, y que el estudio profundo puede necesitar prácticamente como máximo varios días de trabajo. -

EL MANIACO.

El número IV es igualmente un aprovechado, pero de otro tipo; es el «charlatán sentimental»; es más raro, pero conocemos de él una muestra elocuente en el ambiente astrológico.

Cansado de arrastrar sus botas en la búsqueda de un oficio conveniente, este señor cae un día sobre un libro de astrología y olfatea en un destello una buena ganga. Un mes más tarde se abre un nuevo «gabinete» bajo la égida de un organismo científico inexistente. Era preciso cubrir las apariencias y tener al menos un barniz de astrología; de hecho, tal organismo obtiene las cartas del cielo y los horóscopos a base de fichas sacadas de diversos manuales. Hace algunos años este señor llenó las vallas de París de sus carteles resplandecientes; en ellos se ofrecía la felicidad, al alcance de todos los bolsillos, y el audaz director se adornaba con los títulos de grafólogo, urólogo, astrólogo y psicoanalista. Estos carteles produjeron una polvareda que llegó hasta el Consejo Municipal e incluso hasta la Presidencia del Consejo, publicándose un nuevo decreto contra la astrología profesional. Este organismo «científico» adquirió aún más importancia cuando su director lanzó un periódico que es principalmente el vehículo publicitario de una nube de echadores de la buenaventura, a la cabeza de los cuales brilla el propio director de la Revista; con rara imprudencia se promete incluso la felicidad en amor, el éxito financiero.. y se ostentan las tarifas del modo más descarado del mundo a despecho de ciertas leyes dormidas. A juzgar por algunos rumores, una dama que se hallaba

sin noticias de Indochina (era durante la guerra) dejó 10.000 francos sobre la mesa por una consulta de media hora. Por el mismo precio se ofrecen talismanes a medida ingeniosamente fabricados, a despecho, igualmente, del Código penal. Pero la «especialidad» de este señor era de otro orden: era simplemente la de un erotómano, la de maníaco, y la astrología era para él únicamente un medio de procurarse «ocasiones femeninas». El repugnante personaje proponía diariamente a sus clientes «pases magnéticos» en... el diván.

EL CHARLATAN MORAL.

El número V es el tipo del charlatán moral. No es probablemente más honrado que los anteriores, pero más vale no hablar de lo que no se puede probar. En este mundo de «lumbreras» hay un caso representativo. Es un hábil comerciante que, partiendo de la fórmula feliz: «la astrología es una vaca lechera» (confesada a varios de sus íntimos), logró asentar la sólida reputación de «camelote de la astrología». No es seguramente un talento superior y su jerga es ininteligible. Esto no le impide en modo alguno considerarse como el «leader» mundial de la astrología científica. Así, no le molesta tener conferencias de prensa. Esto hizo un día para anunciar su «extensa contribución a los estudios estadísticos» (cuando es incapaz de ellos ni jamás tuvo el deseo de emprenderlos) y sobre todo para protestar contra el rechazo de empresas nacionales de asegurar su publicidad comercial. Este señor es claramente un astrólogo completo, que hace juegos de manos con las constelaciones; él mismo se otorgó la cualidad de ser el más rápido calculador de temas, dejando para sus colegas la misión de rectificarlos. Más todavía, está en la vanguardia de los que combaten contra los charlatanes, especialmente contra los del grupo IV. Lo más gracioso es que su celo le lleva incluso y particularmente a vilipendiar y envilecer a los investigadores serios y desinteresados de las sociedades que no quieren saber nada de él. Todo esto sería gracioso si este charlatán de estrado no presentara una dimensión peligrosa. Le agrada aparecer en escena y dar «horóscopos-exprés» (ultrarrápidos), en los que brilla un sadismo consciente o inconsciente y una especie de humor sombrío. Se asiste a declaraciones de este tipo: «Usted no puede tener hijos, señor.» Y como el interesado dijera que ya tenía uno, replicó: « Ah!, es porque éste no es suyo.» O bien una persona que desde hace algún tiempo no se encuentra muy bien y espera, ansiosa, el veredicto del maestro, oye decir: «Usted tiene una grave enfermedad del corazón.» A otra, que se encuentra bien, pero que es muy influyente; el maestro le decreta: «Usted tendrá un cáncer en el hígado...»

Entiéndase bien, es *imposible*, si sólo se considera el tema astrológico, decir que un hombre no tendrá hijos, que otro tiene una grave enfermedad del corazón, y aún más que un 'tercero tendrá un cáncer. Aún no se ha efectuado ninguna estadística seria ni para las enfermedades del corazón ni para el cáncer, y no existe regla alguna que permita fijar, en la hora, actual, la menor correspondencia entre la astrología y esta última enfermedad. Y este saltimbanqui de la buenaventura «distribuye el cáncer» en sus reuniones con una estupidez y una desenvoltura escandalosas! Este tipo de charlatán moral, que abusa de sus posibilidades, que se hace pasar por lo que no es, que hace decir a la astrología lo que no puede decir, sobre todo para anunciar grandes males, es tan nefasto como los otros, principalmente por que se adorna con plumas de científico para cometer sus fechorías. En estos casos afirmamos que existe también fraude en la mercancía y delito caracterizado. Esto se puede demostrar fácilmente ante un tribunal, con un frente unánime de los astrólogos serios y de las sociedades astrológicas no comerciales, mayormente presentando las estadísticas establecidas sobre este punto, hasta poner en evidencia al aventurero.

EL INEPTO.

Llegamos al número VI, que es el charlatán involuntario e inconsciente. Procede mayormente de las mujeres que se encuentran en dificultades y que han montado un gabinete para poder vivir, sin poseer el caudal de conocimientos técnicos ni el espíritu crítico necesarios. Suelen ser personas honradas y de buena voluntad, a quienes la ignorancia o la incompetencia llevan a cometer errores y a dar consejos aventurados.

Una de ellas (aunque no sólo hay mujeres en este grupo) vio venir un día a su gabinete a una mujer que le preguntó si debía confiar su fortuna a un hombre que se proponía hacerla fructificar. La practicante le aconsejó claramente y sin segunda intención emplear toda su fortuna en aquella aventura. La consultante reapareció al cabo de algún tiempo manifestando su inquietud ante ciertas maneras de actuar de su curioso hombre de negocios. Volvió a salir tranquilizada, quedando convencida una vez más de que su fortuna se hallaba en buenas manos. ¡ La infortunada cliente volvió una vez más para anunciar a su astrólogo que, gracias a sus consejos, había quedado definitivamente arruinada!

Es evidente que la practicante no debió haberse equivocado; si bien más simpático, este tipo de charlatán no es menos peligroso que los otros. Pero el punto doloroso de la astrología profesional es que se pasa lenta e insensiblemente de este - charlatán involuntario al astrólogo, pasando por el práctico menos competente. ¿ Cómo puede el profano diferenciar estos tres personajes? Es algo imposible; hay ciertamente una solución a este problema, como expondremos más adelante, pero es sólo un proyecto para el futuro.

He aquí a la astrología contemporánea íntimamente ligada a las tareas de la astrología profesional. Se concibe que esta última sea mal vista por los auténticos investigadores desinteresados. Los astrólogos profesionales (al menos los que no son otra cosa) sólo inspiran menosprecio a éstos últimos. De hecho, con el «material clínico» que aporta el gabinete de consultas, deberían figurar en la cabeza del perfeccionamiento de los métodos astrológicos. Y sin embargo no es así. Todo el progreso de la investigación en los últimos cincuenta años se debe al . esfuerzo de los aficionados, de los no-prácticos que jamás han ganado un céntimo con un horóscopo. Únicamente hay algunas excepciones referentes a los autores conocidos que se han entregado sin reserva a esta causa, al mismo tiempo que han demostrado su competencia en un gabinete profesional; pero estos son personas respetadas, que por lo demás nunca se han enriquecido. Dejando aparte estos casos excepcionales, los profesionales son los últimos en sentir la inquietud por el progreso de este conocimiento que les permite vivir, como si no tuvieran nada más que aprender. ¿ Acaso leen los *Cavies Astrologiques* o *Astrologie Moderna*, donde se discuten los problemas importantes? Los profesionales abandonados a estas publicaciones se pueden contar con los dedos. ¿ Hacen acaso el esfuerzo, por lo demás pequeño, de sostener de su peculio (las cotizaciones son reducidas) una sociedad protectora de la astrología? El «Centro Internacional de Astrología», por su parte, no cuenta entre sus miembros con más de diez astrólogos profesionales. Esto es demostrativo...

Pero volvamos a nuestros indeseables. El profano es tanto menos competente para separar el buen grano de la cizaña, cuanto que unos y otros se frecuentan más o menos, y cuando se intenta levantar un cordón sanitario alrededor de un charlatán, siempre salen algunos débiles que se indignan y quejan de intransigencia. Por otra parte, siempre es desagradable e inconveniente «posar al ataque», incluso contra quien más lo merece. Este es el motivo de que las sociedades serias introduzcan siempre en su programa el combate contra los charlatanes, aunque evitan todo lo posible hacer el menor gesto. Únicamente el «Centro Internacional de Astrología» ha osado, aunque muy tímidamente a nuestro juicio, indicar el camino.

El único modo de extirpar esta hiedra invasora es constituir un comité que concediera un certificado de astrólogo profesional, después de un examen en que el candidato sería sometido, sin prejuicio de métodos, a una serie de pruebas de cosmografía, de historia, de técnica, de psicología.... Pero nada más difícil que imponer un comité de tal naturaleza, cuya autoridad: sería evidentemente discutida, a los astrólogos que son en su mayor parte individualistas e indisciplinados. En cambio los grafólogos han logrado algunos resultados en este aspecto, y es seguro que más tarde o más temprano una sociedad se encargará de dicha tarea.

UN BUEN CONSEJO.

Entre tanto, la única manera de desarmar al charlarán es *no dirigirse a ningún astrólogo que haga publicidad*. En efecto, estos señores cuyo retrato acabamos de hacer no pueden vivir sin un reclutamiento continuo, ya que el cliente, insatisfecho, no suele volver por segunda vez; es preciso, pues, hacer apelación continuamente <al pueblo>: el charlatán sólo vive por la publicidad. En contraposición, el astrólogo serio tiene el pudor de no querer exhibir su nombre en las columnas de los periódicos al lado de personas sospechosas, y es para él un pundonor el ganar su clientela sin publicidad. Esta es la palabra, ganar su clientela, ya que, sin la -ayuda de la publicidad, es preciso retener al cliente mediante un trabajo satisfactorio, llevarle a sentir la necesidad del horóscopo anual. Siguiendo el principio de la bola de nieve, el cliente satisfecho habla a todo el mundo de su astrólogo y le envía nuevos clientes. Y únicamente de este modo puede haber un ejercicio serio de la profesión. Si el cliente no vuelve a presentarse, ¿cómo puede saber el astrólogo si sus previsiones se han cumplido? No puede en modo alguno controlar su trabajo ni perfeccionar su técnica. Por el contrario, el cliente que vuelve habla siempre de los pronósticos anteriores, que ha confrontado con los hechos, y el práctico obtiene siempre provecho de estas confrontaciones. En una palabra, entre la astrología seria y la otra hay toda la diferencia que existe entre un reclutamiento cuantitativo y una selección de carácter cualitativo.

LA PRENSA.

Falta abordar el aspecto colectivo del charlatanismo moderno: los horóscopos de los periódicos.

En la Edad Media y hasta el siglo XVII, los almanaques astrológicos indicaban los días y las horas favorables para cortarse el cabello y las uñas, para purgarse, para bañarse, para hacerse sangrías, para afeitarse y efectuar muchos otros ejercicios diarios, basándose principalmente en la Luna. Entonces se creía en la influencia soberana de este satélite sobre la concepción, la determinación del sexo, el embarazo, el parto. Esas viejas predicciones han dejado huellas en los espíritus. ¿Cómo puede librarse al público completamente de las creencias que los maestros de los pasados siglos le imprimieron en sus espíritus mediante sus palabras, sus reglas, sus tratados de vulgarización y su almanaques, que los copistas incansables reproducen aún en nuestros días? No es la astrología la causa de todo esto. Es el modo de utilizarla. Es preciso creer que subsiste el mismo estado de espíritu que en aquella época, puesto que no hace mucho tiempo la -revista «Horóscopo» indicaba gravemente a sus lectores los momentos favorables para destetar a los bebés, para hacer repostería, extirpar los callos, el vello superfluo, comprarlas zapatos... La necesidad es eterna y universal, y no hay

mejor prueba de ello que los horóscopos de los diarios, que constituyen una de las grandes supersticiones modernas.

Conviene preguntarse ante todo lo que piensa el astrólogo honrado de los horóscopos de la Prensa.

Sobre este punto, la respuesta es clara. Sólo hay un tipo que puede justificarse, al menos teóricamente: el horóscopo del día. Este es la enunciación de los aspectos planetarios y especialmente lunares que se producen durante el día y la interpretación que es lícito efectuar para la generalidad, en tanto que tonalidad colectiva de la jornada. Es en realidad un capítulo particular de la astro-mundial. *A priori*, según los puntos de vista astrológicos, deben existir días felices, en el curso de los cuales sobrevienen para muchas personas acontecimientos favorables. Del mismo modo existen jornadas desfavorables, caracterizadas principalmente por incidentes, accidentes, choques y tensiones de diversas naturalezas. Deben existir días «marcianos» en los que dominan la agresividad, la violencia, la pasión; días «jupiterianos» en que la confianza, la espontaneidad y la generosidad se instalan fácil y rápidamente en los cambios humanos; días «saturninos» de tristeza de depresión, de soledad. Y sería sorprendente que no existieran «jornadas de accidentes», «jornadas de crisis sentimentales», «jornadas de angustia»..., que deberían su título a que en ellas se producen mayor número del corriente de accidentes, de conflictos afectivos, de angustias. Esto quiere decir que sólo se trata de un *clima colectivo*, que afecta a la comunidad humana en conjunto; clima que es interesante conocer, si realmente existe, pero que no puede afectar para nada en especial al señor X o al señor Y. Pero uno y otro, al leer el horóscopo cotidiano, se sentirán tentados de interpretarlo naturalmente en función de su vida personal y para sí mismos. De donde la ambigüedad del horóscopo cotidiano, del cual únicamente la fórmula es conforme a las reglas clásicas de la astrología.

Muy a menudo el horóscopo cotidiano viene completado por indicaciones referentes a las personas que celebran su cumpleaños aquel mismo día, así como por una interpretación relativa para los niños nacidos en aquella fecha. Desde este momento caemos en la fantasía. Es evidente que podrían darse algunas indicaciones psicológicas, pero serían muy aleatorias, por ser necesariamente generales, y no podrían ser exactas más que a condición de ser imprecisas. Pronto se cae en la charla sin fondo, como una de esas cronistas mundanas que declara: «Hoy nacerá un aran compositor musical», o incluso: «Hoy nacerá un genio, un oficial de marina...»

Aún más erróneas son las fórmulas higroscópicas que pretenden ser individualizadas. Son las que más abundan en las revistas femeninas: ¡vuestro destino según vuestro signo zodiacal! Es inútil insistir sobre el charlatanismo de esta fórmula, que no reposa — ni puede reposar — sobre ningún fundamento dentro de la doctrina astrológica. Sobre este punto pueden consultarse todas las sociedades astrológicas serias. Hay en el mundo más de dos mil millones de individuos, y por consiguiente más de doscientos millones son del mismo signo zodiacal; todos ellos deberían estar comprendidos en el horóscopo de la semana o del mes, presentado por los periódicos de modistillas, por las novelas, las revistas ilustradas, ciertos diarios e incluso por revistas y periódicos especializados.

Estas secciones no siempre están al cargo de astrólogos, y es suficiente confrontarlas cada semana para sondear su falta de contenido. Con todo, no dejan de ser las crónicas más populares, que hacen bajar el nivel de venta de las revistas si se las suprime.

En la cuestión del charlatanismo se aúnan los partidarios serios y los adversarios de la astrología. El «Centro Internacional de Astrología» y M. Paul Códéc están de común acuerdo en denunciar a los cuatro vientos los estragos de este desatino colectivo. Y éste es el mayor servicio que puede hacerse a la causa de la astrología.

INDICE

Introducción	.	5
I	LA HISTORIA	1 9
II.	EL RENACIMIENTO	41
III.	LAS DOCTRINAS	61
IV.	CORRESPONDENCIAS	83
V.	LA HOROSCOPIA	99
VI	LAS APLICACIONES	141
VII.	LAS OBJECIONES	193
VIII.	LOS HECHOS	229
IX.	EL HOROSCOPO	253
X.	EL ASTROLOGO	269
XL	EL CHARLATANISMO	- 281.